

Barbey d'Aurevilly
Las Diabólicas

E LEJANDRIA

Barbey d'Aurevilly
Las Diabólicas

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LAS DIABÓLICAS

BARBEY D'AUREVILLY

PUBLICADO: 1874

FUENTE: WWW.GUTENBERG.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PRIMER PREFACIO A *LAS DIABÓLICAS*

¿A quién dedicar esto?... J. B. d'A. He aquí (salvo modificaciones posteriores) el Prefacio de mis Diabólicas. ¿Por qué las Diabólicas? ¿Es por las historias que aquí se cuentan? ¿O por las mujeres de esas historias? ¿Quién sabe?

Las Historias son verdaderas. Nada inventado. Todo visto. Todo tocado con el codo o con el dedo. Habrá sin duda cabezas vivas, exaltadas por este título de Diabólicas, que no las encontrarán tan diabólicas como parecen jactarse de serlo. Esperaban invenciones, complicaciones, rebuscamientos, refinamientos, todo el aparato del melodrama moderno, que se cuelga por todas partes, hasta en la novela: algo así como las Memorias del Diablo, que no dieron a su autor sino una pena del Diablo. Pero las Diabólicas no son diablerías, son diabólicas: historias reales de este tiempo tan civilizado y tan divino que, cuando uno se atreve a escribirlas, parece que haya sido el Diablo quien las dictó... El Diablo es como Dios. El maniqueísmo, que es la cepa de todas las grandes herejías de la Edad Media, ¡el maniqueísmo no es tan necio! Malebranche decía que Dios se reconocía por el empleo de LOS MEDIOS MÁS. El Diablo también.

En cuanto a las mujeres de estas historias, ¿por qué no habrían de ser las diabólicas? ¿No tienen suficiente diabolismo en su persona para merecer ese dulce nombre?... Diabólica, no hay una sola aquí que no lo sea en algún grado. No hay una sola a quien se le pueda decir la palabra «mi ángel» sin exagerar. Como el Diablo, que también era un ángel, pero que cayó de cabeza, si todavía son ángeles, es con la cabeza abajo, y el resto... ¡arriba! No hay una que

sea pura, virtuosa, inocente. Aparte incluso de los monstruos, presentan un efectivo de buenos sentimientos y de moralidad bien poco considerable. Podrían, pues, llamarse Diabólicas sin habérselo robado a nadie. Se ha querido hacer un pequeño Museo de estas Damas, a la espera de hacer el Museo, todavía más pequeño, de las Damas que les hacen pareja y contraste en la sociedad, pues todas las cosas son dobles. El Arte tiene dos lóbulos, como el cerebro. La Naturaleza se parece a esas mujeres que tienen un ojo azul y un ojo negro. He aquí el ojo negro, dibujado con tinta... de la PEQUEÑA VIRTUD. ¡Oh! ¡De la más pequeña que se haya podido encontrar!

Quizá se dé el ojo azul más adelante, si se encuentra bastante azul, puro. Pero ¿lo hay?

En ese caso, después de las DIABÓLICAS vendrían las CELESTES.

Finales de 1870. Diciembre. J. B. d'A.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

¡Aquí están las seis primeras!

Si el público muerde el anzuelo y las encuentra de su gusto, se publicarán próximamente las otras seis; pues son doce, como una docena de melocotones, —íasas pecadoras!

Por supuesto que, con su título de Diabólicas, no pretenden ser un libro de oraciones ni de Imitación cristiana... Sin embargo, fueron escritas por un moralista cristiano, que eso sí se precia de una observación verdadera, aunque muy osada, y que cree —es su poética, la suya propia— que los pintores poderosos pueden pintarlo todo y que su pintura es siempre bastante moral cuando es trágica y da horror de las cosas que retrata. No hay nada inmoral salvo los Impasibles y los Socarrones. Ahora bien, el autor de esto, que cree en el Diablo y en sus influencias en el mundo, no se ríe de ello, y no las cuenta a las almas puras sino para espantarlas con ellas.

Cuando se hayan leído estas Diabólicas, no creo que haya nadie dispuesto a repetirlas de hecho, y toda la moralidad de un libro está ahí...

Dicho esto en honor de la cosa, otra pregunta. ¿Por qué le ha dado el autor a estas pequeñas tragedias domésticas ese nombre tan sonoro —acaso demasiado— de Diabólicas?... ¿Es por las historias mismas que aquí se cuentan? ¿O por las mujeres de esas historias?...

Estas historias son, por desgracia, verdaderas. Nada de ellas ha sido inventado. No se ha dado el nombre de los personajes: ieso es todo! Se los ha enmascarado, y se ha descosido la marca de su ropa. «El alfabeto me pertenece», decía Casanova, cuando le reprochaban no llevar su propio nombre. El alfabeto de los novelistas es la vida de todos los que tuvieron pasiones y aventuras, y no se trata sino de combinar, con la discreción de un arte profundo, las letras de ese alfabeto. Por lo demás, pese a lo vivo de estas historias de precauciones necesarias, habrá sin duda cabezas vivas, exaltadas por este título de Diabólicas, que no las encontrarán tan diabólicas como parecen jactarse de serlo. Esperarán invenciones, complicaciones, rebuscamientos, refinamientos, todo el aparato del melodrama moderno, que se cuele por todas partes, hasta en la novela. ¡Se equivocarán, esas almas encantadoras!... Las Diabólicas no son diablerías: son Diabólicas, —¡historias reales de este tiempo de progreso y de una civilización tan deliciosa y tan divina que, cuando uno se atreve a escribirlas, siempre parece que haya sido el Diablo quien las dictó!... El Diablo es como Dios. El Maniqueísmo, que fue la fuente de las grandes herejías de la Edad Media, el Maniqueísmo no es tan necio. Malebranche decía que Dios se reconocía por el empleo de los medios más sencillos. El Diablo también.

En cuanto a las mujeres de estas historias, ¿por qué no habrían de ser las DIABÓLICAS? ¿No tienen suficiente diabolismo en su persona para merecer ese dulce nombre? ¡Diabólicas! No hay una sola aquí que no lo sea en algún grado. No hay una sola a quien se le pueda decir en serio la palabra «¡Mi ángel!» sin exagerar. ¡Como el Diablo, que también era un ángel, pero que cayó —si son ángeles, es como él— con la cabeza abajo y el... resto, arriba! No hay una aquí que sea pura, virtuosa, inocente. Aparte incluso de los monstruos, presentan un efectivo de buenos sentimientos y de moralidad bien poco considerable. Podrían, pues, llamarse también «las Diabólicas», sin habérselo robado a nadie... Se ha querido hacer un pequeño museo de estas damas, —a la espera de hacer el museo, todavía más pequeño, de las damas que les hacen pareja y contraste en la

sociedad, pues itodas las cosas son dobles! El arte tiene dos lóbulos, como el cerebro. La naturaleza se parece a esas mujeres que tienen un ojo azul y un ojo negro. He aquí el ojo negro dibujado con tinta, —con la tinta de la pequeña virtud.

Quizá se dé el ojo azul más adelante. Después de las DIABÓLICAS, las CELESTES... si se encuentra bastante azul puro... Pero ¿lo hay?

Jules BARBEY D'AUREVILLY. París, 1 de mayo de 1874.

EL TELÓN CARMESÍ

Really.

Hace ya un número terrible de años, yo me encaminaba a cazar aves acuáticas en las marismas del Oeste —y como no había entonces ferrocarriles en la comarca por la que debía viajar, tomaba la diligencia de *** que pasaba por la pata de ganso del castillo de Rueil y que, en aquel momento, no llevaba en su berlina más que una sola persona. Esta persona, muy notable en todos los aspectos, y a quien conocía de haberla tratado mucho en sociedad, era un hombre a quien pediré permiso para llamar el vizconde de Brassard. ¡Precaución probablemente inútil! Las pocas centenas de personas que se llaman a sí mismas el mundo en París son bien capaces de poner aquí su verdadero nombre... Eran alrededor de las cinco de la tarde. El sol iluminaba con sus fuegos apaciguados una ruta polvorienta, bordeada de álamos y praderas, por la que nos lanzamos al galope de cuatro vigorosos caballos cuyas ancas musculosas veíamos alzarse pesadamente a cada golpe de látigo del postillón —idel postillón, imagen de la vida, que siempre hace restallar demasiado su látigo al partir!

El vizconde de Brassard se encontraba en ese instante de la existencia en que ya apenas se hace restallar el propio... Mas es uno de esos temperamentos dignos de ser ingleses (fue educado en Inglaterra), que, heridos de muerte, nunca lo reconocerían y morirían sosteniendo que viven. Se tiene en sociedad, e incluso en los libros, la costumbre de burlarse de las pretensiones a la juventud de quienes han rebasado esa edad dichosa de la inexperiencia y la

necedad, y se tiene razón, cuando la forma de tales pretensiones es ridícula; pero cuando no lo es —cuando, al contrario, es imponente como la altivez que no quiere decaer y que la inspira, no digo que no sea una insensatez, pues es inútil, ipero es tan hermoso como tantas cosas insensatas!... Si el sentimiento de la Guardia que muere y no se rinde es heroico en Waterloo, no lo es menos frente a la vejez, que no tiene, para herirnos, la poesía de las bayonetas. Ahora bien, para ciertas cabezas construidas de cierta manera militar, no rendirse jamás es, a propósito de todo, siempre la única cuestión, como en Waterloo!

El vizconde de Brassard, que no se ha rendido (aún vive, y diré cómo, más adelante, pues vale la pena saberlo), el vizconde de Brassard era, pues, en el instante en que yo subía a la diligencia de ***, lo que el mundo, feroz como una mujer joven, llama sin miramientos «un viejo bello». Es cierto que para quien no se paga de palabras ni de cifras en esa cuestión de la edad, donde nunca se tiene más que la que se aparenta, el vizconde de Brassard podía pasar por «un bello» a secas. Al menos, en aquella época, la marquesa de V..., que entendía de jóvenes y que habría esquilado a una docena de ellos, como Dalila esquiló a Sansón, lucía con bastante fausto, sobre fondo azul, en un brazalete muy ancho, a cuadros, oro y negro, un retazo del bigote del vizconde que el diablo había enrojecido aún más que el tiempo... Eso sí, viejo o no, no pongáis bajo esa expresión de «bello», que ha hecho el mundo, nada de lo frívolo, lo menguado y lo exiguo que él le atribuye, porque no tendríais una noción justa de mi vizconde de Brassard, en quien, espíritu, modales, fisonomía, todo era amplio, abundante, opulento, lleno de lentitud patricia, como convenía al más magnífico dandi que yo haya conocido, iyo que vi enloquecer a Brummel y morir a d'Orsay!

Era, en efecto, un dandi el vizconde de Brassard. De haberlo sido menos, se habría convertido sin duda en mariscal de Francia. Había sido desde su juventud uno de los oficiales más brillantes del fin del primer Imperio. He oído decir, muchas veces, a sus camaradas de regimiento, que se distinguía por una bravura al modo de Murat,

complicada de Marmont. Con eso —y con una cabeza muy cuadrada y muy fría cuando el tambor no batía—, habría podido, en muy poco tiempo, lanzarse a los primeros rangos de la jerarquía militar; pero ¡el dandismo!... Si se combina el dandismo con las cualidades que hacen al oficial: el sentimiento de la disciplina, la regularidad en el servicio, etc., etc., se verá lo que queda del oficial en la combinación, ¡y si no salta como un polvorín! Para que en veinte instantes de su vida el oficial de Brassard no hubiese saltado, fue porque, como todos los dandis, era afortunado. Mazarino lo habría empleado —sus sobrinas también, pero por otra razón—: era soberbio.

Había tenido esa belleza necesaria al soldado más que a nadie, pues no hay juventud sin belleza, ¡y el ejército es la juventud de Francia! Esta belleza, por lo demás, que no seduce solo a las mujeres sino a las propias circunstancias —esas bribónas—, no había sido la única protección que se hubiese extendido sobre la cabeza del capitán de Brassard. Era, creo, de raza normanda, de la raza de Guillermo el Conquistador, y había, según se decía, conquistado mucho... Tras la abdicación del Emperador, pasó naturalmente a los Borbones, y durante los Cien Días permaneció sobrenaturalmente fiel a ellos. Así, cuando los Borbones regresaron por segunda vez, el vizconde fue armado caballero de Saint-Louis por la propia mano de Carlos X (entonces MONSIEUR). Durante todo el tiempo de la Restauración, el bello de Brassard no montaba una sola vez la guardia en las Tullerías sin que la duquesa de Angulema le dirigiese, al pasar, algunas palabras amables. Ella, en quien la desgracia había matado la gracia, sabía encontrarla de nuevo para él. El ministro, viendo ese favor, habría hecho todo por el ascenso del hombre a quien Madame distinguía así; pero, con la mejor voluntad del mundo, ¿qué hacer con ese dandi furioso que —un día de revista— había desenvainado la espada, en el frente de banderas de su regimiento, contra su inspector general, por una observación de servicio?... Bastaba con salvarle del consejo de guerra. Ese desdén despreocupado por la disciplina, el vizconde de Brassard lo había llevado a todas partes. Salvo en campaña, donde el oficial recobraba toda su entidad, nunca se había sometido a las obligaciones

militares. Múltiples veces se le había visto, por ejemplo, arriesgando que le impusieran arrestos indefinidamente prolongados, abandonar furtivamente su guarnición para ir a divertirse en una ciudad vecina y no regresar sino los días de parada o de revista, avisado por algún soldado que le quería, pues si sus superiores no tenían especial interés en tener bajo sus órdenes a un hombre cuya naturaleza repugnaba a toda especie de disciplina y de rutina, sus soldados, en cambio, le adoraban. Era excelente con ellos. No les exigía nada salvo ser muy valientes, muy pundonorosos y muy coquetos, realizando en fin el tipo del antiguo soldado francés, del que *La Licencia de las Diez* y tres o cuatro viejas canciones, que son obras maestras, nos han conservado una imagen tan exacta y tan encantadora. Los empujaba quizá un poco demasiado al duelo, pero pretendía que era el mejor medio que conocía de desarrollar en ellos el espíritu militar. —Yo no soy un gobierno —decía—, y no tengo condecoraciones que darles cuando pelean con bravura entre ellos; pero las condecoraciones de las que soy gran maestro (era muy rico de fortuna personal), son guantes, correaes de repuesto y todo lo que pueda acicalarlos, sin que la ordenanza se oponga. Así, la compañía que mandaba eclipsaba, por la brillantez del uniforme, a todas las demás compañías de granaderos de los regimientos de la Guardia, ya tan brillante de por sí. De este modo exaltaba hasta el exceso la personalidad del soldado, siempre pronta en Francia a la fatuidad y a la coquetería, esas dos provocaciones permanentes, una por el tono que adopta, la otra por la envidia que excita. Se comprenderá, después de esto, que las otras compañías de su regimiento envidiaran a la suya. Se habrían batido por entrar en aquélla, y batido de nuevo por no salir de ella.

Tal había sido, bajo la Restauración, la posición del todo excepcional del capitán vizconde de Brassard. Y como no había entonces, cada mañana, como bajo el Imperio, el recurso del heroísmo en acción que todo lo perdona, nadie habría podido ciertamente prever o adivinar cuánto tiempo habría durado esa martingala de insubordinación que asombraba a sus camaradas, y que jugaba contra sus superiores con la misma audacia con que

habría jugado su vida de haber ido al fuego, cuando la revolución de 1830 les quitó, a éstos, si es que la tenían, la preocupación, y a él, el imprudente capitán, la humillación de una destitución que le amenazaba cada día con más fuerza. Herido gravemente en los Tres Días, había desdeñado tomar servicio bajo la nueva dinastía de los Orléans, a quienes despreciaba. Cuando la revolución de Julio los hizo dueños de un país que no supieron conservar, había encontrado al capitán en su cama, enfermo de una herida que se había hecho en el pie bailando —como habría cargado— en el último baile de la duquesa de Berry. —Pero al primer redoble de tambor, no por ello había dejado de levantarse para reunirse con su compañía, y como no le era posible ponerse botas, a causa de su herida, se encaminó hacia la revuelta como se habría encaminado al baile, en zapatillas de charol y con medias de seda, y fue así como tomó la cabeza de sus granaderos en la plaza de la Bastilla, encargado de barrer en toda su longitud el bulevar. París, donde las barricadas aún no estaban levantadas, ofrecía un aspecto siniestro y temible. Estaba desierto. El sol caía a plomo, como una primera lluvia de fuego que otra debía seguir, pues todas esas ventanas, enmascaradas por sus persianas, iban, de un momento a otro, a escupir la muerte... El capitán de Brassard colocó a sus soldados en dos filas, a lo largo y lo más cerca posible de las casas, de manera que cada fila de soldados no quedara expuesta más que a los disparos que le vinieran de frente —y él, más dandi que nunca, tomó el centro de la calzada. Apuntado por ambos lados por miles de fusiles, pistolas y carabinas, desde la Bastilla hasta la calle de Richelieu, no había sido alcanzado, a pesar de la anchura de un pecho del que quizá estaba un poco demasiado orgulloso, pues el capitán de Brassard sacaba pecho bajo el fuego, como una bella mujer en el baile que quiere realzar su escote, cuando, llegado ante el Frascati, en el ángulo de la calle de Richelieu, y en el momento en que ordenaba a su tropa que se agrupara detrás de él para tomar la primera barricada que encontró levantada en su camino, recibió una bala en su magnífico pecho, doblemente provocador, por su anchura y por los largos brandeburgos de plata que centellaban de un hombro al otro, y tuvo el brazo roto por una piedra —lo que no le impidió tomar la

barricada y llegar hasta la Magdalena al frente de sus hombres entusiasmados. Allí, dos mujeres en calesa que huían del París insurgente, al ver a un oficial de la Guardia herido, cubierto de sangre y tendido sobre los bloques de piedra que rodeaban, en aquella época, la iglesia de la Magdalena en la que aún se trabajaba, pusieron su carruaje a su disposición, y él se hizo llevar por ellas al Gros-Caillou, donde se hallaba entonces el mariscal de Ragusa, a quien le dijo militarmente: —Mariscal, acaso me queden dos horas de vida; pero durante esas dos horas, ipóngame donde quiera! Sólo que se equivocaba... Le quedaban más de dos horas. La bala que lo había atravesado no le mató. Fue más de quince años después cuando le había conocido, y él pretendía entonces, en menosprecio de la medicina y de su médico, que le había prohibido expresamente beber durante todo el tiempo que duró la fiebre de su herida, que solo se había salvado de una muerte segura bebiendo vino de Burdeos.

¡Y bebiéndolo como lo bebía! pues, dandi en todo, lo era en su manera de beber como en todo lo demás... bebía como un polaco. Se había mandado fabricar un espléndido vaso de cristal de Bohemia que medía, ¡que Dios me condene!, una botella de burdeos entera, ¡y se la bebía de un tirón! Añadía incluso, después de beber, que hacía todo en esas proporciones, ¡y era verdad! Pero en un tiempo en que la fuerza, bajo todas sus formas, no cesa de menguar, se pensará quizá que no hay motivo para envanecerse. Lo estaba a la manera de Bassompierre, y aguantaba el vino como él. Le vi apurar doce veces su vaso de Bohemia, ¡y ni se le notaba! Le vi también con frecuencia en esas comidas que las gentes decentes llaman «orgías», y jamás rebasaba, después de las más ardientes libaciones, ese matiz de embriaguez que él llamaba, con una gracia ligeramente soldadesca, «estar un poco pompette», haciendo el gesto militar de ponerse un pompón en el gorro. Yo, que quisiera haceros comprender bien qué clase de hombre era, en aras de la historia que va a seguir, ¿por qué no habría de deciros que le conocí siete queridas, en firme, a la vez, a ese buen braguard del siglo XIX, como lo habría llamado el XVI en su pintoresca lengua? Las llamaba

poéticamente «las siete cuerdas de su lira», ¡y desde luego no apruebo esa manera musical y ligera de hablar de la propia inmoralidad! Pero ¿qué queréis? Si el capitán vizconde de Brassard no hubiese sido todo lo que acabo de tener el honor de deciros, mi historia sería menos picante, y probablemente no habría pensado en contárosla.

Es cierto que no esperaba en absoluto encontrarle allí cuando subí a la diligencia de *** en la pata de ganso del castillo de Rueil. Hacía mucho que no nos veíamos, y me dio placer encontrar, con la perspectiva de pasar algunas horas juntos, a un hombre que seguía siendo de nuestros días y que ya difería tanto de los hombres de nuestros días. El vizconde de Brassard, que habría podido entrar en la armadura de Francisco I y moverse en ella con tanta soltura como en su esbelto frac azul de oficial de la Guardia Real, no se parecía, ni por el porte ni por las proporciones, a los jóvenes más celebrados del presente. ¡Ese sol poniente de una elegancia grandiosa y tan largamente radiante habría hecho parecer muy raquítricos y muy pálidos a todos esos pequeños cuartos crecientes de la moda que se alzan ahora en el horizonte! Bello con la belleza del emperador Nicolás, a quien recordaba por el torso, aunque menos ideal de rostro y menos griego de perfil, llevaba una barba corta, que seguía siendo negra, al igual que sus cabellos, por un misterio de organización o de tocador... impenetrable, y esa barba invadía muy arriba sus mejillas, de un colorido animado y varonil. Bajo una frente de la más alta nobleza —una frente abombada, sin ninguna arruga, blanca como el brazo de una mujer—, y que el gorro de pelo del granadero, que hace caer los cabellos, como el casco, al dejar un poco desprovisto el vértice, había vuelto más vasta y más altiva, el vizconde de Brassard ocultaba casi, tan hundidos estaban bajo el arco superciliar, dos ojos centelleantes, de un azul muy oscuro, ¡pero muy brillantes en su hondura y allí punzantes como dos zafiros tallados en punta! Esos ojos no se tomaban la molestia de escudriñar, y penetraban. Nos dimos la mano y conversamos. El capitán de Brassard hablaba lentamente, con una voz vibrante que uno sentía capaz de llenar un Campo de Marte con su mando.

Educado desde su infancia, como ya os he dicho, en Inglaterra, pensaba quizá en inglés; pero esa lentitud, sin embarazo por lo demás, daba un giro muy particular a cuanto decía, e incluso a su chanza, pues el capitán gustaba de la chanza, y la gustaba incluso algo subida de tono. Tenía lo que se llama el dicho vivo. El capitán de Brassard iba siempre demasiado lejos, decía la condesa de F..., esa linda viuda que desde su viudedad solo lleva tres colores: el negro, el violeta y el blanco. Era preciso que lo encontraran de muy buena compañía para que no lo encontraran a menudo de mala. ¡Pero cuando realmente se es de ella, ya sabéis que en el faubourg Saint-Germain todo se perdona!

Una de las ventajas de la conversación en coche es que puede cesar cuando ya no hay nada que decirse, y ello sin incomodidad para nadie. En un salón, no se tiene esa libertad. La cortesía impone hablar de todas formas, y se es castigado a menudo por esa inocente hipocresía con el vacío y el tedio de esas conversaciones en que los necios, incluso los natos silenciosos (que los hay), se esfuerzan y se estiran para decir algo y ser amables. En la diligencia pública, cada cual está en su casa tanto como en la de los demás — y se puede sin inconveniencia recogerse en el silencio que agrada y hacer suceder a la conversación el ensueño... Por desgracia, los azares de la vida son atrozmente insulsos, y antaño (porque ya es antaño) se subía veinte veces a la diligencia pública —como hoy se sube veinte veces al vagón— sin encontrar un conversador animado e interesante... El vizconde de Brassard intercambió primero conmigo algunas ideas que habían suscitado los accidentes del camino, los detalles del paisaje y algunos recuerdos del mundo en que nos habíamos encontrado en otros tiempos —; luego, el día que declinaba vertió en nosotros su silencio en su crepúsculo. La noche, que en otoño parece caer a plomo del cielo, itan deprisa viene!, nos asió con su frescor, y nos envolvimos en nuestros capotes, buscando con la sien el duro rincón que es la almohada de quienes viajan. No sé si mi compañero se durmió en su ángulo de berlina; pero yo permanecí despierto en el mío. Estaba tan hastiado de la ruta que hacíamos y que había hecho tantas veces, que apenas me fijaba en

los objetos exteriores, que desaparecían en el movimiento del coche y que parecían correr en la noche, en sentido opuesto al que nosotros corríamos. Atravesamos varias ciudades pequeñas, esparcidas aquí y allá por esa larga ruta que los postillones seguían llamando un gallardo cordón de coleta, en recuerdo de la suya, aunque hacía ya mucho tiempo que la llevaban cortada. La noche se volvió negra como un horno apagado —, y en esa oscuridad, esas ciudades desconocidas por las que pasábamos tenían extrañas fisonomías y daban la ilusión de que estábamos en el extremo del mundo... Esas clases de sensaciones que anoto aquí, como el recuerdo de las últimas impresiones de un estado de cosas desaparecido, ya no existen y no volverán jamás para nadie. Ahora, los ferrocarriles, con sus estaciones a la entrada de las ciudades, no permiten ya al viajero abarcar, en una rápida ojeada, el panorama fugitivo de sus calles, al galope de los caballos de una diligencia que va, de un momento a otro, a mudar tiro para partir de nuevo. En la mayoría de esas ciudades pequeñas que atravesamos, los faroles, ese lujo tardío, eran escasos, y se veía ciertamente mucho menos que en las rutas que acabábamos de dejar. Allí, al menos, el cielo tenía su anchura, y la grandeza del espacio hacía una vaga claridad, mientras que aquí la proximidad de las casas que parecían besarse, sus sombras proyectadas en esas calles estrechas, el poco cielo y las pocas estrellas que se divisaban entre las dos hileras de tejados, todo añadía al misterio de esas ciudades dormidas, donde el único hombre que se encontraba era —a la puerta de alguna posada— un mozo de cuadra con su linterna, que traía los caballos de relevo y que abrochaba las hebillas de su arnés, silbando o jurando contra sus caballos recalcitrantes o demasiado vivos... Fuera de eso y la eterna interpelación, siempre la misma, de algún viajero aturdido de sueño, que bajaba un cristal y gritaba en la noche, vuelta más sonora a fuerza de silencio: —¿Dónde estamos, postillón?..., nada vivo se oía ni se veía en torno y dentro de ese coche lleno de gentes que dormían, en esa ciudad dormida, donde quizá algún soñador, como yo, buscaba, a través del cristal de su compartimento, distinguir la fachada de las casas difuminadas por la noche, o suspendía la mirada y el pensamiento en alguna ventana aún

iluminada a esa hora avanzada, en esas ciudades pequeñas de costumbres regladas y sencillas, para quienes la noche estaba hecha sobre todo para dormir. La vigilia de un ser humano —aunque solo fuera un centinela—, cuando todos los demás seres están sumidos en ese sopor que es el sopor de la animalidad fatigada, tiene siempre algo de imponente. Pero la ignorancia de lo que hace velar tras una ventana con las cortinas bajadas, donde la luz indica la vida y el pensamiento, añade la poesía del sueño a la poesía de la realidad. Al menos, en lo que a mí respecta, nunca he podido ver una ventana —iluminada de noche— en una ciudad acostada por la que pasaba —sin colgar de ese marco de luz un mundo de pensamientos—, sin imaginar detrás de esas cortinas intimidades y dramas... Y ahora, sí, al cabo de tantos años, tengo aún en la cabeza esas ventanas que han permanecido allí eternamente y melancólicamente luminosas, y que me hacen decir a menudo, cuando al pensarlo las vuelvo a ver en mis ensoñaciones:

«¿Qué había detrás de esas cortinas?»

¡Pues bien! Una de las que más me han permanecido en la memoria (pero ahora comprenderéis la razón) es una ventana de una de las calles de la ciudad de ***, por la que pasábamos esa noche. Estaba a tres casas —ved si mi recuerdo es preciso— más arriba del hotel frente al cual mudábamos tiro; pero esa ventana, tuve el ocio de contemplarla más tiempo del que dura un simple cambio de tiro. Un accidente acababa de ocurrirle a una de las ruedas de nuestro coche, y se había enviado a buscar al carretero que fue preciso despertar. Ahora bien, despertar a un carretero en una ciudad de provincias dormida, y hacerle levantar para apretar un perno a una diligencia que no tenía competencia en esa línea, no era un asunto de pocos minutos... Que si el carretero estaba tan dormido en su cama como uno estaba en nuestro coche, no debía ser fácil despertarlo... Desde mi berlina oía a través del tabique los ronquidos de los viajeros del interior, y ni uno solo de los viajeros de la imperial, que, como es sabido, tienen la manía de bajar siempre que la diligencia se detiene, probablemente (pues la vanidad se cuela en todas partes en Francia, incluso en la imperial de los

coches) para mostrar su habilidad al volver a subir, había bajado... Es cierto que el hotel ante el que nos habíamos detenido estaba cerrado. No se cenaba allí. Se había cenado en el relevo anterior. El hotel dormitaba, como nosotros. Nada en él traicionaba la vida. Ningún ruido turbaba su profundo silencio... salvo el golpe de escoba, monótono y cansado, de alguien (hombre o mujer... no se sabía; hacía demasiada oscuridad para distinguirlo bien) que barría entonces el gran patio de ese hotel mudo, cuya puerta cochera permanecía habitualmente abierta. Ese golpe de escoba perezoso, sobre el empedrado, tenía también el aire de dormir, o al menos de tener un endemoniado deseo de hacerlo! La fachada del hotel era negra como las demás casas de la calle, donde no había luz más que en una sola ventana... esa ventana que precisamente me llevé en la memoria y ique tengo allí, siempre, bajo la frente!... La casa en la que no podía decirse que esa luz brillase, pues estaba tamizada por un doble cortinaje carmesí a través de cuyo espesor la atravesaba misteriosamente, era una casa grande que no tenía más que un piso —pero situado muy en alto...

—¡Es curioso! —dijo el conde de Brassard, como si hablara consigo mismo—, ¡se diría que sigue siendo la misma cortina!

Me volví hacia él, como si hubiera podido verlo en nuestro oscuro compartimento de coche; pero la linterna, colocada bajo el asiento del cochero y destinada a alumbrar a los caballos y el camino, acababa justamente de apagarse... Yo creía que dormía, y no dormía, y le había impresionado como a mí el aire que tenía aquella ventana; pero, más avezado que yo, ¡él sabía por qué le impresionaba!

Ahora bien, el tono con que dijo aquello —¡una cosa de tal sencillez!— era tan poco propio de la voz de mi dicho vizconde de Brassard, y me sorprendió tanto, que quise salir de dudas de la curiosidad que me entró de pronto de verle el rostro, y encendí una cerilla como si hubiera querido prender mi cigarro. El resplandor azulado de la cerilla cortó la oscuridad.

Estaba pálido, no como un muerto..., sino como la Muerte misma.

¿Por qué palidecía?... Aquella ventana, de aspecto tan particular, aquella reflexión y aquella palidez de un hombre que muy rara vez palidecía, pues era sanguíneo, y la emoción, cuando se emocionaba, debía de enrojecerle hasta el cráneo; el estremecimiento que sentí correr por los músculos de su poderoso bíceps, que rozaba entonces mi brazo en el apretujamiento del coche, todo aquello me produjo el efecto de ocultar algo... que yo, el cazador de historias, quizá pudiera averiguar sabiéndome manejar.

—Conque también miraba usted esa ventana, capitán, ¿y hasta la reconocía? —le dije con ese tono displicente que parece no interesarse en absoluto por la respuesta y que es la hipocresía de la curiosidad.

—¡Pardiez! ¡Si la reconozco! —repuso con su voz de siempre, ricamente timbrada y que recalcaba las palabras.

La calma había vuelto ya a aquel dandi, el más cuadrado y el más majestuoso de los dandis, los cuales —¡ya lo sabe usted!— desprecian toda emoción como inferior, y no creen, como ese necio de Goethe, que el asombro pueda ser jamás una posición honrosa para el espíritu humano.

—No paso por aquí a menudo —prosiguió pues, muy tranquilamente, el vizconde de Brassard—, e incluso evito pasar. Pero hay cosas que no se olvidan. No hay muchas, pero las hay. Yo conozco tres: el primer uniforme que uno se puso, la primera batalla en que uno entró, y la primera mujer que uno tuvo. ¡Pues bien!, para mí, esa ventana es la cuarta cosa que no puedo olvidar.

Se detuvo, bajó el cristal que tenía delante... ¿Sería para ver mejor aquella ventana de la que me hablaba?... El conductor había ido a buscar al carretero y no volvía. Los caballos de refresco, con retraso, aún no habían llegado de la posta. Los que nos habían arrastrado, inmóviles de fatiga, agotados, sin desenganchar, la cabeza colgando entre las patas, ni siquiera daban sobre el empedrado silencioso la cox de la impaciencia, soñando con su cuadra. Nuestra diligencia dormida parecía un coche encantado,

petrificado por la varita de las hadas, en alguna encrucijada de claro del bosque, en la selva de la Bella Durmiente.

—El caso es —dije— que, para un hombre de imaginación, esa ventana tiene fisonomía.

—No sé lo que tiene para usted —repuso el vizconde de Brassard—, pero sé lo que tiene para mí. Es la ventana del cuarto que fue mi primer cuarto de guarnición. Habité allí... ¡Diablos! ¡hace ahora treinta y cinco años!, detrás de esa cortina... que parece no haber sido cambiada en tantos años, y que encuentro iluminada, absolutamente iluminada, como lo estaba cuando...

Se detuvo otra vez, reprimiendo su pensamiento; pero yo tenía empeño en hacerlo salir.

—¿Cuando estudiaba usted su táctica, capitán, en sus primeras veladas de subteniente?

—Me hace usted demasiado honor —respondió—. Era, es verdad, subteniente en aquel entonces, pero las noches que pasaba en vela no las pasaba en mi táctica, y si tenía mi lámpara encendida, a horas tan intempestivas, como dice la gente formal, no era para leer al mariscal de Sajonia.

—Pero —dije, presto como un golpe de raqueta— ¿acaso no era, con todo, para imitarlo?

Me devolvió el volante.

—¡Oh! —dijo—, no era entonces cuando imitaba al mariscal de Sajonia, como usted lo entiende... Eso fue mucho más tarde. Entonces no era más que un chiquillo de subteniente, muy planchado en sus uniformes, pero muy torpe y muy tímido con las mujeres, aunque ellas nunca quisieran creerlo, probablemente a causa de mi diablo de cara..., jamás saqué con ellas provecho de mi timidez. Además, no tenía sino diecisiete años en aquel buen tiempo. Salía de la Escuela Militar. Se salía de ella a la edad a la que usted entra ahora, pues si el Emperador, ese terrible consumidor de

hombres, hubiera durado, habría acabado por tener soldados de doce años, como los sultanes de Asia tienen odaliscas de nueve.

«Si se pone a hablar del Emperador y de las odaliscas —pensé—, no sabré nada.»

—Y sin embargo, vizconde —repliqué—, apostaría a que no ha conservado usted tan presente el recuerdo de esa ventana, que reluce allá arriba, sino porque hubo para usted una mujer detrás de su cortina!

—Y ganaría usted su apuesta, señor —dijo gravemente.

—¡Ah! ¡Pardiez! —repuse—, ¡bien seguro estaba de ello! Para un hombre como usted, en una pequeña ciudad de provincias por la que quizá no haya pasado diez veces desde su primera guarnición, solo un asedio que allí hubiera sostenido, o alguna mujer que allí hubiera tomado por escaló, puede consagrarle tan vivamente la ventana de una casa que hoy vuelve a encontrar iluminada de cierta manera, ¡en la oscuridad!

—No sostuve allí, sin embargo, ningún asedio... al menos militarmente —respondió, siempre grave; pero estar grave era a menudo su modo de bromear—, y, por otro lado, cuando una se rinde tan pronto, ¿puede la cosa llamarse un asedio?... Pero en cuanto a tomar a una mujer con escaló o sin él, ya se lo he dicho, en aquel tiempo era yo perfectamente incapaz de ello... Así que no fue una mujer la que fue tomada aquí: ¡fui yo!

Le hice una reverencia; ¿la vería en aquel cupé sombrío?

—Se tomó Berg-op-Zoom —le dije.

—Y los subtenientes de diecisiete años —añadió— ¡no suelen ser Berg-op-Zoom de cordura y de continencia inexpugnables!

—Así pues —dije alegremente—, otra señora o señorita Putifar...

—Era una señorita —interrumpió con una bonachonería bastante cómica.

—¡Para añadir al montón de todas las demás, capitán! Solo que, aquí, el José era militar... un José que no habrá huido...

—Que huyó perfectamente, al contrario —repuso, con la mayor sangre fría—, ¡aunque demasiado tarde y con un miedo!!!... Con un miedo que me hace comprender la frase del mariscal Ney que oí con mis propios oídos y que, viniendo de semejante hombre, me alivió, lo confieso, un poco: «¡Bien quisiera yo saber quién es el hijo de p... (soltó la palabra entera) que dice no haber tenido miedo nunca!...»

—¡Una historia en la que usted tuvo esa sensación debe de ser endiabladamente interesante, capitán!

—¡Pardiez! —dijo bruscamente—, bien puedo, si le pica la curiosidad, contársela, esta historia, que fue un suceso que mordió mi vida como un ácido muerde el acero, y que marcó para siempre con una mancha negra todos mis placeres de calavera... ¡Ah! ¡No siempre es un provecho ser un calavera! —añadió, con una melancolía que me sorprendió en aquel mocetón formidable que yo creía forrado de cobre como un bergantín griego.

Y subió el cristal que había bajado, ya fuera porque temiese que los sonos de su voz se escaparan por allí y se oyera, desde fuera, lo que iba a contar, aunque no hubiese nadie en torno a aquel coche, inmóvil y como abandonado; ya fuera porque aquel regular golpe de escoba, que iba y venía, y que raspaba con tanta pesadez el empedrado del gran patio de la posada, le pareciera un acompañamiento importuno de su historia; y le escuché, atento a su sola voz, a los menores matices de su voz, puesto que no podía ver su rostro en aquel negro compartimento cerrado, y con los ojos fijos más que nunca en aquella ventana, de la cortina carmesí, que brillaba siempre con la misma fascinante luz, y de la que iba a hablarme:

«Tenía yo, pues, diecisiete años, y salía de la Escuela Militar —prosiguió—. Nombrado subteniente en un simple regimiento de infantería de línea, que aguardaba, con la impaciencia que se tenía en aquel tiempo, la orden de partir hacia Alemania, donde el

Emperador hacía aquella campaña que la historia ha llamado la campaña de 1813, no me tomé más que el tiempo de abrazar a mi anciano padre en el fondo de su provincia, antes de incorporarme, en la ciudad donde nos hallamos esta noche, al batallón del que formaba parte; pues esta menguada ciudad, de unos pocos miles de habitantes a lo sumo, no tenía de guarnición sino nuestros dos primeros batallones... Los otros dos habían sido repartidos por las aldeas vecinas. Usted, que probablemente no ha hecho más que pasar por esta ciudad cuando vuelve a su Oeste, no puede figurarse lo que es —o al menos lo que era hace treinta años— para quien está obligado, como yo lo estaba entonces, a residir en ella. Era, ciertamente, la peor guarnición a la que el azar —que sigo creyendo el diablo, en aquel entonces ministro de la Guerra— podía enviarme para mi debut. ¡Rayos y truenos! ¡Qué sosería! No recuerdo haber pasado en ninguna parte, desde entonces, estancia más hosca y más aburrida. Solo que, con la edad que tenía, y con la primera embriaguez del uniforme —una sensación que usted no conoce, pero que conocen todos los que lo han llevado—, apenas sufría de lo que, más tarde, me habría parecido insoportable. En el fondo, ¿qué me importaba aquella lúgubre ciudad de provincias?... La habitaba, después de todo, mucho menos que mi uniforme, ¡una obra maestra de Thomassin y Pied, que me embelesaba! Aquel uniforme, del que estaba loco, me velaba y me embellecía todas las cosas; ¡y era —esto va a parecerle fuerte, pero es la verdad!— ¡aquel uniforme lo que era, literalmente, mi verdadera guarnición! Cuando me aburría en demasía en aquella ciudad sin movimiento, sin interés y sin vida, me ponía de gran gala —todas las agujetas fuera—, ¡y el aburrimiento huía ante mi corbatín! Era como esas mujeres que no por estar solas y no esperar a nadie dejan de arreglarse. Me vestía... para mí. Gozaba solitariamente de mis charreteras y del fiador de mi sable, brillante al sol, en algún rincón de un paseo desierto donde, hacia las cuatro, tenía costumbre de pasearme, sin buscar a nadie para ser feliz, y tenía allí unos henchimientos en el pecho, tan grandes como, más tarde, en el bulevar de Gante, cuando oía decir a mi espalda, dando el brazo a alguna mujer: "¡Hay que reconocer que ese sí es un gallardo porte de oficial!" No había, por lo demás,

en aquella pequeña ciudad muy poco rica, y que no tenía comercio ni actividad de ninguna clase, sino antiguas familias casi arruinadas, que le hacían el vacío al Emperador, porque no había, según ellas decían, hecho devolver lo robado a los ladrones de la Revolución, y que por esa razón apenas agasajaban a sus oficiales. Así pues, ni reuniones, ni bailes, ni veladas, ni saraos. A lo sumo, el domingo, un pobre trozo de paseo donde, tras la misa de mediodía, cuando hacía buen tiempo, las madres iban a pasear y a exhibir a sus hijas hasta las dos —la hora de Vísperas, que, en cuanto sonaba su primera campanada, arramblaba con todas las faldas y vaciaba aquel desdichado paseo. Aquella misa de mediodía, a la que por lo demás nunca íbamos, la he visto convertirse, bajo la Restauración, en una misa militar a la que el estado mayor de los regimientos estaba obligado a asistir, ¡y era al menos un acontecimiento vivo en aquella nada de guarniciones muertas! Para unos mozos que estábamos, como nosotros, en la edad de la vida en que el amor, la pasión por las mujeres, ocupa un lugar tan grande, aquella misa militar era un recurso. Salvo los que formábamos parte del destacamento de servicio sobre las armas, todo el cuerpo de oficiales se desperdigaba y se colocaba en la iglesia, como le placía, en la nave. Casi siempre nos plantábamos detrás de las mujeres más bonitas que venían a aquella misa, donde estaban seguras de ser miradas, y les procurábamos cuantas distracciones podíamos hablando, entre nosotros, a media voz, de manera que pudieran oírnos, de lo que tenían de más encantador en el rostro o en el porte. ¡Ah! ¡La misa militar! He visto empezar en ella no pocos idilios. He visto meter en los manguitos que las jóvenes dejaban en sus sillas, cuando se arrodillaban junto a sus madres, ¡no pocos billetes amorosos, cuya respuesta nos traían, en los mismos manguitos, el domingo siguiente! Pero, bajo el Emperador, no había misa militar. Ningún medio, por consiguiente, de acercarse a las muchachas de bien de aquella pequeña ciudad, donde no eran para nosotros más que sueños ocultos, más o menos, tras unos velos, ¡entrevistos de lejos! Compensaciones a aquella pérdida seca de la población más interesante de la ciudad de ***, no las había... Los caravasares que usted ya sabe, y de los que no se habla en buena compañía, eran

horrores. Los cafés donde se ahogan tantas nostalgias, en esos ocios terribles de las guarniciones, eran tales que era imposible poner los pies en ellos, por poco que uno respetara sus charreteras... Tampoco había, en aquella pequeña ciudad donde el lujo ha crecido ahora como en todas partes, un solo hotel donde pudiéramos tener una mesa pasable de oficiales, sin que nos robaran como en un bosque, de suerte que muchos de nosotros habíamos renunciado a la vida colectiva y nos habíamos dispersado en pensiones particulares, en casa de burgueses poco ricos, que nos alquilaban los aposentos lo más caros posible, y añadían así algo a la magrura ordinaria de sus mesas y a la medianía de sus rentas.

«Yo era de esos. Uno de mis camaradas que vivía aquí, en la Posta de caballos, donde tenía un cuarto, pues la Posta de caballos estaba en aquel tiempo en esta calle —¡mire!, a unas cuantas puertas detrás de nosotros, y quizá, si fuera de día, vería usted aún en la fachada de esa Posta el viejo sol de oro medio salido de su fondo de albayalde, que hacía de esfera con su inscripción: "¡AL SOL NACIENTE!"—, uno de mis camaradas me había descubierto un aposento en su vecindad; ¡en esa ventana que está encaramada tan alto, y que me da la impresión, esta noche, de ser todavía la mía, como si fuera ayer! Me había dejado alojar por él. Era mayor que yo, llevaba más tiempo en el regimiento, y le gustaba pilotar, en aquellos primeros momentos y aquellos primeros detalles de mi vida de oficial, mi inexperiencia, ¡que era también despreocupación! Ya se lo he dicho: salvo la sensación del uniforme, en la que insisto, porque es también esa una sensación de la que su generación, con congresos de la paz y con payasadas filosóficas y humanitarias, pronto no tendrá ya la menor idea, y la esperanza de oír roncar el cañón en la primera batalla en que había de perder (¡permítame usted esa expresión de soldadesca!) mi virginidad militar, ¡todo me daba igual! No vivía sino en aquellas dos ideas, en la segunda sobre todo, porque era una esperanza, y porque se vive más en la vida que uno no tiene que en la vida que uno tiene. Me quería a mí mismo para mañana, como el avaro, y comprendía muy bien a los devotos que se arreglan en esta tierra como uno se arregla en un

antro de asesinos donde no hay más que pasar una noche. Nada se parece más a un monje que un soldado, ¡y yo era soldado! Así me arreglaba yo con mi guarnición. Fuera de las horas de las comidas, que hacía con las personas que me alquilaban el aposento y de las que le hablaré enseguida, y de las del servicio y las maniobras de cada día, vivía la mayor parte de mi tiempo en mi casa, tendido sobre un diablo de canapé grande de tafilete azul sombrío, cuyo frescor me hacía el efecto de un baño frío después del ejercicio, y no me levantaba de él sino para ir a hacer esgrima y a echar algunas partidas de imperial en casa de mi amigo de enfrente: Louis de Meung, el cual era menos ocioso que yo, pues había recogido, entre las modistillas de la ciudad, a una muchachita bastante bonita, que había tomado por querida y que le servía, decía él, para matar el tiempo... Pero lo que yo conocía de la mujer no me empujaba mucho a imitar a mi amigo Louis. Lo que sabía de ella lo había aprendido vulgarmente, allí donde los alumnos de Saint-Cyr lo aprenden los días de salida... Y además, hay temperamentos que despiertan tarde... ¿No conoció usted a Saint-Rémy, el peor calavera de toda una ciudad célebre por sus calaveras, al que llamábamos "el Minotauro", no por lo de los cuernos, aunque los llevara, puesto que había matado al amante de su mujer, sino por lo del consumo?...»

—Sí, lo conocí —respondí—, pero viejo, incorregible, entregándose cada vez más a la disipación con cada año que le caía encima. ¡Pardiez! ¡Si lo conocí, a ese gran rompe y rasga de Saint-Rémy, como se dice en Brantôme!

—Era, en efecto, un hombre de Brantôme —repuso el vizconde—.

—¡Pues bien! Saint-Rémy, a sus veintisiete años cumplidos, no había tocado todavía ni un vaso ni una falda. ¡Se lo dirá él mismo, si usted quiere! A los veintisiete años era, en materia de mujeres, tan inocente como el niño que acaba de nacer, y aunque ya no mamaba de su nodriza, no había bebido, sin embargo, jamás sino leche y agua.

—¡Bien que recuperó el tiempo perdido! —dije.

—Sí —dijo el vizconde—, ¡y yo también! ¡Pero me costó menos trabajo recuperarlo! Mi primer período de cordura no rebasó apenas el tiempo que pasé en aquella ciudad de ***; y aunque no tuviera allí la virginidad absoluta de que habla Saint-Rémy, vivía, sin embargo, ¡a fe mía!, como un verdadero caballero de Malta, que lo soy, por cierto, desde la cuna... ¿Lo sabía usted? Hasta habría sucedido a un tío mío en su encomienda, de no ser por la Revolución, que abolió la Orden, cuya cinta, con todo lo abolida que estaba, me he permitido a veces llevar. ¡Una fatuidad!

«En cuanto a los huéspedes que me había buscado, alquilándoles su aposento —continuó el vizconde de Brassard—, eran cuanto puede usted imaginar de más burgués. No eran sino dos, el marido y la mujer, ambos entrados en años, sin mal tono, al contrario. En sus relaciones conmigo, tenían incluso esa cortesía que ya no se encuentra, sobre todo en su clase, y que es como el perfume de un tiempo desvanecido. No estaba yo en la edad en que uno observa por observar, y me interesaban demasiado poco para que pensase en penetrar en el pasado de aquellos dos viejos, en cuya vida me mezclaba del modo más superficial dos horas al día —al mediodía y por la tarde— para comer y cenar con ellos. Nada de aquel pasado transpiraba en sus conversaciones delante de mí, conversaciones que de ordinario trotaban sobre las cosas y las personas de la ciudad, que me enseñaban a conocer y de las que hablaban, el marido con una punta de maledicencia alegre, y la mujer, muy piadosa, con más reserva, pero desde luego no con menos placer. Creo, sin embargo, haber oído decir al marido que había viajado en su juventud por cuenta de no sé quién y de no sé qué, y que había vuelto tarde a casarse con su mujer... que lo había esperado. Eran, por lo demás, muy buena gente, de costumbres muy apacibles y de destinos muy tranquilos. La mujer se pasaba la vida tejiendo medias de canalé para su marido, y el marido, chiflado por la música, rascando en su violín la antigua música de Viotti, en un cuartucho de buhardilla encima del mío... Más ricos, quizá lo hubieran sido. Tal vez alguna pérdida de fortuna que querían ocultar los había forzado a tomar en casa un pensionista; pero, como no fuera por el

pensionista, no se advertía. Todo en su vivienda respiraba el desahogo de aquellas casas de antaño, abundantes en ropa blanca que huele bien, en vajilla de plata bien pesada, y cuyos muebles parecen bienes raíces, itan poco afán se pone en renovarlos! Me hallaba a gusto allí. La mesa era buena, y gozaba largamente del permiso de dejarla en cuanto tenía, como decía la vieja Olive que nos servía, "las barbas limpias", lo cual era harto honor llamar "barbas" a los tres pelos de gato del bigote de un chiquillo de subteniente ique no había acabado aún de crecer!

«Llevaba, pues, allí cosa de un semestre, tan tranquilo como mis huéspedes, a quienes jamás había oído decir una sola palabra que tuviera que ver con la existencia de la persona que iba a encontrar en su casa, cuando un día, al bajar a comer a la hora acostumbrada, divisé en un rincón del comedor a una alta persona que, de pie y de puntillas, colgaba por las cintas su sombrero de una percha, como una mujer perfectamente en su casa y que acaba de volver. Arqueada al extremo, como lo estaba para colgar su sombrero de aquella percha situada muy alto, desplegaba el talle soberbio de una bailarina que se echa hacia atrás, y aquel talle estaba prieto (es la palabra, itan ceñida iba!) en el corselete reluciente de un spencer de seda verde con flecos que le caían sobre el vestido blanco, uno de esos vestidos del tiempo de entonces, que apretaban las caderas y que no tenían miedo de mostrarlas, cuando se tenían... Con los brazos todavía en alto, se volvió al oírme entrar, e imprimió a su nuca una torsión que me dejó verle el rostro; pero acabó su movimiento como si yo no hubiera estado allí, miró si las cintas del sombrero no las había arrugado ella al colgarlo, y, hecho aquello lento, atenta y casi impertinentemente, pues, después de todo, allí estaba yo, de pie, aguardando, para saludarla, a que reparara en mí, me hizo al fin el honor de mirarme con dos ojos negros, muy fríos, a los que sus cabellos, cortados a lo Tito y recogidos en bucles sobre la frente, daban esa especie de profundidad que ese peinado da a la mirada... No sabía yo quién podía ser, a aquella hora y en aquel lugar. Nunca había nadie a comer en casa de mis huéspedes... Sin embargo, ella venía probablemente a comer. La mesa estaba puesta,

y había cuatro cubiertos... Pero mi asombro de verla allí fue con mucho superado por el asombro de saber quién era, cuando lo supe... cuando mis dos huéspedes, entrando en la sala, me la presentaron como su hija, que salía de la pensión y que en adelante iba a vivir con ellos.

¡Su hija! ¡Era imposible parecerse menos a la hija de semejante gente que aquella muchacha! No es que las más bellas muchachas del mundo no puedan nacer de toda suerte de personas. He conocido... y usted también, ¿verdad? Fisiológicamente, el ser más feo puede engendrar al ser más bello. Pero ¡ella! Entre ella y ellos mediaba el abismo de una raza... Por lo demás, fisiológicamente — ya que me permito ese gran palabron pedante que es de su tiempo, no del mío—, solo podía uno reparar en ella por el aire que tenía, y que resultaba singular en una muchacha tan joven como ella, pues era una especie de aire impasible harto difícil de caracterizar. De no haberlo tenido, se habría dicho: «¡Vaya una bella muchacha!», y no se habría pensado más en ello que en todas las bellas muchachas que uno encuentra por azar y de quienes dice lo mismo para no volver a pensar en ellas jamás. Pero aquel aire... que la separaba no solo de sus padres, sino de todos los demás, cuyas pasiones y cuyos sentimientos parecía no compartir, le clavaba a uno... de asombro... en el sitio. *La infanta con el perro de aguas*, de Velázquez, podría, si usted la conoce, darle una idea de ese aire, que no era ni altivo, ni despreciativo, ni desdeñoso —¡no!—, sino sencillamente impasible, pues el aire altivo, despreciativo, desdeñoso dice a las personas que existen, ya que uno se toma la molestia de desdeñarlas o de despreciarlas, mientras que aquél decía tranquilamente: «Para mí, vosotros ni siquiera existís.» Confieso que aquella fisonomía me indujo a plantearme, aquel primer día y muchos otros, la pregunta que para mí sigue siendo hoy insoluble: ¿cómo había salido aquella gran muchacha de aquel hombre rechoncho con redingote verdiamarillo y chaleco blanco, que tenía una cara del color de las mermeladas de su mujer, un lobanillo en la nuca que le desbordaba el pañuelo de muselina bordada, y que farfullaba?... Y si el marido no desconcertaba —pues el marido nunca desconcierta en

semejantes cuestiones—, la madre me parecía igualmente imposible de explicar. La señorita Albertina (ése era el nombre de aquella archiduquesa de alcurnia, caída del cielo en casa de aquellos burgueses como si el cielo quisiera burlarse de ellos), la señorita Albertina, a quien sus padres llamaban Alberte para ahorrarse la longitud del nombre, pero que cuadraba perfectamente mejor a su rostro y a toda su persona, no parecía ser más hija del uno que de la otra... En aquella primera cena, como en las que siguieron, me pareció una señorita bien educada, sin afectación, habitualmente silenciosa, que, cuando hablaba, decía en buenos términos lo que tenía que decir, pero que nunca rebasaba aquella línea... Por lo demás, aunque hubiera tenido todo el ingenio que yo ignoraba que poseyese, difícilmente habría encontrado ocasión de mostrarlo en las cenas que hacíamos. La presencia de su hija había modificado necesariamente las habladuras de los dos viejecillos. Habían suprimido los pequeños escándalos de la ciudad. Literalmente, en aquella mesa ya no se hablaba más que de cosas tan interesantes como la lluvia y el buen tiempo. Así pues, la señorita Albertina, o Alberte, que tanto me había impresionado al principio por su aire impasible, no teniéndome absolutamente nada más que ofrecerme, me hastiaba pronto de aquel aire... Si la hubiera encontrado en el mundo para el que yo estaba hecho y en el que debería haberme movido, aquella impavidez me habría picado muy vivamente... Pero, para mí, ella no era una muchacha a la que pudiera hacer la corte... ni siquiera con los ojos. Mi posición respecto de ella, estando yo de huésped en casa de sus padres, era delicada, y cualquier nadería podía malograrla... No estaba ni bastante cerca ni bastante lejos de mí en la vida para poder ser algo para mí... y pronto respondí, de modo natural y sin intención alguna, con la más completa indiferencia a su impasibilidad.

Y esto no se desmintió jamás, ni de su parte ni de la mía. Entre nosotros no hubo sino la más fría cortesía, la más sobria en palabras. Ella no era para mí más que una imagen que apenas llegaba a ver; y yo, para ella, ¿qué era?... En la mesa —único lugar donde nos encontrábamos—, ella miraba más el tapón de la garrafa

o el azucarero que a mi persona... Lo que allí decía, muy correcto, siempre muy bien dicho, pero insignificante, no me proporcionaba ninguna clave del carácter que pudiera tener. Y además, por otra parte, ¿qué me importaba?... Habría pasado toda mi vida sin pensar siquiera en escudriñar a aquella muchacha calma e insolente, con aquel aire tan fuera de lugar de Infanta... Para eso era precisa la circunstancia que paso ahora a contarle, y que me alcanzó como un rayo, como el rayo que cae sin que haya trueno!

Una noche, hacía poco más o menos un mes que la señorita Alberte había vuelto a casa, y nos sentábamos a la mesa para cenar. La tenía a mi lado, y le prestaba tan poca atención que no había reparado todavía en aquel detalle cotidiano que debería haberme llamado la atención: que estuviese a la mesa junto a mí en lugar de estar entre su madre y su padre, cuando, en el momento en que desdoblaba mi servilleta sobre las rodillas... no, ¡jamás podré darle a usted una idea de aquella sensación y de aquel asombro! Sentí una mano que tomaba audazmente la mía por debajo de la mesa. Creí soñar... o más bien no creí nada en absoluto... No tuve sino la increíble sensación de aquella mano audaz, que venía a buscar la mía hasta bajo mi servilleta! ¡Y fue insólito tanto como inesperado! Toda mi sangre, inflamada bajo aquel asimiento, se precipitó de mi corazón hacia aquella mano como atraída por ella, luego remontó furiosamente, como impulsada por una bomba, de vuelta a mi corazón! Vi azul... me zumbaron los oídos. Debí de quedarme de un pálido espantoso. Creí que iba a desmayarme... que iba a disolverme en el inefable deleite causado por la carne compacta de aquella mano, algo grande y fuerte como la de un muchacho, que se había cerrado sobre la mía. Y, como sabe usted, en esa primera edad de la vida el deleite tiene su espanto, hice un movimiento para retirar mi mano de aquella mano alocada que la había apresado; pero ésta, al apretármela entonces con el ascendiente del placer que tenía conciencia de verter en mí, la retuvo con autoridad, vencida como mi voluntad, y en el envolvimiento más cálido, deliciosamente sofocada... Han pasado treinta y cinco años de esto, y me hará usted el honor de creer que mi mano se ha hastiado un tanto del

apretón de la mano de las mujeres; pero sigo teniendo aquí, cuando lo recuerdo, la impresión de aquélla apretando la mía con un despotismo tan insensatamente apasionado! Presa de los mil estremecimientos que aquella envolvente mano disparaba hacia todo mi cuerpo, temía traicionar lo que sentía ante aquel padre y aquella madre, cuya hija, ante sus propios ojos, se atrevía a... Avergonzado, sin embargo, de ser menos hombre que aquella audaz muchacha que se exponía a perderse, y cuyo increíble sangre fría encubría el extravío, me mordí el labio hasta la sangre en un esfuerzo sobrehumano para contener el temblor del deseo, que podía revelarlo todo a aquellos pobres desprevenidos, y fue entonces cuando mis ojos buscaron la otra de aquellas dos manos que yo nunca había advertido, y que, en aquel momento peligroso, giraba fríamente el regulador de una lámpara que acababan de colocar sobre la mesa, pues el día empezaba a caer... La miré... ¡De modo que aquélla era la hermana de la mano que yo sentía penetrando la mía, como un hogar desde el que irradiaban y se extendían a lo largo de mis venas inmensas lenguas de fuego! Aquella mano, algo gruesa, pero de dedos largos y bien torneados, en cuyas yemas la luz de la lámpara, que caía a plomo sobre ella, encendía transparencias rosadas, no temblaba y hacía su pequeño trabajo de ajuste de la lámpara para hacerla funcionar, con una firmeza, una soltura y una graciosa languidez de movimiento incomparables! Sin embargo, no podíamos permanecer así... Necesitábamos las manos para cenar... La de la señorita Alberte soltó pues la mía; pero en el momento en que la soltó, su pie, tan expresivo como su mano, se apoyó con el mismo aplomo, la misma pasión, la misma soberanía sobre mi pie, y permaneció así todo el tiempo que duró aquella cena demasiado breve, que me dio la sensación de uno de esos baños insoportablemente ardientes al principio, pero a los que uno se acostumbra, y en los que uno acaba por encontrarse tan a gusto que fácilmente creería que un día los condenados podrían hallarse fresca y suavemente en las brasas de su infierno, como los peces en su agua!... Le dejo a usted imaginar si comí aquel día, y si me sumé mucho a la charla trivial de mis honrados huéspedes, que no sospechaban, en su placidez, el drama misterioso y terrible que se

desarrollaba entonces bajo la mesa. No se apercibieron de nada; pero podían apercibirse de algo, y positivamente me preocupaba por ellos... por ellos, mucho más que por mí y por ella. Tenía la honradez y la conmiseración de mis diecisiete años... Me decía: —¿Es descarada? ¿Está loca?— Y la miraba de reojo, a aquella loca que no perdía ni una sola vez, durante la cena, su aire de Princesa en ceremonia, y cuyo rostro permaneció tan sereno como si su pie no hubiera dicho y hecho todas las locuras que puede decir y hacer un pie —isobre el mío! Confieso que me sorprendía su aplomo todavía más que su locura. Había leído yo muchos de esos libros ligeros en que la mujer no sale bien parada. Había recibido una educación de escuela militar. Utópicamente al menos, yo era el Lovelace de fatuidad que son más o menos todos los jóvenes muy jóvenes que se creen guapos, y que han pastado haces de besos detrás de las puertas y en las escaleras, en los labios de las doncellas de sus madres. Pero esto desconcertaba mi pequeño aplomo de Lovelace de diecisiete años. Esto me parecía más fuerte que lo que había leído, que todo cuanto había oído decir sobre la naturalidad en la mentira atribuida a las mujeres —sobre la fuerza de máscara que pueden aplicar a sus más violentas o más profundas emociones. ¡Figúrese usted! ¡Tenía dieciocho años! ¿Los tenía siquiera?... Salía de un internado que yo no tenía ningún motivo para sospechar, con la moralidad y la piedad de la madre que lo había elegido para su hija. Aquella ausencia de todo embarazo —digamos la palabra—, aquella absoluta carencia de pudor, aquella fácil dominación sobre sí misma al hacer las cosas más imprudentes, las más peligrosas para una muchacha, en quien ni un gesto ni una mirada había prevenido al hombre al que se entregaba con un avance tan monstruoso, todo ello me subía al cerebro y aparecía nítidamente a mi espíritu pese al trastorno de mis sensaciones... Pero ni en aquel momento ni más tarde me detuve a filosofar sobre ello. No meforcé a sentir un horror ficticio por la conducta de aquella muchacha de tan espantosa precocidad en el mal. Por lo demás, no es a la edad que yo tenía, ni siquiera mucho más tarde, cuando uno cree depravada la mujer que —a primera vista— se arroja a uno! Uno está casi dispuesto a encontrar eso de lo más natural, al contrario, y si dice: «¡La pobre

mujer!», ¡ya es bastante modestia esa piedad! En fin, ¡si era tímido, no quería ser un simplón! La gran razón francesa para hacer sin remordimiento todo lo que hay de más malo. Sabía, ciertamente, sin lugar a duda, que lo que aquella muchacha sentía por mí no era amor. El amor no procede con esa impudicia y esa impudencia, y sabía también perfectamente que lo que ella me hacía sentir tampoco lo era. Pero, amor o no... ¡lo que fuera, lo quería!... Cuando me levanté de la mesa, estaba resuelto... La mano de aquella Alberte, en la que no pensaba un minuto antes de que hubiese apresado la mía, me había dejado, hasta el fondo de mi ser, el deseo de enredarme entero a ella entera, ¡como su mano se había enredado a mi mano!

—Subí a mi cuarto como un loco, y cuando me hube enfriado un poco por la reflexión, me pregunté qué iba a hacer para trabar en buena forma una intriga, como se dice en provincias, con una muchacha tan diabólicamente provocadora. Sabía más o menos — como hombre que no había buscado saberlo mejor — que nunca dejaba a su madre; —que trabajaba habitualmente junto a ella, en el mismo costurero, en el hueco de aquel comedor que les servía de salón; —que no tenía amiga en la ciudad que viniera a verla, y que apenas salía más que para ir el domingo a la misa y a las vísperas con sus padres. ¿Eh? ¡Todo eso no era nada alentador! Empezaba a arrepentirme de no haber tratado un poco más a aquellas dos buenas personas a quienes había tratado sin altanería, pero con la cortesía distante y a veces distraída que se tiene con quienes no representan más que un interés muy secundario en la vida; pero me dije que no podía modificar mis relaciones con ellos sin exponerme a revelarles o hacerles sospechar lo que quería ocultarles... No tenía, para hablar en secreto con la señorita Alberte, más que los encuentros en la escalera cuando subía a mi cuarto o cuando bajaba; pero en la escalera podían vernos y oírnos... El único recurso a mi alcance, en aquella casa tan bien ordenada y tan estrecha, donde todo el mundo se rozaba codo con codo, era escribir; y puesto que la mano de aquella audaz muchacha sabía tan bien buscar la mía por debajo de la mesa, sin duda aquella mano no

haría muchos remilgos para tomar el billete que yo le diera, y lo escribí. Fue el billete adecuado a la circunstancia, el billete suplicante, imperioso y embriagado, de un hombre que ya ha bebido un primer sorbo de dicha y que pide uno segundo... Sólo que, para entregarlo, era preciso esperar la cena del día siguiente, y eso me pareció largo; pero ¡al fin llegó, aquella cena! La tentadora mano, cuyo contacto sobre la mía sentía desde hacía veinticuatro horas, no dejó de volver a buscar la mía, como la víspera, por debajo de la mesa. La señorita Alberte sintió mi billete y lo tomó muy bien, tal como yo lo había previsto. Pero lo que no había previsto es que, con aquel aire de Infanta que lo desafiaba todo con su alteza de indiferencia, lo hundió en el seno de su corpiño, donde levantó un encaje plegado con un pequeño movimiento seco, y todo ello con tal naturalidad y tal presteza, que su madre, que con los ojos bajos en lo que hacía servía la sopa, no se apercibió de nada, y su imbécil de padre, que estaba siempre leyendo algo distraído pensando en su violín cuando no lo tocaba, no vio nada de nada.»

—¡Jamás lo vemos, capitán! —interrumpí alegremente, pues su historia me daba la impresión de encaminarse con bastante rapidez hacia una ligera aventura de guarnición; ¡pero no imaginaba lo que vendría después! —¡Mire usted! No hace más de unos pocos días, en la Ópera, en un palco junto al mío, había una mujer probablemente del género de su señorita Alberte. Tenía más de dieciocho años, por ejemplo; pero le doy mi palabra de honor de que pocas veces he visto a mujer de majestad más decorosa. Durante toda la representación, permaneció sentada e inmóvil como sobre una base de granito. Ni a derecha ni a izquierda se volvió una sola vez; pero sin duda veía a través de los hombros, que tenía muy desnudos y muy hermosos, pues había también, y en mi palco precisamente, por consiguiente detrás de nosotros dos, un joven que parecía tan indiferente como ella a todo lo que no fuera la ópera que en ese momento se representaba. Puedo certificar que aquel joven no hizo uno solo de los aspavientos habituales que los hombres hacen a las mujeres en los lugares públicos, y que pueden llamarse declaraciones a distancia. Sólo que cuando terminó la función y, en

la especie de tumulto general de los palcos que se vacían, la dama se levantó, erguida, en su palco, para abrochar su abrigo, la oí decir a su marido, con la voz más conyugalmente imperiosa y más clara: —¡Henri! ¡Recoged mi capucha!—, y entonces, por encima de la espalda de Henri, que se había precipitado de cabeza, ella extendió el brazo y la mano y tomó un billete del joven, con la misma sencillez con que hubiera tomado de las manos de su marido su abanico o su ramo. Él se había incorporado, ¡el pobre hombre!, sosteniendo la capucha —una capucha de raso rojo vivo, pero menos roja que su cara—, que había repescado, con riesgo de una apoplejía, de bajo los pequeños bancos como había podido... ¡Vaya! Después de haber visto aquello, me marché pensando que en lugar de devolvérsela a su mujer, podría muy bien habérsela quedado para sí, esa capucha, a fin de ocultar sobre su cabeza ¡lo que, de repente, acababa de brotarle!

—Su historia está bien —dijo el vizconde de Brassard con bastante frialdad—; en otro momento quizás la habría disfrutado más; pero déjeme terminarle la mía. Confieso que con una muchacha así, no me preocupé dos minutos por la suerte de mi billete. Por mucho que estuviese pegada a las faldas de su madre, bien encontraría la manera de leerlo y de responderme. Contaba incluso, para todo un porvenir de conversación por escrito, con aquella pequeña posta de por debajo de la mesa que acabábamos de inaugurar, cuando al día siguiente, al entrar en el comedor con la certeza, muy acariciada en el fondo de mi persona, de tener allí mismo una respuesta muy categórica al billete de la víspera, creí ver visiones al ver que el servicio había cambiado, y que la señorita Alberte estaba colocada donde siempre debería haber estado, entre su padre y su madre... ¿Y por qué ese cambio?... ¿Qué había ocurrido que yo no supiera?... ¿Habían sospechado algo el padre o la madre? Tenía a la señorita Alberte enfrente, y la miraba con aquella intención fija que quiere ser comprendida. Había veinticinco signos de interrogación en mis ojos; pero los suyos estaban tan tranquilos, tan mudos, tan indiferentes como de ordinario. Me miraban como si no me vieran. Jamás he visto miradas más desesperantes que aquellas largas

miradas tranquilas que caían sobre uno como sobre una cosa. Yo hervía de curiosidad, de contrariedad, de inquietud, de un sinfín de sentimientos agitados y defraudados... y no comprendía cómo aquella mujer, tan segura de sí misma que podía creerse que en lugar de nervios tenía bajo su fina piel casi tantos músculos como yo, parecía no atreverse a hacerme una seña de inteligencia que me avisara —que me hiciera pensar—, que me dijera, por rápido que fuese, que nos entendíamos —que éramos cómplices en el mismo misterio, fuera amor, o no fuera siquiera amor!... Era para preguntarse si era realmente la mujer de la mano y el pie bajo la mesa, del billete tomado y deslizado la víspera, tan naturalmente, en su corpiño, delante de sus padres, como si hubiera deslizado una flor! Había hecho tanto que no debería hallarse apurada para enviarme una mirada. ¡Pero no! No obtuve nada. La cena transcurrió entera sin aquella mirada que yo acechaba, que esperaba, que quería encender en la mía, ¡y que no se encendió! —Habría encontrado algún medio de responderme —me decía al levantarme de la mesa y al subir a mi cuarto, sin imaginar que una persona así pudiera retroceder después de haberse adelantado tan increíblemente—; sin admitir que pudiera temer nada ni andar con miramientos, cuando se trataba de sus caprichos, y ¡pardiez!, francamente, ¡sin poder creer que no tuviera al menos uno para mí!

—Si sus padres no tienen sospechas —me decía todavía—, si fue el azar quien produjo ese cambio de cubierto en la mesa, mañana me encontraré de nuevo junto a ella...— Pero al día siguiente, ni los otros días, me colocaron junto a la señorita Alberte, que siguió teniendo el mismo incomprensible semblante y el mismo increíble tono desenvuelto para decir las trivialidades y los lugares comunes que se acostumbraba decir en aquella mesa de pequeños burgueses. Bien puede imaginar que la observaba como hombre interesado en el asunto. Ella tenía el aspecto de estar lo menos contrariada posible, ¡cuando yo lo estaba horriblemente!, ¡cuando lo estaba hasta la cólera —una cólera que me partía en dos y que era preciso ocultar! ¡Y ese aire, que nunca perdía, me ponía todavía más lejos de ella que la vuelta de mesa interpuesta entre nosotros! Estaba tan

violentamente exasperado que acababa por no temer ya comprometerla mirándola, apoyando sobre sus grandes ojos impenetrables, que permanecían helados, el peso amenazador e inflamado de los míos! ¿Era una estratagema su conducta? ¿Era coquetería? ¿No era más que un capricho tras otro capricho... o simplemente estupidez? He conocido desde entonces a mujeres así, todo al principio efusión de los sentidos y luego, después, pura estupidez! «¡Si se supiera el momento!», decía Ninon. ¿Había pasado ya el momento de Ninon? Sin embargo, yo seguía esperando... ¿qué? Una palabra, una señal, una nadería arriesgada en voz baja al levantarse de la mesa en el ruido de las sillas que se corren, y como aquello no llegaba, me lanzaba a las ideas más descabelladas, a todo lo que había de más absurdo en el mundo. Me metí en la cabeza que, con todas las imposibilidades de que estábamos rodeados en casa, ella me escribiría por correo; —que sería bastante hábil, cuando saliera con su madre, para deslizar una carta en el buzón, y, bajo el dominio de esa idea, me consumía la inquietud regularmente dos veces al día, una hora antes de que el cartero pasara por la casa... En aquella hora le decía diez veces a la vieja Olive, con voz ahogada: —¿Hay cartas para mí, Olive?—, a lo que ella me respondía imperturbablemente siempre: —No, señor, no las hay.— ¡Ah! ¡El desasosiego acabó por volverse demasiado agudo! El deseo burlado se convirtió en odio. Empecé a odiar a aquella Alberte y, por odio del deseo burlado, a explicar su conducta conmigo por los motivos que más podían hacérmela despreciar, pues el odio tiene sed de desprecio. ¡El desprecio es su néctar, el del odio! —¡Canalla cobarde, que tiene miedo de una carta! —me decía. Lo ve usted, llegaba a los insultos. La insultaba en mi pensamiento, sin creer calumniarla al insultarla. Me esforcé incluso por no pensar más en ella, a quien acibillaba con los epítetos más militares cuando de ella hablaba a Louis de Meung, pues él hablaba de ella! pues el extremo al que ella me había arrojado había extinguido en mí toda suerte de caballerosidad, —y había contado toda mi aventura a mi buen Louis, que se había retorcido su largo bigote rubio escuchándome, y que me había dicho, sin reparos, pues no éramos moralistas en el 27.º:

—¡Haz como yo! Un clavo saca otro clavo. Tómate por amante a alguna costurerilla de la ciudad, ¡y no pienses más en esa maldita chica!

«Mas no seguí el consejo de Louis. Para eso, estaba demasiado picado en el juego. Si ella hubiera sabido que tomaba una amante, quizás habría tomado una para fustigarle el corazón o la vanidad con los celos. Pero ella no lo sabría. ¿Cómo podría saberlo?... Al traer, de haberlo hecho, una amante a mi alojamiento, como Louis en su hotel de la Poste, habría roto con la buena gente en cuya casa vivía, y que me habrían pedido de inmediato que fuese a buscar otro alojamiento que el suyo; y yo no quería renunciar, si no podía tener sino eso, a la posibilidad de encontrar de nuevo la mano o el pie de aquella condenada Alberte que, después de lo que había osado, seguía siendo la gran Mademoiselle Impasible.

—¡Di mejor imposible! —decía Louis, que se burlaba de mí.

«Un mes entero transcurrió, y pese a mis resoluciones de mostrarme tan olvidadizo como Alberte y tan indiferente como ella, de oponer mármol a mármol y frialdad a frialdad, ya no viví sino la vida tensa del acecho —del acecho que detesto, ¡incluso en la caza! ¡Sí, ya no fueron sino acechos perpetuos en mis jornadas! ¡Acecho cuando bajaba a cenar, esperando encontrarla sola en el comedor como la primera vez! ¡Acecho durante la cena, donde mi mirada apuntaba de frente o de soslayo a la suya, que encontraba neta e infernalmente tranquila, y que no esquivaba la mía más de lo que le respondía! Acecho tras la cena, pues ahora me quedaba un poco después de cenar a ver cómo aquellas damas retomaban su labor en el hueco de la ventana, vigilando si no dejaría caer algo —su dedal, sus tijeras, un trapo— que yo pudiese recoger, y al devolvérselo tocarle la mano, ¡esa mano que ahora tenía atravesada en el cerebro! Acecho en mi cuarto, cuando había subido a mi habitación, creyendo oír siempre a lo largo del pasillo ese pie que había pisoteado el mío con una voluntad tan absoluta. Acecho incluso en la escalera, donde creía poder encontrarla, y donde la vieja Olive me sorprendió un día, con gran confusión mía, ¡haciendo centinela!

Acecho en mi ventana —esa ventana que ves—, donde me apostaba cuando ella debía salir con su madre, y de donde no me movía hasta que ella había regresado; ipero todo ello tan vanamente como lo demás! Cuando salía, envuelta en su chal de muchacha —un chal de rayas rojas y blancas: ino he olvidado nada!, sembrado de flores negras y amarillas sobre las dos rayas—, no volvía el torso insolente ni una sola vez; y cuando regresaba, siempre al lado de su madre, ino alzaba ni la cabeza ni los ojos hacia la ventana donde yo la esperaba! iTales eran los miserables ejercicios a que me había condenado! Por cierto, bien sé que las mujeres nos hacen a todos lacayear más o menos, ipero en esas proporciones!! ¡El viejo fatuo que debería haber muerto en mí aún se rebela ante ello! ¡Ah! ¡Ya no pensaba en la felicidad de mi uniforme! Cuando había cumplido el servicio del día —tras el ejercicio o la revista—, regresaba deprisa, pero ya no para leer pilas de memorias o de novelas, mis únicas lecturas en aquella época. Ya no iba a casa de Louis de Meung. Ya no tocaba los floretes. No tenía el recurso del tabaco, que entorpece la actividad cuando ésta os devora, iy que tenéis vosotros, los jóvenes que me habéis seguido en la vida! No se fumaba entonces en el 27.º, salvo entre soldados, en el cuerpo de guardia, cuando se jugaba la partida de brisca sobre el tambor... Me quedaba, pues, ocioso de cuerpo, royéndome... no sé si el corazón, en ese sofá que ya no me daba el buen frío que me gustaba en esos seis pies cuadrados de habitación, donde me agitaba como un leoncillo en su jaula cuando huele la carne fresca al lado.

«Y si así era de día, también lo era de igual modo gran parte de la noche. Me acostaba tarde. Ya no dormía. ¡Ella me tenía desvelado, aquella Alberte infernal, que me lo había encendido en las venas y luego se había alejado como el incendiario que ni siquiera vuelve la cabeza para ver su fuego arder a sus espaldas! Bajaba, como está ahora esta noche» —aquí el vizconde pasó su guante por el cristal del coche colocado ante él, para limpiar el vaho que comenzaba a perlar sobre él—, «ese mismo telón carmesí, en esa misma ventana que no tenía más persianas entonces que ahora, a fin de que los vecinos, más curiosos en provincias que en ningún otro sitio, no

fisgonasen el fondo de mi habitación. Era una habitación de aquella época —una habitación del Imperio, entarimada en punto de Hungría, sin alfombra, donde el bronce chapaba por todas partes el cerezo: primero en cabezas de esfinge en los cuatro ángulos de la cama y en garras de león bajo sus cuatro patas; luego, en todos los cajones del aparador y el secreter, en camafeos de rostros de león con anillos de cobre colgando de sus fauces verdosas, por los cuales se tiraba de ellos cuando se quería abrirlos. Una mesa cuadrada, de un cerezo más rosado que el resto del mobiliario, con tablero de mármol gris y enrejada de cobre, estaba frente a la cama, contra la pared, entre la ventana y la puerta de un gran gabinete de tocador; y, enfrente de la chimenea, el gran sofá de marroquín azul del que tanto te he hablado ya... En todos los ángulos de esa habitación de gran altura y amplio espacio había rinconeras de falsa laca china, y sobre una de ellas se veía, misterioso y blanco, en la negrura del rincón, un viejo busto de Níobe según la Antigüedad, que asombraba allí, en casa de aquella gente burguesa y vulgar. Pero ¿acaso aquella incomprensible Alberte no asombraba mucho más? Los muros revestidos de paneles y pintados al óleo, de un blanco amarillento, no tenían ni cuadros ni grabados. Yo solo había colgado mis armas, recostadas sobre largas escarpías de cobre dorado. Cuando había alquilado aquella gran calabaza de apartamento —como decía elegantemente el teniente Louis de Meung, que no poetizaba las cosas—, había hecho colocar en el centro una gran mesa redonda que cubría de mapas militares, libros y papeles: era mi escritorio. Allí escribía cuando tenía que escribir... ¡Pues bien! Una tarde, o más bien una noche, había arrimado el sofá a esa gran mesa y dibujaba a la lámpara, no para distraerme del único pensamiento que me anegaba desde hacía un mes, sino para hundirme en él aún más, pues era la cabeza de aquella enigmática Alberte lo que dibujaba, el rostro de aquella diablesa de mujer de la que estaba poseído, como dicen los devotos que se está poseído del diablo. Era tarde. La calle —por la que pasaban cada noche dos diligencias en sentido contrario, como hoy: una a medianoche y cuarto y la otra a las dos y media de la madrugada, y que se detenían ambas en el hotel de la Poste para hacer el relevo— estaba silenciosa como el fondo de un

pozo. Habría oído volar una mosca; pero si acaso había alguna en mi habitación, debía de dormir en algún ángulo del cristal o en alguno de los pliegues acanalados de esa cortina de fuerte tejido de seda cruzada, que había descolgado de su percha y que caía ante la ventana, perpendicular e inmóvil. El único ruido que había entonces a mi alrededor, en aquel profundo y completo silencio, era el que hacía yo mismo con mi lápiz y mi difumino. Sí, era ella a quien dibujaba, ¡y Dios sabe con qué caricia de mano y qué arrebatada obsesión! De repente, sin ruido alguno de cerradura que me hubiera advertido, mi puerta se entreabrió silbando ese sonido de las puertas cuyos goznes están secos, y quedó a medias entornada, ¡como si hubiese tenido miedo del sonido que acababa de lanzar! Alcé los ojos, creyendo haber cerrado mal esa puerta que, por sí sola, inesperadamente, se abría dejando escapar ese son plañidero, capaz de hacer estremecer en la noche a quienes velan y de despertar a quienes duermen. Me levanté de la mesa para ir a cerrarla; pero la puerta entornada se abrió más, muy lentamente siempre, aunque recomenzando el son agudo que se prolongó como un gemido en la casa silenciosa, y vi, cuando se hubo abierto del todo, ¡a Alberte! — Alberte que, a pesar de las precauciones de un miedo que debía de ser inmenso, ¡no había podido impedir que aquella puerta maldita chillase!

«¡Ah! ¡Truenos de Dios! Hablan de visiones quienes creen en ellas; pero la visión más sobrenatural no me habría dado la sorpresa, la especie de golpe en el corazón que sentí y que se repitió en palpitaciones insensatas, cuando vi venir hacia mí —desde aquella puerta abierta— a Alberte, aterrada por el ruido que aquella puerta acababa de hacer al abrirse, ¡y que volvería a hacer si ella la cerraba! ¡Recuerda siempre que yo no tenía dieciocho años! Quizás vio mi terror en el suyo: reprimió, con un gesto enérgico, el grito de sorpresa que podría escapárseme —que sin duda se me habría escapado sin ese gesto—, y cerró la puerta, ya no lentamente, puesto que esa lentitud la había hecho chillar, sino rápidamente, para evitar ese chillido de los goznes —que no evitó, y que recomenzó más neto, más franco, de una sola vez y sobreagudo—;

y, con la puerta cerrada y el oído pegado a ella, escuchó si otro ruido, que habría sido más inquietante y más terrible, no respondía a aquel... Creí verla vacilar... Me lancé, y pronto la tuve entre mis brazos.

—Pero está muy bien, su Alberte —le dije al capitán.

—Quizás creas —retomó él, como si no hubiera oído mi burlona observación— que cayó así en mis brazos, de terror, de pasión, con la cabeza perdida, como una chica perseguida o a quien se puede perseguir, que ya no sabe lo que hace cuando comete la última de las locuras, cuando se abandona a ese demonio que todas las mujeres tienen —se dice— en algún sitio, y que sería siempre el amo si no hubiera otros dos también en ellas —la Cobardía y la Vergüenza— ¡para contrariarlo! Pues bien, ¡no, no era eso! Si lo creyeras, te equivocarías... Ella no tenía nada de esos miedos vulgares y atrevidos... Fue mucho más ella quien me tomó en sus brazos que yo quien la tomé en los míos... Su primer movimiento había sido el de lanzar la frente contra mi pecho, pero lo alzó y me miró, los ojos muy abiertos —¡unos ojos inmensos!—, ¡como para ver si era realmente yo a quien tenía así entre sus brazos! Estaba horriblemente pálida, como nunca la había visto pálida; pero sus rasgos de Princesa no se habían alterado. Conservaban siempre la inmovilidad y la firmeza de una medalla. ¡Solo que sobre su boca de labios levemente abultados erraba no sé qué extravío, que no era el de la pasión feliz o que va a serlo en un instante! Y ese extravío tenía algo tan sombrío en semejante momento, que para no verlo planté en aquellos bellos labios rojos y eréctiles ¡el robusto y fulminante beso del deseo triunfante y rey! La boca se entreabrió... pero los ojos negros, de una negrura profunda, y cuyos largos párpados rozaban casi entonces los míos, no se cerraron, ni siquiera palpitaron; mas en su fondo, como en su boca, ¡vi pasar la demencia! Asida en ese beso de fuego y como elevada por los labios que penetraban los suyos, aspirada por el aliento que la respiraba, la llevé, siempre pegada a mí, hasta ese sofá de marroquín azul —mi parrilla de san Lorenzo, desde hacía un mes que me revolcaba en él pensando en ella—, y el marroquín se puso voluptuosamente a crujir

bajo su espalda desnuda, pues estaba a medias desnuda. Salía de su cama, y para venir había... ¿lo creerás? tenido que atravesar la habitación donde dormían su padre y su madre! La había atravesado a tumbos, con las manos por delante, para no chocar con algún mueble que hubiera resonado con el golpe y que podría haberlos despertado.

—¡Ah! —exclamé—. No se es más valiente en la trinchera. ¡Era digna de ser la amante de un soldado!

—Y lo fue desde esa primera noche —retomó el vizconde—. Lo fue tan violenta como yo, y le juro que lo era! Pero da igual... ¡he aquí la revancha! Ni ella ni yo pudimos olvidar, en lo más vivo de nuestros transportes, la espantosa situación que ella nos creaba a los dos. En el seno de esa felicidad que venía a buscar y a ofrecermela, estaba entonces como estupefacta ante el acto que cometía con una voluntad, sin embargo, tan firme, con un ensañamiento tan obstinado. No me asombré de ello. ¡También yo lo estaba, estupefacto! Tenía bien, sin decírselo ni mostrárselo, la más espantosa angustia en el corazón, mientras ella me oprimía hasta ahogarme contra el suyo. Escuchaba, a través de sus suspiros, a través de sus besos, a través del aterrador silencio que pesaba sobre aquella casa dormida y confiada, una cosa horrible: ¡si su madre no se despertaba, si su padre no se levantaba! E incluso por encima de su hombro miraba detrás de ella si aquella puerta, cuya llave ella no había quitado, por miedo al ruido que podía hacer, no iba a abrirse de nuevo y a mostrarme, pálidas e indignadas, esas dos cabezas de Medusa, esos dos viejos a quienes engañábamos con una cobardía tan audaz, ¡isurgir de repente en la noche, imágenes de la hospitalidad violada y de la Justicia! Incluso esos voluptuosos crujidos del marroquín azul, que me habían tocado la diana del Amor, me hacían estremecer de espanto... Mi corazón latía contra el suyo, que parecía repercutirme sus latidos... Era embriagador y desembriagador a un tiempo, ¡pero era terrible! Me fui acostumbrando a todo ello más adelante. A fuerza de renovar impunemente esa imprudencia sin nombre, me volví tranquilo en esa imprudencia. A fuerza de vivir en ese peligro de ser sorprendidos,

me insensibilicé. Dejé de pensar en ello. Solo pensé en ser feliz. Desde esa primera noche formidable, que debería haberla espantado de las demás, ella había decidido que vendría a mi cuarto cada dos noches, puesto que yo no podía ir al suyo —su cuarto de muchacha no tenía otra salida que al apartamento de sus padres—, y vino regularmente cada dos noches; pero nunca perdió la sensación —el estupor de la primera vez! El tiempo no produjo en ella el efecto que produjo en mí. Ella no se curtió ante el peligro, afrontado cada noche. Siempre permanecía, e incluso sobre mi corazón, silenciosa, hablándome apenas con la voz, pues, por lo demás, bien te figuras que era elocuente; y cuando más tarde me llegó la calma, a mí, a fuerza de peligro afrontado y de éxito, y le hablé, como se le habla a la amante, de lo que ya había pasado entre nosotros —de aquella frialdad inexplicable y desmentida, puesto que la tenía entre mis brazos, que había sucedido a sus primeras audacias; cuando le dirigí al fin todos esos porqués insaciables del amor, que quizás no es en el fondo sino curiosidad, ella nunca me respondió sino con largas efusiones. Su boca triste permanecía muda para todo... ¡salvo para los besos! Hay mujeres que dicen: «Me pierdo por ti»; las hay que dicen: «Ahora me vas a despreciar»; y son esas maneras distintas de expresar la fatalidad del amor. Pero ella, ¡no! No decía nada... ¡Cosa extraña! ¡Persona más extraña aún! Me producía el efecto de una tapa gruesa y dura de mármol que ardía, calentada por debajo... Creía que llegaría un momento en que el mármol se resquebrajaría al fin bajo el calor ardiente, pero el mármol nunca perdió su rígida densidad. Las noches en que venía, no tenía ni más abandono ni más palabras, y, si me permito el término eclesiástico, siempre fue tan difícil de confesar como la primera noche que había venido. No le saqué nada más... A lo sumo un monosílabo arrancado, a fuerza de insistencia, a aquellos bellos labios de los que estaba tan loco cuanto más los había visto fríos e indiferentes durante el día; y aun así, un monosílabo que no arrojaba gran luz sobre la naturaleza de esa chica, que me parecía más esfinge, ella sola, que todos los esfinges cuya imagen se multiplicaba a mi alrededor, en aquel apartamento Imperio.

—Pero, capitán —interrumpí de nuevo—, ¿hubo sin embargo un desenlace en todo eso? Usted es un hombre fuerte, y todos los esfinges son animales fabulosos. No los hay en la vida, ¡y acabó usted bien por descubrir, demonios!, ¡lo que esa comadre tenía en su regazo!

—¡Un desenlace! Sí, hubo un desenlace —dijo el vizconde de Brassard bajando bruscamente la ventanilla del cupé, como si la respiración hubiera faltado a su monumental pecho y necesitase aire para terminar lo que tenía que contar—. Pero el regazo, como usted dice, de esa singular chica no quedó más abierto por ello. Nuestro amor, nuestra relación, nuestra intriga —llámelo usted como quiera— nos dio, o más bien me dio a mí, sensaciones que no creo haber experimentado nunca desde entonces con mujeres más amadas que aquella Alberte, que quizás no me amaba, ¡que quizás yo tampoco amaba!! Nunca he comprendido bien qué sentía yo por ella y qué sentía ella por mí, ¡y eso duró más de seis meses! Durante esos seis meses, todo lo que comprendí fue un género de felicidad que uno no concibe en la juventud. Comprendí la felicidad de quienes se ocultan. Comprendí el goce del misterio en la complicidad, que, incluso sin esperanza de triunfar, haría aún conspiradores incorregibles. Alberte, en la mesa de sus padres como en todas partes, era siempre la Madame Infante que tanto me había impresionado el primer día que la vi. Su frente neroniana, bajo sus cabellos azules a fuerza de ser negros, que rizaban con dureza y rozaban sus cejas, no dejaba traspasar nada de la noche culpable, que no extendía sobre ella ningún rubor. Y yo, que intentaba ser tan impenetrable como ella, pero que, estoy seguro, me habría traicionado diez veces de haber tenido enfrente a observadores, me saciaba orgullosamente y casi sensualmente, en lo más profundo de mi ser, de la idea de que toda aquella soberbia indiferencia era bien mía y que ella tenía para mí todas las bajezas de la pasión, ¡isi es que la pasión puede ser alguna vez baja! Nadie sobre la tierra lo sabía salvo nosotros dos... ¡y era delicioso ese pensamiento! ¡Nadie, ni siquiera mi amigo Louis de Meung, con quien era discreto desde que era feliz! Él lo había adivinado todo, sin duda, puesto que era

también tan discreto como yo. No me interrogaba. Había retomado con él, sin esfuerzo, mis hábitos de intimidad: ilos paseos por el Cours, en gran uniforme o en uniforme menor, el imperial, la esgrima y el ponche! ¡Pardiez! Cuando se sabe que la felicidad vendrá, bajo la forma de una hermosa joven que tiene como una rabia de muelas en el corazón, a visitarle a uno regularmente una noche sí y otra no, a la misma hora, ¡eso simplifica muy bien los días!

«—Pero ¿dormían como los Siete Durmientes, los padres de esa Alberte? —pregunté burlonamente, cortando de golpe las reflexiones del antiguo dandi con una broma, y para no parecer demasiado atrapado por su historia, que me atrapaba; pues con los dandis no se tiene sino la broma para hacerse respetar un poco.

—¿Cree usted entonces que busco efectos de narrador fuera de la realidad? —dijo el vizconde—. ¡Pero si yo no soy novelista! A veces Alberte no venía. La puerta, cuyos goznes engrasados eran ahora suaves como algodón, no se abría en toda una noche, y es que entonces su madre la había oído y había exclamado algo, o que su padre la había visto deslizarse o avanzar a tientas por la habitación. Solo que Alberte, con su cabeza de acero, encontraba cada vez un pretexto. Estaba indispuesta... Buscaba el azucarero sin vela, por miedo a despertar a nadie...

—¡Esas cabezas de acero no son tan raras como parece usted creer, capitán! —interrumpí de nuevo. Era yo el contrariante—. Su Alberte, después de todo, no era más valiente que la joven que recibía todas las noches, en la habitación de su abuela, dormida tras sus cortinas, a un amante entrado por la ventana, y que, no teniendo sofá de marroquín azul, se instalaba, a la buena de Dios, en la alfombra... Usted conoce la historia como yo. Una noche, al parecer empujado por la demasiado dichosa joven, un suspiro más fuerte que los demás despertó a la abuela, que gritó desde detrás de sus cortinas un: «¿Qué te pasa, pequeña?» que habría hecho desmayar a la muchacha contra el corazón de su amante; pero no dejó de responder desde su sitio: «¡Es mi ballena, abuelita, que me

molesta mientras busco en la alfombra mi aguja caída, que no consigo encontrar!».

—Sí, conozco la historia —retomó el vizconde de Brassard, a quien yo había creído humillar, mediante la comparación, en la persona de su Alberte—. Era, si mal no recuerdo, una de Guisa la joven de quien usted me habla. Salió del paso como hija de su nombre; pero usted no dice que a partir de esa noche no volvió a abrir la ventana a su amante, que era, creo, monsieur de Noirmoutier, mientras que Alberte regresaba al día siguiente de esos terribles tropiezos, y se exponía con mayor brío aún al peligro afrontado, como si nada hubiera ocurrido. Entonces yo no era sino un subteniente bastante mediocre en matemáticas, y que me ocupaba de ellas muy poco; pero era evidente, para quien sepa hacer el menor cálculo de probabilidades, que un día... una noche... habría un desenlace...

—¡Ah, sí! —dije, recordando sus palabras de antes del relato—, el desenlace que había de darme a conocer la sensación del miedo, capitán.

—Precisamente —respondió en un tono más grave, que contrastaba con el tono ligero que yo afectaba—. Lo ha visto usted, ¿no es cierto?, desde mi mano cogida bajo la mesa hasta el momento en que ella surgió de noche, como una aparición, en el marco de mi puerta abierta: Alberte no me había escatimado la emoción. Me había hecho pasar por el alma más de una suerte de estremecimiento, más de una suerte de terror; pero aquello no había sido aún sino la impresión de las balas que silban en torno a uno y de las balas de cañón cuyo viento se siente; uno se estremece, mas sigue adelante. ¡Pues bien! Ya no fue eso. Fue miedo, miedo cabal, verdadero miedo, y ya no por Alberte, sino por mí, ¡y por mí solo! Lo que experimenté fue positivamente esa sensación que ha de dejar el corazón tan pálido como el rostro; fue ese pánico que hace huir a regimientos enteros. Yo, que le hablo, he visto huir a todo Chamboran, a rienda suelta y a vientre a tierra, al heroico Chamboran, ¡arrastrando, en su ola despavorida, a su coronel y a

sus oficiales! Pero en aquella época yo no había visto aún nada, y aprendí... lo que creía imposible.

«Escuche usted... Era de noche. Con la vida que llevábamos, no podía ser sino de noche... una larga noche de invierno. No diré que una de nuestras noches más tranquilas. Todas eran tranquilas, nuestras noches. Lo habían llegado a ser a fuerza de ser dichosas. Dormíamos sobre aquel cañón cargado. No teníamos la menor inquietud haciendo el amor sobre aquella hoja de sable puesta de través sobre un abismo, como el puente del infierno de los turcos! Alberte había venido más temprano que de costumbre, para quedarse más tiempo. Cuando venía así, mi primera caricia, mi primer movimiento de amor era para sus pies, sus pies que ya no llevaban entonces sus borceguíes verdes o de color hortensia, aquellas dos coqueterías y mis dos delicias, y que, desnudos para no hacer ruido, me llegaban ateridos del frío de los ladrillos que había pisado a lo largo del corredor que iba de la alcoba de sus padres a la mía, situada en el otro extremo de la casa. Yo se los recalentaba, aquellos pies helados por mí, que quizá contraían, por mí, al salir de una cama caliente, alguna horrible enfermedad de pecho... Yo sabía el modo de entibiarlos y de poner en ellos el rosa o el bermellón, en aquellos pies pálidos y fríos; pero aquella noche mi recurso falló... Mi boca fue impotente para atraer sobre aquel empeine arqueado y encantador la placa de sangre que a menudo me gustaba poner allí, como una escarapela de amapola... Alberte, aquella noche, estaba más silenciosamente enamorada que nunca. Sus abrazos tenían aquella languidez y aquella fuerza que eran para mí un lenguaje, y un lenguaje tan expresivo que, si yo le hablaba siempre, si le decía todas mis demencias y todas mis embriagueces, ya no le pedía que me respondiera ni que me hablase. Por sus abrazos la entendía. De pronto, dejé de entenderla. Sus brazos cesaron de oprimirme contra su corazón, y creí en uno de aquellos desmayos que tenía a menudo, aunque de ordinario conservase, en sus desmayos, la fuerza crispada del abrazo... No somos gazmoños entre nosotros. Somos dos hombres, y podemos hablarnos como dos hombres... Yo tenía la experiencia de los espasmos voluptuosos de Alberte, y

cuando la tomaban, no interrumpían mis caricias. Yo permanecía como estaba, sobre su corazón, aguardando a que volviera a la vida consciente, en la orgullosa certeza de que recobraría el sentido bajo el mío, y que el rayo que la había fulminado la resucitaría fulminándola de nuevo... Pero mi experiencia me engañó. La miré tal como estaba, ligada a mí, sobre el canapé azul, acechando el momento en que sus ojos, desaparecidos bajo sus anchos párpados, me mostrarían de nuevo sus hermosas órbitas de terciopelo negro y de fuego; en que sus dientes, que se apretaban y rechinaban hasta quebrar su esmalte al menor beso aplicado bruscamente en su cuello y arrastrado largamente por sus hombros, dejarían, al entreabrirse, pasar su aliento. Pero ni los ojos volvieron, ni los dientes se desapretaron... El frío de los pies de Alberte había subido hasta sus labios y bajo los míos... Cuando sentí aquel horrible frío, me incorporé a medio cuerpo para verla mejor; me arranqué de golpe de sus brazos, uno de los cuales cayó sobre ella y el otro colgó hasta el suelo, desde el canapé en que estaba tendida. Espantado, mas lúcido todavía, le puse la mano sobre el corazón... ¡No había nada! ¡Nada en el pulso, nada en las sienes, nada en las arterias carótidas, nada en ninguna parte... salvo la muerte, que estaba en todas partes, y ya con su espantosa rigidez!

Estaba seguro de la muerte... ¡y no quería creerlo! La cabeza humana tiene de estas voluntades estúpidas contra la claridad misma de la evidencia y del destino. Alberte había muerto. ¿De qué?... No lo sabía. No era médico. Pero había muerto; y aunque veía con la claridad del mediodía que cuanto pudiera hacer era inútil, hice sin embargo todo lo que me parecía tan desesperadamente inútil. En mi absoluta indigencia de todo, de conocimientos, de instrumentos, de recursos, le vaciaba sobre la frente todos los frascos de mi tocador. Le golpeaba resueltamente las manos, a riesgo de despertar ruido, en aquella casa donde el menor ruido nos hacía temblar. Le había oído decir a uno de mis tíos, jefe de escuadrón en el 4.º de dragones, que un día había salvado a uno de sus amigos de una apoplejía sangrándolo pronto con una de esas lancetas de que se sirven para sangrar a los caballos. Yo tenía la

alcoba llena de armas. Tomé un puñal, y con él le labré el brazo a Alberte por la sangradura. Destrocé aquel brazo espléndido de donde ni siquiera manó la sangre. Algunas gotas se coagularon en él. Estaba cuajada. Ni besos, ni succiones, ni mordiscos pudieron galvanizar aquel cadáver rígido, vuelto cadáver bajo mis labios. Sin saber ya lo que hacía, acabé por tenderme sobre él, el recurso que emplean (dicen las viejas historias) los Taumaturgos resucitadores, sin esperar recalentar en él la vida, ¡pero obrando como si lo esperase! Y fue sobre aquel cuerpo helado donde una idea, que no se había desprendido aún del caos en que la trastornadora muerte súbita de Alberte me había arrojado, se me apareció con nitidez... ¡y tuve miedo!

¡Oh!... pero un miedo... ¡un miedo inmenso! Alberte había muerto en mi cuarto, y su muerte lo decía todo. ¿Qué iba a ser de mí? ¿Qué había que hacer?... Ante este pensamiento, ¡sentí la mano, la mano física de aquel miedo repugnante, en mis cabellos, que se volvieron agujas! Mi columna vertebral se fundió en un fango helado, y quise luchar —mas en vano— contra aquella deshonrosa sensación... Me dije que había que tener sangre fría... que al fin y al cabo era un hombre... que era militar. Me metí la cabeza entre las manos, y cuando el cerebro me daba vueltas en el cráneo, me esforcé por razonar la horrible situación en que me hallaba preso... y por detener, para fijarlas y examinarlas, todas las ideas que me azotaban el cerebro como una peonza cruel, y que todas iban, a cada vuelta, a estrellarse contra aquel cadáver que estaba en mi cuarto, contra aquel cuerpo inanimado de Alberte que ya no podía regresar a su alcoba, y que su madre había de encontrar al día siguiente en la habitación del oficial, ¡muerta y deshonrada! La idea de aquella madre, a la que quizá había matado a su hija deshonrándola, me pesaba más sobre el corazón que el propio cadáver de Alberte... No se podía ocultar la muerte; pero el deshonor, probado por el cadáver en mi cuarto, ¿no había modo de ocultarlo?... Tal era la cuestión que me planteaba, el punto fijo que miraba dentro de mi cabeza. Dificultad que crecía a medida que la miraba, y que tomaba las proporciones de una imposibilidad absoluta. ¡Alucinación espantosa!

Por momentos el cadáver de Alberte me parecía llenar todo mi cuarto y no poder ya salir de él. ¡Ah! ¡Si la alcoba de ella no hubiera estado situada detrás de los aposentos de sus padres, la habría, a todo riesgo, devuelto a su lecho! Pero ¿podía yo, con su cuerpo muerto en mis brazos, hacer lo que hacía ella, ya tan imprudentemente, viva, y aventurarme así a atravesar una alcoba que no conocía, en la que jamás había entrado, y donde reposaban dormidos con el sueño ligero de los ancianos el padre y la madre de la desdichada?... Y sin embargo, el estado de mi cabeza era tal, el miedo del día siguiente y de aquel cadáver en mi cuarto me galopaban con tanta furia, que fue aquella idea, aquella temeridad, aquella locura de devolver a Alberte a su casa la que se apoderó de mí como el único medio de salvar el honor de la pobre muchacha y de ahorrarme la vergüenza de los reproches del padre y de la madre, de sacarme, en fin, de aquella ignominia. ¿Lo creerá usted? ¡Me cuesta creerlo a mí mismo, cuando lo pienso! Tuve la fuerza de coger el cadáver de Alberte y, alzándolo por los brazos, de cargarlo sobre mis hombros. ¡Horrible capa, más pesada, vaya!, ¡que la de los condenados en el infierno del Dante! ¡Hay que haberla llevado, como yo, aquella capa de una carne que apenas una hora antes me hacía hervir la sangre de deseo, y que ahora me dejaba aterido!... ¡Hay que haberla llevado para saber bien lo que era! Abrí mi puerta así cargado y, descalzo como ella, para hacer menos ruido, me interné en el corredor que conducía a la alcoba de sus padres, cuya puerta estaba al fondo, deteniéndome a cada paso sobre mis piernas desfallecientes para escuchar el silencio de la casa en la noche, que ya no oía, ¡a causa de los latidos de mi corazón! Fue largo. Nada se movía... Un paso seguía a otro paso... Solo que, cuando llegué del todo pegado a la terrible puerta de la alcoba de sus padres —que me era forzoso franquear y que ella, al venir, no había cerrado enteramente para volver a encontrarla entreabierta al regreso—, y que oí las dos respiraciones largas y tranquilas de aquellos dos pobres viejos que dormían en toda la confianza de la vida, ¡ya no me atreví!... Ya no me atreví a pasar aquel umbral negro y abierto en las tinieblas... Retrocedí; ¡huí casi con mi fardo! Volví a mi cuarto cada vez más despavorido. Volví a poner el cuerpo de Alberte sobre el

canapé, y recomencé, acurrucado de rodillas junto a ella, las suplicantes preguntas: «¿Qué hacer? ¿Qué será de mí?...» En el derrumbe que se producía en mí, la idea insensata y atroz de arrojar el cuerpo de aquella hermosa muchacha, imi amante de seis meses!, por la ventana, me surcó el espíritu. ¡Desprécieme usted! Abrí la ventana... aparté la cortina que ve usted ahí... y miré el hueco de sombra en cuyo fondo estaba la calle, pues hacía muy oscuro aquella noche. No se veía el empedrado. «Creerán en un suicidio», pensé, y volví a tomar a Alberte, y la alcé... ¡Pero he aquí que un relámpago de sentido común cruzó la locura! «¿Desde dónde se habrá matado? ¿Desde dónde habrá caído si la encuentran bajo mi ventana mañana?...», me pregunté. ¡La imposibilidad de lo que quería hacer me abofeteó! Fui a cerrar de nuevo la ventana, que chirrió en su falleba. Retiré la cortina de la ventana, más muerto que vivo por todos los ruidos que hacía. Por lo demás, por la ventana, por la escalera, por el corredor, por dondequiera que pudiese dejar o arrojar el cadáver, eternamente acusador, la profanación era inútil. El examen del cadáver lo revelaría todo, y el ojo de una madre, tan cruelmente advertida, vería todo lo que el médico o el juez quisieran ocultarle... Lo que yo sentía era insoportable, y la idea de acabar de un pistoletazo, en el estado cobarde de mi alma desmoralizada (¡una palabra del Emperador que más tarde comprendí!), me atravesó al ver relucir mis armas contra el muro de mi cuarto. Pero ¿qué quiere usted?... Seré franco: tenía diecisiete años, y amaba... mi espada. Por gusto y sentimiento de raza era yo soldado. Nunca había visto el fuego, y quería verlo. Tenía la ambición militar. ¡En el regimiento nos burlábamos de Werther, un héroe de la época, que nos daba lástima a los oficiales! El pensamiento que me impidió sustraerme, matándome, al innoble miedo que me poseía siempre, me condujo a otro que ime pareció la salvación misma en el atolladero donde me retorció! «¿Y si fuera a buscar al coronel?», me dije. El coronel es la paternidad militar, y me vestí como se viste uno cuando toca la generala, en una sorpresa... Cogí mis pistolas por precaución de soldado. ¿Quién sabía lo que podría ocurrir?... Besé por última vez, con el sentimiento que se tiene a los diecisiete años —y siempre se es sentimental a los diecisiete años—, la boca muda, que lo había

sido siempre, de aquella hermosa Alberte difunta, y que desde hacía seis meses me colmaba de sus más embriagadores favores... Bajé de puntillas la escalera de aquella casa donde dejaba la muerte... Jadeante como un hombre que se salva, tardé una hora (¡me pareció que tardaba una hora!) en descorrer el cerrojo de la puerta de la calle y en dar vuelta a la gruesa llave en su enorme cerradura, y después de haberla cerrado de nuevo con las precauciones de un ladrón, corrí, como un fugitivo, a casa de mi coronel.

Llamé allí como al fuego. Retumbé como una trompeta, ¡como si el enemigo estuviese arrebatando la bandera del regimiento! Todo lo atropellé, hasta el ordenanza que quiso oponerse a que entrase a semejante hora en la alcoba de su amo, y una vez que el coronel se despertó por la tempestad del ruido que yo hacía, se lo dije todo. Me confesé de un tirón y a fondo, rápida y arrojadamente, pues los momentos apremiaban, suplicándole que me salvara...

¡Aquel coronel era un hombre! Vio de una ojeada el horrible abismo en que yo me debatía... Se apiadó del más joven de sus hijos, como me llamó, ¡y creo que entonces me hallaba yo en estado harto capaz de inspirar lástima! Me dijo, con el juramento más francés, que había que empezar por largarme de la ciudad inmediatamente, y que él se encargaría de todo... que vería a los padres en cuanto yo hubiese partido, pero que había que partir, tomar la diligencia que iba a mudar tiro dentro de diez minutos en el hotel de la Posta, ganar una ciudad que me designó y donde me escribiría... Me dio dinero, pues yo había olvidado tomarlo, me aplicó cordialmente en las mejillas sus viejos bigotes grises, y diez minutos después de aquella entrevista, trepaba yo (ya no quedaba sino aquel sitio) a la imperial de la diligencia, que hacía el mismo servicio que esta en que ahora nos hallamos, y pasaba al galope bajo la ventana (imagínese usted qué miradas le lancé) de la fúnebre alcoba donde había dejado a Alberte muerta, y que estaba iluminada como lo está esta noche.»

El vizconde de Brassard se detuvo, la voz recia un poco quebrada. Yo ya no pensaba en bromear. El silencio no fue largo entre

nosotros.

—¿Y después? —le dije.

—¡Pues bien! Ahí está —respondió—, ¡no hay después! Eso es lo que durante mucho tiempo atormentó mi curiosidad exasperada. Seguí ciegamente las instrucciones del coronel. Aguardé con impaciencia una carta que me hiciera saber lo que él había hecho y lo que había ocurrido tras mi partida. Aguardé cosa de un mes; pero, al cabo de ese mes, no fue una carta lo que recibí del coronel, que apenas escribía sino con su sable en la cara del enemigo; fue la orden de un cambio de cuerpo. Se me ordenaba incorporarme al 35.º, que iba a entrar en campaña, y era preciso que en veinticuatro horas me hubiese presentado en el nuevo cuerpo al que pertenecía. Las inmensas distracciones de una campaña, ¡y de la primera!, las batallas a que asistí, las fatigas y también las aventuras de mujeres que sobrepuse a esta, me hicieron descuidar el escribir al coronel, y me apartaron del recuerdo cruel de la historia de Alberte, sin poder, con todo, borrarlo. Lo he guardado como una bala que no se puede extraer... Me decía que un día u otro encontraría al coronel, que al fin me pondría al corriente de lo que deseaba saber, pero el coronel se hizo matar a la cabeza de su regimiento en Leipzig... Louis de Meung se había hecho matar también un mes antes... Es bastante despreciable, esto —añadió el capitán—, pero todo se aletarga en el alma más robusta, y acaso porque es la más robusta... La curiosidad devoradora de saber lo que había pasado tras mi partida acabó por dejarme tranquilo. Habría podido, desde hace muchos años, y cambiado como estaba, volver sin ser reconocido a esta pequeña ciudad e informarme al menos de lo que se sabía, de lo que había trascendido de mi trágica aventura. Pero algo que no es, por cierto, el respeto de la opinión, de la que me he burlado toda mi vida, algo que se parecía a aquel miedo que no quería sentir por segunda vez, me lo ha impedido siempre.

Calló de nuevo aquel dandi que me había contado, sin el menor dandismo, una historia de tan triste realidad. Yo soñaba bajo la impresión de aquella historia, y comprendía que aquel brillante

vizconde de Brassard, la flor no de los guisantes, sino de las más altivas amapolas rojas del dandismo, el grandioso bebedor de clarete, a la manera inglesa, fuese, como cualquier otro, un hombre más profundo de lo que parecía. Me volvía a la memoria la frase que me había dicho, al comenzar, sobre la mancha negra que, durante toda su vida, había magullado sus placeres de mala cabeza... cuando de pronto, para asombrarme aún más, me asió bruscamente el brazo:

—¡Mire! —me dijo—, ¡vea la cortina!

¡La sombra esbelta de un talle de mujer acababa de pasar por ella, dibujándose!

—¡La sombra de Alberte! —dijo el capitán—. El azar es demasiado burlón esta noche —añadió con amargura.

La cortina había recobrado ya su cuadro vacío, rojo y luminoso. Pero el carretero que, mientras el vizconde hablaba, había trabajado en su tuerca, acababa de terminar su faena. Los caballos de recambio estaban prestos y piafaban, sacando chispas del suelo con los cascos. El conductor del coche, gorro de astracán sobre las orejas, registro entre los dientes, tomó las riendas y se izó, y una vez encaramado en su banqueta de la imperial, gritó, con su voz clara, la palabra del mando, en la noche:

«¡Rueden!»

Y rodamos, y no tardamos en dejar atrás la misteriosa ventana, que veo siempre en mis sueños, con su cortina carmesí.

EL MÁS BELLO AMOR DE DON JUAN

I

El mejor manjar del diablo es una inocencia. (A.)

¿Conque vive todavía ese viejo libertino?

—¡Por Dios! ¡Que si vive! —y por obra de Dios, señora —me corregí al punto, pues recordé que era devota—, y de la parroquia de Sainte-Clotilde además, ¡la parroquia de los duques! —¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!, se decía bajo la antigua monarquía, antes de que la quebraran, esa vieja porcelana de Sèvres. Don Juan, en cambio, a despecho de todas las democracias, es un monarca al que no se quebrará.

—A fin de cuentas, ¡el diablo es inmortal! —dijo ella, como si se diera a sí misma una razón.

—Incluso ha...

—¿Quién?... ¿el diablo?...

—No, Don Juan... ha cenado, hace tres días, de juerga. ¿Adivina usted dónde?...

—En su horrible Maison-d'Or, sin duda...

—¡Quia, señora! Don Juan ya no va allí... no hay nada que guisar para su grandeza en ese lugar. El señor Don Juan siempre ha sido un poco como ese famoso monje de Arnaldo de Brescia que, según cuentan las Crónicas, no vivía más que de la sangre de las almas. Es

con eso con lo que le gusta rosear su champán, ¡y eso hace ya mucho que no se encuentra en el figón de las cocotes!

—Ya verá usted —retomó ella con ironía— que habrá cenado en el convento de las Benedictinas, con esas señoras...

—¡De la Adoración perpetua, sí, señora! Porque la adoración que ha inspirado una vez, ¡ese diablo de hombre!, me parece que dura para siempre.

—Para ser católico, lo encuentro a usted profanador —dijo ella despacio, pero un tanto crispada—; y le ruego que me ahorre el detalle de las cenas de sus fulanas, si es una manera que usted ha inventado de darme noticias de ellas hablándome esta noche de Don Juan.

—No invento nada, señora. Las fulanas de la cena en cuestión, si es que son fulanas, no son las mías... por desgracia...

—¡Basta, caballero!

—Permítame usted ser modesto. Eran...

—¿*Le mille e tre*?... —dijo ella, curiosa, rectificándose, casi de vuelta a la amabilidad.

—¡Oh! No todas, señora... Una docena tan solo. Así, ya es bastante honesto...

—Y deshonesto también —añadió ella.

—Por lo demás, usted sabe tan bien como yo que no cabe mucha gente en el tocador de la condesa de Chiffrevas. Se han podido hacer allí grandes cosas; pero es muy pequeño, ese tocador...

—¿Cómo dice? —exclamó ella, atónita—. ¿Conque habrán cenado en el tocador?...

—Sí, señora, en el tocador. ¿Y por qué no? Se cena bien en un campo de batalla. Se quería ofrecer una cena extraordinaria al señor Don Juan, y era más digno de él ofrecérsela en el teatro de su gloria, allí donde los recuerdos florecen en lugar de naranjos.

¡Hermosa idea, tierna y melancólica! No era el baile de las víctimas; era la cena.

—¿Y Don Juan? —dijo ella, como dice Orgón «¿Y Tartufo?» en la obra.

—Don Juan tomó la cosa muy bien y cenó de maravilla,
¡Él, él solo, ante ellas!

en la persona de alguien que usted conoce... y que no es sino el conde Jules-Amédée-Hector de Ravila de Ravilès.

—¡Él! Es ciertamente Don Juan, en efecto —dijo ella.

Y, aunque había pasado la edad del ensueño, aquella devota de uña y diente, se puso a soñar con el conde Jules-Amédée-Hector — con ese hombre de raza Juan—, de esa antigua raza Juan eterna a quien Dios no ha dado el mundo, pero a quien el diablo ha tenido permiso para dárselo.

II

Lo que acababa de decirle a la vieja —a la marquesa Guy de Ruy— era la exacta verdad. Hacía apenas tres días que una docena de mujeres del virtuoso faubourg Saint-Germain (que estén tranquilas: ¡no las nombraré!), las cuales, las doce, según las comadres del cotilleo, habían tenido lo último (vieja expresión encantadora) con el conde Ravila de Ravilès, habían concebido la singular idea de ofrecerle una cena —a él solo de hombre— para celebrar... ¿qué? Ellas no lo decían. Era atrevido, semejante cena; pero las mujeres, cobardes individualmente, en grupo son audaces. Acaso ninguna de ese convite femenino hubiera osado ofrecérselo en su propia casa, en privado, al conde Jules-Amédée-Hector; pero juntas, apoyándose todas las unas en las otras, no habían tenido reparo en formar la cadena de la cuba de Mesmer en torno a ese hombre magnético y comprometedor que era el conde de Ravila de Ravilès...

—¡Vaya nombre!

—Un nombre providencial, señora... El conde de Ravila de Ravilès, que, dicho sea entre paréntesis, siempre había obedecido la consigna de ese nombre imperioso, era la encarnación cabal de todos los seductores de que hablan las novelas y la historia, y la marquesa Guy de Ruy —una vieja descontentadiza, de ojos azules, fríos y afilados, pero menos fríos que su corazón y menos afilados que su ingenio— reconocía ella misma que, en esta época en que la cuestión de las mujeres pierde cada día importancia, isi había alguien capaz de evocar a Don Juan, a buen seguro debía de ser él! Por desgracia, era Don Juan en el quinto acto. El príncipe de Ligne no podía meterse en su ingeniosa cabeza que Alcibíades hubiese tenido jamás cincuenta años. Pues bien, también por ese lado el conde de Ravila seguiría siendo Alcibíades para siempre. Como d'Orsay, ese dandi tallado en el bronce de Miguel Ángel, que fue apuesto hasta su última hora, Ravila había poseído esa belleza peculiar de la raza Juan —de esa misteriosa raza que no procede de padre a hijo, como las demás, sino que aparece aquí y allá, a ciertas distancias, en las familias de la humanidad.

Era la verdadera belleza —la belleza insolente, jubilosa, imperial, juanesca en suma; la palabra lo dice todo y dispensa de la descripción—; y —¿había hecho un pacto con el diablo?— la conservaba todavía... Solo que Dios recobraba lo suyo; las garras de tigre de la vida comenzaban a surcar aquella frente divina, coronada de rosas de tantos labios, y sobre sus anchas sienes impías aparecían los primeros cabellos blancos que anuncian la próxima invasión de los bárbaros y el fin del Imperio... Los llevaba, por lo demás, con la impasibilidad del orgullo sobreexcitado por el poder; pero las mujeres que le habían amado los contemplaban a veces con melancolía. ¿Quién sabe? Acaso miraban en aquella frente la hora que era para ellas. ¡Ay!, para ellas como para él, era la hora de la terrible cena con el frío Comendador de mármol blanco, tras la cual no queda más que el infierno —el infierno de la vejez, en espera del otro. Y he aquí por qué acaso, antes de compartir con él esa cena amarga y suprema, pensaron en ofrecerle la suya, y la convirtieron en una obra maestra.

Sí, una obra maestra de gusto, de delicadeza, de lujo patricio, de refinamiento, de ideas primorosas; la más encantadora, la más deliciosa, la más exquisita, la más embriagadora y, sobre todo, la más original de las cenas. ¡Original! ¡Figúrate! Lo que ordinariamente hace dar una cena es la alegría, el deseo de divertirse; pero aquí era el recuerdo, era el pesar, era casi la desesperación, pero la desesperación en traje de gala, oculta bajo sonrisas o bajo risas, que quería todavía esa fiesta o esa última locura, todavía esa escapada hacia la juventud recobrada por una hora, ¡todavía ese aturdimiento para que de todo ello se hiciera por siempre!...

Las anfitrionas de esa increíble cena, tan poco acorde con las costumbres temblorosas de la sociedad a la que pertenecían, debieron de experimentar en ella algo de lo que Sardanápalo sintió en su hoguera, cuando amontonó en ella, para que pudiesen con él, sus mujeres, sus esclavos, sus caballos, sus joyas, todas las opulencias de su vida. Ellas también amontonaron en esa cena ardiente todas las opulencias de la suya. Trajeron todo cuanto poseían de belleza, de ingenio, de recursos, de adorno, de poderío, para verterlo, de una sola vez, en ese supremo resplandor.

El hombre ante el cual se envolvieron y se ciñeron en esa última llama valía más a sus ojos que toda Asia a los de Sardanápalo. Se mostraron coquetas con él como jamás lo fueron mujeres con hombre alguno, como jamás lo fueron mujeres ante un salón lleno; y a esa coquetería la inflamaron con esos celos que se ocultan en sociedad y que ellas no tenían necesidad de ocultar, pues todas sabían que ese hombre había sido de cada una de ellas, y la vergüenza compartida deja de serlo... Era entre ellas una competencia por ver quién grabaría más hondo su epitafio en el corazón de él.

Él tuvo, aquella noche, la voluptuosidad saciada, soberana, displicente, degustadora del confesor de monjas y del sultán. Sentado como un rey —como el amo— en el centro de la mesa, frente a la condesa de Chiffrevas, en ese tocador color flor de

melocotonero o de... pecado (nunca se supo bien la ortografía del color de ese tocador), el conde de Ravila abarcaba con sus ojos, azul de infierno —que tantas pobres criaturas habían tomado por el azul del cielo—, ese círculo radiante de doce mujeres, vestidas con genio, que en aquella mesa, cargada de cristales, de velas encendidas y de flores, desplegaban, desde el bermellón de la rosa abierta hasta el oro suavizado del racimo ambarino, todos los matices de la madurez.

No había allí ninguna de esas juventudes verde tierno, de esas jovencitas que aborrecía Byron, que huelen a tartaleta y que, por el talle, no son todavía más que mondaduras, sino veranos espléndidos y sabrosos, otoños ubérrimos, florecimientos y plenitudes, senos deslumbrantes batiendo su pleno majestuoso al borde descubierto de los corpiños, y, bajo los camafeos del hombro desnudo, brazos de todo contorno, pero sobre todo brazos poderosos, esos bíceps de sabinas que lucharon con los romanos y que serían capaces de entrelazarse, para detenerlo, en los radios de la rueda del carro de la vida.

He hablado de ideas. Una de las más encantadoras de esa cena había sido hacer que la sirviesen doncellas, para que no pudiera decirse que nada hubiera perturbado la armonía de una fiesta de la que las mujeres eran las únicas reinas, puesto que ellas hacían los honores... El señor Don Juan —rama de Ravila— pudo, pues, bañar sus miradas leonadas en un mar de carnes luminosas y vivientes como las que Rubens pone en sus pinturas grasas y robustas, pero pudo también hundir su orgullo en el éter más o menos límpido, más o menos turbado, de todos esos corazones. Y es que en el fondo, y pese a todo lo que pudiera impedir creerlo, ¡Don Juan es un recio espiritualista! Lo es como el demonio mismo, que ama las almas aún más que los cuerpos, y que hace incluso ese tráfico de preferencia al otro, ¡el negrero infernal!

Ingeniosas, nobles, del tono más puro del faubourg Saint-Germain, pero aquella noche audaces como pajes de la casa del Rey cuando había una casa del Rey y había pajes, desplegaron un destello de ingenio, una animación, una verve y un brío

incomparables. Se sintieron superiores a todo cuanto habían sido en sus mejores noches. Gozaron allí de un poder desconocido que emanaba de lo más hondo de ellas mismas y del que hasta entonces jamás habían tenido la menor sospecha.

La dicha de ese descubrimiento, la sensación de las fuerzas triplicadas de la vida; además, las influencias físicas, tan decisivas en los seres nerviosos, el resplandor de las luces, el olor penetrante de todas esas flores que se desmayaban en la atmósfera caldeada por esos hermosos cuerpos con efluvios demasiado intensos para ellas, el acicate de los vinos provocadores, la idea de esa cena que tenía precisamente el mérito picante del pecado que la napolitana pedía a su sorbete para encontrarlo exquisito, el pensamiento embriagador de la complicidad en ese pequeño crimen de una cena arriesgada, ¡sí!, pero que no cayó vulgarmente en la cena de la regencia; que se mantuvo como una cena del faubourg Saint-Germain y del siglo XIX, y en la que de todos esos adorables corpiños, forrados de corazones que habían visto el fuego y que gustaban todavía de azuzarlo, ni un solo alfiler cayó; —todas esas cosas, en fin, obrando a la vez, tensaron el arpa misteriosa que todas esas maravillosas organizaciones llevaban dentro de sí, tan fuerte como podía tensarse sin romperse, y llegaron a octavas sublimes, a diapasones inexpresables... Debió de ser curioso, ¿verdad? Esa página inaudita de sus Memorias, ¿la escribirá Ravela algún día?... Es una pregunta; pero solo él puede escribirla... Como le dije a la marquesa Guy de Ruy, yo no estaba en esa cena, y si voy a referir algunos detalles y la historia con que terminó, es porque los tengo del propio Ravela, quien, fiel a la indiscreción tradicional y característica de la raza Juan, se tomó la molestia, una noche, de contármelos.

III

Era, pues, tarde —ies decir, temprano! Venía la mañana. En el techo y en cierto punto de los cortinajes de seda rosa del tocador, herméticamente cerrados, se veía apuntar y redondear una gota de ópalo, como un ojo que creciese, el ojo del día curioso que hubiera mirado por allí lo que se hacía en ese tocador encendido. El

languidecimiento comenzaba a apoderarse de las caballeras de esa Mesa Redonda, de aquellas cenadoras tan animadas un momento antes. Se conoce ese momento de todas las cenas en que el cansancio de la emoción y de la noche transcurrida parece proyectarse sobre todo: sobre los peinados que se hunden, las mejillas arreboladas o palidecidas que arden, las miradas fatigadas en los ojos con ojeras que se van entornando, e incluso sobre las llamas dilatadas y rastreras de los miles de velas de los candelabros, esos ramos de fuego con tallos esculpidos de bronce y oro.

La conversación general, durante largo tiempo llena de animación, partido de volante en que cada cual había dado su golpe de raqueta, se había fragmentado, desmenuzado, y ya nada distinto se oía en el murmullo armonioso de todas esas voces, de timbres aristocráticos, que se mezclaban y gorjeaban como los pájaros, al alba, en el lindero de un bosque... cuando una de ellas —ivoz de cabeza esa, y qué voz!—, imperiosa y casi impertinente, como debe serlo la voz de una duquesa, dijo de pronto, por encima de todas las demás, al conde de Rvila, estas palabras que eran sin duda la continuación y conclusión de una conversación, en voz baja, entre ellos dos, que ninguna de aquellas mujeres, que charlaban cada una con su vecina, había escuchado:

—Usted, que pasa por el Don Juan de este tiempo, debería contarnos la historia de la conquista que más ha halagado su orgullo de hombre amado y que juzga, a la luz de este momento presente, el más bello amor de su vida...

Y la pregunta, tanto como la voz que la formulaba, cortó nítidamente en el murmullo todas esas conversaciones dispersas e hizo de pronto el silencio.

Era la voz de la duquesa de ***. No le levantaré la máscara de asteriscos; pero quizá la reconocerás cuando te haya dicho que es la más pálida de tez y de cabellos entre todas las rubias, y la de ojos más negros bajo sus largas cejas ambarinas, de todo el faubourg Saint-Germain. Estaba sentada, como un justo a la diestra de Dios, a la diestra del conde de Rvila, el dios de esa fiesta, que entonces no

reducía a sus enemigos a servirle de estrado; esbelta e ideal como una arabesca y como un hada, con su vestido de terciopelo verde con reflejos de plata, cuya larga cola se retorció alrededor de su silla y figuraba bastante bien la cola de serpiente con que se terminaba la encantadora grupa de Melusina.

—¡Esa sí es una idea! —exclamó la condesa de Chiffrevas, como para apoyar, en su calidad de anfitriona, el deseo y la moción de la duquesa—. Sí, el amor de todos los amores, inspirados o sentidos, que más le gustaría a usted volver a vivir, si fuera posible.

—¡Oh! ¡Los volvería a vivir todos! —dijo Rivila con esa insaciabilidad de Emperador romano que tienen a veces esos inmensos hastiados. Y alzó su copa de champán, que no era la copa boba y pagana por la que ha sido sustituida, sino el vaso esbelto y grácil de nuestros antepasados, que es el verdadero vaso de champán —ese al que se llama una flauta, quizá a causa de las melodías celestiales que a menudo nos vierte en el corazón. Luego abarcó con una mirada circular a todas aquellas mujeres que formaban en torno a la mesa un cinturón tan magnífico. —Y sin embargo —añadió al depositar de nuevo su copa ante él con una melancolía asombrosa en tal Nabucodonosor que no había comido todavía más hierba que las ensaladas al estragón del café Anglais—, y sin embargo es la verdad que hay uno entre todos los sentimientos de la vida que brilla siempre en el recuerdo con más fuerza que los otros, a medida que la vida avanza, ¡y por el cual se los daría todos!

—El diamante del estuche —dijo la condesa de Chiffrevas, pensativa, mirando quizá en las facetas del suyo.

—... Y el de la leyenda de mi país —retomó a su vez la princesa Jable..., que es del pie de los montes Urales—, ese famoso y fabuloso diamante, rosa primero, que se vuelve negro después, pero que sigue siendo diamante, más brillante aún negro que rosa... Lo dijo con el encanto extraño que hay en ella, ¡esa bohemia! Pues es una bohemia, desposada por amor por el más apuesto príncipe de la emigración polaca, y que tiene el aire de princesa como si hubiera nacido bajo los cortinajes de los Jagellones.

¡Entonces fue una explosión! —Sí —dijeron todas—. ¡Cuéntenoslo, conde! —añadieron apasionadamente, suplicantes ya, con los estremecimientos de la curiosidad hasta en los rizos de sus nuca; apiñándose, hombro con hombro; unas con la mejilla en la mano y el codo en la mesa; otras recostadas en el respaldo de las sillas, con el abanico desplegado sobre la boca; acribillándole todas con sus ojos vivos e inquisidores.

—Si lo desean ustedes absolutamente... —dijo el conde, con la displicencia de un hombre que sabe que la espera exaspera el deseo.

—¡Absolutamente! —dijo la duquesa mirando como un déspota turco habría mirado el filo de su sable —el filo de oro de su cuchillo de postre.

—Escuchen pues —concluyó él, siempre displicente.

Se derretían de atención mirándole. Le bebían y le devoraban con los ojos. Toda historia de amor interesa a las mujeres; pero ¿quién sabe? Acaso el encanto de esta, para cada una de ellas, era el pensamiento de que la historia que él iba a contar podía ser la suya... Le conocían demasiado gentilhomme y hombre demasiado de mundo para no estar seguras de que salvaría los nombres y que espesaría, cuando fuera menester, los detalles demasiado transparentes; y esa idea, esa certeza, les hacía desear la historia con mayor ardor. Tenían más que el deseo: tenían la esperanza.

Su vanidad encontraba rivales en ese recuerdo evocado como el más bello de la vida de un hombre que debía de tener tantos y tan hermosos! El viejo sultán iba a arrojar una vez más el pañuelo... que ninguna mano recogería, pero que aquella a quien fuera lanzado lo sentiría caer silenciosamente en su corazón...

He aquí, pues, con lo que ellas creían, el pequeño trueno inesperado que hizo pasar sobre todas esas frentes que escuchaban:

«He oído decir a menudo a moralistas, grandes experimentadores de la vida —dijo el conde de Ravía—, que el más intenso de todos nuestros amores no es ni el primero ni el último, como muchos creen; es el segundo. Pero en materia de amor, todo es verdad y todo es mentira, y, por lo demás, eso no habrá sido así para mí... Lo que ustedes me piden, señoras, y lo que tengo esta noche que contarles, se remonta al más bello instante de mi juventud. No era ya precisamente lo que se llama un joven, pero era un hombre joven, y, como decía un viejo tío mío, caballero de Malta, para designar ese período de la vida, "había terminado mis caravanas". En plena fuerza, pues, me encontraba también en plena relación, como se dice tan primorosamente en Italia, con una mujer que todas ustedes conocen y que todas han admirado...»

En ese punto, la mirada que se lanzaron al mismo tiempo, cada una a todas las demás, ese grupo de mujeres que aspiraban las palabras de ese viejo serpiente, fue algo que hay que haber visto, pues es inexpresable.

«Era esa mujer —continuó Ravía— todo cuanto se puede imaginar de más distinguido, en todos los sentidos que se pueden dar a esa palabra. Era joven, rica, de un nombre soberbio, bella, ingeniosa, de una amplia inteligencia de artista, y natural con todo ello, como se es en su mundo de ustedes cuando se lo es... Y además, sin tener en ese mundo otra pretensión que la de agradarme y entregarse; que la de parecerme la más tierna de las amantes y la mejor de las amigas.

No era yo, creo, el primer hombre que ella hubiese amado... Ya había amado una vez, y no era su marido; pero había sido virtuosamente, platónicamente, utópicamente, con ese amor que ejercita el corazón más de lo que lo colma; que prepara sus fuerzas para otro amor que siempre ha de seguirle pronto; de ese amor de ensayo, en suma, que se parece a la misa blanca que dicen los sacerdotes jóvenes para ejercitarse en decir, sin equivocarse, la misa verdadera, la misa consagrada... Cuando llegué a su vida, ella no estaba todavía más que en la misa blanca. Fui yo la misa verdadera,

y la dijo entonces con todas las ceremonias del caso y
suntuosamente, como un cardenal.»

A esas palabras, el más primoroso círculo de sonrisas giró sobre esas doce deliciosas bocas atentas, como una ondulación circular sobre la límpida superficie de un lago... ¡Fue rápido, pero arrebatador!

«¡Era verdaderamente un ser aparte! —retomó el conde—. He visto raramente más bondad verdadera, más piedad, más sentimientos excelentes, incluso en la pasión que, como saben ustedes, no siempre es buena. Nunca he visto menos artificio, menos gazmoñería y coquetería, esas dos cosas tan a menudo enredadas en las mujeres, como una madeja por la que hubiera pasado la zarpa del gato... No había ningún gato en esta... Era lo que esos diablos de hacedores de libros que nos envenenan con sus maneras de hablar llamarían una naturaleza primitiva, aderezada por la civilización; pero de ella solo tenía los lujos encantadores, y ni una sola de esas pequeñas corrupciones que nos parecen aún más encantadoras que esos lujos...»

—¿Era morena? —interrumpió de pronto y a quemarropa la duquesa, impacientada por tanta metafísica.

—¡Ah! ¡No veis vos con bastante claridad! —dijo Ravila con finura—. Sí, era morena, morena de cabello hasta el negro más azabache, el más espejo de ébano que jamás haya visto relucir sobre la voluptuosa convexidad lustrosa de una cabeza de mujer, pero era rubia de tez —y es por la tez, y no por el cabello, como hay que juzgar si una es morena o rubia—, añadió el gran observador, que no había estudiado a las mujeres únicamente para hacer con ellas retratos—. Era una rubia de cabellos negros...

Todas las cabezas rubias de aquella mesa, que no lo eran, ellas, sino de cabello, hicieron un movimiento imperceptible. Era evidente que para ellas el interés de la historia disminuía ya.

«Tenía los cabellos de la Noche —prosiguió Ravila—, pero sobre el rostro de la Aurora, pues su rostro resplandecía con esa frescura

encarnada, deslumbrante y rara, que había resistido a todo en esa vida nocturna de París de la que vivía desde hacía años, y que quema tantas rosas a la llama de sus candelabros. Parecía que las suyas solo se hubiesen incendiado allí, ide tan luminoso que era casi el carmín en sus mejillas y en sus labios! Por lo demás, su doble fulgor concordaba bien con el rubí que ella llevaba habitualmente en la frente, pues, en aquel tiempo, se peinaba una a la ferrennière, lo cual formaba en su rostro, con sus dos ojos incendiarios cuya llama impedía ver el color, ico como un triángulo de tres rubíes! Esbelta, pero robusta, majestuosa incluso, tallada para ser la mujer de un coronel de coraceros —su marido no era entonces sino jefe de escuadrón en la caballería ligera—, tenía, por gran dama que fuese, la salud de una campesina que bebe sol por la piel, y tenía también el ardor de ese sol bebido, tanto en el alma como en las venas —sí, presente y siempre dispuesta... ¡Pero he aquí donde comenzaba lo extraño! Aquel ser poderoso e ingenuo, aquella naturaleza purpúrea y pura como la sangre que regaba sus bellas mejillas y sonrosaba sus brazos, era... ¿lo creeréis? torpe en las caricias...»

Aquí algunos ojos se bajaron, pero se volvieron a alzar, maliciosos...

«Torpe en las caricias como era imprudente en la vida —continuó Ravila, que no insistió más que eso sobre el dato—. Era menester que el hombre a quien amaba le enseñase sin cesar dos cosas que, por lo demás, jamás aprendió... a no perderse frente a un mundo siempre armado y siempre implacable, y a practicar en la intimidad el gran arte del amor, que impide que el amor muera. Tenía, sin embargo, el amor; pero el arte del amor le faltaba... ¡Era lo contrario de tantas mujeres que no tienen de él sino el arte! Ahora bien, para comprender y aplicar la política del Príncipe, hay que ser ya Borgia. Borgia precede a Maquiavelo. Uno es poeta; el otro, el crítico. Ella no era en modo alguno Borgia. Era una mujer honrada enamorada, ingenua, pese a su colosal belleza, como la niña del dintel de la puerta que, teniendo sed, quiere tomar en su mano agua de la fuente y que, jadeante, la deja caer toda entre sus dedos, y se queda confundida...

Era casi bonito, por lo demás, el contraste de aquella confusión y de aquella torpeza con aquella gran mujer apasionada, que, al verla en el mundo, habría engañado a tantos observadores —que lo tenía todo del amor, hasta la felicidad, pero que no tenía el poder de devolverlo como se lo daban—. Solo que yo no era entonces bastante contemplativo para contentarme con ese primor de artista, y esa es incluso la razón que, en ciertos días, la volvía inquieta, celosa y violenta —todo lo que se es cuando se ama, ¡y ella amaba!—. Pero celos, inquietud, violencia, todo eso moría en la inagotable bondad de su corazón al primer mal que quería o creía hacer, ¡torpe para la herida como para la caricia! Leona, de una especie desconocida, que se imaginaba tener garras y que, cuando quería alargarlas, jamás las hallaba en sus magníficas zarpas de terciopelo. ¡Era con terciopelo con lo que arañaba!

—¿Adónde quiere ir a parar? —dijo la condesa de Chiffrevas a su vecina—, pues, verdaderamente, ¡ese no puede ser el más bello amor de Don Juan!

¡Todas aquellas complicadas no podían creer en semejante sencillez!

«Vivíamos, pues —dijo Ravila—, en una intimidad que a veces tenía sus tormentas, pero que no tenía desgarraduras, y esa intimidad no era, en esa ciudad de provincias que llaman París, un misterio para nadie... La marquesa... era marquesa...»

Había tres de ellas en aquella mesa, y morenas de cabello también. Pero no pestañearon. Sabían demasiado que no era de ellas de quien hablaba... El único terciopelo que tenían, las tres, estaba sobre el labio superior de una de ellas —labio voluptuosamente difuminado que, por el momento, os lo juro, expresaba no poco desdén.

«... Y marquesa por triplicado, ¡como los bajás pueden ser bajás de tres colas! —continuó Ravila, a quien le venía el brío—. La marquesa era de esas mujeres que no saben ocultar nada y que, aunque quisieran, no podrían. Su propia hija, una niña de trece

años, pese a su inocencia, no se percataba sino demasiado del sentimiento que su madre tenía por mí. No sé qué poeta ha preguntado qué piensan de nosotros las hijas cuyas madres hemos amado. ¡Cuestión profunda! que me he planteado a menudo cuando sorprendía la mirada de espía, negra y amenazadora, emboscada sobre mí desde el fondo de los grandes ojos sombríos de aquella chiquilla. Aquella niña, de un recato huraño, que las más de las veces abandonaba el salón cuando yo llegaba y que se colocaba lo más lejos posible de mí cuando se veía obligada a permanecer en él, tenía por mi persona un horror casi convulsivo... que trataba de ocultar en su interior, pero que, más fuerte que ella, la traicionaba... Se revelaba en detalles imperceptibles, pero de los que ni uno solo se me escapaba. La marquesa, que sin embargo no era una observadora, me decía sin cesar: "Hay que andarse con cuidado, amigo mío. Creo que mi hija está celosa de vos..."

«Yo me andaba con mucho más cuidado que ella.

Aunque esa pequeña hubiera sido el diablo en persona, bien la habría desafiado a leer en mi juego... Pero el juego de su madre era transparente. ¡Todo se veía en el espejo purpúreo de aquel rostro tan a menudo turbado! Ante la especie de odio de la hija, no podía dejar de pensar que había sorprendido el secreto de su madre en alguna emoción expresada, en alguna mirada demasiado anegada, involuntariamente, de ternura. Era, si queréis saberlo, una niña enclenque, perfectamente indigna del molde espléndido del que había salido, fea, incluso a confesión de su madre, que no por eso la amaba menos; un pequeño topacio quemado... ¿qué os diré? una especie de maqueta en bronce, pero con ojos negros... ¡Una magia! Y que, después...»

Se detuvo tras ese relámpago... como si hubiera querido apagarlo y hubiese dicho demasiado... El interés había vuelto general, perceptible, tenso, a todas las fisonomías, y la condesa incluso había dicho entre sus bellos dientes la palabra de la impaciencia esclarecida: «¡Por fin!»

«En los comienzos de mi relación con su madre —prosiguió el conde de Ravila—, había tenido con aquella niña todas las familiaridades cariñosas que se tienen con todos los niños... Le llevaba bolsas de peladillas. La llamaba "carita de máscara", y muy a menudo, mientras charlaba con su madre, me entretenía en alisarle la banda de cabello sobre la sien —una banda de cabellos enfermizos, negros, con reflejos de yesca—, pero "la pequeña máscara", cuya gran boca tenía una linda sonrisa para todo el mundo, recogía, replegaba su sonrisa para mí, fruncía ásperamente las cejas y, a fuerza de crispase, se volvía, de "pequeña máscara", una verdadera máscara arrugada de cariátide humillada que parecía, cuando mi mano pasaba por su frente, soportar el peso de un entablamento bajo mi mano.

Así pues, viendo aquel enfurruñamiento siempre hallado en el mismo sitio y que parecía una hostilidad, había acabado por dejar en paz a aquella sensitiva, color de caléndula, que se retraía tan violentamente al contacto de la menor caricia... ¡y ni siquiera le hablaba ya! «Ella siente bien que vos la robáis —me decía la marquesa—. Su instinto le dice que le quitáis una porción del amor de su madre.» Y a veces añadía, en su rectitud: «Esta niña es mi conciencia, y sus celos, mi remordimiento.»

Un día, habiendo querido interrogarla sobre aquel profundo alejamiento que sentía por mí, la marquesa no había obtenido sino esas respuestas rotas, tercas, estúpidas, que hay que sacar, con un sacacorchos de preguntas repetidas, a todos los niños que no quieren decir nada... «No tengo nada... no sé», y viendo la dureza de aquel pequeño bronce, había cesado de hacerle preguntas y, por lasitud, se había apartado...

He olvidado deciros que aquella niña extraña era muy devota, de una devoción sombría, española, medieval, supersticiosa. Se enroscaba en torno a su magro cuerpo toda suerte de escapularios y se plantaba sobre el pecho, liso como el dorso de la mano, y alrededor del cuello atezado, imontones de cruces, de Vírgenes buenas y de Espíritus Santos! «Vos sois por desgracia un impío —me

decía la marquesa—. Un día, charlando, quizá la habréis escandalizado. Prestad atención a todo lo que decís delante de ella, os lo suplico. ¡No agravéis mis culpas a los ojos de esta niña ante la cual me siento ya tan culpable!» Luego, como la conducta de aquella pequeña no cambiaba en nada, no se modificaba en nada: «Acabaréis por odiarla —añadía la marquesa inquieta—, y yo no podré reprochároslo.» Pero se equivocaba: yo no era sino indiferente hacia aquella malhumorada chiquilla, cuando no me impacientaba.

Había puesto entre nosotros la cortesía que se guarda entre personas mayores, y entre personas mayores que no se quieren. La trataba con ceremonia, llamándola a cada paso «señorita», y ella me devolvía un «señor» glacial. No quería hacer nada delante de mí que pudiese ponerla, no digo en valor, sino tan solo fuera de sí misma... Jamás pudo su madre decidirla a mostrarme uno de sus dibujos, ni a tocar delante de mí un aire de piano. Cuando la sorprendía, estudiando con mucho ardor y atención, se paraba en seco, se levantaba del taburete y no tocaba más...

Una sola vez, exigiéndolo su madre (había gente), se colocó ante el instrumento abierto con uno de esos aires de víctima que, os lo aseguro, no tenía nada de dulce, y comenzó no sé qué partitura con dedos abominablemente contrariados. Yo estaba de pie junto a la chimenea, y la miraba de reojo. Tenía la espalda vuelta hacia mi lado, y no había ante ella espejo alguno en el que pudiese ver que la miraba... De pronto su espalda (solía mantenerse mal, y su madre le decía a menudo: «Si te tienes siempre así, acabarás por darte una enfermedad de pecho»), de pronto su espalda se enderezó, como si yo le hubiese quebrado la columna vertebral con mi mirada lo mismo que con una bala; y abatiendo violentamente la tapa del piano, que hizo un ruido espantoso al caer, huyó del salón... Fueron a buscarla; pero aquella noche jamás pudieron hacerla volver.

—Pues bien, parece ser que los hombres más fatuos no lo son nunca bastante, pues la conducta de aquella tenebrosa niña, que tan poco me interesaba, no me dio nada que pensar sobre el sentimiento que sentía por mí. Su madre, tampoco. Su madre, que

estaba celosa de todas las mujeres de su salón, no estuvo más celosa de lo que yo era fatuo con aquella niña, que acabó por revelarse en uno de esos hechos que la marquesa, la expansión misma en la intimidad, pálida aún del terror que había sentido, y riendo a carcajadas de haberlo padecido, tuvo la imprudencia de contarme.

Había subrayado, por la inflexión, la palabra imprudencia como lo habría hecho el más hábil actor y como hombre que sabía que todo el interés de su historia ino pendía ya sino del hilo de aquella palabra!

Pero al parecer bastaba, pues aquellos doce bellos rostros de mujer se habían reinflamado de un sentimiento tan intenso como los rostros de los Querubines ante el trono de Dios. ¿Acaso el sentimiento de la curiosidad en las mujeres no es tan intenso como el sentimiento de la adoración en los Ángeles?... Él los miró todos, aquellos rostros de Querubines que no terminaban en los hombros, y hallándolos a punto, sin duda, para lo que tenía que decirles, prosiguió de prisa y no se detuvo más:

«¡Sí, se reía a carcajadas la marquesa, con solo pensarlo! —me dijo tiempo después, cuando me refirió la cosa—; ipero no siempre había reído! "Figuraos —me contó (trataré de recordar sus propias palabras)— que yo estaba sentada ahí donde estamos ahora." (Era sobre uno de esos confidentes que llamaban dos-a-dos, el mueble mejor inventado para enfurruñarse y reconciliarse sin cambiar de sitio.) Pero vos no estabais donde ahora estáis, ipor fortuna! cuando me anunciaron... ¿adivinad a quién?... no lo adivinaríais jamás... al señor cura de Saint-Germain-des-Prés. ¿Lo conocéis?... ¡No! Vos no vais nunca a misa, lo cual está muy mal... ¿Cómo podríais, pues, conocer a ese pobre viejo cura que es un santo, y que no pone el pie en casa de ninguna mujer de su parroquia, salvo cuando se trata de una cuestación para sus pobres o para su iglesia? Creí en un primer momento que venía por eso.

En su tiempo había hecho hacer la primera comunión a mi hija, y ella, que comulgaba a menudo, lo había conservado por confesor.

Por esa razón, muchas veces, desde entonces, lo había invitado a cenar, pero en vano. Cuando entró, estaba en extremo turbado, y vi en sus rasgos, de ordinario tan plácidos, un embarazo tan poco disimulado y tan grande, que me fue imposible achacarlo a la timidez sola, y no pude menos de decirle por primera palabra: ¡Eh! ¡Dios mío! ¿qué ocurre, señor cura?

—Ocurre —me dijo— , señora, que tenéis ante vos al hombre más embarazado que hay en el mundo. Hace más de cincuenta años que estoy en el santo ministerio, y jamás me han encargado una comisión más delicada y que menos comprendiese que la que tengo que haceros...»

—«Y se sentó, me pidió que hiciese cerrar mi puerta durante todo el tiempo de nuestra conversación. Bien comprenderéis que todas aquellas solemnidades me asustaban un poco... Él lo advirtió.

—No os asustéis hasta ese punto, señora —prosiguió—; tenéis necesidad de toda vuestra sangre fría para escucharme y para hacerme comprender, a mí, la cosa inaudita de que se trata, y que en verdad no puedo admitir... La señorita vuestra hija, de parte de quien vengo, es, lo sabéis lo mismo que yo, un ángel de pureza y de piedad. Conozco su alma. La tengo entre mis manos desde su edad de siete años, y estoy persuadido de que se engaña... a fuerza de inocencia quizá... Pero, esta mañana, ha venido a declararme en confesión que estaba, no lo creeréis, señora, ni yo tampoco, pero hay que decir la palabra... ¡encinta!»

«—Lancé un grito...

—Yo lancé uno como el vuestro en mi confesionario, esta mañana —prosiguió el cura—, ¡ante esa declaración hecha por ella con todas las señales de la desesperación más sincera y más espantosa! Conozco a fondo a esta niña. Lo ignora todo de la vida y del pecado... Es ciertamente, de todas las jóvenes que confieso, aquella de quien más respondería ante Dios. ¡Eso es todo cuanto puedo deciros! Nosotros los sacerdotes somos los cirujanos de las almas, y hemos de partearlas de las vergüenzas que disimulan, con manos

que no las hieran ni las manchen. La he, pues, con todas las precauciones posibles, interrogado, cuestionado, apremiado a preguntas, a esta niña desesperada, pero que, una vez dicha la cosa, confesada la falta, que ella llama un crimen y su condenación eterna, pues se cree condenada, ¡la pobre muchacha! no me ha respondido más y se ha encerrado obstinadamente en un silencio que no ha roto sino para suplicarme que fuese a buscaros, señora, y a informaros de su crimen —pues bien ha de saberlo mamá —ha dicho—, ¡y jamás tendré yo la fuerza de confesárselo!»

«Escuchaba yo al cura de Saint-Germain-des-Prés. ¡Bien os figuráis con qué mezcla de estupefacción y de ansiedad! Como él y aún más que él, creía estar segura de la inocencia de mi hija; pero los inocentes caen a menudo, incluso por inocencia... Y lo que ella había dicho a su confesor no era imposible... No lo creía... No quería creerlo; ¡pero, sin embargo, no era imposible!... No tenía sino trece años, pero era una mujer, y esa precocidad misma me había asustado... Una fiebre, un arrebató de curiosidad se apoderó de mí.

¡Quiero saberlo todo y voy a saberlo! —dije a aquel buen hombre de sacerdote, aturdido ante mí y que, mientras me escuchaba, rebotaba de embarazo su sombrero—. Dejadme, señor cura. Ella no hablaría delante de vos. Pero estoy segura de que me lo dirá todo... de que le arrancaré todo, ¡y de que comprenderemos entonces lo que ahora es incomprensible!»

—«Y el sacerdote se marchó tras esto —y en cuanto se hubo ido, subí al cuarto de mi hija, sin tener la paciencia de mandarla llamar y de esperarla.

La hallé ante el crucifijo de su cama, no arrodillada, sino postrada, pálida como una muerta, los ojos secos, pero muy rojos, como ojos que han llorado mucho. La tomé en mis brazos, la senté junto a mí, luego sobre mis rodillas, y le dije que no podía creer lo que acababa de comunicarme su confesor.

Pero me interrumpió para asegurarme, con desgarros de voz y de fisonomía, que era cierto lo que él había dicho, y fue entonces

cuando, cada vez más inquieta y asombrada, le pregunté el nombre de aquel que...

No terminé... ¡Ah! ¡Fue el momento terrible! Se escondió la cabeza y el rostro en mi hombro... pero yo veía el tono de fuego de su cuello, por detrás, y la sentía estremecerse. El silencio que había opuesto a su confesor, me lo opuso a mí. Era un muro.

—Ha de ser alguien muy por debajo de ti, ¿puesto que tanta vergüenza tienes?...» —le dije, para hacerla hablar sublevándola, pues la sabía orgullosa.

Pero era siempre el mismo silencio, el mismo hundimiento de su cabeza en mi hombro. Aquello duró un tiempo que me pareció infinito, cuando de pronto me dijo sin alzarse: «Júrame que me perdonarás, mamá.»

Le juré todo cuanto quiso, a riesgo de ser cien veces perjura, ¡bien me importaba! Me impacientaba. Hervía... Me parecía que la frente iba a estallarme y a dejar escapar mis sesos...

«—¡Pues bien! es el señor de Ravila», dijo con voz baja; y se quedó como estaba en mis brazos.

«¡Ah! ¡El efecto de aquel nombre, Amédée! ¡Recibía de un solo golpe, en pleno corazón, el castigo de la gran falta de mi vida! Sois, en materia de mujeres, un hombre tan terrible, me habéis hecho temer tales rivalidades, que el horrible "¿por qué no?" que se dice a propósito del hombre a quien se ama y de quien se duda, se alzó en mí... Lo que sentía, tuve la fuerza de ocultarlo a aquella cruel niña, que quizá había adivinado el amor de su madre.

—¡El señor de Ravila! —dije, con una voz que me parecía decirlo todo—, ¿pero tú nunca le hablas?» —Tú huyes de él —iba a añadir, pues la cólera comenzaba; la sentía venir... ¿Sois, pues, bien falsos los dos? —Pero reprimí aquello... ¿No debía yo conocer los detalles, uno por uno, de aquella horrible seducción?... Y se los pregunté con una dulzura de la que creí morir, cuando me sacó de aquel tornillo, de aquel suplicio, diciéndome ingenuamente:

«—Madre, era una tarde. Él estaba en el gran sillón que está en el rincón de la chimenea, frente al confidente. Permaneció en él largo rato, luego se levantó, y yo tuve la desgracia de ir a sentarme después de él en aquel sillón que él había dejado. ¡Oh! ¡mamá!... es como si hubiera caído en el fuego. quería levantarme, no pude... ¡el corazón me faltó! y sentí... ¡mira! ahí, mamá... que lo que tenía... ¡era un niño!...»

La marquesa había reído, dijo Rivila, cuando le contó aquella historia; pero ninguna de las doce mujeres que estaban en torno a aquella mesa pensó en reír —ni Rivila tampoco.

—Y he ahí, señoras, creedlo, si queréis —añadió a modo de conclusión—, ¡el más bello amor que haya inspirado en mi vida!

Y calló, y ellas también. Estaban pensativas... ¿Lo habían comprendido?

Cuando José era esclavo en casa de la señora de Putifar, era tan bello, dice el Corán, que, de ensueño, las mujeres a quienes servía a la mesa se cortaban los dedos con sus cuchillos, al mirarlo. Pero ya no estamos en tiempos de José, y las preocupaciones que se tienen en los postres son menos fuertes.

—¡Qué gran bestia, con todo su ingenio, la de vuestra marquesa, por haberos dicho semejante cosa! —hizo la duquesa, que se permitió ser cínica, pero que no se cortó absolutamente nada con el cuchillo de oro que sostenía siempre en la mano.

La condesa de Chiffrevas miraba atentamente el fondo de una copa de vino del Rin, de cristal esmeralda, misteriosa como su pensamiento.

—¿Y la pequeña máscara? —preguntó.

—Oh, había muerto, muy joven y casada en provincias, cuando su madre me contó esta historia —respondió Rivila.

—¡De no ser por eso!... dijo la duquesa, pensativa.

LA FELICIDAD EN EL CRIMEN

En este tiempo delicioso, cuando se cuenta una historia verdadera, es de creer que el Diabolo la ha dictado.

Me hallaba una de las mañanas del otoño pasado paseando por el Jardín de las Plantas, en compañía del doctor Torty, sin duda uno de mis conocidos más antiguos. Cuando yo no era más que un niño, el doctor Torty ejercía la medicina en la ciudad de V...; pero, tras unos treinta años de este agradable ejercicio, y habiendo muerto sus enfermos —sus colonos, como él los llamaba, los cuales le habían rentado más de lo que muchos colonos rentan a sus amos, en las mejores tierras de Normandía—, no había tomado otros; y ya entrado en años y loco de independencia, como un animal que siempre ha marchado sujeto a su ronzal y que acaba por romperlo, había venido a sumergirse en París —allí mismo, en las inmediaciones del Jardín de las Plantas, en la calle Cuvier, creo—, sin ejercer ya la medicina sino por su propio placer, que, por lo demás, era grande el que sentía por ella, pues era médico en la sangre y hasta las uñas, y muy médico, y gran observador, además, de otros muchos casos que los simplemente fisiológicos y patológicos...

¿Lo ha encontrado usted alguna vez, al doctor Torty? Era uno de esos espíritus audaces y vigorosos que no se calzan mitones, por la muy buena y proverbial razón de que «gato con guantes no caza ratones», y que él había cazado inmensamente, y que siempre quería seguir cazando, ese taimado de raza fina y fuerte; especie de hombre que a mí me agradaba mucho, y creo bien (¡me conozco!) que sobre todo por los lados que más desagradaban a los demás. En

efecto, desagradaba bastante generalmente cuando se gozaba de buena salud, ese brusco original del doctor Torty; pero a quienes más desagradaba, una vez enfermos, le hacían zalemas, como los salvajes se las hacían al fusil de Robinson que podía matarlos, no por las mismas razones que los salvajes, sino precisamente por las razones contrarias: ¡podía salvarlos! Sin esta consideración preponderante, el doctor jamás habría ganado veinte mil libras de renta en una pequeña ciudad aristocrática, devota y mojigata, que lo habría echado sin miramientos por la puerta cochera de sus mansiones, si solo hubiera escuchado sus opiniones y sus antipatías. Él se daba cuenta de ello, por lo demás, con mucha sangre fría, y bromeaba al respecto. «Hacía falta —decía burlonamente durante los treinta años de arriendo que había hecho en V...— que eligiesen entre mí y la Extremaunción, y, por devotos que fuesen, aún me preferían a mí antes que a los Santos Óleos.» Como ve, no se andaba con miramientos, el doctor. Tenía la broma ligeramente sacrílega. Franco discípulo de Cabanis en filosofía médica, pertenecía, como su viejo camarada Chaussier, a la escuela de esos médicos terribles por un materialismo absoluto, y, como Dubois —el primero de los Dubois—, por un cinismo que rebaja todas las cosas y que tutearía a duquesas y a damas de honor de emperatriz y las llamaría «madrecitas mías», ni más ni menos que a pescaderas. Para darle una simple idea del cinismo del doctor Torty, fue él quien me dijo una noche, en el círculo de los Ganaches, abarcando suntuosamente con una mirada de propietario el deslumbrante cuadrilátero de la mesa adornada con ciento veinte comensales: «¡A todos los hago yo!...» Moisés no habría estado más orgulloso, mostrando la vara con la que convertía las rocas en fuentes. ¿Qué quiere usted, señora? No tenía la protuberancia del respeto, y hasta pretendía que allí donde la tienen los demás hombres en el cráneo, él tenía un agujero. Viejo, pasados ya los setenta, pero cuadrado, robusto y nudoso como su nombre, de rostro sardónico y, bajo su peluca castaño claro, muy lisa, muy lustrosa y de cabello muy corto, de ojo penetrante, virgen de anteojos, vestido casi siempre con levita gris o de ese pardo que se llamó largo tiempo humo de Moscú, no se parecía ni en compostura ni en aire a los señores médicos de

París, correctos, con corbata blanca, como el sudario de sus muertos! Era otro hombre. Tenía, con sus guantes de ante, sus botas de suela fuerte y de gruesos tacones que hacía resonar bajo su paso muy firme, algo de vivo y de jinete, y jinete es bien la palabra, pues había permanecido (¡cuántos años de los treinta!) con el pantalón de montar abotonado sobre el muslo, y a caballo, por caminos capaces de partir en dos a los Centauros —y se adivinaba bien todo esto por la manera en que aún erguía su ancho torso, atornillado sobre unos riñones que no se habían movido, y que se balanceaba sobre unas piernas fuertes y sin reumas, arqueadas como las de un antiguo postillón. El doctor Torty había sido una especie de Calzas de Cuero ecuestre, que había vivido en los cenagales del Cotentin, como el Calzas de Cuero de Cooper en los bosques de América. Naturalista que se burlaba, como el héroe de Cooper, de las leyes sociales, pero que, como el hombre de Fenimore, no las había reemplazado por la idea de Dios, se había vuelto uno de esos observadores implacables que no pueden dejar de ser misántropos. Es fatal. Y lo era, en efecto. Solo que había tenido tiempo, mientras hacía beber el barro de los malos caminos al vientre encinchado de su caballo, de hartiarse de los demás fangos de la vida. No era en absoluto un misántropo a la manera de Alceste. No se indignaba virtuosamente. No se encolerizaba. ¡No! Despreciaba al hombre con la misma tranquilidad con que tomaba su pulgarada de rapé, y hasta sentía tanto placer en despreciarlo como en tomarla.

Tal era exactamente, ese doctor Torty, con quien yo paseaba.

Hacía, aquel día, uno de esos días de otoño, alegres y claros, capaces de detener a las golondrinas que están a punto de partir. El mediodía sonaba en Notre-Dame, y su grave bordón parecía verter, por encima del río verde y tornasolado en los pilares de los puentes, y hasta por encima de nuestras cabezas —¡tan puro estaba el aire estremecido!—, largos estremecimientos luminosos. El follaje rojizo de los árboles del jardín se había ido enjugando, poco a poco, de la niebla azul que los anega en esas vaporosas mañanas de octubre, y un bonito sol de fin de temporada nos calentaba agradablemente la

espalda, en su guata de oro, al doctor y a mí, mientras estábamos parados, mirando a la famosa pantera negra, que murió, el invierno siguiente, como una muchacha, del pecho. Había aquí y allá, a nuestro alrededor, el público habitual del Jardín de las Plantas, ese público especial de gente del pueblo, de soldados y de niñeras, a quienes gusta curiosear ante la reja de las jaulas y que se divierten mucho arrojando cáscaras de nuez y pieles de castaña a las bestias entumecidas o dormidas tras sus barrotes. La pantera ante la que habíamos llegado, vagando, era, si lo recuerdan ustedes, de esa especie particular de la isla de Java, el país del mundo donde la naturaleza es más intensa y parece ella misma una gran tigresa, indomable para el hombre, que lo fascina y que lo muerde en todas las producciones de su suelo terrible y espléndido. En Java, las flores tienen más brillo y más perfume, los frutos más sabor, los animales más belleza y más fuerza que en ningún otro país de la tierra, y nada puede dar idea de esa violencia de vida a quien no haya recibido las sensaciones punzantes y mortales de una comarca a un tiempo encantadora y envenenadora, ¡a la vez Armida y Locusta! Tendida despreocupadamente sobre sus elegantes patas alargadas ante ella, la cabeza erguida, sus ojos de esmeralda inmóviles, la pantera era una magnífica muestra de las temibles producciones de su país. Ninguna mancha leonada tachonaba su pelaje de terciopelo negro, de un negro tan profundo y tan mate que la luz, al deslizarse por él, ni siquiera lo abrillantaba, sino que se absorbía en él, como el agua se absorbe en la esponja que la bebe... Cuando uno se volvía de esa forma ideal de belleza flexible, de fuerza terrible en reposo, de desdén impasible y regio, hacia las criaturas humanas que la miraban tímidamente, que la contemplaban con los ojos redondos y la boca abierta, no era la humanidad la que llevaba la mejor parte, era la bestia. ¡Y era tan superior, que resultaba casi humillante! Se lo comentaba en voz baja al doctor, cuando dos personas escindieron de pronto el grupo apiñado ante la pantera y se plantaron justo delante de ella. «Sí —me respondió el doctor—, pero ¡mire ahora! ¡He aquí restablecido el equilibrio entre las especies!»

Eran un hombre y una mujer, ambos de elevada estatura, que, desde la primera mirada que les eché, me dieron la impresión de pertenecer a las capas elevadas del mundo parisiense. No eran jóvenes ni el uno ni la otra, pero no obstante, perfectamente hermosos. El hombre debía de rondar los cuarenta y siete años y más, y la mujer los cuarenta y pico... ¡Habían, pues, como dicen los marinos de vuelta de la Tierra del Fuego, pasado la línea, la línea fatal, más formidable que la del ecuador, que una vez pasada ya no se vuelve a pasar en los mares de la vida! Pero parecían preocuparse poco de esa circunstancia. No tenían en la frente, ni en ninguna parte, melancolía alguna... El hombre, esbelto y tan patricio en su levita negra estrictamente abotonada, como la de un oficial de caballería, que, de haber llevado uno de esos trajes que el Ticiano da a sus retratos, habría parecido, por su porte cimbreado, su aire afeminado y altivo, sus bigotes agudos como los de un gato y que ya empezaban a encanecer por la punta, a un mignon del tiempo de Enrique III; y para que el parecido fuese más completo, llevaba el cabello corto, lo cual no impedía en absoluto ver brillar en sus orejas dos zafiros de un azul oscuro, que me recordaron las dos esmeraldas que Sbogar llevaba en el mismo lugar... Salvo este detalle ridículo (como habría dicho el mundo) y que mostraba bastante desdén por los gustos y las ideas de la época, todo era sencillo y dandi como lo entendía Brummell, es decir, inadvertible, en la compostura de aquel hombre que solo atraía la atención por sí mismo, y que la habría acaparado por entero de no haber llevado del brazo a la mujer que, en ese momento, llevaba... Esa mujer, en efecto, atraía la mirada todavía más que el hombre que la acompañaba, y la cautivaba por más tiempo. Era alta como él. Su cabeza casi alcanzaba a la de él. Y, como también iba enteramente de negro, hacía pensar en la gran Isis negra del Museo Egipcio, por la amplitud de sus formas, el orgullo misterioso y la fuerza. ¡Cosa extraña! En el acercamiento de esta bella pareja, era la mujer quien tenía los músculos, y el hombre quien tenía los nervios... Yo entonces no la veía sino de perfil; pero el perfil es el escollo de la belleza, o su prueba más deslumbrante. Nunca, creo, había visto uno más puro ni más altivo. En cuanto a sus ojos, no podía juzgarlos, fijos como estaban en la pantera, la

cual, sin duda, recibía de ellos una impresión magnética y desagradable, pues, ya inmóvil, pareció hundirse cada vez más en esa rigidez inmóvil, a medida que la mujer, venida para verla, la miraba; y —como los gatos ante la luz que los deslumbra— sin que su cabeza se moviese ni una línea, sin que el fino extremo de su bigote, siquiera, temblara, la pantera, tras parpadear un rato, y como si ya no pudiera soportarlo más, escondió lentamente, bajo los bastidores corridos de sus párpados, las dos estrellas verdes de sus miradas. Se enclaustraba.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Pantera contra pantera! —me dijo el doctor al oído—; pero el satén es más fuerte que el terciopelo.

El satén era la mujer, que llevaba un vestido de esa tela tornasolada —un vestido de larga cola. ¡Y había acertado, el doctor! Negra, flexible, de articulación tan poderosa, tan regia de porte —en su especie, de una belleza igual, y de un encanto todavía más inquietante—, la mujer, la desconocida, era como una pantera humana, erguida ante la pantera animal a la que eclipsaba; y la bestia acababa de sentirlo, sin duda, cuando había cerrado los ojos. Pero la mujer —si de mujer se trataba— no se contentó con ese triunfo. Le faltó generosidad. Quiso que su rival la viera humillándola, y que volviera a abrir los ojos para verla. Así, desabrochando sin decir palabra los doce botones del guante violeta que ceñía su magnífico antebrazo, se quitó el guante, y, pasando audazmente la mano entre los barrotes de la jaula, azotó con él el hocico corto de la pantera, que no hizo sino un movimiento... ¡pero qué movimiento!... ¡y de un mordisco, rápido como el rayo!... Un grito salió del grupo en que estábamos. Habíamos creído que se le llevaba la muñeca: no era más que el guante. La pantera se lo había engullido. La formidable bestia ultrajada había vuelto a abrir unos ojos espantosamente dilatados, y sus narinas fruncidas aún vibraban...

—¡Loca! —dijo el hombre, cogiendo esa hermosa muñeca, que acababa de escapar a la más cortante de las mordeduras.

Ya sabe cómo a veces se dice: «¡Loca!...» Así lo dijo; y la besó, esa muñeca, con arrebató.

Y, como él estaba de nuestro lado, ella se volvió tres cuartos para mirarlo besar su muñeca desnuda, y vi sus ojos, los de ella... esos ojos que fascinaban a los tigres, y que ahora estaban fascinados por un hombre; sus ojos, dos grandes diamantes negros, tallados para todos los orgullos de la vida, y que ya no expresaban, al mirarlo, sino todas las adoraciones. ¡Amor!

Aquellos ojos eran y decían todo un poema. El hombre no había soltado el brazo, que debía de haber sentido el aliento febril de la pantera, y, teniéndolo replegado sobre su corazón, arrastró a la mujer por la gran alameda del jardín, indiferente a los murmullos y a las exclamaciones del grupo popular —aún conmovido por el peligro que la imprudente acababa de correr—, que él volvió a atravesar tranquilamente. Pasaron cerca de nosotros, el doctor y yo, pero con los rostros vueltos el uno hacia el otro, apretándose costado contra costado, como si hubiesen querido penetrarse, entrar, él en ella, ella en él, y no formar entre los dos sino un solo cuerpo, sin mirar nada que no fuesen ellos mismos. Eran, se habría creído al verlos pasar así, criaturas superiores, que ni siquiera veían bajo sus pies la tierra por la que caminaban, y que atravesaban el mundo en su nube, ¡como, en Homero, los Inmortales!

Cosas así son raras en París, y, por esa razón, nos quedamos mirándolos alejarse, a esa pareja soberana —la mujer desplegando su cola negra en el polvo del jardín, como un pavo real, desdeñoso hasta de su propio plumaje.

Eran soberbios, alejándose así, bajo los rayos del sol de mediodía, en la majestad de su enlazamiento, aquellos dos seres... Y así fue como llegaron de nuevo a la entrada de la verja del jardín y subieron a un cupé, reluciente de bronces y de tronco de caballos, que los esperaba.

—¡Se olvidan del universo! —le dije al doctor, que comprendió mi pensamiento.

—¡Ah! ¡Bien que se preocupan ellos del universo! —respondió con su voz mordaz—. No ven absolutamente nada en la creación, y, lo que es aún más fuerte, hasta pasan junto a su propio médico sin verlo.

—¡Cómo, es usted, doctor! —exclamé—, pero entonces me va a decir quiénes son, mi querido doctor.

El doctor hizo lo que se llama una pausa, queriendo causar efecto, pues en todo era astuto, ¡el muy pícaro!

—Pues bien, son Filemón y Baucis —me dijo simplemente—. ¡Ahí lo tiene!

—¡Vaya! —dije—, un Filemón y una Baucis de porte muy gallardo, y que se parecen poco a los de la Antigüedad. Pero, doctor, ese no es su nombre... ¿Cómo se llaman?

—¡Cómo! —respondió el doctor—, en su mundo, donde yo no voy nunca, ¿nunca ha oído hablar del conde y la condesa Serlon de Savigny como de un modelo fabuloso de amor conyugal?

—A fe mía que no —dije—; se habla poco de amor conyugal en el mundo al que yo voy, doctor.

—¡Hum! ¡Hum! Bien puede ser —dijo el doctor, respondiendo mucho más a su propio pensamiento que al mío.

—En ese mundo, que también es el suyo, se toleran muchas cosas más o menos correctas. Pero, aparte de que tienen una razón para no frecuentarlo, y de que habitan casi todo el año en su viejo castillo de Savigny, en el Cotentin, corrieron antaño tales rumores sobre ellos que, en el faubourg Saint-Germain, donde todavía queda un resto de solidaridad nobiliaria, se prefiere callar antes que hablar de ello.

—¿Y cuáles eran esos rumores?... ¡Ah! ¡Ahora sí que me interesa usted, doctor! Debe de saber algo al respecto. El castillo de Savigny no está muy lejos de la ciudad de V..., donde usted fue médico.

—¡Eh! Esos rumores... —dijo el doctor (tomó pensativamente una pulgarada de rapé)—. En fin, ise creyeron falsos! Todo eso ya pasó... Pero, a pesar de todo, aunque los matrimonios por inclinación y las dichas que dan sean en provincias el ideal de todas las madres de familia, novelescas y virtuosas, no han podido, las que yo he conocido, ¡hablarles mucho a sus señoritas hijas de ese caballero!

—Y, sin embargo, Filemón y Baucis, decía usted, ¿doctor?...

—¡Baucis! ¡Baucis! ¡Hum! Señor... —interrumpió el doctor Torty, pasando bruscamente su índice encorvado a lo largo de toda su nariz de loro (uno de sus gestos)—, ¿no le parece, vamos, que tiene menos aire de Baucis que de lady Macbeth, esa moza?...

—Doctor, mi querido y adorable doctor —proseguí, con toda suerte de zalamerías en la voz—, me va a contar todo lo que sabe del conde y la condesa de Savigny, ¿verdad?...

—El médico es el confesor de los tiempos modernos —dijo el doctor, con un tono solemnemente burlón—. Ha reemplazado al sacerdote, señor, y está obligado al secreto de confesión como el sacerdote...

Me miró con malicia, pues conocía mi respeto y mi amor por las cosas del catolicismo, del que él era enemigo. Guiñó el ojo. Me creyó atrapado.

—Y va a guardarlo... ¡como el sacerdote! —añadió, con estrépito, riendo su risa más cínica—. Venga por aquí. Vamos a conversar.

Y me llevó por la gran alameda de árboles que bordea, por ese lado, el Jardín de las Plantas y el bulevar del Hospital... Allí nos sentamos en un banco de respaldo verde, y comenzó:

«Querido amigo, es esa una historia que hay que ir a buscar ya muy lejos, como una bala perdida bajo las carnes ya cicatrizadas; pues el olvido es como una carne de cosas vivas que se reforma sobre los acontecimientos y que impide ver nada de ellos, sospechar nada de ellos al cabo de cierto tiempo, ni siquiera el lugar. Era en los primeros años que siguieron a la Restauración. Un regimiento de la

Guardia pasó por la ciudad de V...; y, al haberse visto obligados a permanecer allí dos días por no sé qué razón militar, los oficiales de ese regimiento decidieron dar un asalto de armas, en honor de la ciudad. La ciudad, en efecto, tenía todo lo necesario para que esos oficiales de la Guardia le hicieran honor y fiesta. Era, como se decía entonces, más realista que el Rey. Guardando la proporción con su tamaño (no era apenas más que una ciudad de cinco a seis mil almas), abundaba en nobleza. Más de treinta jóvenes de sus mejores familias servían entonces, ya en las Guardias del Cuerpo, ya en las de Monsieur, y los oficiales del regimiento de paso por V... los conocían casi a todos. Pero la razón principal que decidió esa marcial fiesta de un asalto fue la reputación de una ciudad que se había llamado «la espadachina» y que era todavía, en aquel momento, la ciudad más espadachina de Francia. La Revolución de 1789 había, en vano, quitado a los nobles el derecho a llevar espada; en V... demostraban que, aunque ya no la llevasen, sabían siempre servirse de ella. El asalto dado por los oficiales fue muy brillante. Se vio acudir a todas las buenas espadas del país, y hasta a todos los aficionados, más jóvenes en una generación, que no habían cultivado, como se cultivaba antaño, un arte tan complicado y tan difícil como la esgrima; y todos mostraron tal entusiasmo por ese manejo de la espada, la gloria de nuestros padres, que un antiguo maestro de armas del regimiento, que había cumplido tres o cuatro veces su tiempo y cuyo brazo estaba cubierto de galones, se imaginó que sería un buen sitio para acabar sus días una sala de armas que se abriera en V...; y el coronel, a quien comunicó su designio y que lo aprobó, le dio la licencia y lo dejó allí. Ese maestro de armas, que se llamaba Stassin de apellido, y La Pointe-au-corps por su apodo de guerra, había tenido con eso, sencillamente, una idea genial. Hacía ya mucho tiempo que en V... no había sala de armas correctamente llevada; y era incluso una de esas cosas de las que solo se hablaba con melancolía entre aquellos nobles, obligados a dar ellos mismos lecciones a sus hijos, o a hacérselas dar por algún compañero de vuelta del servicio, que apenas sabía, o sabía mal, lo que enseñaba. Los habitantes de V... se preciaban de ser exigentes. Tenían, en verdad, el fuego sagrado. No les bastaba con

matar a su hombre; querían matarlo sabia y artísticamente, por principios. Hacía falta, ante todo, para ellos, que un hombre, como decían, resultara airoso con las armas, y no sentían sino un profundo desprecio por esos robustos torpes, que pueden ser muy peligrosos en el terreno, pero que no son, en el estricto y verdadero sentido de la palabra, lo que se llama "tiradores". La Pointe-au-corps, que había sido un hombre muy apuesto en su juventud, y que lo era todavía — que, en el campamento de Holanda, siendo entonces muy joven, había vencido de calle a todos los demás maestros de armas y ganado un premio de dos floretes y dos caretas guarnecidas de plata —, era, él, justamente uno de esos tiradores como las escuelas no pueden producir, a menos que la naturaleza les haya preparado organizaciones excepcionales. Naturalmente, fue la admiración de V..., y pronto algo más. Nada iguala como la espada. Bajo la antigua monarquía, los reyes ennoblecían a los hombres que les enseñaban a manejarla. Luis XV, si mal no recuerdo, ¿no le dio acaso a Danet, su maestro, que nos ha dejado un libro sobre la esgrima, cuatro de sus flores de lis, entre dos espadas cruzadas, para poner en su escudo?... Estos hidalgos de provincia, que aún olían a monarquía a leguas, se pusieron en poco tiempo de igual a igual con el viejo maestro de armas, como si hubiera sido uno de los suyos.

«Hasta ahí, todo iba bien, y no había sino que felicitar a Stassin, alias La Pointe-au-corps, por su buena fortuna; pero, por desgracia, aquel viejo maestro de armas no tenía solamente un corazón de tafilete rojo sobre el peto acolchado de piel blanca con que se cubría el pecho cuando daba magistralmente su lección... Resultó que tenía otro debajo, el cual se puso a hacer de las suyas en esa ciudad de V..., adonde había ido a buscar el puerto de gracia de su vida. Parece que el corazón de un soldado está siempre hecho de pólvora. Ahora bien, cuando el tiempo ha secado la pólvora, esta prende mejor todavía. En V..., las mujeres son tan generalmente bonitas, que la chispa estaba por todas partes para la pólvora seca de mi viejo maestro de armas. Así que su historia terminó como la de tantos viejos soldados. Tras haber rodado por todos los países de Europa, y tomado la barbilla y el talle de todas las muchachas que el diablo

había puesto en su camino, el antiguo soldado del primer Imperio consumó su última calaverada casándose, pasados los cincuenta años, con todas las formalidades y los sacramentos del caso —en el ayuntamiento y en la iglesia—, con una grisette de V...; la cual, como es natural —conozco a las grisettes de esa tierra; ibastantes partos les he asistido para conocerlas!—, le encajó un hijo, y bien encajado, al cabo de sus nueve meses, día por día; ¡y esa criatura, que era una niña, no es ni más ni menos, querido amigo, que esa mujer de aire de diosa que acaba de pasar, rozándonos insolentemente con el aire de su vestido, y sin reparar en nosotros más de lo que si no hubiéramos estado allí!»

—¡La condesa de Savigny! —exclamé.

«Sí, ¡la condesa de Savigny, ella misma, de cabo a rabo! ¡Ah! No hay que mirar los orígenes, ni en las mujeres ni en las naciones; no hay que mirar la cuna de nadie. Recuerdo haber visto en Estocolmo la de Carlos XII, que parecía un pesebre de caballo tosco, pintado de rojo, y que ni siquiera se sostenía derecho sobre sus cuatro patas. ¡De ahí había salido, esa tempestad! En el fondo, todas las cunas son cloacas a las que hay que cambiarles la ropa varias veces al día; y eso no es nunca poético, para quienes creen en la poesía, sino cuando el niño ya no está en ellas.»

Y, para reforzar su axioma, el doctor, en ese punto de su relato, se golpeó el muslo con uno de sus guantes de ante, que sostenía por el dedo corazón; y el ante restalló contra el muslo, de manera que probaba, a quien entendiese de música, que el buen hombre seguía teniendo unos músculos recios.

Esperó. Yo no tenía por qué llevarle la contraria en su filosofía. Viendo que yo no decía nada, prosiguió:

«Como todos los viejos soldados, por lo demás, que quieren hasta a los hijos ajenos, La Pointe-au-corps debió de enloquecer por el suyo. Nada de extraño en ello. Cuando un hombre ya entrado en años tiene un hijo, lo quiere más que si fuera joven, porque la vanidad, que todo lo dobla, dobla también el sentimiento paternal.

Todos los viejos chochos que he visto en mi vida tener un hijo tardío adoraban a su progenie, y estaban de ella cómicamente orgullosos, como de una hazaña. ¡Persuasión de juventud que la naturaleza, que se burlaba de ellos, les infundía en el corazón! No conozco sino una dicha más embriagadora y un orgullo más gracioso: cuando, en lugar de un hijo, un anciano, de un solo golpe, ¡hace dos! La Pointe-au-corps no tuvo ese orgullo paternal de dos gemelos; pero es cierto que en el suyo había tela para cortar dos hijos. Su hija —acaba usted de verla; ¡ya sabe, pues, si cumplió sus promesas!— era una criatura maravillosa por su fuerza y su belleza. El primer cuidado del viejo maestro de armas fue buscarle un padrino entre todos aquellos nobles que frecuentaban perpetuamente su sala de armas; y escogió, entre todos, al conde de Avice, el decano de todos aquellos batidores de hierro y de adoquín, que, durante la emigración, había sido él mismo maestro de armas en Londres, a varias guineas la lección. El conde de Avice de Sortôville-en-Beaumont, ya caballero de San Luis y capitán de dragones antes de la Revolución —septuagenario, cuando menos, por entonces—, todavía abotonaba a los jóvenes y les propinaba lo que se llama, en la jerga de sala, "soberbias palizas". Era un viejo socarrón, de burlas feroces y en acto. Así, por ejemplo, gustaba de pasar su florete por la llama de una vela, y cuando había, de ese modo, endurecido la hoja, llamaba a ese duro florete —que ya no se doblaba y os rompía el esternón o las costillas cuando os tocaba— con el insolente nombre de "ahuyenta-bribones". Apreciaba mucho a La Pointe-au-corps, a quien tuteaba. "La hija de un hombre como tú —le decía— no debe llamarse sino como la espada de un paladín. ¡Llamémosla Haute-Claire!" Y ese fue el nombre que le dio. El párroco de V... hizo, en efecto, un pequeño gesto de disgusto ante aquel nombre inusitado, que jamás habían oído las pilas bautismales de su iglesia; pero, como el padrino era el señor conde de Avice, y siempre habrá, pese a los liberales y sus chillidos, complicidades indestructibles entre la nobleza y el clero; y como, por otra parte, se ve en el calendario romano una santa llamada Clara, el nombre de la espada de Oliveros pasó a la niña sin que la ciudad de V... se conmoviera demasiado. Tal nombre parecía anunciar un destino. El viejo maestro de armas, que

amaba su oficio casi tanto como a su hija, resolvió enseñarle y dejarle su talento por dote. ¡Triste dote! ¡Mísero sustento! Con las costumbres modernas, ¡que el pobre diablo del maestro de armas no preveía! En cuanto la niña pudo tenerse de pie, empezó a plegarla a los ejercicios de la esgrima; y como aquella criatura era una chiquilla robusta, de tendones y articulaciones de acero fino, la desarrolló de manera tan extraña que, a los diez años, parecía tener ya quince, y hacía admirablemente su papel con su padre y con los mejores tiradores de la ciudad de V... En todas partes no se hablaba sino de la pequeña Hauteclair Stassin, que más tarde había de convertirse en la señorita Hauteclair Stassin. Era sobre todo, como sospecharán, por parte de las señoritas jóvenes de la ciudad, en cuya sociedad, por bien que estuviera con los padres, la hija de Stassin, alias La Pointe-au-corps, no podía decentemente entrar, una increíble, o más bien una muy creíble curiosidad, mezclada de despecho y de envidia. Sus padres y sus hermanos hablaban de ella delante de ellas con asombro y admiración, y ellas habrían querido ver de cerca a aquel San Jorge hembra, cuya belleza, decían, igualaba su talento de esgrima. No la veían sino de lejos y a distancia. Yo llegaba entonces a V..., y fui a menudo testigo de esas curiosidades ardientes. La Pointe-au-corps, que había servido, bajo el Imperio, en los húsares, y que, con su sala de armas, ganaba mucho dinero, se había permitido comprar un caballo para dar lecciones de equitación a su hija; y como también domaba cada año caballos jóvenes para los habituales de su sala, se paseaba a menudo a caballo, con Hauteclair, por los caminos que irradian de la ciudad y la rodean. Los encontré allí muchas veces, al volver de mis visitas de médico, y fue en esos encuentros donde pude juzgar mejor el interés, prodigiosamente inflamado, que aquella muchacha alta, tan precozmente desarrollada, suscitaba en las demás jóvenes del país. Yo andaba siempre, por caminos y veredas en aquel tiempo, y me cruzaba con frecuencia con los carruajes de sus padres, que iban de visita, con ellas, a todos los castillos de los alrededores. Pues bien, nunca podrá usted imaginarse con qué avidez, y hasta con qué imprudencia, las veía yo inclinarse y precipitarse a las portezuelas en cuanto la señorita Hauteclair

Stassin aparecía, trotando o galopando en la perspectiva de un camino, bota con bota con su padre. Solo que era casi inútil; al día siguiente, eran casi siempre desengaños y pesares lo que me expresaban, en mis visitas matinales, a sus madres, pues nunca habían visto bien más que el porte de aquella muchacha, hecha para la amazona, que lo llevaba —como usted, que acaba de verla, puede suponer—, pero cuyo rostro estaba siempre más o menos oculto bajo un velo azul grueso y demasiado espeso. La señorita Hauteclaira Stassin apenas era conocida sino de los hombres de la ciudad de V... Todo el día con el florete en la mano, y el rostro bajo la malla de su careta de armas, que apenas se quitaba por ellos, salía poco de la sala de su padre, que empezaba a perder ya el pulso y a la que ella sustituía a menudo para la lección. Se dejaba ver muy raramente en la calle —y las mujeres de bien no podían verla sino allí, o bien el domingo en misa; pero, el domingo en misa, igual que en la calle, iba casi tan enmascarada como en la sala de su padre, siendo el encaje de su velo negro todavía más oscuro y más tupido que la malla de su careta de hierro. ¿Había afectación en aquella manera de mostrarse o de esconderse, que excitaba las imaginaciones curiosas?... Bien podía ser; pero ¿quién lo sabía? ¿quién podía decirlo? Y aquella joven, que prolongaba la careta con el velo, ¿no era acaso todavía más impenetrable de carácter que de rostro, como lo demostró de sobra lo que siguió?

Ha de saber, mi muy querido amigo, que me veo obligado a pasar deprisa sobre todos los detalles de aquella época, para llegar antes al momento en que de verdad empieza esta historia. La señorita Hauteclaira tenía entonces unos diecisiete años. El antiguo galán, La Pointe-au-corps, convertido ya del todo en un buen hombre, viudo de su mujer, y muerto moralmente por la Revolución de Julio, la cual hizo partir de luto a los nobles hacia sus castillos y vació su sala, fatigaba en vano su gota, que no temía sus llamadas de pie, y se encaminaba al trote largo hacia el cementerio. Para un médico que tuviera el diagnóstico, era cosa segura... Se le veía venir. Yo no le daba mucho tiempo, cuando, una mañana, fue llevado a su sala de armas —por el vizconde de Taillebois y el caballero de Mesnilgrand—

un joven del país, criado lejos de allí, que volvía a vivir al castillo de su padre, muerto recientemente. Era el conde Serlon de Savigny, el prometido (decía la ciudad de V..., en su lenguaje de ciudad pequeña) de la señorita Delphine de Cantor. El conde de Savigny era, sin duda, uno de los jóvenes más brillantes y más gallardos de aquella época de jóvenes que se pavoneaban todos, pues había (en V... como en otras partes) verdadera juventud, en aquel viejo mundo. Ahora ya no la hay. Le habían hablado mucho de la famosa Hauteclair Stassin, y había querido ver aquel milagro. La encontró tal como era: una admirable muchacha, picante y provocadora hasta decir basta en sus mallas de seda tejida, que realzaban sus formas de Pallas de Velletri, y en su corpiño de tafilete negro, que ceñía, crujiendo, su talle robusto y bien plantado —uno de esos talles que las circasianas solo consiguen encerrando a sus jóvenes en un cinturón de cuero que únicamente el desarrollo del cuerpo puede llegar a romper. Hauteclair Stassin era grave como una Clorinda. La miró dar su lección, y le pidió cruzar el hierro con ella. ¡Pero no fue él el Tancredo de la situación, el conde de Savigny! La señorita Hauteclair Stassin dobló varias veces su espada en hoz sobre el corazón del apuesto Serlon, y no fue tocada ni una sola vez.

—No hay manera de tocarla a usted, señorita —le dijo él, con mucha gracia—. ¿Será un augurio?...

El amor propio, en aquel joven, ¿estaba ya, desde aquella misma noche, vencido por el amor?

Fue a partir de aquella misma noche, por lo demás, cuando el conde de Savigny empezó a ir todos los días a tomar lección de armas a la sala de La Pointe-au-corps. El castillo del conde no estaba sino a pocas leguas. Pronto las hubo devorado, ya a caballo, ya en carruaje, y nadie reparó en ello en aquel nido parlanchín de ciudad pequeña, donde se clavaba con la lengua hasta la cosa más nimia, pero donde el amor a la esgrima lo explicaba todo. Savigny no hizo confidencias a nadie. Evitó incluso ir a su lección a las mismas horas que los demás jóvenes de la ciudad. Era un muchacho que no carecía de fondo, aquel Savigny... Lo que pasó entre él y

Hauteclair, si es que pasó algo, nadie, en aquella época, lo supo ni lo sospechó. Su matrimonio con la señorita Delphine de Cantor, acordado por los padres de ambas familias hacía ya años, y demasiado adelantado para no concluirse, se llevó a cabo tres meses después del regreso del conde de Savigny; y hasta fue esa, para él, ocasión de vivir todo un mes en V..., cerca de su prometida, en cuya casa pasaba, con puntualidad de reloj, todas las jornadas, pero de donde, por la noche, se marchaba muy regularmente a tomar su lección...

Como todo el mundo, la señorita Hauteclair oyó, en la iglesia parroquial de V..., proclamar las amonestaciones del conde de Savigny y de la señorita de Cantor; pero ni su actitud ni su fisonomía revelaron que tomara el menor interés en aquellas declaraciones públicas. Es cierto que ninguno de los presentes se puso al acecho para observarla. Los observadores no habían nacido aún para esa cuestión, que dormitaba, de una posible relación entre Savigny y la bella Hauteclair. Celebrada la boda, la condesa fue a instalarse en su castillo, muy tranquilamente, con su marido, el cual no renunció por ello a sus costumbres ciudadanas y siguió yendo a la ciudad todos los días. Por lo demás, muchos hacendados de los alrededores hacían lo mismo que él. El tiempo pasó. El viejo La Pointe-au-corps murió. Cerrada unos instantes, su sala volvió a abrirse. La señorita Hauteclair Stassin anunció que continuaría las lecciones de su padre; y, lejos de tener menos alumnos a causa de aquella muerte, tuvo más. Los hombres son todos iguales. Lo extraño les desagrada, de hombre a hombre, y les hiere; pero si lo extraño lleva faldas, se vuelven locos por ello. Una mujer que hace lo que hace un hombre, aunque lo hiciera mucho peor, tendrá siempre sobre el hombre, en Francia, una ventaja marcada. Ahora bien, la señorita Hauteclair Stassin, en lo que hacía, lo hacía mucho mejor. Se había vuelto mucho más fuerte que su padre. Como demostradora, en la lección, era incomparable, y como belleza de juego, espléndida. Tenía golpes irresistibles —de esos golpes que no se aprenden más que el golpe de arco o el desmanchado del violín, y que no se puede poner, por enseñanza, en la mano de nadie. Yo tiraba algo de esgrima por

entonces, como todo el mundo del que estaba rodeado, y confieso que, en mi calidad de aficionado, ella me encantaba con ciertas fintas. Tenía, entre otras, un desligado de cuarta a tercia que parecía cosa de magia. Aquello ya no era una espada que le golpeaba: ¡era una bala! El hombre más rápido en la parada no azotaba sino el viento, incluso cuando ella le había avisado de que iba a desligar, y la estocada le llegaba, inevitable, en el hueco entre el hombro y el pecho. ¡No se había topado con el hierro! Vi a tiradores volverse locos con ese golpe, al que llamaban escamoteo, ¡y de furia se habrían tragado el florete! Si ella no hubiera sido mujer, le habrían buscado pendencia por ese golpe, y de las gordas. A un hombre, le habría costado veinte duelos.

Por lo demás, aun aparte de aquel talento fenomenal, tan poco propio de una mujer, y del que vivía noblemente, era en verdad un ser muy interesante aquella muchacha pobre, sin otro recurso que su florete, y que, por razón de su oficio, se veía mezclada con los jóvenes más ricos de la ciudad, entre los cuales los había muy libertinos y muy fatuos, sin que su buena fama se resintiera por ello. Ni a propósito de Savigny ni de nadie, la reputación de la señorita Hauteclair Stassin se vio ni siquiera rozada... "Parece, sin embargo, que es una muchacha honrada", decían las mujeres de bien, como lo habrían dicho de una actriz. Y yo mismo, ya que he empezado a hablarle de mí, yo mismo, que me preciaba de observador, era, en el capítulo de la virtud de Hauteclair, de la misma opinión que toda la ciudad. Iba yo a veces a la sala de armas, y tanto antes como después de la boda del señor de Savigny, jamás había visto allí sino a una muchacha grave, que cumplía su función con sencillez. Era, he de decirlo, muy imponente, y había puesto a todo el mundo en pie de respeto con ella, sin ser, ella, ni familiar ni desenvuelta con nadie. Su fisonomía, extremadamente altiva, y que no tenía entonces esa expresión apasionada que a usted acaba de sorprenderle tanto, no dejaba traslucir ni pesar, ni preocupación, ni nada, en fin, capaz de hacer prever, ni siquiera del modo más remoto, la cosa asombrosa que, en la atmósfera de una ciudad pequeña, tranquila y rutinaria, hizo el efecto de un cañonazo y rompió los cristales...

—¡La señorita Hauteclair Stassin ha desaparecido!

Había desaparecido: ¿por qué?... ¿cómo?... ¿adónde había ido? No se sabía. Pero lo que había de cierto es que había desaparecido. No fue al principio sino un grito, seguido de un silencio, pero el silencio no duró mucho. Las lenguas se echaron a andar. Las lenguas, largo tiempo contenidas —como el agua en una esclusa que, alzada la compuerta, se precipita y va a hacer girar la rueda del molino con furia—, se pusieron a espumajear y a charlar sobre aquella desaparición inesperada, súbita, increíble, que nada explicaba, pues la señorita Hauteclair había desaparecido sin decir una palabra ni dejar una nota a nadie. Había desaparecido como se desaparece cuando de verdad se quiere desaparecer —no siendo desaparecer dejar detrás de sí algo, por insignificante que sea, de lo que los demás puedan valerse para explicar la desaparición—. Había desaparecido de la manera más radical. No había hecho lo que se llama un agujero a la luna, pues no había dejado tras de sí ni una deuda ni ninguna otra cosa; pero había hecho lo que muy bien puede llamarse un agujero en el viento. El viento sopló, y no la devolvió. El molino de las lenguas, aunque girase en el vacío, no dejó por eso de girar, y se puso a moler cruelmente aquella reputación que jamás le había dado motivo. Se la retomó entonces, se la desmenuzó, se la pasó por el cedazo, se la cardó... ¿Cómo, y con quién, se había marchado aquella muchacha tan correcta y tan orgullosa?... ¿Quién se la había llevado? Porque, sin duda, se la habían raptado... Ninguna respuesta a esto. Era como para enloquecer de furia a una ciudad pequeña, y, en efecto, V... enloqueció. ¡Cuántos motivos para estar encolerizados! Primero, lo que no se sabía, se perdía. Luego, se perdía el juicio a cuenta de una muchacha que se creía conocer y que no se conocía, puesto que se la había juzgado incapaz de desaparecer así... Después, además, se perdía a una muchacha a la que se había creído ver envejecer o casarse, como a las demás muchachas de la ciudad —recluidas en esa casilla de tablero de ajedrez que es una ciudad de provincia, como caballos en el entrepuente de un barco—. Por último, se perdía, al perder a la señorita Stassin, que ya no era entonces sino

esa Stassin, una sala de armas célebre en toda la comarca, que era la distinción, el ornato y el honor de la ciudad, su escarapela en la oreja, su bandera en el campanario. ¡Ah! ¡Qué duras eran todas esas pérdidas! ¡Y cuántas razones, en una sola, para hacer pasar sobre la memoria de aquella irreprochable Hauteclaira el torrente más o menos cenagoso de todas las suposiciones! Y por él pasaron, en efecto... Salvo algunos viejos hidalgos rurales de espíritu de gran señor, que, como su padrino, el conde de Avise, la habían conocido de niña, y que, por lo demás, no conmoviéndose por gran cosa, veían como cosa muy natural que hubiera encontrado un calzado mejor para su pie que aquella sandalia de maestro de armas que en él se había puesto, Hauteclaira Stassin, al desaparecer, no tuvo a nadie de su parte. Al marcharse, había ofendido el amor propio de todos; y fueron incluso los jóvenes quienes más rencor le guardaron y con más saña se ensañaron contra ella, porque no había desaparecido con ninguno de ellos.

Y ese fue durante mucho tiempo su gran agravio y su gran ansiedad. ¿Con quién se había marchado?... Varios de esos jóvenes iban todos los años a vivir un mes o dos de invierno a París, y dos o tres de ellos pretendieron haberla visto y reconocido allí —en el teatro, o en los Campos Elíseos, a caballo, acompañada o sola—, pero no estaban muy seguros de ello. No podían afirmarlo. Era ella, y bien podía no ser ella; pero la preocupación estaba allí... Todos, no podían dejar de pensar en aquella muchacha, a la que habían admirado y que, al desaparecer, había puesto de luto a aquella ciudad de la espada, de la que ella era la gran artista, la diva especial, el rayo de luz. Después de que el rayo se apagó, es decir, dicho de otro modo, tras la desaparición de aquella famosa Hauteclaira, la ciudad de V... cayó en la languidez de vida y en la palidez de todas las ciudades pequeñas que no tienen un centro de actividad hacia el que converjan las pasiones y los gustos... El amor a las armas se debilitó allí. Animada antaño por toda aquella juventud marcial, la ciudad de V... se volvió triste. Los jóvenes que, cuando vivían en sus castillos, venían todos los días a cruzar el hierro, cambiaron el florete por el fusil. Se hicieron cazadores y se

quedaron en sus tierras o en sus bosques, el conde de Savigny como todos los demás. Fue cada vez menos a V..., y si alguna vez me lo encontré allí, fue en casa de la familia de su mujer, de la que yo era el médico. Solo que, no sospechando en absoluto, por entonces, que pudiera haber algo entre él y aquella Hauteclaira que había desaparecido tan bruscamente, no tenía yo motivo alguno para hablarle de aquella súbita desaparición, sobre la cual el silencio, hijo de las lenguas fatigadas, empezaba a extenderse; y él tampoco me hablaba nunca de Hauteclaira ni de los tiempos en que nos habíamos encontrado en su casa, y no se permitía hacer a aquellos tiempos, ni siquiera de lejos, la menor alusión.»

—Le veo venir, con sus zuecos de madera y todo —le dije al doctor, valiéndome de una expresión de su tierra, que también es la mía—. ¡Fue él quien se la raptó!

«¡Pues no, en absoluto! —dijo el doctor—. ¡Era mejor que eso! Nunca se imaginaría usted lo que era...

Aparte de que, en provincias sobre todo, un rapto no es cosa fácil desde el punto de vista del secreto, el conde de Savigny, desde su matrimonio, no se había movido de su castillo de Savigny.

Vivía allí, a la vista de todo el mundo, en la intimidad de un matrimonio que parecía una luna de miel indefinidamente prolongada —y como en provincias todo se cita y se cotiza, se le citaba y se le cotizaba, a Savigny, como a uno de esos maridos a los que habría que quemar, de tan raros que son (broma de provincias), para esparcir su ceniza sobre los demás. Solo Dios sabe cuánto tiempo habría sido yo mismo víctima de esa fama, si un día —más de un año después de la desaparición de Hauteclaira Stassin— no me hubieran llamado, en términos apremiantes, al castillo de Savigny, cuya señora estaba enferma. Partí de inmediato, y, nada más llegar, fui conducido junto a la condesa, que en efecto sufría mucho de un mal vago y complicado, más peligroso que una enfermedad de síntomas bien definidos. Era una de esas mujeres de raza vieja, exhausta, elegante, distinguida, altiva, que, desde el fondo de su palidez y de su delgadez, parecen decir: "¡Estoy vencida

por el tiempo, como mi raza; me muero, pero los desprecio a ustedes!"; y, que el diablo me lleve, plebeyo como soy, y aunque no sea muy filosófico, no puedo evitar encontrar eso hermoso. La condesa estaba tendida en un diván, en una especie de salita de vigas negras y paredes blancas, muy amplia, muy alta de techo, y adornada con antigüedades que hacían el mayor honor al gusto de los condes de Savigny. Una sola lámpara iluminaba aquella gran estancia, y su luz, vuelta más misteriosa por la pantalla verde que la velaba, caía sobre el rostro de la condesa, de pómulos encendidos por la fiebre. Hacía ya algunos días que estaba enferma, y Savigny —para velarla mejor— había hecho instalar una camita en la salita, junto al lecho de su bienamada mitad. Fue cuando la fiebre, más tenaz que todos sus cuidados, mostró un encono con el que él no contaba, cuando se decidió a mandarme llamar. Estaba allí, de espaldas al fuego, de pie, con aire sombrío e inquieto, haciéndome creer que amaba apasionadamente a su mujer y que la creía en peligro. Pero la inquietud que cargaba su frente no era por ella, sino por otra, que yo no sospechaba en el castillo de Savigny, y cuya vista me dejó atónito hasta el deslumbramiento. ¡Era Hauteclair!»

—¡Diablos! ¡Vaya audacia! —le dije al doctor.

«Tan audaz —repuso él—, ¡que creí soñar al verla! La condesa había pedido a su marido que llamara a su doncella, a quien había pedido, antes de mi llegada, una poción que yo mismo acababa precisamente de aconsejarle; y, a los pocos segundos, se abrió la puerta:

—Eulalie, ¿y mi poción? —dijo, en tono seco, la condesa impaciente.

—¡Aquí está, señora! —dijo una voz que creí reconocer, y que apenas hubo llegado a mi oído cuando vi emerger de la sombra que anegaba el fondo de la salita, y avanzar hasta el borde del círculo de luz que la lámpara trazaba en torno al lecho, a Hauteclair Stassin —sí, ¡la propia Hauteclair!—, llevando, en sus bellas manos, una bandeja de plata sobre la que humeaba el tazón que la condesa había pedido. ¡Aquella vista cortaba la respiración! ¡Eulalie!... Por

fortuna, aquel nombre de Eulalie, pronunciado con tanta naturalidad, me lo dijo todo, y fue como el golpe de un martillo de hielo que me devolvió a la sangre fría que estaba a punto de perder, y a mi actitud pasiva de médico y observador. ¡Hauteclair, convertida en Eulalie, y doncella de la condesa de Savigny!... Su disfraz —si es que una mujer así podía disfrazarse— era completo. Llevaba el traje de las grisettes de la ciudad de V..., y su cofia, que parece un casco, y sus largos tirabuzones de pelo cayéndole a lo largo de las mejillas —esa clase de tirabuzones que los predicadores llamaban, en aquel tiempo, serpientes, para hacérselos aborrecer a las muchachas bonitas, sin haberlo logrado jamás—. Y ella tenía, bajo todo aquello, una belleza llena de recato, y una nobleza de ojos bajos, que probaba que hacen muy bien lo que quieren de sus endemoniados cuerpos, esas víboras de hembras, cuando tienen el más pequeño interés en ello... Habiéndome, por lo demás, recobrado, y seguro de mí mismo como un hombre que acaba de morderse la lengua para no dejar escapar un grito de sorpresa, tuve sin embargo la pequeña flaqueza de querer mostrarle, a aquella muchacha audaz, que la reconocía; y, mientras la condesa bebía su poción, con la frente hundida en el tazón, le clavé a ella mis dos ojos en los suyos, como si le hubiera hincado dos garfios; pero sus ojos —de cierva, por la dulzura, aquella noche— fueron más firmes que los de la pantera que, hacía apenas un instante, ella misma acababa de hacer bajar la mirada. No pestañeó. Un pequeño temblor, casi imperceptible, pasó tan solo por las manos que sostenían la bandeja. La condesa bebía muy despacio, y cuando terminó:

—Está bien —dijo ella—. Llévese eso.

Y Hauteclair-Eulalie se dio la vuelta, con ese porte que yo habría reconocido entre las veinte mil siluetas de las doncellas de Asuero, y se llevó la bandeja. Confieso que permanecí un instante sin mirar al conde de Savigny, pues sentía lo que mi mirada podía significar para él en un momento semejante; pero cuando me arriesgué a hacerlo, encontré la suya fuertemente clavada en mí, y que pasaba entonces de la más horrible ansiedad a la expresión del alivio. Acababa de ver que yo había visto, pero veía también que yo no quería ver nada de

lo que había visto, y respiraba. Estaba seguro de una discreción impenetrable, que probablemente explicaba (¡aunque a mí eso me traía completamente sin cuidado!) por el interés del médico, que no querría perder a un cliente como él, cuando en realidad allí no había sino el interés del observador, que no quería que le cerraran la puerta de una casa donde había, a espaldas del mundo entero, semejantes cosas que observar.

Y me marché, con el dedo sobre la boca, bien resuelto a no soplar palabra a nadie de aquello de lo que nadie en la comarca sospechaba. ¡Ah! ¡Los placeres del observador! Esos placeres impersonales y solitarios del observador, que siempre he puesto por encima de todos los demás, iba a poder dárme los por entero, en aquel rincón de campo, en aquel viejo castillo aislado, donde, como médico, podía ir cuando me viniera en gana... Feliz de verse libre de una inquietud, Savigny me había dicho: "Hasta nueva orden, doctor, venga usted todos los días." Podría, pues, estudiar, con tanto interés y tanta continuidad como una enfermedad, el misterio de una situación que, contada a cualquiera, habría parecido imposible... Y como ya, desde el primer día en que la entreví, aquel misterio excitó en mí la facultad raciocinante, que es el bastón de ciego del sabio y sobre todo del médico en la curiosidad tenaz de sus pesquisas, me puse enseguida a razonar aquella situación para esclarecerla... ¿Desde cuándo existía?... ¿Data de la desaparición de Hauteclair?... ¿Hacía ya más de un año que aquello duraba y que Hauteclair Stassin era doncella en casa de la condesa de Savigny? ¿Cómo era que, salvo yo, a quien habían tenido que hacer venir por fuerza, nadie había visto lo que yo había visto, tan fácil y tan rápidamente?... Todas preguntas que montaron a caballo y vinieron a la grupa hasta V... conmigo, acompañadas de otras muchas que fueron surgiendo y que recogí por el camino. El conde y la condesa de Savigny, que pasaban por adorarse, vivían, es cierto, bastante retirados de toda clase de trato. Pero, en fin, de cuando en cuando podía caer una visita por el castillo. Cierto es también que, si era una visita de hombres, Hauteclair podía no dejarse ver. Y si era una visita de mujeres, aquellas mujeres de V..., en su mayoría, nunca la

habían visto lo bastante bien como para reconocerla, a aquella muchacha encerrada, durante años, por sus lecciones, en el fondo de una sala de armas, y que, vista de lejos, a caballo o en la iglesia, llevaba velos que ella misma espesaba a propósito —pues Hauteclair (ya se lo he dicho) siempre había tenido ese orgullo de los seres muy orgullosos, a quienes ofende la curiosidad excesiva, y que tanto más se esconden cuanto más se sienten blanco de las miradas. En cuanto a la gente del señor de Savigny, con la que ella se veía obligada a vivir, si eran de V..., no la conocían, y acaso ni siquiera lo fueran... Y así iba yo respondiendo, mientras trotaba, a esas primeras preguntas, que, al cabo de cierto tiempo y de cierto camino, encontraban sus respuestas, y ya, antes de desmontar, había construido todo un edificio de suposiciones, más o menos plausibles, para explicar lo que, a cualquier otro que no fuera un razonador como yo, le habría resultado inexplicable. Lo único, quizá, que no explicaba tan bien es que la deslumbrante belleza de Hauteclair no hubiera sido un obstáculo para su entrada al servicio de la condesa de Savigny, que amaba a su marido y que debía de estar celosa de él. Pero, aparte de que las patricias de V..., cuando menos tan orgullosas como las esposas de los paladines de Carlomagno, no suponían (grave error, ipero es que no habían leído El casamiento de Fígaro!) que la más bella doncella pudiera ser más para sus maridos de lo que el más bello lacayo lo era para ellas, acabé por decirme, al apearme del estribo, que la condesa de Savigny tenía sus razones para creerse amada, y que, después de todo, aquel bribón de Savigny era sobradamente capaz, si la duda la asaltaba, de añadir algo más a esas razones.»

—¡Hum! —dije con escepticismo al doctor, sin poder evitar interrumpirle—. Todo eso está muy bien, mi querido doctor, pero no le quitaba a la situación su imprudencia.

«¡Por supuesto que no! —respondió—. Pero ¿y si fuera la imprudencia misma la que hacía la situación? —añadió aquel gran conocedor de la naturaleza humana—. Hay pasiones que la imprudencia enciende, y que, sin el peligro que provocan, no existirían. En el siglo XVI, que fue un siglo tan apasionado como

puede serlo una época, la causa más magnífica del amor fue el peligro mismo del amor. Al salir de los brazos de una amante, uno se arriesgaba a que lo apuñalaran; o el marido le envenenaba a uno en el manguito de su mujer, besado por usted y sobre el cual había hecho usted todas las tonterías de rigor; y, lejos de espantar al amor, ¡aquel peligro incesante lo aguijoneaba, lo encendía y lo volvía irresistible! En nuestras chatas costumbres modernas, donde la ley ha reemplazado a la pasión, es evidente que el artículo del Código que se aplica al marido culpable de haber —como dice groseramente la ley— introducido "a la concubina en el domicilio conyugal" es un peligro bastante innoble; pero para las almas nobles, ese peligro, por el solo hecho de ser innoble, es tanto mayor; y Savigny, al exponerse a él, encontraba en eso quizá la única voluptuosidad angustiosa que de verdad embriaga a las almas fuertes.

Al día siguiente, pueden creerlo —prosiguió el doctor Terty—, estaba yo en el castillo bien temprano; pero ni aquel día ni los siguientes vi nada que no fuera el discurrir normal de todas las casas donde todo es corriente y regular. Ni por el lado de la enferma, ni por el del conde, ni siquiera por el de la falsa Eulalie, que hacía su servicio con toda naturalidad, como si hubiera sido criada exclusivamente para eso, noté nada que pudiera informarme sobre el secreto que había sorprendido. Lo que había de cierto es que el conde de Savigny y Hauteclair Stassin representaban la más espantosamente impúdica de las comedias con la sencillez de actores consumados, y que estaban compinchados para representarla. Pero lo que no era tan seguro, y lo que yo quería saber ante todo, es si la condesa era realmente su víctima engañada, y si, en caso de serlo, sería posible que lo fuese por mucho tiempo. Concentré, pues, mi atención en la condesa. Me costó tanto menos penetrarla cuanto que era mi paciente, y, por razón de su enfermedad, el blanco de mis observaciones. Era, como ya les he dicho, una auténtica mujer de V..., que no sabía absolutamente nada salvo esto: que era noble, y que, fuera de la nobleza, el mundo no era digno de una mirada... El sentimiento de su nobleza es la única pasión de las mujeres de V... en la alta

sociedad —en todas las clases, por lo demás, muy apasionadas—. La señorita Delphine de Cantor, educada con las benedictinas, donde, sin la menor vocación religiosa, se había aburrido horriblemente, había salido de allí para aburrirse en su familia, hasta el momento en que se casó con el conde de Savigny, al que amó, o creyó amar, con esa facilidad de las jóvenes aburridas para amar al primero que se les presenta. Era una mujer blanca, de carnes blandas pero de huesos duros, de tez de leche en la que hubiera flotado salvado, pues las pequitas de las que estaba sembrada eran sin duda más oscuras que su cabello, de un rubio rojizo muy suave. Cuando me tendió su brazo pálido, veteado como un nácar azulado, una muñeca fina y de raza, donde el pulso, en su estado normal, latía lánguidamente, me dio la impresión de haber sido traída al mundo y creada para ser víctima... para ser triturada bajo los pies de aquella orgullosa Hauteclair, que se había doblegado ante ella hasta el papel de sirvienta. Solo que esa idea, que nacía al principio con solo mirarla, quedaba contrariada por una barbilla que se alzaba, en el extremo de aquel rostro delgado, una barbilla de Fulvia como las de las medallas romanas, extraviada al pie de aquella carita ajada, y también por una frente obstinadamente abombada, bajo aquellos cabellos sin fulgor. Todo aquello acababa por embarazar el juicio. En cuanto a los pies de Hauteclair, quizá fuera de ahí de donde vendría el obstáculo; siendo imposible que una situación como la que yo entreveía en aquella casa —de momento tranquila— no acabara en algún estallido espantoso... En previsión de aquel estallido futuro, me puse, pues, a auscultar doblemente a aquella mujercita, que no podía seguir siendo letra cerrada para su médico durante mucho tiempo. Quien confiesa el cuerpo pronto se apodera del corazón. Si había causas morales o inmorales para el sufrimiento actual de la condesa, por mucho que se hiciera un ovillo conmigo, y guardara para sí sus impresiones y sus pensamientos, habría de acabar por soltarlos. Esto es lo que yo me decía; pero, pueden fiarse de mí, la sondeé y la resondeé en vano con mi garra de médico. Me resultó evidente, al cabo de unos días, que no tenía la menor sospecha de la complicidad de su marido y de Hauteclair en el crimen doméstico del que su casa era el silencioso y discreto

teatro... ¿Era, por su parte, falta de sagacidad? ¿Mutismo de sentimientos celosos? ¿Qué era?... Tenía una reserva algo altiva con todo el mundo, excepto con su marido. Con aquella falsa Eulalie que la servía, era imperiosa, pero dulce. Eso puede parecer contradictorio. No lo es en absoluto. No es sino cierto. Tenía el mando breve, pero que jamás alza la voz, de una mujer hecha para ser obedecida y que está segura de serlo... Y lo era admirablemente. Eulalie, aquella espantosa Eulalie, insinuada, deslizada en su casa, sin que yo supiera cómo, la envolvía en esos cuidados que se detienen justo a tiempo antes de convertirse en fatiga para quien los recibe, y mostraba en los detalles de su servicio una flexibilidad y una comprensión del carácter de su ama que tenía tanto del genio de la voluntad como del genio de la inteligencia... Llegué incluso a hablarle a la condesa de aquella Eulalie, a la que veía circular tan naturalmente a su alrededor durante mis visitas, y que me daba el frío en la espalda que daría una serpiente a la que se viera desenrollarse y extenderse, sin hacer el menor ruido, acercándose al lecho de una mujer dormida... Una noche en que la condesa le pidió que fuera a buscar no sé ya qué, aproveché su salida, y la rapidez, con paso ligero, con que la ejecutó, para arriesgar una palabra que acaso hiciera luz:

—¡Qué paso de terciopelo! —dije, mirándola salir—. Tiene usted ahí, señora condesa, una doncella de un servicio muy agradable, según creo. ¿Me permite preguntarle dónde la encontró? ¿Es de V..., por casualidad, esa muchacha?

—Sí, me sirve muy bien —respondió con indiferencia la condesa, que se miraba entonces en un espejito de mano, enmarcado en terciopelo verde y rodeado de plumas de pavo real, con ese aire impertinente que se tiene siempre cuando uno se ocupa de cualquier otra cosa que no sea lo que le están diciendo—. Estoy más que contenta con ella. No es de V...; pero decirle de dónde es, ya no lo sé. Pregúnteselo al señor de Savigny, si le interesa saberlo, doctor, porque fue él quien me la trajo algún tiempo después de nuestra boda. Había servido, me dijo al presentármela, en casa de una vieja prima suya, que acababa de morir, y se había quedado sin

colocación. La tomé de confianza, e hice bien. Es una perfección de doncella. No creo que tenga ningún defecto.

—Pues yo le conozco uno, señora condesa —dije, afectando gravedad.

—¡Ah! ¿Y cuál? —dijo ella lánguidamente, con el desinterés de quien no cree en lo que dice, sin dejar de mirarse en su espejito, donde estudiaba atentamente sus labios pálidos.

—Es demasiado bella —dije—; es realmente demasiado bella para una doncella. Cualquiera día se la robarán.

—¿Usted cree? —dijo ella, siempre mirándose, y siempre distraída de lo que yo decía.

—¡Y será, tal vez, un hombre de bien y de su mundo quien se prende de ella, señora condesa! Es lo bastante bella para hacer perder la cabeza a un duque.

Yo medía mis palabras mientras las pronunciaba. Aquello era una sonda; pero si no encontraba nada, no podía dar otra.

—No hay ningún duque en V... —respondió la condesa, cuya frente permaneció tan pulida como el espejo que sostenía en la mano—. Y, además, todas esas muchachas, doctor —añadió, alisándose una ceja—, cuando quieren irse, no es el cariño que se les tenga lo que se lo impide. Eulalie tiene un servicio encantador, pero abusaría, como las demás, del cariño que se le tuviera, y me guardo mucho de encariñarme con ella.

Y no se volvió a hablar de Eulalie aquel día. La condesa estaba completamente engañada. Por lo demás, ¿quién no lo habría estado? Yo mismo —que a primera vista había reconocido a aquella Hauteclaira vista tantas veces, a la simple distancia de una espada, en la sala de armas de su padre— tenía momentos en que me sentía tentado de creer en Eulalie. Savigny tenía mucho menos que ella, él, que habría debido tener más, esa libertad, esa soltura, esa naturalidad en la mentira; ¡pero ella! ¡ah! ella se movía y vivía en ello como el más flexible de los peces vive y se mueve en el agua.

Era menester, sin duda, que lo amara, y lo amara de un modo extraño, para hacer lo que hacía, para haberlo dejado todo de una existencia excepcional, que podía halagar su vanidad fijando en ella las miradas de una ciudad pequeña —para ella, el universo—, donde más tarde podría encontrar, entre los jóvenes, admiradores y adoradores, alguno que se casara con ella por amor y la hiciera entrar en aquella sociedad más elevada, de la que solo conocía a los hombres. Él, por su parte, amándola, jugaba sin duda una partida menos arriesgada que la de ella. Tenía, en materia de entrega, la posición inferior. Su orgullo de hombre debía de sufrir por no poder ahorrarle a su amante la indignidad de una situación humillante. Había incluso, en todo aquello, una incoherencia con el carácter impetuoso que se le atribuía a Savigny. Si amaba a Hauteclaira hasta el punto de sacrificarle a su joven esposa, podría haberla raptado e irse a vivir con ella a Italia —icosa que ya se hacía muy bien en aquel tiempo!— sin pasar por las abominaciones de un concubinato vergonzoso y oculto. ¿Era él, entonces, quien amaba menos?... ¿Se dejaba más bien amar por Hauteclaira, más amado por ella de lo que él la amaba?... ¿Era ella quien, por sí misma, había venido a forzarlo hasta dentro de la propia guardia del domicilio conyugal? Y él, encontrando la cosa audaz y picante, ¿dejaba hacer a aquella Putifar de nueva especie, que a toda hora le avivaba la tentación?... Lo que yo veía no me informaba gran cosa sobre Savigny y Hauteclaira... Cómplices —ivaya si lo eran, pardiez!— en un adulterio cualquiera; pero los sentimientos que había en el fondo de ese adulterio, ¿cuáles eran?... ¿Cuál era la situación respectiva de aquellos dos seres, el uno frente al otro?... Aquella incógnita de mi álgebra, yo quería despejarla. Savigny era irreprochable con su mujer; pero cuando Hauteclaira-Eulalie estaba presente, tenía, para mí, que lo observaba de reojo, unas precauciones que delataban un ánimo bien poco tranquilo. Cuando, en el discurrir cotidiano de la vida, pedía un libro, un periódico, un objeto cualquiera a la doncella de su mujer, tenía unas maneras de coger ese objeto que lo habrían revelado todo a cualquier otra mujer que no fuese aquella pequeña pensionista, educada con las benedictinas, con la que se había casado... Se veía que su mano temía encontrarse con la de

Hauteclair, como si, tocándola por casualidad, le hubiera sido imposible no cogerla. Hauteclair no tenía nada de esos apuros, de esas precauciones asustadas... Tentadora, como lo son todas ellas, que tentarían a Dios en su cielo, si lo hubiera, y al Diablo en su infierno, parecía querer aguijonear, a la vez, el deseo y el peligro. La vi una o dos veces —el día en que mi visita coincidía con la cena, que Savigny hacía piadosamente junto al lecho de su mujer. Era ella quien servía, pues los demás criados no entraban en las habitaciones de la condesa. Para poner los platos en la mesa, había que inclinarse un poco por encima del hombro de Savigny, y la sorprendí que, al ponerlos, rozaba con las puntas de su corpiño la nuca y las orejas del conde, que se ponía pálido... y miraba si su mujer no lo estaba mirando. ¡A fe mía! Yo era todavía joven por entonces, y el tumulto de las moléculas en el organismo, al que se llama la violencia de las sensaciones, me parecía la única cosa que valiera la pena de vivir. Así que me imaginaba que debía de haber goces famosos en aquel concubinato oculto con una falsa sirvienta, bajo los ojos enfrentados de una mujer que podía adivinarlo todo. Sí, el concubinato en la casa conyugal, como dice ese viejo Prudhomme del Código, ¡fue entonces cuando lo comprendí!

Pero, salvo las palideces y los temblores reprimidos de Savigny, yo no veía nada de la novela que se traían entre ellos, mientras esperaba el drama y la catástrofe... inevitables, a mi juicio. ¿En qué punto estaban los dos? Ese era el secreto de su novela, que yo quería arrancarles. La idea se me clavaba en el pensamiento como la garra de esfinge de un problema, y aquello se hizo tan fuerte que, de la observación, caí en el espionaje, que no es sino la observación a cualquier precio. ¡Eh! ¡eh! Un gusto vivo pronto nos pervierte... Para saber lo que yo ignoraba, me permití algunas pequeñas bajezas, muy indignas de mí, y que yo mismo juzgaba como tales, y que sin embargo me permití. ¡Ah! ¡La costumbre de la sonda, querido mío! La echaba por todas partes. Cuando, en mis visitas al castillo, llevaba mi caballo a la cuadra, hacía charlar a los criados sobre los amos, sin dar muestras de tocar el asunto. Espiaba (¡ah, no me ahorro la palabra!) por cuenta de mi propia curiosidad. Pero

los criados estaban tan engañados como la condesa. Tomaban a Hauteclair de muy buena fe por una de los suyos, y me habría quedado con los gastos de mi curiosidad de no ser por un azar que, como siempre, hizo más, de una sola vez, que todas mis combinaciones, y me enseñó más que todos mis espionajes.

Hacía más de dos meses que yo iba a ver a la condesa, cuya salud no mejoraba y presentaba cada vez más los síntomas de esa debilitación tan común ahora, y que los médicos de esta época nerviosa han bautizado con el nombre de anemia. Savigny y Hauteclair seguían representando, con la misma perfección, la difícilísima comedia que mi llegada y mi presencia en aquel castillo no habían desconcertado. Sin embargo, se hubiera dicho que había algo de fatiga en los actores. Serlon había adelgazado, y yo había oído decir en V...: "¡Qué buen marido este señor de Savigny! Ya está todo cambiado por la enfermedad de su mujer. ¡Qué cosa tan hermosa es amarse!". Hauteclair, de belleza inmóvil, tenía los ojos ojerosos, no ojerosos como se tienen cuando se ha llorado, pues esos ojos acaso no habían llorado nunca en su vida, sino como cuando se ha velado mucho, y no brillaban sino más ardientes desde el fondo de su cerco violáceo. Esa delgadez de Savigny, por lo demás, y esas ojeras de Hauteclair, podían venir de otra cosa que de la vida contenida que se habían impuesto. ¡Podían venir de tantas cosas, en aquel ambiente volcanizado por debajo! Yo andaba mirando esas marcas delatorias en sus rostros, preguntándome en voz baja y sin saber muy bien qué responderme, cuando un día, habiendo ido a hacer mi ronda de médico por los alrededores, volví al anochecer pasando por Savigny. Mi intención era entrar en el castillo, como de costumbre; pero un parto muy laborioso de una campesina me había retenido hasta muy tarde, y, cuando pasé junto al castillo, la hora era ya demasiado avanzada para que pudiera entrar. Ni siquiera sabía qué hora era. Mi reloj de caza se había parado. Pero la luna, que había empezado a descender por el otro lado de su curva en el cielo, marcaba, en aquel vasto cuadrante azul, algo más de medianoche, y tocaba casi, con la punta inferior de su

creciente, con la punta inferior de su creciente, la punta de los altos abetos de Savigny, detrás de los cuales iba a desaparecer...

—... ¿Ha ido usted alguna vez a Savigny? —dijo el doctor, interrumpiéndose de pronto y volviéndose hacia mí—. Sí —prosiguió, ante mi señal de asentimiento—. ¡Pues bien! Ya sabe usted que hay que entrar en ese bosque de abetos y bordear los muros del castillo, que hay que doblar como un cabo, para tomar el camino que lleva directamente a V... De pronto, en lo espeso de aquel bosque negro donde no veía brizna de luz ni oía brizna de ruido, he aquí que me llegó al oído un sonido que tomé por el de una pala de lavar, la pala de alguna pobre mujer, ocupada de día en el campo, que aprovechaba el claro de luna para lavar su ropa en algún lavadero o en alguna acequia... No fue sino al acercarme al castillo cuando a aquel chasquido regular se mezcló otro ruido que me esclareció sobre la naturaleza del primero. Era un entrechocar de espadas que se cruzan, y se rozan, y se pican. ¡Ya sabe usted cómo se oye todo en el silencio y el aire fino de las noches, cómo los ruidos más leves adquieren allí una precisión de nitidez singular! Oía, sin poder equivocarme, el roce animado del hierro. Una idea me pasó por la mente; pero, cuando salí del bosque de abetos del castillo, blanqueado por la luna, y del que una ventana estaba abierta:

—¡Vaya! —dije, admirando la fuerza de los gustos y las costumbres—, ¡así que esa es siempre su manera de hacer el amor!

Era evidente que eran Serlon y Hauteclairé quienes practicaban esgrima a esa hora. Se oían las espadas como si se las hubiera visto. Lo que yo había tomado por el ruido de las palas de lavandera eran los llamados de pie de los tiradores. La ventana abierta era la del pabellón más alejado, de los cuatro pabellones, de aquel donde se hallaba la alcoba de la condesa. El castillo dormido, hosco y blanco bajo la luna, parecía cosa muerta... En todas partes salvo en aquel pabellón, elegido a propósito, y cuya puerta-ventana, adornada con un balcón, se abría bajo unas persianas a medio cerrar, todo era silencio y oscuridad; pero era de esas persianas, a medio cerrar y rayadas de luz sobre el balcón, de donde venía ese doble ruido de

los llamados de pie y del rechinar de los floretes. Era tan claro, llegaba tan nítido al oído, que prejuzgué con razón, como van ustedes a ver, que, teniendo mucho calor (estábamos en julio), habían abierto la puerta del balcón bajo las persianas. Yo había detenido mi caballo al borde del bosque, escuchando su asalto, que parecía muy vivo, interesado por aquel combate de armas entre amantes que se habían amado con las armas en la mano y que seguían amándose así, cuando, al cabo de cierto tiempo, el entrechocar de los floretes y el chasquido de los llamados de pie cesaron. Las persianas de la puerta acristalada del balcón fueron empujadas y se abrieron, y solo tuve tiempo, para no ser advertido en aquella noche clara, de hacer retroceder mi caballo a la sombra del bosque de abetos. Serlon y Hauteclair vinieron a acodarse en la barandilla de hierro del balcón. Los distinguía a la perfección. La luna cayó detrás del bosquecillo, pero la luz de un candelabro, que veía detrás de ellos en la habitación, realzaba su doble silueta. Hauteclair iba vestida, si es que a eso se le puede llamar vestida, como yo la había visto tantas veces, dando sus lecciones en V..., ceñida en aquel chaleco de esgrima de piel de gamuza que le hacía de coraza, y las piernas modeladas por aquellas calzas de seda que ceñían tan justo su contorno musculoso. Savigny llevaba poco más o menos el mismo traje. Esbeltos y robustos ambos, se recortaban sobre el fondo luminoso que los enmarcaba, como dos bellas estatuas de la Juventud y de la Fuerza. Ustedes acaban de admirar hace un momento en ese jardín la orgullosa belleza de uno y otra, que los años no han destruido todavía. ¡Pues bien! ayúdense de eso para hacerse una idea de la magnificencia de la pareja que yo divisaba entonces, en aquel balcón, con esas ropas ceñidas que parecían una desnudez. Hablaban, apoyados en la barandilla, pero demasiado bajo para que yo oyera sus palabras; pero las actitudes de sus cuerpos hablaban por ellos. Hubo un momento en que Savigny dejó caer apasionadamente el brazo alrededor de aquella cintura de amazona que parecía hecha para toda resistencia y que no opuso ninguna... Y, colgándose la altiva Hauteclair casi al mismo tiempo del cuello de Serlon, formaron, entre los dos, ese famoso y voluptuoso grupo de Canova que está en la memoria de todos, y

permanecieron así, esculpidos boca a boca, el tiempo, a fe mía, de beber, sin interrumpirse y sin volver a empezar, ¡al menos una botella de besos! Aquello duró bien sesenta pulsaciones contadas en aquel pulso que entonces latía más deprisa que ahora, y que aquel espectáculo hizo latir todavía más deprisa...

¡Oh! ¡oh! —dije, cuando salí de mi bosque y ellos ya habían vuelto a entrar, siempre enlazados el uno al otro, en la habitación cuyas cortinas bajaron, grandes cortinas oscuras—. Cualquiera mañana de estas tendrán que confiarse a mí. No son solo ellos lo que tendrán que ocultar. —Al ver aquellas caricias y aquella intimidad que me lo revelaban todo, saqué, como médico, mis consecuencias. Pero su ardor había de defraudar mis previsiones. Ya sabe usted, como yo, que los seres que se aman demasiado (el cínico doctor dice otra palabra) no engendran hijos. A la mañana siguiente fui a Savigny. Encontré a Hauteclairie vuelta a ser Eulalie, sentada en el hueco de una de las ventanas del largo corredor que desembocaba en la alcoba de su ama, con una masa de ropa blanca y de retazos sobre una silla delante de ella, ocupada en coser y cortar en aquello, ¡ella, la esgrimidora de espada de la noche! ¿Se sospecharía?, pensé, al verla con su delantal blanco y aquellas formas que yo había visto, como si hubieran estado desnudas, en el marco iluminado del balcón, anegadas entonces en los pliegues de una falda que no lograba tragárselas... Pasé, pero sin hablarle, pues yo le hablaba lo menos posible, no queriendo tener con ella el aire de saber lo que sabía y lo que quizá se hubiera filtrado a través de mi voz o de mi mirada. Me sentía mucho menos comediante que ella, y me temía a mí mismo... De ordinario, cuando yo pasaba a lo largo de aquel corredor donde ella siempre trabajaba, cuando no estaba de servicio junto a la condesa, me oía venir tan bien, estaba tan segura de que era yo, que jamás levantaba la cabeza. Permanecía inclinada bajo su cofia de batista almidonada, o bajo aquella otra toca normanda que también llevaba ciertos días, y que se parece al hennin de Isabel de Baviera, los ojos fijos en su labor y las mejillas veladas por aquellos largos tirabuzones de un negro azulado que pendían sobre su óvalo pálido, sin ofrecer a mi vista sino la curva de una nuca esfumada por

espesos rizos, que allí se retorcían como los deseos que hacían nacer. En Hauteclair, es sobre todo el animal lo que resulta soberbio. Ninguna mujer, más que ella, tuvo acaso esa clase de belleza... Los hombres, que entre sí se lo dicen todo, la habían advertido muy a menudo. En V..., cuando allí daba lecciones de esgrima, los hombres la llamaban entre ellos: la señorita Esaú... El Diablo enseña a las mujeres lo que son, o más bien ellas se lo enseñarían al Diablo, si él pudiera ignorarlo... Hauteclair, con ser tan poco coqueta, tenía, al escuchar cuando le hablaban, unas maneras de tomar y de enroscar en torno a sus dedos los largos cabellos rizados y apelmazados en aquel sitio del cuello, rebeldes al peine que había alisado el moño, y de los cuales uno solo basta para turbar el alma, nos dice la Biblia. ¡Bien sabía ella las ideas que aquel juego hacía nacer! Pero ahora, desde que era doncella, no la había visto ni una sola vez permitirse ese gesto del poder que juega con la llama, ni siquiera mirando a Savigny.

Querido mío, mi paréntesis es largo; pero todo lo que le haga a usted conocer bien lo que era Hauteclair Stassin importa a mi historia... Aquel día se vio obligada a molestarse y a venir a mostrarme su cara, porque la condesa la llamó con la campanilla y le mandó darme la tinta y el papel que yo necesitaba para una receta, y ella vino. Vino con el dedal de acero puesto, que no se tomó tiempo de quitarse, con la aguja enhebrada clavada en su provocativo pecho, donde tenía clavadas otras muchas, apretadas unas contra otras y hermo세ándolo con su acero. Hasta el acero de las agujas le sentaba bien a aquella endiablada muchacha, hecha para el acero, y que, en la Edad Media, habría llevado coraza. Se mantuvo de pie ante mí mientras yo escribía, ofreciéndome la escribanía con ese movimiento noble y mullido de los antebrazos que el hábito de la esgrima le había dado más que a nadie. Cuando terminé, levanté los ojos y la miré, para no aparentar nada, y le encontré el rostro fatigado de su noche. Savigny, que no estaba allí cuando yo había llegado, entró de pronto. Estaba mucho más fatigado que ella... Me habló del estado de la condesa, que no mejoraba. Me habló de ello como un hombre impacientado de que

no se curara. Tenía el tono amargo, violento, crispado del hombre impacientado. Iba y venía mientras hablaba. Yo lo miraba con frialdad, encontrando la cosa demasiado fuerte para la ocasión, y aquel tono napoleónico conmigo un tanto inconveniente. "Pues si yo curara a tu mujer —pensé insolentemente—, no harías esgrima ni amor toda la noche con tu amante". Habría podido recordarle el sentido de la realidad y de la cortesía que olvidaba, plantarle bajo las narices, si me hubiera apetecido, las sales inglesas de una buena respuesta. Me contenté con mirarlo. Se volvía más interesante para mí que nunca, pues me resultaba evidente que representaba la comedia más que nunca.»

Y el doctor se detuvo de nuevo. Hundió su ancho pulgar y su índice en su caja de plata guilloseada y aspiró una pizca de macoubac, como tenía la costumbre de llamar pomposamente a su tabaco. Me pareció tan interesante a su vez, que no le hice observación alguna, y él prosiguió, tras haber absorbido su pizca y pasar el dedo ganchudo por la curva de su ávida nariz de pico de cuervo:

«¡Oh! Impacientado lo estaba de verdad; pero no era porque su mujer no se curase, iesa mujer a la que era tan resueltamente infiel! ¡Qué diablos! Él, que amancebado con una criada en su propia casa, idifícilmente podía encolerizarse porque su mujer no sanara! ¿Acaso, curada ella, el adulterio no habría sido más difícil? Pero era verdad, sin embargo, que la larga duración de ese mal sin fin lo cansaba, le crispaba los nervios. ¿Habría pensado que sería menos largo? Y, después, cuando lo he pensado, si la idea de acabar con aquello le vino a él, o a ella, o a los dos, ya que la enfermedad o el médico no acababan nunca, es quizá de ese momento de donde viene...»

—¡Cómo, doctor! ¿Conque habrían ellos?...

No acabé la frase: itanto me cortaba la palabra la idea que me estaba dando!

Bajó la cabeza mirándome, tan trágico como la estatua del Comendador cuando acepta cenar.

«¡Sí! —susurró lentamente, con voz baja, respondiendo a mi pensamiento—. Al menos, pocos días después, toda la comarca supo con terror que la condesa había muerto envenenada...»

—¡Envenenada! —exclamé.

«... Por su doncella, Eulalie, que había confundido un frasco con otro y que, según se decía, había hecho tragar a su ama una botella de tinta doble, en lugar de una medicina que yo había prescrito. Era posible, después de todo, semejante error. ¡Pero yo sabía, yo, que Eulalie era Hauteclair! ¡Pero yo los había visto, a los dos, formar el grupo de Canova, en el balcón! El mundo no había visto lo que yo había visto. El mundo no tuvo al principio sino la impresión de un accidente terrible. Pero cuando, dos años después de aquella catástrofe, se supo que el conde Serlon de Savigny se casaba públicamente con la hija de Stassin —pues hubo que revelar bien quién era, la falsa Eulalie—, y que iba a acostarla en las sábanas todavía calientes de su primera mujer, la señorita Delphine de Cantor, ¡oh, entonces sí que fue un retumbar de trueno de sospechas en voz baja, como si se tuviera miedo de lo que se decía y de lo que se pensaba! Solo que, en el fondo, nadie sabía nada. Solo se sabía la monstruosa mésalliance, que hizo señalar con el dedo al conde de Savigny y lo aisló como a un apestado. Eso ya bastaba, por lo demás. Ya sabe usted qué deshonra es, o más bien qué deshonra era, pues las cosas también han cambiado mucho en esa comarca, decir de un hombre: ¡Se ha casado con su criada! Esa deshonra se extendió y quedó sobre Serlon como una mancha. En cuanto al horrible zumbido del crimen sospechado que había corrido, pronto se adormeció como el de un tábano que cae cansado en una rodada. Pero había, sin embargo, alguien que sabía y que estaba seguro...»

—¿Y no podía ser sino usted, doctor? —le interrumpí.

—Era yo, en efecto —prosiguió—, pero no yo solo. Si hubiera sido yo solo quien lo supiera, jamás habría tenido sino vislumbres vagos, peores que la ignorancia... Nunca habría estado seguro, y —dijo,

recalcando las palabras con el aplomo de la seguridad completa—: ¡lo estoy!

«¡Y escuche bien cuán seguro lo estoy!» —añadió, agarrándome la rodilla con sus dedos nudosos, como con una pinza. Y bien, su historia me pellizcaba todavía más que aquel sistema de articulaciones de cangrejo que formaba su temible mano.

«Ya se figurará usted —siguió— que yo fui el primero en saber del envenenamiento de la condesa. Culpables o no, no tuvieron más remedio que mandarme buscar, a mí, que era el médico. No se tomaron la molestia de ensillar un caballo. Un mozo de cuadra vino a pelo y a galope tendido a buscarme a V..., desde donde lo seguí, al mismo galope, hasta Savigny. Cuando llegué —¿había sido eso calculado?— ya no era posible detener los estragos del envenenamiento. Serlon, con el semblante desencajado, vino a mi encuentro en el patio y me dijo, apeándose del estribo, como si tuviera miedo de las palabras que empleaba:

—Una criada se ha equivocado. (Evitaba decir: Eulalie, nombre que todo el mundo pronunciaría al día siguiente.) Pero, doctor, ¡no es posible! ¿Será la tinta doble un veneno?...

—Depende de las sustancias con que está hecha —repuse—. Me hizo pasar junto a la condesa, extenuada de dolor, cuyo rostro contraído se parecía a un ovillo de hilo blanco caído en un tinte verde... Daba miedo así. Me sonrió horriblemente con sus labios negros, con esa sonrisa que dice a un hombre que calla: "Bien sé lo que está usted pensando...". Con una mirada de reojo busqué por la habitación si Eulalie no estaría allí. Habría querido ver su semblante en aquel momento. No estaba. Con todo lo valiente que era, ¿habría tenido miedo de mí?... ¡Ah! Aún no tenía sino datos inciertos...

La condesa hizo un esfuerzo al verme y se había incorporado apoyada en el codo.

—¡Ah, aquí está usted, doctor! —dijo ella—; pero llega usted demasiado tarde. Estoy muerta. No era al médico a quien había que mandar buscar, Serlon, era al cura. ¡Vaya! Dé usted órdenes para

que venga, y que todo el mundo me deje sola dos minutos con el doctor. ¡Lo quiero!

Dijo aquel: Lo quiero, como jamás se lo había oído decir, como una mujer que tenía esa frente y ese mentón de los que le he hablado a usted.

—¿Ni siquiera yo? —dijo Savigny, débilmente.

—Ni siquiera usted —dijo ella. Y añadió, casi con dulzura—: Ya sabe usted, amigo mío, que las mujeres tienen sus pudores sobre todo para quienes aman.

Apenas hubo salido él, se produjo en ella un cambio atroz. De dulce, se tornó fiera.

—Doctor —dijo con voz llena de odio—, mi muerte no es un accidente, es un crimen. ¡Serlon ama a Eulalie, y ella me ha envenenado! No le creí a usted cuando me dijo que esa muchacha era demasiado hermosa para ser doncella. Me equivoqué. Ama a esa infame, a esa execrable muchacha que me ha matado. Él es más culpable que ella, puesto que la ama y me ha traicionado por ella. Desde hace algunos días, las miradas que se lanzaban a ambos lados de mi cama ya me lo habían advertido. ¡Y más aún el sabor horrible de esa tinta con que me han envenenado!!... Pero lo he bebido todo, lo he tomado todo, a pesar de ese sabor espantoso, ¡porque me alegraba morir! No me hable usted de contraveneno. No quiero ninguno de sus remedios. Quiero morir.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho usted venir, señora condesa?...

—¡Pues bien! Por esto —prosiguió, jadeante—... Es para decirle que me han envenenado, y para que usted me dé su palabra de honor de ocultarlo. Todo esto va a causar un escándalo terrible. No debe ser. Usted es mi médico, y le creerán a usted cuando hable de ese error que han inventado, cuando diga que ni siquiera habría muerto, que habría podido salvarme, si desde hacía tiempo mi salud no estuviera ya perdida. Eso es lo que ha de jurarme, doctor...

Y como yo no respondía, vio ella lo que se alzaba en mí. Yo pensaba que amaba a su marido hasta el punto de querer salvarlo. Esa era la idea que se me había ocurrido, la idea natural y vulgar, pues hay mujeres tan hechas para el amor y sus abnegaciones, que no devuelven el golpe del que mueren. ¡Pero la condesa de Savigny jamás me había dado la impresión de ser una de esas mujeres!

—¡Ah! ¡No es lo que usted cree lo que me hace pedirle que me jure eso, doctor! ¡Oh! ¡No! Odio demasiado a Serlon en este momento para no seguir amándolo todavía, a pesar de su traición... ¡Pero no soy tan cobarde como para perdonarlo! Me iré de esta vida, celosa de él, e implacable. Pero no se trata de Serlon, doctor — prosiguió con energía, descubriéndome todo un lado de su carácter que yo había entrevisto, pero que no había penetrado en lo que tenía de más profundo—. Se trata del conde de Savigny. No quiero que, cuando yo esté muerta, el conde de Savigny pase por el asesino de su mujer. No quiero que lo arrastren ante un tribunal, ique lo acusen de complicidad con una criada adúltera y envenenadora! No quiero que esa mancha quede sobre ese nombre de Savigny que yo he llevado. ¡Oh! Si solo se tratara de él, ¡es digno de todos los patíbulos! ¡Pero a él le comería el corazón! ¡Pero se trata de todos nosotros, la gente bien de esta comarca! Si todavía fuéramos lo que deberíamos ser, habría hecho arrojar a esa Eulalie a uno de los calabozos del castillo de Savigny, ¡y jamás se habría vuelto a hablar de ello! Pero, ahora, ya no somos los amos en nuestra propia casa. Ya no tenemos nuestra justicia expeditiva y muda, y no quiero para nada los escándalos y las publicidades de la de usted, doctor; y prefiero dejarlos en brazos el uno del otro, felices y liberados de mí, y morir rabiosa como muero, antes que pensar, al morir, que la nobleza de V... tendría la ignominia de contar a un envenenador entre sus filas.»

«Hablaba con una vibración inaudita, a pesar de los temblores entrecortados de su mandíbula, que castañeteaba hasta quebrarle los dientes. Yo la reconocía, ¡pero todavía la estaba conociendo! Era bien la hija noble que no era sino eso, la hija noble más fuerte, al morir, que la mujer celosa. ¡Moría, sí, como una hija de V..., la última

ciudad noble de Francia! Y conmovido por ello quizá más de lo que debiera, le prometí y le juré que, si no lograba salvarla, haría lo que me pedía.

Y así lo hice, querido mío. No la salvé. No pude salvarla: se negó tercamente a todo remedio. Dije lo que ella había querido, cuando hubo muerto, y persuadí... Hace ya veinticinco años de eso... Ahora todo está calmado, silenciado, olvidado, de aquella espantosa aventura. Muchos contemporáneos han muerto. Otras generaciones, ignorantes, indiferentes, han crecido sobre sus tumbas, y la primera palabra que digo de esta siniestra historia, es a usted!

Y aun así, ha hecho falta lo que acabamos de ver para contársela a usted. ¡Han hecho falta estos dos seres, inmutablemente hermosos a pesar del tiempo, inmutablemente felices a pesar de su crimen, poderosos, apasionados, absortos en sí mismos, pasando tan soberbiamente por la vida como por ese jardín, semejantes a dos de esos Ángeles de altar que se remontan, unidos en la sombra de oro de sus cuatro alas!»

Yo estaba espantado... —Pero —dije—, si es verdad lo que usted me cuenta ahí, doctor, es un espantoso desorden en la creación la felicidad de esa gente.

—Es un desorden o es un orden, como usted prefiera —respondió el doctor Torty, ateo absoluto y tan tranquilo también como aquellos de quienes hablaba—, pero es un hecho. Son felices excepcionalmente, e insolentemente felices. Soy ya muy viejo, y he visto en mi vida muchas dichas que no duraron; ¡pero solo he visto esta que fuera tan profunda, y que dura siempre!

«¡Y crea usted que lo he estudiado bien, escrutado bien, perescrutado bien! ¡Crea que le he buscado bien las pulgas a esa felicidad! Le pido perdón por la expresión, pero puedo decir que la he espulgado a fondo... He metido los dos pies y también los dos ojos todo lo hondo que he podido en la vida de esos dos seres, para ver si no había en su asombrosa y escandalosa dicha algún defecto, alguna grieta, por pequeña que fuese, en algún rincón oculto; pero

jamás he encontrado sino una felicidad como para dar envidia, y que sería una excelente y triunfante broma del Diablo contra Dios, así es que hay un Dios y un Diablo! Después de la muerte de la condesa, seguí, como bien puede figurarse usted, en buenos términos con Savigny. Puesto que había llegado hasta prestar el apoyo de mi afirmación a la fábula que ellos habían inventado para explicar el envenenamiento, no tenían interés en apartarme, y yo tenía uno muy grande en saber lo que iba a seguir, lo que iban a hacer, en lo que iban a convertirse. Estaba horripilado, pero desafiaba mis horripilaciones... Lo que siguió fue primero el luto de Savigny, que duró los dos años de costumbre, y que Savigny llevó de manera que confirmara la idea general de que era el más excelente de los maridos, pasados, presentes y futuros... Durante esos dos años, no vio absolutamente a nadie. Se enterró en su castillo con tal rigor de soledad, que nadie supo que había conservado en Savigny a Eulalie, causa involuntaria de la muerte de la condesa, y a quien, por mera conveniencia, habría debido despedir, aun estando seguro de su inocencia. Aquella imprudencia de conservar en su casa a semejante muchacha, después de semejante catástrofe, me probaba la pasión insensata que yo siempre había sospechado en Serlon. Así que no me sorprendió en absoluto cuando, un día, al volver de una de mis rondas de médico, me encontré con un criado en el camino de Savigny, a quien pregunté noticias de lo que ocurría en el castillo, y que me informó de que Eulalie seguía allí todavía... Por la indiferencia con que me dijo aquello, comprendí que nadie, entre la gente del conde, sospechaba que Eulalie fuera su amante. "Siguen jugando con mucho tiento", me dije. "Pero ¿por qué no se marchan del país? El conde es rico. Puede vivir con holgura en cualquier parte. ¿Por qué no huir con esa hermosa endemoniada (y en materia de endemoniada, yo sí creía en aquella), que, para atraparlo mejor, ha preferido vivir en la casa de su amante, a riesgo de todo, antes que ser su amante en V..., en algún alojamiento retirado adonde él habría ido tranquilamente a verla a escondidas?". Había ahí un trasfondo que yo no comprendía. ¿Era su delirio, su devoramiento de sí mismos, tan grande que ya no veían nada de las prudencias y las precauciones de la vida?... Hauteclair, a quien yo suponía de

carácter más fuerte que Serlon, Hauteclair, a quien yo creía el hombre de los dos en su relación de amantes, ¿quería quedarse en aquel castillo donde la habían visto criada y donde debían verla ama, y así, quedándose, si se llegaba a saber y aquello causaba un escándalo, preparar a la opinión para otro escándalo mucho más espantoso, su matrimonio con el conde de Savigny? Esa idea no se me había ocurrido a mí, aunque quizá sí a ella, en ese momento de mi historia. ¡Hauteclair Stassin, hija de aquel viejo pilar de sala de armas, La Pointe-au-corps —ella, a quien todos habíamos visto, en V..., dar lecciones y tirarse a fondo en calzón ceñido—, condesa de Savigny! ¡Vamos, hombre! ¿Quién habría creído en semejante vuelco, en semejante fin del mundo? ¡Oh, pardiez! Yo creía muy bien, por mi parte, *in petto*, que el amancebamiento seguiría su curso entre aquellos dos fieros animales, que habían reconocido, a la primera mirada, que eran de la misma especie, y que se habían atrevido al adulterio ante los mismos ojos de la condesa. Pero el matrimonio, el matrimonio desvergonzadamente consumado en las narices de Dios y de los hombres, ese desafío lanzado a la opinión de toda una comarca ultrajada en sus sentimientos y en sus costumbres, ¡ide eso sí que estaba, a fe mía, a mil leguas!, y tan lejos que, cuando, al cabo de los dos años de luto de Serlon, la cosa se hizo de pronto, el rayo de la sorpresa me cayó en la cabeza como si yo hubiera sido uno de esos imbéciles que nunca esperan nada de lo que sucede, y que, en la comarca, se pusieron entonces a gañir como perros azotados en la noche gañen en las encrucijadas.

Por lo demás, en esos dos años de luto de Serlon, tan estrictamente observado y que, cuando se vio su fin, fue tan furiosamente tachado de hipocresía y de bajeza, no fui mucho al castillo de Savigny... ¿A qué habría ido?... Allí se estaba muy bien, y hasta el momento acaso no muy lejano en que me mandarían llamar de noche, para algún parto que aún habría que ocultar bien, no se necesitaban mis servicios. Sin embargo, entre tanto, me arriesgaba a hacer una visita al conde. Cortesía doblada de curiosidad eterna. Serlon me recibía aquí o allá, según la ocasión y donde estuviera, cuando yo llegaba. No tenía conmigo el menor apuro. Había

recobrado su afabilidad. Estaba grave. Ya había observado yo que los seres felices son graves. Llevan dentro de sí, con atención, su corazón, como un vaso lleno, que el menor movimiento puede hacer desbordar o quebrar... A pesar de su gravedad y de sus ropas negras, Serlon tenía en los ojos la expresión incoercible de una inmensa felicidad. Ya no era la expresión del alivio y de la liberación que en ellos había brillado, como el día en que, en casa de su mujer, había notado que yo reconocía a Hauteclair, aunque yo había optado por no reconocerla. ¡No, pardiez! ¡Era bien y verdaderamente felicidad! Aunque, en aquellas visitas ceremoniosas y rápidas, no hablábamos sino de cosas superficiales y externas, la voz del conde de Savigny, al decirlas, no era la misma voz que en tiempos de su mujer. Revelaba ahora, por la plenitud casi cálida de sus entonaciones, que le costaba contener unos sentimientos que solo pedían salirse del pecho. En cuanto a Hauteclair (todavía Eulalie, y en el castillo, según me había dicho el criado), pasé bastante tiempo sin encontrarla. Ya no estaba, cuando yo pasaba, en el corredor donde se sentaba en tiempos de la condesa, trabajando en su hueco de ventana. Y, sin embargo, la pila de ropa en el mismo sitio, y las tijeras, y el estuche, y el dedal en el borde de la ventana, decían que debía de seguir trabajando allí, en aquella silla vacía y quizá todavía tibia, que había dejado al oírme venir. Recordará usted que yo tenía la fatuidad de creer que temía la penetración de mi mirada; pero, ahora, ya no tenía por qué temerla. Ignoraba que yo hubiera recibido la terrible confianza de la condesa. Con la naturaleza audaz y altiva que yo le conocía, debía incluso estar contenta de poder desafiar la sagacidad que la había adivinado. Y, en efecto, lo que yo presumía era la verdad, pues el día en que por fin la encontré, tenía su felicidad escrita en la frente de una manera tan radiante, que aunque se le hubiera derramado encima toda la botella de tinta doble con que había envenenado a la condesa, ino se habría podido borrar!

Fue en la gran escalera del castillo donde la encontré aquella primera vez. Ella la bajaba y yo la subía. La bajaba con cierta rapidez; pero, al verme, aminoró el paso, deseosa sin duda de

mostrarme fastuosamente su rostro, y de clavarme bien en el fondo de los ojos esos ojos suyos capaces de hacer cerrar los de las panteras, pero que no lograron cerrar los míos. Al descender los peldaños de su escalera, con las faldas flotando hacia atrás bajo el soplo de un movimiento rápido, parecía bajar del cielo. Era sublime de aire feliz. ¡Ah! ¡Su aire estaba a quince mil leguas por encima del aire de Serlon! No dejé por ello de pasar sin darle señal alguna de cortesía, pues, si Luis XIV saludaba a las doncellas en las escaleras, ¡no eran envenenadoras! Doncella lo era todavía aquel día, de porte, de atuendo, de delantal blanco; pero el aire feliz de la más triunfante y despótica dueña había reemplazado la impasibilidad de la esclava. Ese aire no la ha abandonado jamás. Acabo de volver a verlo, y usted ha podido juzgarlo. Es más llamativo que la belleza misma del rostro en que resplandece. Ese aire sobrehumano del orgullo en el amor feliz, que ella debió de dar a Serlon, que al principio, él, no lo tenía, ella lo sigue teniendo, después de veinte años, y jamás lo he visto disminuir ni velarse un instante en el rostro de esos dos extraños Privilegiados de la vida. Por ese aire han respondido siempre victoriosamente a todo, al abandono, a las malas lenguas, al desprecio de la opinión indignada, y han hecho creer a quien los encuentra que el crimen del que fueron acusados unos días no era sino una atroz calumnia.»

—Pero usted, doctor —le interrumpí—, después de todo lo que sabe, ¿no puede dejarse imponer por ese aire? ¿No los ha seguido usted a todas partes? ¿No los ve a todas horas?

«Salvo en su alcoba, de noche, y no es ahí donde lo pierden —dijo el doctor Torty, jovial pero profundo—, los he visto, creo yo, en todos los momentos de su vida desde su matrimonio, que fueron a celebrar no sé dónde, para evitar el cencerreo que la plebe de V..., tan furiosa a su manera como la Nobleza a la suya, se prometía darles. Cuando volvieron casados, ella, auténticamente condesa de Savigny, y él, absolutamente deshonorado por un matrimonio con una criada, los dejaron plantados allí, en su castillo de Savigny. Le dieron la espalda. Los dejaron hartarse el uno del otro cuanto quisieron... Solo que, según parece, nunca se han hartado; todavía hace un

momento, su hambre de sí mismos no está saciada. En cuanto a mí, que no quiero morir, en mi calidad de médico, sin haber escrito un tratado de teratología, y a quien ellos interesaban... como monstruos, no me puse a la cola de los que los rehuían. Cuando vi a la falsa Eulalie perfectamente condesa, me recibió como si lo hubiera sido toda su vida. ¡Bien poco le importaba que yo tuviera en la memoria el recuerdo de su delantal blanco y de su bandeja! "Ya no soy Eulalie —me dijo—; soy Hauteclaire, Hauteclaire feliz de haber sido criada por él...". Yo pensaba que había sido bastante más que eso; pero como era el único de la comarca que había ido a Savigny cuando ellos volvieron, ya me había tragado toda la vergüenza, y acabé yendo mucho. Puedo decir que seguí empeñándome en mirar y en penetrar en la intimidad de esos dos seres, tan completamente felices por el amor. ¡Pues bien! Créame usted si quiere, querido mío: la pureza de esa dicha, manchada por un crimen del que yo estaba seguro, no la he visto, no diré empañada, pero sí ensombrecida, ni un solo minuto en un solo día. Ese lodo de un crimen cobarde que no había tenido el valor de ser sangriento, ¡ni una sola vez he visto su mancha sobre el azul de su felicidad! Esto es para aplastar, ¿no es verdad?, ¡a todos los moralistas de la tierra, que inventaron el hermoso axioma del vicio castigado y la virtud recompensada! Abandonados y solitarios como estaban, sin ver a nadie más que a mí, con quien no se cohibían más que con un médico convertido casi en amigo, a fuerza de frecuentarlo, no se vigilaban en absoluto. Me olvidaban y vivían muy a gusto, estando yo presente, en la embriaguez de una pasión con la que no tengo nada que comparar, ¿sabe usted?, en todos los recuerdos de mi vida... Usted mismo acaba de ser testigo de ello hace un instante: han pasado por ahí, y ni siquiera me han visto, ¡y yo estaba a su codo! Una parte de mi vida con ellos, tampoco me la han visto pasar... Corteses, amables, pero casi siempre distraídos, su manera de tratarme era tal, que yo no habría vuelto a Savigny de no haberme empeñado en estudiar microscópicamente su increíble felicidad, y en sorprender en ella, para mi propia edificación, el grano de arena de un cansancio, de un sufrimiento, y, digamos la gran palabra: de un remordimiento. ¡Pero nada! ¡Nada! El amor lo tomaba todo, lo llenaba todo, lo obturaba

todo en ellos, el sentido moral y la conciencia —como dicen ustedes —; y es mirándolos a ellos, a esos dichosos, como he comprendido la seriedad de la broma de mi viejo camarada Broussais, cuando decía de la conciencia: "Llevo treinta años diseccionando, ¡y todavía no le he encontrado ni una oreja a ese animalito!"»

Y no se imagine usted —prosiguió aquel viejo diablo de doctor Torty, como si hubiera leído en mi pensamiento— que lo que le digo ahí sea una tesis... la prueba de una doctrina que crea verdadera, y que niegue rotundamente la conciencia como la negaba Broussais. No hay tesis aquí. No pretendo en absoluto atacar sus opiniones... Solo hay hechos, que me han asombrado tanto como a usted. Existe el fenómeno de una felicidad continua, ¡de una pompa de jabón que crece sin cesar y que jamás revienta! Cuando la felicidad es continua, ya es una sorpresa; pero esta felicidad en el crimen es una estupefacción, y hace ya veinte años que no salgo de esa estupefacción. El viejo médico, el viejo observador, el viejo moralista... o inmoralista —prosiguió, al ver mi sonrisa—, está desconcertado ante el espectáculo al que asiste desde hace tantos años, y que no puede mostrarle a usted en detalle, pues, si hay una frase manida por todas partes, ¡tanto es verdad!, es que la felicidad no tiene historia. Tampoco tiene descripción. No se pinta la felicidad, esa infusión de una vida superior en la vida, como no se sabría pintar la circulación de la sangre en las venas. Se atestigua, en los latidos de las arterias, que circula, y así me atestiguo yo la felicidad de esos dos seres que usted acaba de ver, esa felicidad incomprensible cuyo pulso llevo tomando desde hace tanto tiempo. El conde y la condesa de Savigny rehacen todos los días, sin pensarlo, el magnífico capítulo del amor en el matrimonio de Mme de Staël, o los versos aún más magníficos del Paraíso perdido de Milton. Por mi parte, yo, jamás he sido muy sentimental ni muy poético; pero ellos me han, con ese ideal realizado por ellos, y que yo creía imposible, hastiado de los mejores matrimonios que he conocido, y que el mundo llama encantadores. Siempre los he encontrado tan inferiores al suyo, ¡tan descoloridos y tan fríos! El destino, su estrella, el azar, ¿qué sé yo?, ha hecho que hayan podido

vivir para sí mismos. Ricos, han tenido ese don del ocio sin el cual no hay amor, pero que mata el amor tan a menudo como es necesario para que nazca... Por excepción, el ocio no mató el suyo. El amor, que todo lo simplifica, ha hecho de su vida una simplificación sublime. No hay ninguna de esas cosas importantes que llamamos acontecimientos en la existencia de esos dos casados, que han vivido, en apariencia, como todos los señores de castillo de la tierra, lejos del mundo al que nada tienen que pedir, importándoles tan poco su estima como su desprecio. Nunca se han separado. Adonde va el uno, lo acompaña el otro. Los caminos de los alrededores de V... vuelven a ver a Hauteclaira a caballo, como en tiempos del viejo La Pointe-au-corps; pero es el conde de Savigny quien está con ella, y las mujeres de la comarca, que, como antaño, pasan en carruaje, la escrutan quizá todavía más que cuando era la grave y misteriosa jovencita del velo azul oscuro, a la que no se le veía el rostro. Ahora levanta el velo, y les muestra con audacia el rostro de criada que supo hacerse desposar, y ellas regresan indignadas, pero pensativas... El conde y la condesa de Savigny no viajan; van alguna vez a París, pero no se quedan más que unos días. Su vida se concentra, pues, enteramente en ese castillo de Savigny, que fue el teatro de un crimen cuyo recuerdo tal vez han perdido, en el abismo sin fondo de sus corazones...

—¿Y nunca tuvieron hijos, doctor? —le dije.

—¡Ah! —dijo el doctor Torty—, ¿cree usted que ahí está la grieta, la revancha del Destino, y eso que usted llama la venganza o la justicia de Dios? No, nunca tuvieron hijos. ¡Acuérdese! Una vez tuve la idea de que no los tendrían. Se aman demasiado... El fuego, que devora, consume y no produce. Un día se lo dije a Hauteclaira:

«—¿No está usted triste de no tener hijos, señora condesa?

—¡No los quiero! —dijo ella imperiosamente—. Amaría menos a Serlon. Los hijos —añadió con una especie de desprecio— ison buenos para las mujeres desdichadas!»

Y el doctor Torty terminó bruscamente su historia con esa frase, que creía profunda.

Me había interesado, y así se lo dije: «—Por criminal que sea — dije—, uno se interesa por esa Hauteclair. Sin su crimen, yo comprendería el amor de Serlon.

—¡Y tal vez incluso con su crimen!» —dijo el doctor—. «¡Y yo también!» —añadió, el audaz vejete.

EL ENVÉS DE LAS CARTAS DE UNA PARTIDA DE WHIST

I

— ¿Acaso se burla usted de nosotros, señor, con semejante historia?

— ¿Es que no hay, señora, una especie de tul al que llaman tul ilusión?...

(En una velada en casa del príncipe T...)

Una tarde del verano pasado me hallaba en casa de la baronesa de Mascranny, una de las mujeres de París que más aman el ingenio a la manera de antaño, y que abre de par en par los dos batientes de su salón —uno solo bastaría— al poco que aún nos queda entre nosotros. ¿Acaso el Ingenio no se ha transformado últimamente en un bicho pretencioso al que llaman la Inteligencia?... La baronesa de Mascranny es, por su marido, de una antigua e ilustrísima familia oriunda de los Grisones. Lleva, como todo el mundo sabe, de gules tres fajas vivradas de gules con el águila explayada de plata, adextrada de una llave de plata y siniestrada de un yelmo del mismo metal, el escudo cargado, en el corazón, de un escusón de azur con una flor de lis de oro; y tanto ese jefe como las piezas que lo adornan les fueron otorgados por varios soberanos europeos a la familia de Mascranny, en recompensa por los servicios que les prestó en diversas épocas de la historia. Si los soberanos de Europa no tuviesen hoy otros asuntos harto más peliagudos que resolver, bien

podrían cargar con alguna pieza nueva un escudo ya tan noblemente complicado, para honrar el celo verdaderamente heroico que la baronesa pone en la conversación —esa hija agonizante de las aristocracias ociosas y de las monarquías absolutas—. Con el ingenio y los modales propios de su nombre, la baronesa de Mascranny ha convertido su salón en una especie de delicioso Coblenza donde se ha refugiado la conversación de antaño, la última gloria del espíritu francés, obligado a emigrar ante las costumbres utilitarias y atareadas de nuestro tiempo. Es allí donde, cada tarde, hasta que enmudezca del todo, canta divinamente su canto del cisne. Allí, como en las raras casas de París que han conservado las grandes tradiciones de la tertulia, apenas se cuadran las frases, y el monólogo es cosa poco menos que desconocida. Nada evoca el artículo de periódico ni el discurso político, esos dos moldes tan vulgares del pensamiento en el siglo XIX. El ingenio se contenta con brillar en palabras encantadoras o profundas, pero dichas pronto; a veces incluso en simples entonaciones y, menos aún que eso, en algún pequeño gesto de genio. Gracias a tan bienaventurado salón, he reconocido mejor una potencia de la que nunca dudé: la potencia del monosílabo. Cuántas veces lo he oído lanzar o dejar caer con un talento muy superior al de la señorita Mars, la reina del monosílabo en las tablas, a quien habrían destronado alegremente en el faubourg Saint-Germain si hubiera podido frecuentarlo; pues las mujeres son allí demasiado grandes damas para, cuando son sutiles, refinar la sutileza como una actriz que interpreta a Marivaux.

Pues bien, aquella tarde, por excepción, el viento no soplaba favorable al monosílabo. Cuando entré en casa de la baronesa de Mascranny, se encontraba allí bastante gente de los que ella llama sus íntimos, y la conversación tenía la animación y el brío que siempre la distinguen. Como las flores exóticas que adornan los jarrones de jaspe de sus consolas, los íntimos de la baronesa son un poco de todos los países. Los hay ingleses, polacos, rusos; pero todos son franceses por el lenguaje y por ese aire de ingenio y modales que es el mismo en todas partes cuando se alcanza cierta altura social. No sé de qué punto habían partido para llegar adonde

llegaron; mas, cuando entré, se hablaba de novelas. Hablar de novelas es casi como si cada uno hablase de su propia vida. ¿Es preciso advertir que en aquella reunión de hombres y mujeres de mundo no hubo el pedantismo de debatir la cuestión literaria? Lo que preocupaba era el fondo de las cosas, no la forma. Cada uno de esos moralistas superiores, de esos prácticos de la pasión y de la vida en sus muy distintos grados, que ocultaban serias experiencias bajo palabras ligeras y actitudes despegadas, no veía entonces en la novela sino una cuestión de naturaleza humana, de costumbres y de historia. Nada más. Pero ¿acaso no es eso todo?... Por lo demás, era evidente que sobre ese tema ya se había conversado largo y tendido, pues los rostros tenían esa intensidad de fisonomía que delata un interés prolongadamente excitado. Delicadamente fustigados los unos por los otros, todos aquellos espíritus habían hecho su espuma. Solo unas pocas almas vivas —podía contar tres o cuatro en ese salón— guardaban silencio, las unas con la frente inclinada, las otras con la mirada fija y soñadora en los anillos de una mano extendida sobre las rodillas. Quizá trataban de dar cuerpo a sus ensoñaciones, cosa tan difícil como espiritualizar las propias sensaciones. Amparado por la discusión, me deslicé sin ser visto detrás de la espalda reluciente y aterciopelada de la bella condesa de Damnaglia, que mordisqueaba con la punta del labio el extremo de su abanico plegado mientras escuchaba, como escuchaban todos, en ese mundo donde saber escuchar es un encanto. La luz declinaba, una luz rosada que acababa por teñirse de negro, como las vidas felices. Los presentes estaban dispuestos en círculo y dibujaban, en la penumbra crepuscular del salón, como una guirnalda de hombres y mujeres en posturas diversas, negligentemente atentas. Era una especie de brazalete vivo cuyo broche formaban la dueña de la casa, con su perfil egipcio, y el lecho de reposo en el que yace eternamente tendida, como Cleopatra. Una ventana abierta dejaba ver un pedazo de cielo y el balcón donde se encontraban algunas personas. Y el aire era tan puro y el Quai d'Orsay tan profundamente silencioso en ese momento que no perdían ni una sílaba de la voz que se escuchaba en el salón, a pesar de los visillos a la veneciana de la ventana, que

debían amortiguar aquella voz sonora y retener sus ondulaciones entre sus pliegues. Cuando hube reconocido al que hablaba, no me sorprendí ni de aquella atención —que ya no era solo una gracia otorgada por la gracia...— ni de la audacia de quien mantenía así la palabra más tiempo del que solía hacerse en aquel salón de tan exquisito tono.

En efecto, era el conversador más brillante de aquel reino de la conversación. Si no es su nombre, íese es su título! Perdón: tenía otro más... La maledicencia o la calumnia —esos Menecmos que tanto se parecen que resulta imposible distinguirlos, y que escriben su gaceta al revés, como si fuera hebreo (¿acaso no lo es con frecuencia?)— dejaban escrito en arañazos que había sido el héroe de más de una aventura que él no habría querido, ciertamente aquella tarde, relatar.

«... Los más bellos romances de la vida —decía él, cuando me acomodé en mis cojines del canapé, al abrigo de los hombros de la condesa de Damnaglia— son realidades que uno ha rozado con el codo, o incluso con el pie, al pasar. Los hemos visto todos. La novela es más corriente que la historia. No hablo de aquellos que fueron catástrofes estridentes, dramas representados por la audacia de los sentimientos más exaltados a las majestuosas barbas de la Opinión; sino que, al margen de esos clamores rarísimos que hacen escándalo en una sociedad como la nuestra —que ayer era hipócrita y hoy no es sino cobarde—, no hay ninguno de nosotros que no haya sido testigo de esos hechos misteriosos del sentimiento o de la pasión que arruinan todo un destino, de esas quiebras del corazón que solo producen un ruido sordo, como el de un cuerpo que cae en el abismo oculto de una mazmorra, y sobre el que el mundo pone sus mil voces o su silencio. A menudo puede decirse de la novela lo que Molière decía de la virtud: "¿Dónde diablos va a anidar?..." ¡Donde menos se espera, allí está! Yo mismo, que os hablo, en mi infancia... no, ¡visto no es la palabra! Adiviné, presentí uno de esos dramas crueles, terribles, que no se representan en público aunque el público vea a sus actores todos los días; una de esas sangrientas comedias, como decía Pascal, pero representadas a puerta cerrada,

tras un lienzo de bastidores, el telón de la vida privada y de la intimidad. Lo que sale de esos dramas ocultos, sofocados, que llamaré casi de transpiración contenida, es más siniestro y de efecto más penetrante sobre la imaginación y el recuerdo que si el drama entero se hubiera desplegado ante vuestros ojos. Lo que uno no sabe centuplica la impresión de lo que sabe. ¿Me equivoco? Pero me imagino que el infierno, visto por un respiradero, debería ser más aterrador que si con una sola mirada omnisciente se pudiera contemplarlo por entero.»

Aquí hizo una breve pausa. Expresaba un hecho tan humano, de tan honda experiencia de imaginación para quienes la poseen siquiera un poco, que no surgió un solo contradictor. Todos los rostros pintaban la más viva curiosidad. La joven Sibila, que estaba doblada en dos a los pies del lecho de reposo donde su madre se tendía, se acercó a ella con un estremecimiento de terror, como si alguien hubiese deslizado un áspid entre su plano pecho de niña y su corsé.

—Impídele, mamá —dijo ella, con la familiaridad de una niña mimada, criada para ser una déspota—, que nos cuente esas historias atroces que hacen estremecer.

— Me callaré, si usted lo desea, señorita Sibila —respondió aquel a quien ella no había nombrado, en su familiaridad ingenua y casi tierna.

Él, que vivía tan cerca de aquella joven alma, conocía sus curiosidades y sus miedos; pues ante todas las cosas experimentaba esa clase de emoción que se siente cuando se meten los pies en un baño más frío que la temperatura y que corta el aliento a medida que uno se adentra en la gélida frescura del agua.

— Sibila no pretende, que yo sepa, imponer silencio a mis amigos —dijo la baronesa acariciando la cabeza de su hija, tan prematuramente pensativa—. Si tiene miedo, tiene el recurso de quienes tienen miedo: la huida; puede marcharse.

Pero la caprichosa muchacha, que acaso deseaba la historia tanto como su señora madre, no huyó, sino que irguió su delgado cuerpo, palpitante de interés atemorizado, y clavó sus ojos negros y profundos en el narrador, como si se asomara a un abismo.

—¡Pues bien! Cuente —dijo la señorita Sofía de Revistal, volviendo hacia él su gran ojo castaño bañado de luz, tan húmedo todavía, aunque ha brillado endiabladamente—. ¡Mire, vea! —añadió con un gesto imperceptible—, todos escuchamos.

Y contó lo que sigue. Pero ¿podré evocar, sin debilitarlo, ese relato, matizado por la voz y el gesto, y sobre todo hacer resaltar el contragolpe de la impresión que produjo en todas las personas reunidas en la atmósfera simpática de aquel salón?

«Fui educado en provincias —dijo el narrador, instado a contar—, en la casa paterna. Mi padre habitaba una aldehueta echada negligentemente con los pies en el agua, al pie de una montaña, en un lugar que no nombraré, y cerca de una pequeña ciudad que se reconocerá cuando haya dicho que es, o al menos que era en aquella época, la más profunda y ferozmente aristocrática de Francia. Nada semejante he visto desde entonces. Ni nuestro faubourg Saint-Germain, ni la plaza de Bellecour en Lyon, ni las tres o cuatro grandes ciudades que se citan por su espíritu de aristocracia exclusivo y altivo, podrían dar idea de esa pequeña ciudad de seis mil almas que, antes de 1789, tenía cincuenta carruajes con blasones rodando orgullosamente por su empedrado.

Parecía que, al retirarse de toda la superficie del país invadido cada día por una burguesía insolente, la aristocracia se hubiera concentrado allí, como en el fondo de un crisol, y lanzara, como un rubí encendido, el tenaz resplandor adherido a la sustancia misma de la piedra, el que no desaparecerá sino con ella.

La nobleza de ese nido de nobles —que habrán muerto o quizá están ya muertos en esos prejuicios que yo llamo, por mi parte, sublimes verdades sociales— era incompatible como Dios. No

conocía la ignominia de todas las noblezas, la monstruosidad de los matrimonios desiguales.

Las hijas, arruinadas por la Revolución, morían estoicamente viejas y vírgenes, apoyadas en sus escudos de armas que les bastaban contra todo. Mi pubertad se inflamó a la ardiente reverberación de esas bellas y encantadoras juventudes que sabían inútil su belleza, que sentían que el torrente de sangre que palpitaba en sus corazones y teñía de encarnado sus mejillas serias bullía vanamente.

Mis trece años soñaron los más novelescos arrebatos de abnegación ante esas chicas pobres que ya no tenían sino la corona cerrada de sus blasones como toda fortuna, majestuosamente tristes desde sus primeros pasos en la vida, como conviene a las condenadas del Destino. Fuera de su seno, esa nobleza, pura como el agua de las rocas, no trataba con nadie.

—¿Cómo quieren ustedes —decían— que tratemos con todos esos burgueses cuyos padres ponían los platos en la mesa a los nuestros?

Tenían razón; era imposible, pues para esa pequeña ciudad era verdad. Se comprende la emancipación a grandes distancias; pero en un terreno del tamaño de un pañuelo, las razas se separan por su mismo acercamiento. Se veían, pues, entre ellos mismos, y no veían a nadie más que a sí mismos y a algunos ingleses.

Pues los ingleses eran atraídos por esa pequeña ciudad que les recordaba ciertos rincones de sus condados. La amaban por su silencio, por su porte rígido, por la fría elevación de sus costumbres, por los cuatro pasos que la separaban del mar que los había traído, y también por la posibilidad de duplicar allí, gracias a la baratura de las cosas, el insuficiente rendimiento de las fortunas mediocres en su país.

Hijos de la misma barca de piratas que los normandos, a sus ojos esa ciudad normanda era una especie de *Continental England*, y hacían en ella largas estancias.

Las jovencitas aprendían francés empujando su aro bajo los escuálidos tilos de la plaza de armas; pero, hacia los dieciocho años, alzaban el vuelo a Inglaterra, pues esa nobleza arruinada apenas podía permitirse el lujo peligroso de casarse con chicas que solo aportan una dote simple, como las inglesas. Se marchaban, pues, pero otras migraciones venían pronto a instalarse en sus moradas abandonadas, y las calles silenciosas, donde la hierba crecía como en Versalles, tenían siempre más o menos el mismo número de paseantes con velo verde, vestido a cuadros y *plaid* escocés. Salvo esas estancias, de media siete a diez años, que hacían esas familias inglesas —casi todas renovadas a tan largos intervalos—, nada rompía la monotonía de existencia de la pequeña ciudad de que se trata. Esa monotonía era espantosa.

Se ha hablado mucho —¡y qué no se ha dicho!— del estrecho círculo en que gira la vida de provincias; pero aquí esa vida, parca en todo lugar de acontecimientos, lo era aún más por cuanto las pasiones de clase a clase, los antagonismos de vanidad, no existían como en multitud de pequeños lugares donde los celos, los odios, los agravios al amor propio mantienen una fermentación sorda que estalla a veces en algún escándalo, en alguna villanía, en una de esas buenas y pequeñas picardías sociales para las que no hay tribunal.

Aquí, la demarcación era tan profunda, tan espesa, tan infranqueable entre lo que era noble y lo que no lo era, que toda lucha entre la nobleza y el estado llano era imposible.

En efecto, para que la lucha exista hacen falta un terreno común y un enfrentamiento, y no los había. El diablo, como suele decirse, no salía perdiendo nada, sin duda.

En el fondo del corazón de esos burgueses cuyos padres ponían los platos en la mesa, en esas cabezas de hijos de criados emancipados y enriquecidos, había cloacas de odio y de envidia, y esas cloacas levantaban a menudo su vapor y su ruido de alcantarilla contra esos nobles que los habían sacado enteramente del orbe de

su atención y de su campo visual desde que abandonaron sus libreas.

Pero nada de aquello alcanzaba a esos patricios absortos en la fortaleza de sus palacios, que solo se abrían a sus iguales y para quienes la vida terminaba en el límite de su casta. ¿Qué importaba lo que se dijera de ellos, desde más abajo?... No lo oían. Los jóvenes que habrían podido insultarse, enzarzarse en pendencias, no se encontraban en los lugares públicos, que son arenas calentadas al rojo por la presencia y las miradas de las mujeres.

No había espectáculo. Al faltarle sala, jamás pasaban comediantes. Los cafés, abominables como cafés de provincia, apenas veían reunidos en torno a sus billares más que lo más degradado de la burguesía, unos malos sujetos escandalosos y algunos oficiales retirados, cansados despojos de las guerras del Imperio. Por lo demás, aunque enardecidos por la igualdad herida —ese sentimiento que, por sí solo, explica los horrores de la Revolución—, esos burgueses habían conservado, pese a ellos mismos, la superstición de los respetos que ya no profesaban.

El respeto de los pueblos se parece un poco a esa Santa Ampolla de la que se han burlado con una estupidez tan ingeniosa. Cuando ya no queda nada de ella, aún queda algo. El hijo del mercader de baratijas declama contra la desigualdad de rangos; pero, solo, no irá a cruzar la plaza pública de su ciudad natal, donde todo el mundo se conoce y donde se ha vivido desde la infancia, para insultar alegremente al hijo de un Clamorgan-Taillefer, por ejemplo, que pasa del brazo de su hermana. Tendría a toda la ciudad en contra. Como todas las cosas odiadas y envidiadas, el nacimiento ejerce físicamente sobre quienes lo detestan una acción que es quizá la mejor prueba de su derecho. En tiempos de revolución se reacciona contra él, lo que es sufrirlo también; pero en tiempos calmos se lo sufre por entero.

Pues bien, se estaba en uno de esos períodos tranquilos, en 182... El liberalismo, que crecía a la sombra de la Carta constitucional como los perros de la jauría crecían en su perrera prestada, no había

sofocado aún un realismo que el paso de los Príncipes, regresando del exilio, había agitado en todos los corazones hasta el entusiasmo. Esa época, dígame lo que se diga, fue un momento soberbio para Francia, convaleciente monárquica, a quien la cuchilla de las revoluciones había cercenado los senos, pero que, llena de esperanza, creía poder vivir así y no sentía en sus venas los gérmenes misteriosos del cáncer que la había desgarrado ya y que, más tarde, habría de matarla.

Para la pequeña ciudad que trato de daros a conocer, fue un momento de paz profunda y concentrada. Una misión recién clausurada había adormecido, en la sociedad noble, el último síntoma de vida: la agitación y los placeres de la juventud. Ya no se bailaba. Los bailes estaban proscritos como una perdición. Las jóvenes llevaban cruces de misión sobre sus gorgueras y formaban asociaciones religiosas bajo la dirección de una presidenta. Se tendía a lo grave, hasta para morir de risa, si alguien se hubiese atrevido a ello. Cuando las cuatro mesas de whist estaban dispuestas para las damas de edad y los viejos hidalgos, y las dos mesas de *écarté* para los jóvenes, las señoritas se colocaban, como en la iglesia, en sus capillas, donde estaban separadas de los hombres, y formaban, en un ángulo del salón, un grupo silencioso... para su sexo (pues todo es relativo), cuchicheando a lo sumo cuando hablaban, pero bostezando por dentro hasta ponerse los ojos colorados, y contrastando por su porte algo rígido con la flexible soltura de sus talles, el rosa y el lila de sus vestidos, y la frívola ligereza de sus esclavinas de blonda y sus cintas.»

II

«La única cosa —continuó el narrador de esta historia en la que todo es verdadero y real como la pequeña ciudad donde sucedió, y que había pintado con tal fidelidad que alguien, menos discreto que él, acababa de pronunciar su nombre—; la única cosa que tenía, no diré la fisonomía de una pasión, sino al menos parecido con el movimiento, con el deseo, con la intensidad de sensación, en esa singular sociedad donde las jóvenes atesoraban ochenta años de

tedio en sus almas límpidas e imperturbadas, era el juego, esa última pasión de las almas gastadas.

El juego era el gran asunto de esos antiguos nobles, tallados según el patrón de los grandes señores y desocupados como viejas ciegas. Jugaban como normandos, como antepasados de ingleses, la nación más jugadora del mundo. Su parentesco de raza con los ingleses, la emigración a Inglaterra, la dignidad de ese juego, silencioso y contenido como la gran diplomacia, les habían hecho adoptar el whist. Era el whist lo que habían arrojado, para colmarlo, en el abismo sin fondo de sus días vacíos. Lo jugaban tras la cena, todas las tardes, hasta medianoche o la una de la madrugada, lo que es una verdadera saturnalia para la provincia. Existía la partida del marqués de Saint-Albans, que era el acontecimiento de cada jornada. El marqués parecía ser el señor feudal de todos esos nobles, y le rodeaban de esa consideración respetuosa que vale una aureola, cuando quienes la profesan la merecen.

El marqués era muy fuerte al whist. Tenía setenta y nueve años. ¿Con quién no había jugado?... Había jugado con Maurepas, con el propio conde de Artois, diestro al whist como al juego de pelota, con el príncipe de Polignac, con el obispo Luis de Rohan, con Cagliostro, con el príncipe de Lippe, con Fox, con Dundas, con Sheridan, con el príncipe de Gales, con Talleyrand, con el Diablo, cuando se entregaba a todos los diablos, en los peores días de la emigración. Necesitaba, pues, adversarios dignos de él. Por lo general, los ingleses recibidos por la nobleza aportaban su contingente de fuerzas a esa partida, de la que se hablaba como de una institución y que se denominaba el whist del señor de Saint-Albans, como se habría dicho, en la corte, el whist del Rey.

Una tarde, en casa de Mme de Beaumont, las mesas de tapete verde estaban dispuestas; se esperaba a un inglés, un tal señor Hartford, para la partida del gran marqués. Ese inglés era una especie de industrial que tenía en marcha una manufactura de algodón en el Pont-aux-Arches —entre paréntesis, una de las primeras manufacturas que se hubieran visto en ese país poco

amigo de las innovaciones, no por ignorancia ni por dificultad de comprensión, sino por esa prudencia que es el rasgo distintivo de la raza normanda—. Permítaseme otro paréntesis: los normandos me producen siempre el efecto de ese zorro tan hábil en sorites que aparece en Montaigne. Donde ponen la pata, puede uno estar seguro de que el río está bien helado y de que con esa poderosa pata pueden apoyarse.

Pero, volviendo a nuestro inglés, a ese señor Hartford —a quien los jóvenes llamaban Hartford a secas, aunque cincuenta años bien cumplidos hubieran resonado sobre el timbre plateado de su cabeza, que aún veo con sus cabellos cortos y brillantes como un casquete de seda blanca—, era uno de los favoritos del marqués. ¿Qué tiene de extraño? Era un jugador de la gran especie, un hombre cuya vida —verdadera fantasmagoría, por lo demás— solo tenía sentido y realidad cuando sostenía las cartas, un hombre, en fin, que repetía sin cesar que la primera dicha era ganar al juego y que la segunda era perder: magnífico axioma que le había tomado a Sheridan, pero que aplicaba de manera que se le absolvía de haberlo tomado. Por lo demás, aparte de ese vicio del juego —en consideración al cual el marqués de Saint-Albans le habría perdonado las más eminentes virtudes—, el señor Hartford pasaba por tener todas las cualidades farisaicas y protestantes que los ingleses sobreentienden en el confortable vocablo *honorability*. Se le consideraba un perfecto *gentleman*. El marqués le llevaba a pasar semanas en su castillo de la Vanillière, pero en la ciudad le veía todas las tardes. Aquella tarde, pues, todo el mundo se asombraba, y el propio marqués, de que el exacto y escrupuloso forastero se retrasase...

Se estaba en agosto. Las ventanas estaban abiertas sobre uno de esos hermosos jardines como solo los hay en provincias, y las jóvenes, agrupadas en los vanos, charlaban entre sí con la frente inclinada sobre sus festones. El marqués, sentado ante la mesa de juego, fruncía sus largas cejas blancas. Tenía los codos apoyados en la mesa. Sus manos, de una belleza senil, juntas bajo la barbilla, sostenían su imponente rostro, asombrado de esperar, como el de Luis XIV, del que tenía la majestad. Un criado anunció al fin al señor

Hartford. Apareció con su irreprochable porte acostumbrado: ropa de lino de una blancura deslumbrante, sortijas en todos los dedos, como hemos visto después en el señor Bulwer, un *foulard* de las Indias en la mano, y en los labios —pues acababa de cenar— la pastilla perfumada que velaba los vapores de las esencias de anchoa, de la *harvey-sauce* y del oporto.

Pero no estaba solo. Fue a saludar al marqués y le presentó, a modo de escudo contra cualquier reproche, a un escocés amigo suyo, el señor Marmor de Karkoël, que había caído sobre él como una bomba durante su cena, y que era el mejor jugador de whist de los Tres Reinos.

Esa circunstancia, la de ser el mejor jugador de whist de la triple Inglaterra, derramó una sonrisa encantadora sobre los labios pálidos del marqués. La partida quedó formada de inmediato. En su ansia por ponerse a jugar, el señor de Karkoël no se quitó los guantes, que evocaban por su perfección los célebres guantes de Bryan Brummell, cortados por tres artesanos distintos, dos para la mano y uno para el pulgar. Fue el *partner* del señor de Saint-Albans. La viuda del señor de Hautcardon, que ocupaba ese puesto, se lo cedió.

Pues bien, ese Marmor de Karkoël, señoras, tenía en lo que al porte se refiere unos veintiocho años; pero un sol abrasador, fatigas ignoradas o quizás pasiones habían adherido a su rostro la máscara de un hombre de treinta y cinco. No era bello, mas era expresivo. Su cabello era negro, muy áspero, lacio, algo corto, y su mano lo apartaba con frecuencia de las sienes y lo echaba hacia atrás. Había en ese movimiento una elocuencia gestual auténtica, aunque siniestra. Parecía apartar un remordimiento. Eso llamaba la atención al instante, y, como las cosas profundas, llamaba la atención siempre.

He conocido a ese Karkoël durante varios años, y puedo asegurar que ese sombrío gesto, repetido diez veces en una hora, surtía siempre su efecto y traía a la mente de cien personas el mismo pensamiento. Su frente regular, aunque baja, tenía audacia. Su labio afeitado —por entonces no se llevaban bigotes como hoy— era de

una inmovilidad capaz de desesperar a Lavater, y a todos aquellos que creen que el secreto de la naturaleza de un hombre está mejor escrito en las líneas móviles de su boca que en la expresión de sus ojos. Cuando sonreía, su mirada no sonreía, y mostraba unos dientes de un esmalte de perlas, como los que tienen a veces esos ingleses, hijos del mar, para perderlos o ennegrecerlos, a la manera china, en los torrentes de su horrible té. Su rostro era alargado, hundido en las mejillas, de un cierto color aceitunado que le era natural, pero cálidamente curtido, por encima, por los rayos de un sol que, para haberle mordido tan bien, no podía haber sido el sol embotado de la vaporosa Inglaterra. Una nariz larga y recta, aunque sobresalía de la curva de la frente, separaba sus dos ojos negros al estilo de Macbeth, aún más oscuros que negros y muy juntos, lo que es, según se dice, la marca de un carácter extravagante o de cierta insanidad intelectual. Su indumentaria era refinada. Sentado con la negligencia con que lo estaba allí, a esa mesa de whist, parecía más alto de lo que era en realidad, por una leve falta de proporción en el torso, pues era de estatura pequeña; mas, salvo el defecto que acabo de señalar, estaba muy bien hecho y poseía un vigor de flexibilidad dormida, como el del tigre en su piel de terciopelo. ¿Hablaban bien el francés? ¿Tenía la voz, ese cincel de oro con el que esculpimos nuestros pensamientos en el alma de quienes nos escuchan y grabamos en ella la seducción, la armonía que correspondía a aquel gesto que hoy no puedo recordar sin soñar con él? Lo cierto es que, aquella noche, no hizo estremecerse a nadie. No pronunció, en un registro de lo más ordinario, sino las palabras sacramentales de *tricks* y honores, las únicas expresiones que, en el whist, cortan a intervalos iguales el augusto silencio en cuyo seno se juega envuelto.

Así pues, en ese vasto salón lleno de gentes para quienes la llegada de un inglés era una circunstancia poco excepcional, nadie, salvo la mesa del marqués, prestó atención a ese desconocido jugador de whist remolcado por Hartford. Las jóvenes no se molestaron ni en volver la cabeza por encima del hombro para verle. Estaban debatiendo —ya se empezaba a debatir en aquellos tiempos

— la composición de la junta de su congregación y la dimisión de una de las vicepresidentas que ese día no estaba en casa de la señora de Beaumont. Era algo más importante que mirar a un inglés o a un escocés. Estaban ya algo hastiadas de esas eternas importaciones de ingleses y escoceses. ¡Un hombre que, como los demás, no se ocuparía más que de las damas de diamantes y de tréboles! ¡Y protestante, además! ¡Un hereje! ¡Ah, si al menos hubiese sido un *lord* católico de Irlanda! En cuanto a las personas mayores, que ya jugaban en las otras mesas cuando se anunció al señor Hartford, lanzaron una mirada distraída al extranjero que le seguía y volvieron a sumergirse, con toda su atención, en sus cartas, como se sumergen los cisnes en el agua con toda la longitud de sus cuellos.

Habiendo sido elegido el señor de Karkoël como *partner* del marqués de Saint-Albans, la persona que jugaba frente al señor Hartford era la condesa du Tremblay de Stasseville, cuya hija Herminie, la más suave flor de aquella juventud que florecía en los huecos de las ventanas del salón, hablaba entonces con la señorita Ernestine de Beaumont. Por casualidad, los ojos de la señorita Herminie se hallaban dirigidos hacia la mesa donde jugaba su madre.

—Mira, Ernestine —dijo a media voz—, ¡cómo da las cartas ese escocés!

El señor de Karkoël acababa de quitarse los guantes... Había sacado de su estuche de gamuza perfumada unas manos blancas y bien esculpidas, capaces de hacer devota a cualquier petimetra que las hubiera tenido, y repartía las cartas como se reparten en el whist, una a una, pero con un movimiento circular de una rapidez tan prodigiosa, que asombraba como el punteo de Liszt. El hombre que manejaba las cartas de esa manera tenía que ser su dueño... Había diez años de garito en ese modo fulgurante y augural de dar.

—Es la dificultad vencida con mala educación —dijo la altiva Ernestine, con el labio más desdeñoso que tenía—; ¡pero la mala educación es la vencedora!

Juicio duro para una jovencita; mas tener buena educación era para esa bonita cabeza más que tener el ingenio de Voltaire. Ha malogrado su destino, la señorita Ernestine de Beaumont, y debió morir de pena por no haber sido la *camarera mayor* de una reina de España.

La manera de jugar de Marmor de Karkoël estuvo a la altura de ese reparto maravilloso. Mostró una superioridad que embriagó de placer al viejo marqués, pues elevó la manera de jugar del antiguo *partner* de Fox y lo arrastró hasta la suya propia. Toda superioridad, sea cual sea, es una seducción irresistible que actúa por raptó y os arrastra a su órbita. Pero eso no es todo. Os fecunda al arrastraros. ¡Mirad a los grandes conversadores! Dan la réplica e inspiran la réplica. Cuando callan, los necios, privados del rayo que los doró, regresan, apagados, a la superficie del agua de la conversación, como peces muertos boca arriba que muestran un vientre sin escamas. El señor de Karkoël hizo mucho más que traer una sensación nueva a un hombre que las había agotado todas: acrecentó la idea que el marqués tenía de sí mismo, coronó con una piedra más el obelisco, medido desde hacía mucho, que ese rey del whist se había erigido en las discretas soledades de su orgullo.

A pesar de la emoción que le rejuvenecía, el marqués observó al extranjero durante la partida desde el fondo de esa pata de gallo — como llamamos a la zarpa del Tiempo, para pagar su insolencia de clavárnosla en la cara— que constreñía sus ojos vivaces. El escocés solo podía ser gustado, apreciado, degustado, por un jugador de muy alta categoría. Tenía esa atención profunda, reflexiva, que se ahonda en combinaciones bajo los lances del juego, y la velaba con una impasibilidad soberbia. A su lado, las esfinges agazapadas en la lava de su basalto habrían parecido las estatuas de los Genios de la confianza y la expansión. Jugaba como si jugase con tres pares de manos que sostuvieran las cartas, sin preocuparse de saber a quién pertenecían esas manos. Las últimas brisas de aquella noche de agosto se desplegaban en oleadas de suspiros y perfumes sobre esas treinta cabelleras de jóvenes, con la cabeza descubierta, para llegar cargadas de nuevos perfumes y efluvios virginales,

arrebatados a ese campo de cabezas radiantes, y estrellarse contra esa frente cobriza, ancha y baja, escollo de mármol humano que no hacía una sola arruga. Ni siquiera se daba cuenta. Sus nervios estaban mudos. En ese instante, hay que reconocerlo, illevaba bien su nombre de Marmor! Huelga decir que ganó.

El marqués se retiraba siempre hacia la medianoche. Fue acompañado por el obsequioso Hartford, quien le dio el brazo hasta su carruaje.

—¡Ese Karkoël es el dios del *slam*! —le dijo, con la sorpresa del encantamiento—. Arreglad las cosas para que no nos abandone tan pronto.

Hartford se lo prometió, y el viejo marqués, a pesar de su edad y de su sexo, se dispuso a desempeñar el papel de una sirena de la hospitalidad.

Me he detenido en esa primera noche de una estancia que duró varios años. Yo no estuve allí; pero me la contó un pariente mío mayor que yo, quien, jugador como todos los jóvenes de esa pequeña ciudad donde el juego era el único recurso que se tenía, en esa hambruna de todas las pasiones, tomó afición al dios del *slam*. Vista en retrospectiva y con impresiones que tienen su magia, esa noche, de una prosa vulgar y tan conocida —una partida de whist ganada—, adquirirá proporciones que quizás puedan asombraros. —La cuarta persona de esa partida, la condesa de Stasseville —añadía mi pariente—, perdió su dinero con la indiferencia aristocrática que ponía en todo. Quizás fue en esa partida de whist donde se decidió su destino, allí donde se forjan los destinos. ¿Quién entiende una sola palabra de ese misterio de la vida?... Nadie tenía entonces interés en observar a la condesa. El salón no fermentaba más que con el ruido de los tantos y las fichas... Habría sido curioso sorprender en esa mujer, juzgada entonces y rejuzgada como un témpano pulido y cortante, si lo que se ha creído después y repetido en voz baja con espanto databa de ese momento.

La condesa du Tremblay de Stasseville era una mujer de cuarenta años, de salud muy delicada, pálida y delgada, pero de una delgadez y una palidez que no he visto en nadie más que en ella. Su nariz borbónica, algo puntiaguda, su cabello castaño claro, sus labios finísimos, anunciaban una mujer de raza, pero en quien el orgullo podía convertirse fácilmente en crueldad. Su palidez teñida de azufre era enfermiza.

Si se hubiese llamado Constance —decía la señorita Ernestine de Beaumont, que recogía epigramas hasta en Gibbon—, se la habría podido llamar Constancia Cloro.

Quien conocía el tipo de ingenio de la señorita de Beaumont era libre de poner una intención atroz en ese dicho. Sin embargo, a pesar de su palidez, a pesar del color de hortensia marchita de los labios de la condesa du Tremblay de Stasseville, había para el observador avezado, precisamente en esos labios apenas señalados, tenues y vibrantes como la cuerda de un arco, una aterradora fisonomía de ímpetu reprimido y de voluntad. La sociedad de provincia no lo veía. Solo veía, en la rigidez de ese labio estrecho y homicida, el hilo de acero sobre el que bailaba sin cesar la flecha con púas del epigrama. Unos ojos glaucos —pues la condesa llevaba el sinople, centelleado de oro, en su mirada como en sus armas— coronaban, como dos estrellas fijas, ese rostro sin calentarlo. Esas dos esmeraldas, estriadas de amarillo, engarzadas bajo las cejas rubias y apagadas de esa frente aguileña, eran tan frías como si las hubieran extraído del vientre y las huevas del pez de Policrates. Solo el ingenio, un ingenio brillante, damasquinado y afilado como una espada, encendía a veces en esa mirada vitrificada los relámpagos de ese gladio que gira del que habla la Biblia. Las mujeres odiaban ese ingenio en la condesa du Tremblay, como si hubiera sido belleza. ¡Y en efecto, era la suya! Como la señorita de Retz, de quien el cardenal ha dejado un retrato de amante que se ha desengañado los ojos de las últimas ingenuidades de su juventud, tenía un defecto en el talle que podía en rigor pasar por un vicio. Su fortuna era considerable. Su marido, al morir, le había dejado muy poco cargada con dos hijos: un niño pequeño, de una necedad encantadora,

confiado a los cuidados muy paternos y muy inútiles de un viejo abad que no le enseñaba nada, y su hija Herminie, cuya belleza habría sido admirada en los círculos más exigentes y más artistas de París. En cuanto a su hija, la había educado de manera irreprochable, desde el punto de vista de la educación oficial. Lo irreprochable de la señora de Stasseville siempre se parecía un poco a la impertinencia. Hacía de ello una virtud incluso con su virtud misma, y quién sabe si esa no era su única razón para aferrarse a ella. Lo cierto es que era virtuosa; su reputación desafiaba la calumnia. Ningún diente de serpiente se había gastado en esa lima. Y así, de rabia frenética por no haberla podido hacer mella, uno se agotaba acusándola de frialdad. Eso se debía, sin ninguna duda, decían —razonaban, ¡hacían ciencia!—, a la decoloración de su sangre. Con poco que se hubiera presionado a sus mejores amigas, le habrían descubierto en el corazón la cierta barra histórica que se había inventado contra una mujer bien encantadora y bien célebre del siglo pasado, con el fin de explicar que hubiera dejado a toda la Europa elegante a sus pies durante diez años sin hacerla subir un peldaño más alto.»

El narrador salvó con la alegría de su acento lo vivo de esas últimas palabras, que provocaron como un pequeño y gracioso movimiento de pudibundez ofendida. Y digo pudibundez sin mal humor, pues la pudibundez de las mujeres bien nacidas, que nada afectan, es algo muy gracioso. El día había caído tanto, por lo demás, que se sintió ese movimiento más que se vio.

—A fe mía, era tal como decís, esa condesa de Stasseville —dijo, tartamudeando según su costumbre, el viejo vizconde de Rassy, jorobado y tartamudo, e ingenioso como si encima fuese cojo. ¿Quién no conoce en París al vizconde de Rassy, ese memorándum aún viviente de las pequeñas corrupciones del siglo XVIII? Apuesto de rostro en su juventud como el mariscal de Luxemburgo, tenía, como él, su reverso de la medalla, pero solo el reverso le había quedado. En cuanto a la efigie, ¿dónde la había dejado?... Cuando los jóvenes de la época le sorprendían en algún anacronismo de conducta, él decía que, al menos, no ensuciaba sus cabellos blancos,

pues llevaba una peluca castaña al estilo de Ninon, con una raya de carne postiza, ¡y los más increíbles e indescritibles tirabuzones!

—¡Ah! ¿La conocisteis? —dijo el narrador interrumpido—. ¡Pues ya veis, vizconde, si he exagerado en una sola palabra la verdad!

—Es calcado al cristal, vuestro re... etrato —respondió el vizconde, dándose una leve bofetada en la mejilla por impaciencia de tartamudear, y a riesgo de hacer caer los granos del colorete que se dice que se pone, como hace todo, sin el menor pudor—. La conocí h... h... hacia la época de vuestra historia. Venía a París todos los inviernos unos pocos días. La encontraba en casa de la princesa de Cour... r... tenay, de quien era algo pariente. Era el ingenio servido en su hielo, una mujer tan fría que hacía toser.

«Exceptuados esos pocos días que pasaba por invierno en París —retomó el audaz narrador, que ni siquiera ponía a sus personajes la media máscara de Arlequín—, la vida de la condesa du Tremblay de Stasseville estaba reglada como el papel de esa aburrida música que se llama la existencia de una mujer como es debido, en provincia. Estaba, seis meses al año, en el fondo de su mansión, en la ciudad que os he descrito en su aspecto moral, y trocaba, durante los otros seis meses, ese fondo de mansión por un fondo de castillo, en una bella finca que tenía a cuatro leguas de allí. Cada dos años, llevaba a París a su hija —que dejaba con una vieja tía, la señorita de Trifleas, cuando iba sola—, al comienzo del invierno; ¡pero nunca Spa, ni Plombières, ni los Pirineos! No se la veía en los balnearios. ¿Era por miedo a los murmuradores? En provincia, cuando una mujer sola, en la posición de la señora de Stasseville, va a tomar las aguas tan lejos, ¿qué no se cree?... ¿qué no se sospecha? La envidia de quienes se quedan se venga, a su manera, del placer de quienes viajan. Singulares aires llegan, como extraños soplos, a rizar la pureza de esas aguas. ¿Es el Río Amarillo, o el Río Azul sobre el que se expone a los niños en China?... Los balnearios de Francia se parecen un poco a ese río. Si no es un niño, siempre se expone allí algo a los ojos de quienes no van. La burlona condesa du Tremblay era demasiado orgullosa para sacrificar uno solo de sus caprichos a

la opinión; pero no tenía el de los balnearios; y su médico la prefería cerca de él que a doscientas leguas, pues a doscientas leguas las hipócritas visitas a diez francos no pueden multiplicarse mucho. Era una cuestión, por lo demás, la de saber si la condesa tenía caprichos de ninguna especie. El ingenio no es la imaginación. El suyo era tan nítido, tan tajante, tan positivo, incluso en la broma, que excluía con toda naturalidad la idea del capricho. Cuando era alegre —lo que era raro—, sonaba tan bien ese son vibrante de castañuelas de ébano o de pandereta, toda piel tensa y cascabeles de metal, que no podía imaginarse que hubiera jamás en esa cabeza seca, de lomo, ino!, sino de filo de cuchillo, nada que recordara la fantasía, nada que pudiera tomarse por una de esas curiosidades soñadoras que engendran la necesidad de dejar el sitio de uno e irse adonde uno no estaba. Desde hacía diez años que era rica y viuda, dueña de sí misma por lo tanto, y de muchas cosas, habría podido trasladar su vida inmóvil muy lejos de ese agujero de nobles, donde sus noches transcurrían jugando al boston y al whist con viejas solteronas que habían visto la Chuanería, y viejos caballeros, héroes desconocidos, que habían libertado a Destouches.

Habría podido, como lord Byron, recorrer el mundo con una biblioteca, una cocina y una pajarera en su carruaje, pero no había tenido la menor gana. Era más que indolente; era indiferente; tan indiferente como Marmor de Karkoël cuando jugaba al whist. Solo que Marmor no era indiferente al whist mismo, y en la vida de ella no había ningún whist: itodo le era igual! Era una naturaleza estancada, una especie de mujer-*dandy*, habrían dicho los ingleses. Fuera del epigrama, no existía más que en estado de larva elegante. «Es de la raza de los animales de sangre blanca», repetía su médico al oído, creyendo explicarla con una imagen, como se explicaría una enfermedad por un síntoma. Aunque tuviera aspecto de enferma, el médico desconcertado negaba la enfermedad. ¿Era alta discreción? ¿O bien realmente no la veía? Jamás se quejaba ni de su cuerpo ni de su alma. No tenía ni siquiera esa sombra casi física de melancolía, tendida ordinariamente sobre la frente lacerada de las mujeres que tienen cuarenta años. Sus días se desprendían de ella y no se le

arrancaban. Los veía caer con esa mirada de Ondina, glauca y burlona, con la que miraba todas las cosas. Parecía desmentir su reputación de mujer ingeniosa al no matizar su conducta con ninguna de esas maneras de ser personales llamadas excentricidades. Hacía naturalmente, simplemente, todo lo que hacían las demás mujeres de su círculo, ni más ni menos. Quería demostrar que la igualdad, esa quimera de los villanos, no existe verdaderamente más que entre nobles. Solo allí se encuentran los pares, pues la distinción del nacimiento, las cuatro generaciones de nobleza necesarias para ser gentilhomme, son un nivel. «No soy más que el primer gentilhomme de Francia», decía Enrique IV, y con esa palabra ponía las pretensiones de cada uno a los pies de la distinción de todos. Como las demás mujeres de su casta, a las que era demasiado aristocrática para querer superar, la condesa cumplía sus deberes exteriores de religión y de mundo con una exacta sobriedad, que es la conveniencia suprema en ese mundo donde todos los entusiasmos están severamente prohibidos. No se quedaba por debajo ni iba más allá de su sociedad. ¿Había aceptado, dominándose a sí misma, la vida monótona de esa ciudad de provincia donde se había agotado lo que le quedaba de juventud, como un agua dormida bajo los nenúfares? Sus motivos para actuar, motivos de razón, de conciencia, de instinto, de reflexión, de temperamento, de gusto, todos esos hachones interiores que arrojan su luz sobre nuestros actos, no arrojaban luz alguna sobre los suyos. Nada de dentro iluminaba los exteriores de esa mujer. ¡Nada de fuera reverberaba adentro! Cansadas de haber espiado tanto tiempo sin ver nada en la señora de Stasseville, las gentes de provincia, que tienen sin embargo una paciencia de preso o de pescador de caña cuando quieren descubrir algo, habían acabado por abandonar ese rompecabezas, como se lanza detrás de un arcón un manuscrito que habría sido imposible descifrar.

—¡Somos muy tontos —había dicho una noche, dogmáticamente, la condesa de Hautcardon —y eso se remontaba a varios años— de tomarnos tanto quebradero de cabeza para saber qué hay en el fondo del alma de esa mujer: probablemente no hay nada!»

III

«Y esa opinión de la viuda de Hautcardon había sido aceptada. Había tenido fuerza de ley sobre todos esos espíritus despechados y decepcionados por la inutilidad de sus observaciones, y que no buscaban más que una razón para volverse a dormir. Esa opinión reinaba aún, pero a la manera de los reyes holgazanes, cuando Marmor de Karkoël, el hombre quizás que menos debía encontrarse en la vida de la condesa du Tremblay de Stasseville, vino del fin del mundo a sentarse en esa mesa verde donde faltaba un *partner*. Había nacido, contaba su *cornac* Hartford, en las montañas de bruma de las islas Shetland. Era del país donde transcurre la sublime historia de Walter Scott, esa realidad de *El Pirata* que Marmor iba a reanudar, con variantes, subrepticamente, en una pequeña ciudad ignorada de las costas del Canal de la Mancha. Se había criado a orillas de ese mar surcado por la nave de Cleveland. Muy joven, había bailado las danzas del joven Mordaunt con las hijas del viejo Troil. Las había aprendido, y más de una vez las bailó ante mí sobre la hoja de roble de los parquetes de esa pequeña ciudad prosaica pero digna, que disonaban con la poesía salvaje y extraña de esas danzas hiperbóreas. A los quince años, se le había comprado una tenencia en un regimiento inglés que iba a las Indias, y durante doce años se había batido allí contra los Marathas. Eso fue lo que pronto se supo de él y de Hartford, y también que era gentilhomme, pariente de los famosos Douglas de Escocia con el corazón sangrante. Pero eso fue todo. Por lo demás, se le ignoraba, y se le debía ignorar siempre. Sus aventuras en las Indias, en ese país grandioso y terrible donde los hombres dilatados aprenden maneras de respirar para las que el aire de Occidente ya no basta, jamás las contó. Estaban trazadas en caracteres misteriosos en la tapa de esa frente de oro bruñido, que no se abría más que esas cajas de veneno asiático, guardadas, para el día de la derrota y los desastres, en el joyero de los sultanes indios. Se revelaban por un destello agudo de esos ojos negros, que sabía apagar cuando se le miraba, como se sopla una antorcha cuando no se quiere ser visto, y por el otro destello de ese gesto con el que azotaba su cabello sobre la

sien, diez veces seguidas, durante un *rubber* de whist o una partida de écarté. Pero fuera de esos jeroglíficos de gesto y de fisonomía que saben leer los observadores, y que no tienen, como la lengua de los jeroglíficos, más que un número muy pequeño de palabras, Marmor de Karkoël era indescifrable, tanto, a su manera, como la condesa du Tremblay lo era a la suya. Era un Cleveland silencioso. Todos los jóvenes nobles de la ciudad que habitaba, y los había varios muy ingeniosos, curiosos como mujeres y enredadores como culebras, ardían de deseo de hacerle contar las memorias inéditas de su juventud, entre dos cigarrillos de maryland. Pero siempre habían fracasado. Ese león marino de las islas Hébridas, tostado por el sol de Lahore, no caía en esas ratoneras de salón ofrecidas a los apetitos de la vanidad, en esas trampas de pavo real donde la fatuidad francesa deja todas sus plumas por el placer de exhibirlas. La dificultad nunca pudo sortearse. Era sobrio como un turco que creyera en el Corán. ¡Especie de mudo que guardaba bien el serrallo de sus pensamientos! Nunca le he visto beber más que agua y café. Las cartas, que parecían su pasión, ¿eran su pasión real o una pasión que se había dado a sí mismo? Pues uno se da pasiones como enfermedades. ¿Eran una especie de biombo que parecía desplegar para ocultar su alma? Siempre lo creí, cuando le vi jugar como jugaba. Envolvió, ahondó, enquistó esa pasión del juego en el alma jugadora de esa pequeña ciudad, hasta el punto de que, cuando se marchó, un *spleen* horrible, el *spleen* de las pasiones defraudadas, cayó sobre ella como un siroco maldito y la hizo parecerse más aún a una ciudad inglesa. En su casa, la mesa de whist estaba abierta desde por la mañana. La jornada, cuando no estaba en La Vanillière o en algún castillo de los alrededores, tenía la sencillez de la de los hombres quemados por la idea fija. Se levantaba a las nueve, tomaba su té con algún amigo llegado para el whist, que empezaba entonces y no terminaba hasta las cinco de la tarde. Como había mucha gente en esas reuniones, se relevaban a cada *rubber*, y los que no jugaban apostaban. Por lo demás, en esas especies de matiné no había solo jóvenes, sino los hombres más graves de la ciudad. Padres de familia, como decían las mujeres de treinta años, se atrevían a pasar sus días en ese garito, y ellas

untaban, en toda ocasión, de intenciones pérfidas mil tartaletas de agraz sobre la cuenta de ese escocés, como si hubiera inoculado la peste a toda la comarca en la persona de sus maridos. Estaban sin embargo muy acostumbradas a verlos jugar, pero no en esas proporciones de obstinación y furor. Hacia las cinco, se separaban para reencontrarse por la noche en sociedad y conformarse en ella, en apariencia, al juego oficial y ordenado por el uso de las señoras de la casa adonde se iba, pero, por lo bajo y en realidad, para jugar el juego convenido esa misma mañana, al whist de Karkoël. Os dejo imaginar a qué grado de destreza llegaron esos hombres que ya no hacían más que una sola cosa. Elevaron ese whist hasta la altura de la más difícil y magnífica esgrima. Hubo sin duda pérdidas muy considerables; pero lo que impidió las catástrofes y las ruinas que el juego arrastra siempre tras de sí fue precisamente su furor y la superioridad de quienes jugaban. Todas esas fuerzas acababan por equilibrarse entre sí; y además, en un radio tan estrecho, se era con demasiada frecuencia *partner* los unos de los otros para no, al cabo de cierto tiempo, como se dice en términos de juego, resarcirse.

La influencia de Marmor de Karkoël, contra la cual coceaban por lo bajo las mujeres sensatas, no mengüó en absoluto, sino que, al contrario, fue en aumento. Se comprende. Provenía menos del propio Marmor y de una manera de ser enteramente personal, que de una pasión que él había encontrado allí, viva, y que su presencia —la de quien la compartía— había exaltado. El mejor medio, el único quizá de gobernar a los hombres, es tenerlos sujetos por sus pasiones. ¿Cómo no habría de ser poderoso ese Karkoël? Poseía lo que hace la fuerza de los gobiernos y, además, no pensaba en gobernar. Así llegó a esa dominación que se parece a un sortilegio. Todo el mundo se lo disputaba. Durante todo el tiempo que permaneció en aquella ciudad, fue siempre recibido con idéntica acogida, y aquella acogida era una búsqueda febril. Las mujeres, que lo temían, preferían verlo en sus casas antes que saber que sus hijos o sus maridos estaban en la de él, y lo recibían como reciben las mujeres, aun sin amarlo, a un hombre que es el centro de una atención, de una preocupación, de cualquier movimiento. En verano,

se marchaba a pasar quince días, un mes, al campo. El marqués de Saint-Albans lo había tomado bajo su admiración especial — protección sería decir demasiado poco—. En el campo, como en la ciudad, eran whists eternos. Recuerdo haber asistido —era un escolar de vacaciones entonces— a una magnífica partida de pesca del salmón en las aguas brillantes del Douve, durante toda la cual Marmor de Karkoël jugó, en barca, al whist a dos muertos (*double dummy*), con un caballero del lugar. ¡Si hubiera caído al río, habría seguido jugando!... Una sola mujer de aquella sociedad no recibía al escocés en el campo, y apenas en la ciudad. Era la condesa du Tremblay.

¿Quién podía extrañarse? Nadie. Era viuda y tenía una hija encantadora. En provincias, en aquella sociedad envidiosa y alineada donde cada cual se mete en la vida de todos, no pueden tomarse demasiadas precauciones contra las inducciones fáciles de hacer entre lo que se ve y lo que no se ve. La condesa du Tremblay las tomaba no invitando jamás a Marmor a su castillo de Stasseville, y no recibéndolo en la ciudad sino de manera muy pública, en los días en que recibía a todas sus relaciones. Su cortesía hacia él era fría, impersonal. Era consecuencia de esas buenas maneras que se deben tener con todos, no por ellos, sino por una misma. Él, por su parte, respondía con una cortesía del mismo género; y aquello era tan poco afectado, tan natural en los dos, que se pudo caer en el engaño durante cuatro años. Ya lo he dicho: fuera del juego, Karkoël no parecía existir. Hablaba poco. Si tenía algo que ocultar, lo cubría muy bien con sus hábitos de silencio. Pero la condesa tenía, ella —si lo recordáis—, un ingenio muy exterior y muy mordaz. Para esas clases de ingenios, siempre hacia afuera, brillantes, agresivos, contenerse, velarse, es cosa difícil. Velarse, ¿no es acaso una manera de traicionarse? Solo que, si tenía las escamas fascinantes y la triple lengua de la serpiente, tenía también su prudencia. Nada, pues, alteró el brillo y el empleo feroces de su habitual ironía. Con frecuencia, cuando se hablaba de Karkoël delante de ella, le disparaba alguna de esas palabras que silban y que penetran, y que la señorita de Beaumont, su rival en epigramas, le envidiaba. Si

aquello fue una mentira más, jamás mentira alguna fue mejor arriesgada. ¿Sacaba esa espantosa facultad de disimular de su naturaleza seca y contráctil? ¿Pero por qué hacía uso de ella, ella, que era la independencia en persona por su posición y el orgullo burlesco del carácter? ¿Por qué, si amaba a Karkoël y si era correspondida, lo ocultaba bajo los ridículos que de cuando en cuando le arrojaba, bajo esas bromas apóstatas, renegadas, impías, que degradan al ídolo adorado... los mayores sacrilegios en el amor?

¡Dios mío! ¿Quién sabe? Quizá había en todo ello alguna forma de dicha para ella... —Si lanzásemos, doctor —prosiguió el narrador, volviéndose hacia el doctor Beylasset, que estaba apoyado de codos sobre un mueble de Boule y cuyo hermoso cráneo calvo devolvía la luz de un candelabro que los criados acababan de encender en ese instante sobre su cabeza—, si lanzásemos sobre la condesa de Stasseville una de esas buenas miradas fisiologistas —como las que tenéis vosotros los médicos, y que los moralistas deberían tomaros prestadas—, resultaba evidente que todo, en las impresiones de esa mujer, debía replegarse, llevar hacia adentro, como esa línea de hortensia pasado que formaban sus labios, tanto los retraía; como esas aletas de la nariz, que se hundían en lugar de dilatarse, inmóviles y no trémulas; como esos ojos que, en ciertos momentos, se hundían bajo sus arcos superciliares y parecían remontarse hacia el cerebro. A pesar de su aparente delicadeza y de un sufrimiento físico cuya influencia visible se seguía en todo su ser, como se siguen las irradiaciones de una grieta en una sustancia demasiado seca, era el diagnóstico más llamativo de la voluntad, de esa pila de Volta interior a la que confluyen nuestros nervios. Todo lo atestiguaba en ella, más que en ningún ser vivo que yo haya contemplado jamás. Ese influjo de la voluntad aletargada circulaba —¡perdóneseme el término, pues es harto pedante!— *potencialmente* hasta en sus manos, aristocráticas y principescas por la blancura mate, el irisado opálico de las uñas y la elegancia, pero que, por la delgadez, la hinchazón y el entretejido de los mil retorcimientos azulados de las venas, y sobre todo por el movimiento de aprehensión con que aferraban los objetos, se asemejaban a garras fabulosas, como la

asombrosa poesía de los Antiguos atribuía a ciertos monstruos de rostro y pecho de mujer. Cuando, después de lanzar una de esas bromas, uno de esos rasgos centelleantes y finos como las espinas envenenadas de que se sirven los salvajes, pasaba la punta de su lengua viperina por sus labios sibilantes, se sentía que en una gran ocasión, en el último instante del destino, por ejemplo, esa mujer, frágil y fuerte a la vez, sería capaz de descubrir el procedimiento de los negros y de llevar la resolución hasta el extremo de tragarse esa lengua tan flexible, para morir. Al verla, no podía uno dudar de que fuera, en mujer, una de esas organizaciones que las hay en todos los reinos de la naturaleza, que, por preferencia o por instinto, buscan el fondo en lugar de la superficie de las cosas; uno de esos seres destinados a cohabitaciones ocultas, que se sumergen en la vida como los grandes nadadores se sumergen y nadan bajo el agua, como los mineros respiran bajo la tierra, apasionados por el misterio en razón misma de su profundidad, creándolo en torno a sí y amándolo hasta la mentira, ipues la mentira es el misterio redoblado, los velos espesados, las tinieblas forjadas a cualquier precio! Quizá esas naturalezas aman la mentira por la mentira misma, como se ama el arte por el arte, como los polacos aman las batallas. —(El doctor inclinó gravemente la cabeza en señal de asentimiento.) —¿Usted lo piensa, verdad? ¡Y yo también! Estoy convencido de que, para ciertas almas, existe la dicha de la impostura. Hay una felicidad espantosa, pero embriagadora, en la idea de que se miente y se engaña; en el pensamiento de que uno se conoce solo a sí mismo, y de que se le juega a la sociedad una comedia de la que ella es la víctima, y cuyos gastos de escenificación uno se reembolsa con todos los placeres del desprecio.

—¡Pero es horrible lo que está usted diciendo! —interrumpió de improviso la baronesa de Mascranny, con el grito de la lealtad indignada.

Todas las mujeres que escuchaban —y había quizá entre ellas algunas entendidas en placeres ocultos— habían experimentado una especie de estremecimiento ante las últimas palabras del narrador.

Lo juzgué por la espalda desnuda de la condesa de Damnaglia, tan cerca de mí en aquel momento. Esa especie de estremecimiento nervioso todo el mundo lo conoce y lo ha sentido. Se lo llama a veces, con poesía, *la muerte que pasa*. ¿Era acaso la verdad la que pasaba?...

—Sí —respondió el narrador—, es horrible; pero ¿es verdad? Las naturalezas con el corazón en la mano no se hacen idea de los goces solitarios de la hipocresía, de quienes viven y pueden respirar con la cabeza apretada dentro de una máscara. Pero, cuando se piensa en ello, ¿no se comprende que sus sensaciones tengan realmente la profundidad encendida del infierno? Pues el infierno es el cielo en hueco. La palabra *diabólico* o *divino*, aplicada a la intensidad de los goces, expresa la misma cosa, es decir, sensaciones que llegan hasta lo sobrenatural. ¿Era la señora de Stasseville de esa estirpe de almas?... No la acuso ni la justifico. Cuento como puedo su historia, que nadie ha llegado a conocer bien, y busco iluminarla mediante un estudio a lo Cuvier sobre su persona. Eso es todo.

Por lo demás, ese análisis que hago ahora de la condesa du Tremblay, sobre el recuerdo de su imagen, impresa en mi memoria como un sello de ónice grabado por un buril profundo sobre la cera, no lo hacía entonces. Si llegué a comprender a esa mujer, no fue sino mucho más tarde... La voluntad todopoderosa, que con la reflexión he reconocido en ella —desde que la experiencia me ha enseñado hasta qué punto el cuerpo es el molde del alma—, no había levantado ni tensado más esa existencia, encajonada en tranquilas costumbres, que la ola que hincha y perturba un lago marino fuertemente encajonado entre sus orillas. Sin la llegada de Karkoël, de ese oficial de infantería inglesa a quien unos compatriotas habían persuadido de ir a consumir su media paga en una ciudad normanda digna de ser inglesa, la débil y pálida burlona a quien llamaban riendo *madame de Givre* no habría sabido jamás qué voluntad imperiosa llevaba en su seno de nieve fundida —como decía la señorita Ernestine de Beaumont—, pero sobre el que, en lo moral, todo había resbalado como sobre el saliente más duro de los hielos polares. Cuando él llegó, ¿qué sintió ella? ¿Descubrió de

pronto que, para una naturaleza como la suya, sentir con fuerza es querer? ¿Atrajo por la voluntad a un hombre que ya no parecía poder amar sino el juego?... ¿Cómo se las arregló para lograr una intimidad cuyos peligros es difícil esquivar en provincias?... Todo misterios, que como tales permanecieron para siempre, pero que, sospechados más tarde, no habían sido aún presentidos por nadie a finales del año 182... Sin embargo, en aquella época, en uno de los hoteles particulares más apacibles de aquella ciudad, donde el juego era el mayor asunto de cada jornada y casi de cada noche; tras las persianas silenciosas y las cortinas de muselina bordada —velos puros, elegantes, y a medio levantar de una vida tranquila—, debía de llevar ya mucho tiempo incubándose una novela que cualquiera habría jurado imposible. Sí, la novela se hallaba en esa vida correcta, irreprochable, metódica, burlona, fría hasta la enfermedad, donde el ingenio parecía serlo todo y el alma nada. Estaba allí, y la roía bajo las apariencias y la reputación, como los gusanos que estuvieran en el cadáver de un hombre antes de que este hubiera expirado.

—¡Qué abominable comparación! —volvió a observar la baronesa de Mascranny—. Mi pobre Sibylle casi tenía razón en no querer escuchar su historia. Decididamente, esta noche tiene usted un género muy feo de imaginación.

—¿Quiere usted que me detenga? —respondió el narrador, con una solapada cortesía y la pequeña picardía de un hombre seguro del interés que había despertado.

—¡Pues no faltaría más! —replicó la baronesa—. ¿Acaso podemos quedarnos ahora con la atención en el aire, a mitad de una historia?

—¡Sería también demasiado agotador! —dijo, alisándose uno de sus largos tirabuzones de un hermoso negro azulado, la señorita Laure d'Alzanne, la imagen más lánguida de la pereza dichosa, con el gracioso espanto de su indolencia amenazada.

—¡Y decepcionante, además! —añadió alegremente el doctor—. ¿No sería como si un barbero, después de haberle afeitado a uno la

mitad del rostro, cerrara tranquilamente su navaja y le comunicara que le es imposible ir más lejos?...

—Prosigo, pues —reanudó el narrador, con la sencillez del arte supremo, que consiste sobre todo en ocultarse bien...—. En el año 182..., me encontraba en el salón de uno de mis tíos, alcalde de esa pequeña ciudad que os he descrito como la más antipática a las pasiones y a la aventura; y, aunque fuera un día solemne —la fiesta del rey, una San Luis, siempre celebrada con gran pompa por esos ultras de la emigración, por esos quietistas políticos que habían inventado la divisa mística del amor puro: *¡Viva el rey a pesar de todo!*—, no se hacía en ese salón nada distinto de lo que se hacía en él todos los días. Se jugaba. Os pido disculpas por hablaros de mí: es de bastante mal gusto, pero es necesario. Era aún un adolescente. Sin embargo, gracias a una educación excepcional, sospechaba más de las pasiones y del mundo de lo que se suele sospechar a la edad que yo tenía. Me parecía menos a uno de esos colegiales llenos de torpeza, que no han visto nada sino en sus libros de clase, que a una de esas jóvenes curiosas que se instruyen escuchando detrás de las puertas y soñando mucho sobre lo que han oído. Toda la ciudad se apretujaba aquella noche en el salón de mi tío, y, como siempre —pues no había sino cosas eternas en ese mundo de momias que no sacudían sus vendas sino para agitar cartas—, aquella sociedad se dividía en dos partes: la parte que jugaba y las jóvenes que no jugaban. Momias también esas jóvenes, destinadas a alinearse unas junto a otras en las catacumbas del celibato, pero cuyos rostros, resplandecientes de una vida inútil y de una frescura que nadie aspiraría, encantaban mis ávidas miradas. Entre ellas, quizá solo la señorita Herminie de Stasseville era aquella a quien la fortuna habría permitido creer en el milagro de un matrimonio de amor, sin desdoro. No tenía yo edad suficiente, o tenía demasiada, para mezclarme en ese enjambre de jóvenes, cuyos cuchicheos se interrumpían de vez en cuando con una risa muy franca o suavemente contenida. Presa de esas ardientes timideces que son a la vez delicias y suplicios, me había refugiado y sentado junto al dios del slam, ese Marmor de Karkoël, por quien me

había prendado con buena pasión. No podía haber entre él y yo amistad. Pero los sentimientos tienen su jerarquía secreta. No es raro ver, en los seres que aún no están desarrollados, esas simpatías que nada positivo, nada demostrado, explica, y que hacen comprender que los jóvenes necesitan jefes como los pueblos que, a pesar de su edad, siguen siendo siempre un poco niños. Mi jefe, para mí, habría sido Karkoël. Venía a menudo a casa de mi padre, gran jugador como todos los hombres de aquella sociedad. Se había mezclado a menudo en nuestras recreaciones gimnásticas, mis hermanos y yo, y había desplegado ante nosotros un vigor y una agilidad que rozaban el prodigio. Como el duque de Enghien, saltaba jugando un arroyo de cinco metros. Eso solo, sin duda, debía ejercer sobre la cabeza de jóvenes como nosotros, criados para llegar a ser hombres de guerra, un gran atractivo de seducción; pero ahí no estaba para mí el secreto del imán de Karkoël. Era preciso que obrase sobre mi imaginación con la potencia de los seres excepcionales sobre los seres excepcionales, pues la vulgaridad preserva de las influencias superiores como un saco de lana preserva de los cañonazos. No sabría decir qué sueño asociaba yo a esa frente que se hubiera creído esculpida en esa sustancia que los pintores de acuarela llaman *tierra de Siena*; a esos ojos siniestros, de párpados cortos; a todas esas marcas que pasiones desconocidas habían dejado en la persona del escocés, como los cuatro golpes de barra del verdugo en las articulaciones de un ajusticiado en la rueda; y sobre todo a esas manos de hombre —del más ablandado de los civilizados, en quien el salvaje acababa en la muñeca—, que sabían imprimir a las cartas esa velocidad de rotación que se parecía al girar de la llama, y que tanto había impresionado a Herminie de Stasseville la primera vez que lo había visto. Pues bien: aquella noche, en el ángulo donde se alzaba la mesa de juego, la persiana estaba a medio cerrar. La partida era sombría como la especie de penumbra que la iluminaba. Era el whist de los fuertes. El Matusalén de los marqueses, el señor de Saint-Albans, era el *partner* de Marmor. La condesa du Tremblay había elegido por compañero suyo al caballero de Tharsis, oficial en el regimiento de Provenza antes de la Revolución y caballero de San Luis, uno de esos ancianos como ya

no quedan en pie hoy, uno de esos hombres que estuvieron a horcajadas en dos siglos sin ser por ello colosos. En un cierto momento de la partida, y por efecto de un movimiento de la señora du Tremblay de Stasseville para levantar sus cartas, una de las puntas del diamante que brillaba en su dedo topó, en esa sombra proyectada por la persiana sobre la mesa verde que volvía aún más verde, con uno de esos encuentros de rayo refractado en la piedra que el arte humano es incapaz de combinar, y de ella brotó un dardo de fuego blanco tan eléctrico que casi hizo daño en los ojos como un relámpago.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es lo que brilla? —dijo, con una voz aflautada, el caballero de Tharsis, que tenía la voz de sus piernas.

—¿Y quién es el que tose? —dijo simultáneamente el marqués de Saint-Albans, arrancado de su preocupación de jugador por una tos horrorosamente sorda, volviéndose hacia Herminie, que bordaba un cuello para su madre.

—Es mi diamante y es mi hija —dijo la condesa du Tremblay con una sonrisa de sus labios finos, respondiendo a los dos a la vez.

—¡Dios mío! ¡Qué hermoso es el diamante de usted, señora! —continuó el caballero—. Nunca lo había visto centellear como esta noche; obligaría a los más miopes a reparar en él.

Se había llegado, al decir esto, al final de la partida, y el caballero de Tharsis tomó la mano de la condesa: —¿Me permite usted?... —añadió.

La condesa se quitó languidamente el anillo y lo lanzó al caballero sobre la mesa de juego.

El viejo emigrado lo examinó haciéndolo girar ante su ojo como un calidoscopio. Pero la luz tiene sus azares y sus caprichos. Al rodar sobre las facetas de la piedra, no desprendió de ella un segundo haz de luz matizada, semejante al que acababa de brotar con tanta rapidez.

Herminie se levantó y empujó la persiana para que la luz cayese mejor sobre el anillo de su madre y se pudiera apreciar mejor su belleza.

Y volvió a sentarse, con el codo en la mesa, mirando también la piedra prismática; pero la tos regresó, una tos sibilante que le enrojeció e inyectó el nácar de sus hermosos ojos azules, de una humedad radical tan pura.

—¿Y dónde ha cogido usted esa horrible tos, querida niña? —dijo el marqués de Saint-Albans, más pendiente de la joven que del anillo, del diamante humano que del diamante mineral.

—No sé, señor marqués —respondió ella, con la ligereza de una juventud que creía en la eternidad de la vida—. Quizás por pasear al anochecer a orillas del estanque de Stasseville.

Me llamó entonces la atención el grupo que formaban entre los cuatro.

La luz roja del crepúsculo se derramaba por la ventana abierta. El caballero de Tharsis miraba el diamante; el señor de Saint-Albans, a Herminie; la señora du Tremblay, a Karkoël, que miraba con ojo distraído su dama de diamantes. Pero lo que más me impresionó fue Herminie. La Rosa de Stasseville estaba pálida, más pálida que su madre. El púrpura del día agonizante, que vertía su reflejo transparente sobre sus mejillas pálidas, le daba el aspecto de una cabeza de víctima reflejada en un espejo que se hubiera dicho estañado con sangre.

De repente, sentí un frío en los nervios, y por no sé qué evocación fulminante e involuntaria, un recuerdo me asaltó con la invencible brutalidad de esas ideas que fecundan monstruosamente el pensamiento sublevado, violándolo.

Hacía unos quince días que una mañana había ido a casa de Marmor de Karkoël. Lo había encontrado solo. Era temprano. Ninguno de los jugadores que habitualmente jugaban por las mañanas en su casa había llegado aún. Estaba, cuando entré, de pie ante su escritorio, y parecía ocupado en una operación muy delicada

que exigía una atención extrema y una gran seguridad de pulso. No lo veía de frente; tenía la cabeza inclinada. Sostenía entre los dedos de su mano derecha un pequeño frasco de una sustancia negra y brillante que se parecía al extremo de una daga rota, y de ese frasco microscópico vertía no sé qué líquido en un anillo abierto.

—¿Qué diantres hace usted ahí? —le dije avanzando. Pero me gritó con voz imperiosa: «¡No se acerque! Quédese donde está; me haría temblar la mano, y lo que hago es más difícil y más peligroso que partir un sacacorchos a cuarenta pasos con una pistola que podría reventar.»

Era una alusión a lo que nos había ocurrido hacía algún tiempo. Nos divertíamos disparando con las peores pistolas que nos era posible encontrar, a fin de que la habilidad del hombre se mostrase mejor en la debilidad del instrumento, y habíamos estado a punto de abrirnos el cráneo con el cañón de una pistola que reventó.

Pudo instilar las gotas del líquido desconocido que dejaba caer del pico afilado de su frasco. Cuando hubo terminado, cerró el anillo y lo arrojó a uno de los cajones de su escritorio, como si hubiera querido ocultarlo.

Advertí que llevaba una máscara de vidrio.

—¿Desde cuándo —le dije, bromeando— se ocupa usted de química? ¿Y son recursos contra las pérdidas al whist lo que compone?

—No compongo nada —me respondió—, pero lo que hay ahí dentro (y señalaba el frasco negro) es un recurso contra todo. Es —añadió con la sombría alegría del país de los suicidas del que procedía— el juego de cartas marcadas con el que se tiene la certeza de ganar la última partida contra el Destino.

—¿Qué clase de veneno? —le pregunté, tomando el frasco cuya forma extraña me atraía.

—Es el más admirable de los venenos indios —me respondió quitándose la máscara—. Respirarlo puede ser mortal, y de cualquier

modo que se absorba, si no mata de inmediato, no se pierde nada por esperar; su efecto es tan seguro como oculto. Ataca lentamente, casi lánguidamente, pero de manera infalible, la vida en sus fuentes, penetrándolas y desarrollando, en el fondo de los órganos sobre los que se vierte, esas enfermedades conocidas de todos y cuyos síntomas, familiares a la ciencia, despistarían la sospecha y responderían a la acusación de envenenamiento, si tal acusación pudiera existir. Dicen en las Indias que unos fakires mendicantes lo componen con sustancias extremadamente raras, que solo ellos conocen y que únicamente se encuentran en las mesetas del Tíbet. Disuelve los lazos de la vida más de lo que los rompe. En eso conviene mejor a esas naturalezas de indios, apáticas y blandas, que aman la muerte como un sueño y se dejan caer en ella como sobre un lecho de lotos. Es, por lo demás, muy difícil, casi imposible, procurárselo. ¡Si supiera usted lo que arriesgué para obtener este frasco de una mujer que decía amarme!... Tengo un amigo, también oficial en el ejército inglés como yo, y regresado como yo de las Indias, donde pasó siete años. Buscó ese veneno con el deseo furioso de una fantasía inglesa —y más tarde, cuando haya vivido más, comprenderá usted lo que eso significa—. ¡Pues bien! Nunca pudo encontrarlo. Compró, a precio de oro, indignas falsificaciones. De desesperación, me escribió desde Inglaterra y me envió uno de sus anillos, suplicándome que le vertiese unas gotas de ese néctar de la muerte. Eso era lo que hacía cuando entró usted.

Lo que me decía no me sorprendía. Los hombres están hechos de tal modo que, sin ningún mal propósito, sin pensamiento siniestro alguno, gustan de tener veneno en su casa, como gustan de tener armas. Atesoran a su alrededor los medios de exterminio, como los avaros atesoran las riquezas. Los unos dicen: ¡Si yo quisiera destruir!, como los otros: ¡Si yo quisiera gozar! Es el mismo idealismo infantil. Niño yo mismo por aquel entonces, encontré de lo más natural que Marmor de Karkoël, vuelto de las Indias, poseyese aquella curiosidad de un veneno como no lo hay en ninguna otra parte, y que, entre sus alfanjes y sus flechas, traídos en el fondo de su baúl de oficial, tuviese aquel frasco de piedra negra, aquella linda

chuchería de destrucción que me mostraba. Cuando hube dado bien vueltas y más vueltas a aquella joya, pulida como un ágata, que acaso una almea había llevado entre los dos globos de topacio de su pecho, y en cuya sustancia porosa había impregnado su sudor de oro, la arrojé a una copa puesta sobre la chimenea, y no volví a pensar en ella.

¡Pues bien!, ¿lo creerías?, ¡era el recuerdo de aquel frasco lo que me volvía!... El rostro doliente de Herminie, su palidez, aquella tos que parecía salir de un pulmón esponjoso, reblandecido, donde ya quizá se enconaban esas lesiones profundas que la medicina llama, ¿no es verdad, doctor?, en un lenguaje lleno de espantos pintorescos, cavernas; aquel anillo que, por una coincidencia inexplicable, brillaba de pronto con un fulgor tan extraño en el instante en que la joven tosía, como si el centelleo de la piedra homicida hubiese sido la palpitación de gozo del asesino; las circunstancias de una velada que se había borrado de mi memoria, pero que reaparecían de golpe en ella: ¡he ahí lo que me afluyó, como un oleaje de pensamientos, al cerebro! De vínculo para ligar las circunstancias pasadas a la hora presente, no lo tenía. El acercamiento involuntario que se hacía en mi cabeza era insensato. Tenía horror de mi propio pensamiento. ¡Así pues, me esforzaba por ahogar, por apagar en mí aquella falsa vislumbre, aquel llamear que se había encendido y que había pasado por mi alma como el relámpago de aquel diamante que había pasado sobre aquella mesa verde!... Para apuntalar mi voluntad y triturar bajo ella la loca y criminal creencia de un instante, miraba atentamente a Marmor de Karkoël y a la condesa du Tremblay.

¡Uno y otro respondían muy bien, con su actitud y su semblante, que lo que yo había osado pensar era imposible! Marmor era siempre Marmor. Seguía mirando su dama de diamantes como si representara el amor último, definitivo, de toda su vida. La señora du Tremblay, por su parte, tenía en la frente, en los labios y en la mirada la calma que jamás la abandonaba, ni siquiera cuando ajustaba el epigrama, pues su chanza se parecía a una bala, la única arma que mata sin apasionarse, mientras que la espada, por el

contrario, comparte la pasión de la mano. Ella y él, él y ella, eran dos abismos colocados frente a frente; solo que el uno, Karkoël, era negro y tenebroso como la noche; y el otro, aquella mujer pálida, era claro e inescrutable como el espacio. Mantenía siempre sobre su compañero de partida unos ojos indiferentes que brillaban con una impasible luz. Solo que, como el caballero de Tharsis no acababa de examinar el anillo que encerraba el misterio en que yo hubiera querido penetrar, ella había tomado de su cintura un abultado ramillete de resedás, y se puso a aspirarlo con una sensualidad que, ciertamente, no se hubiera esperado de una mujer como ella, tan poco hecha para las soñadoras voluptuosidades. Sus ojos se cerraron tras haber girado en no sé qué indecible desfallecimiento, y, con una avidez apasionada, cogió con sus labios afilados e incoloros varios tallos de flores olorosas, y los trituró bajo sus dientes, con una expresión idólatra y salvaje, los ojos reabiertos sobre Karkoël. ¿Era una seña, un entendimiento cualquiera, una complicidad, como las tienen los amantes entre sí, aquellas flores masticadas y devoradas en silencio?... Francamente, lo creí. Volvió a ponerse tranquilamente el anillo en el dedo, cuando el caballero lo hubo admirado bastante, y el whist continuó, cerrado, mudo y sombrío, como si nada lo hubiera interrumpido.»

Aquí, de nuevo, el narrador se detuvo. Ya no tenía necesidad de apresurarse. Nos tenía a todos bajo la garra de su relato. Quizá todo el mérito de su historia estuviera en su manera de contarla... Cuando calló, se oyó, en el silencio del salón, ir y venir las respiraciones. Yo, que alargaba mis miradas por encima de mi baluarte de alabastro, el hombro de la condesa de Damnaglia, vi la emoción jaspear con sus diversos matices todos aquellos rostros. Involuntariamente, buscaba el de la joven Sibylle, de la salvaje niña que se había encabritado a las primeras palabras de esta historia. Me hubiera gustado ver pasar los relámpagos del sobresalto por aquellos ojos negros que hacen pensar en el tenebroso y siniestro canal Orfano, en Venecia, pues en él se ahogará más de un corazón. Pero ya no estaba en el canapé de su madre. Inquieta por lo que iba

a seguir, la solicitud de la baronesa había hecho sin duda a su hija alguna seña de furtiva partida, y ella había desaparecido.

«En resumidas cuentas —prosiguió el narrador—, ¿qué había en todo aquello que fuese de naturaleza tal para conmoverme tan fuertemente y para grabarse en mi memoria como un aguafuerte, pues el tiempo no ha borrado uno solo de los lineamientos de esta escena? Todavía veo el rostro de Marmor, la expresión de la calma cristalizada de la condesa, fundiéndose por un minuto en la sensación de aquellos resedás aspirados y triturados con un estremecimiento casi voluptuoso. Todo aquello se me ha quedado, y vais a comprender por qué. Aquellos hechos cuya relación entre sí no veía yo muy bien, aquellos hechos mal iluminados por una intuición que me reprochaba a mí mismo, en cuya enmarañada madeja aparecían lo posible y lo incomprensible, recibieron más tarde una gota de luz que desenredó para siempre en mí su caos.

Os he dicho, creo, que había sido puesto muy tarde en el internado. Los dos últimos años de mi educación transcurrieron allí sin que yo volviera a mi tierra. Fue, pues, en el internado donde supe, por las cartas de mi familia, la muerte de la señorita Herminie de Stasseville, víctima de una enfermedad de languidez de la que nadie había sospechado hasta el último extremo, y cuando la enfermedad era ya incurable. Esta noticia, que se me transmitía sin comentario alguno, me heló la sangre con el mismo frío que había sentido cuando, en el salón de mi tío, había oído por primera vez aquella tos que anunciaba la muerte, y que había levantado en mí de golpe tan espantosas inducciones. Quienes tienen la experiencia de las cosas del alma me comprenderán cuando diga que no me atreví a hacer una sola pregunta sobre aquella pérdida súbita de una joven, arrebatada al cariño de su madre y a las más bellas esperanzas de la vida. Pensé en ello de una manera demasiado trágica para hablar de ello a quien fuera. Vuelto a casa de mis padres, encontré la ciudad de *** bien cambiada; pues, en varios años, las ciudades cambian como las mujeres: ya no se las reconocería. Era después de 1830. Desde el paso de Carlos X, que la había atravesado para ir a embarcarse en Cherburgo, la mayoría de

las familias nobles que yo había conocido durante mi infancia vivían retiradas en los castillos circundantes. Los acontecimientos políticos habían golpeado tanto más a aquellas familias cuanto que habían creído en la victoria de su partido y habían recaído desde una esperanza. En efecto, habían visto el momento en que el derecho de primogenitura, restablecido por el único hombre de Estado que tuvo la Restauración, iba a reasentar la sociedad francesa sobre la única base de su grandeza y de su fuerza; luego, de repente, aquella idea, doblemente justa por exactitud y por justicia, que había brillado a los ojos de aquellos hombres, sublimes víctimas de su devoción monárquica, como un resarcimiento de sus sufrimientos y de su ruina, como un último jirón de veros y de armiño que forrara su ataúd e hiciera menos duro su último sueño, perecer bajo el golpe de una opinión pública que no se había sabido ni ilustrar ni disciplinar. La pequeña ciudad de la que tan a menudo se ha tratado en este relato ya no era más que un desierto de persianas cerradas y de portalones que ya no se abrían. La revolución de Julio había asustado a los ingleses, y se habían marchado de una ciudad cuyas costumbres y hábitos habían recibido de los acontecimientos una ruptura tan fuerte. Mi primer cuidado había sido preguntar qué había sido del señor Marmor de Karkoël. Me respondieron que había vuelto a las Indias por orden de su gobierno. La persona que me lo dijo era precisamente aquel eterno caballero de Tharsis, uno de los cuatro de la famosa partida del diamante (famosa, al menos lo era para mí), y su ojo, al informarme, se fijó en el mío con la expresión de un hombre que quiere ser interrogado. Así, casi involuntariamente, pues las almas se adivinan mucho antes de que la voluntad haya obrado:

—¿Y la señorita du Tremblay de Stasseville?... —le dije.

—¿Así que sabía usted algo?... —me respondió con bastante misterio, como si tuviéramos cien pares de oídos escuchándonos, cuando estábamos solos.

—Pues no —le dije—, no sé nada.

—Ha muerto —prosiguió— del pecho, como su hija, un mes después de la marcha de ese diablo de Marmor de Karkoël.

—¿Por qué esa fecha? —dije entonces—, ¿y por qué me habla de Marmor de Karkoël?...

—¡Conque es verdad —respondió— que no sabe usted nada! ¡Pues bien!, querido, parece que ella era su amante. Al menos así se dio a entender aquí, cuando se hablaba de ello en voz baja. Ahora ya no se atreve nadie a hablar de ello. Era una hipócrita de primer orden aquella condesa. Lo era como se es rubia o morena, había nacido así. Por eso practicaba la mentira hasta hacer de ella una verdad, de tan sencilla y natural, sin esfuerzo y sin afectación en todo. A través de una habilidad tan profunda que solo desde hace muy poco se ha sabido que lo era, han trascendido rumores pronto ahogados por el terror que los transmitía... ¡Según ellos, aquel escocés que solo amaba las cartas no fue únicamente el amante de la condesa, la cual jamás lo recibía en su casa como todo el mundo, y, mala como el demonio, le encajaba su epigrama como a cualquiera de nosotros, cuando se presentaba la ocasión!... ¡Dios mío, esto no sería nada si no hubiera más que eso! Pero lo peor es, según dicen, que el dios del capote había hecho capote a toda la familia. Aquella pobre pequeña Herminie lo adoraba en silencio. La señorita Ernestine de Beaumont se lo dirá si usted quiere. Era como una fatalidad. Él, ¿la amaba? ¿Amaba a la madre? ¿Las amaba a las dos? ¿No amaba ni a la una ni a la otra? ¿Solo encontraba a la madre buena para costear sus puestas al juego?... ¿Quién sabe? Aquí la historia es muy oscura. Todo lo que se certifica es que la madre, cuya alma era tan seca como el cuerpo, concibió por su hija un odio que no contribuyó poco a hacerla morir.

—¡Eso se dice! —repuse yo, más espantado de haber pensado con acierto de lo que lo había estado de haber pensado en falso—, pero ¿quién puede saber eso?... Karkoël no era un fatuo. No era él quien se habría permitido confidencias. Jamás se pudo saber nada de su vida. No iba a empezar a ser confiado, o indiscreto, a propósito de la condesa de Stasseville.

—No —respondió el caballero de Tharsis—. Los dos hipócritas hacían pareja. Se marchó como había venido, sin que ninguno de

nosotros haya podido decir: «Era otra cosa que un jugador.» Pero, por perfecta de tono y de compostura que fuera en sociedad la irreprochable condesa, las doncellas, para quienes no hay heroínas, contaron que se encerraba con su hija, y que, tras largas horas de cara a cara, salían más pálidas la una que la otra, pero la hija siempre más, y los ojos deshechos de tanto llorar.

—¿No tiene usted otros detalles ni otras certezas, caballero? —le dije, para empujarlo y ver más claro—. Pero no ignora usted lo que son las habladurías de las doncellas... Probablemente se sabría más por la señorita de Beaumont.

—¡La señorita de Beaumont! —exclamó el de Tharsis—. ¡Ah!, no se querían, la condesa y ella, pues ieran del mismo género de ingenio las dos! Por eso la superviviente no habla de la muerta sino con ojos imprecatorios y reticencias pérfidas. Es seguro que quiere hacer creer las cosas más atroces... y que solo sabe una, que no lo es... el amor de Herminie por Karkoël.

—Y eso no es saber gran cosa, caballero —repuse—. Si se supieran todas las confidencias que se hacen entre sí las jóvenes, se pondría en la cuenta del amor la primera ensoñación que se presentara. Ahora bien, reconocerá usted que un hombre como ese Karkoël tenía cabalmente todo cuanto hace soñar.

—Es cierto —dijo el viejo Tharsis—, pero se tiene más que confidencias de jóvenes. ¿Recuerda usted... ¡no!, era usted demasiado niño, pero se advirtió lo bastante en nuestra sociedad... que la señora Stasseville, que nunca había amado nada, ni las flores más que lo demás, pues reto a cualquiera a decir cuáles eran los gustos de aquella mujer, llevaba siempre, hacia el final de su vida, un ramillete de resedás en la cintura, y que, jugando al whist, y en todas partes, les rompía los tallos para mascarlos, hasta el punto de que un buen día la señorita de Beaumont preguntó a Herminie, con una pequeña cadencia de burla en la voz, ¿desde cuándo era herbívora su madre?...

—Sí, lo recuerdo —le respondí. Y, en efecto, jamás había olvidado la manera montaraz, y casi amorosamente cruel, con que la condesa había aspirado y comido las flores de su ramillete, en aquella partida de whist que había sido para mí un acontecimiento.

—¡Pues bien! —dijo el buen hombre—, aquellos resedás procedían de una magnífica jardinera que la señora de Stasseville tenía en su salón. ¡Oh!, ya no era el tiempo en que los olores le hacían daño. La habíamos visto no poder soportarlos, desde su último parto, durante el cual habían estado a punto de matarla, nos contaba lánguidamente, con un ramillete de nardos. Ahora los amaba y los buscaba con furor. Su salón asfixiaba como un invernadero cuyos vidrios aún no se han levantado a mediodía. Por eso dos o tres mujeres delicadas ya no iban a su casa. ¡Aquello sí que eran cambios! Pero se explicaban por la enfermedad y por los nervios. Una vez muerta, y cuando hubo que cerrar su salón —pues el tutor de su hijo metió en el internado a ese pequeño imbécil, ahí lo tiene, rico como debe serlo un necio—, se quiso plantar aquellos hermosos resedás en plena tierra y se encontró en la caja, ¡adivine qué!... el cadáver de un niño que había vivido...»

El narrador fue interrumpido por el grito muy verdadero de dos o tres mujeres, por lo demás bien reñidas con lo natural. Hacía tiempo que él las había abandonado; pero, a fe mía, para esta ocasión volvió a ellas. Las otras, que se dominaban más, no se permitieron sino un respingo, pero fue casi convulsivo.

«—¡Qué olvido y qué mazmorra del olvido! —dijo entonces, con su ligereza que se ríe de todo, aquella amable pequeña podredumbre ambarina, el marqués de Gourdes, a quien llamamos el último de los marqueses, uno de esos seres que bromearían detrás de un ataúd y hasta dentro de él.

—¿De dónde venía aquel niño? —añadió el caballero de Tharsis, amasando su tabaco en su caja de concha—. ¿De quién era? ¿Había muerto de muerte natural? ¿Lo habían matado?... ¿Quién lo había matado?... He ahí lo que es imposible saber y lo que hace hacer, pero muy en voz baja, suposiciones espantosas.

—Tiene usted razón, caballero —le respondí, hundiendo en mí más adentro lo que creía saber de más que él—. Será siempre un misterio, y hasta será bueno espesarlo hasta el día en que ya no se sople de él una sola palabra.

—En efecto —dijo—, no hay más que dos seres en el mundo que sepan realmente lo que hay de ello, y no es probable que lo publiquen —añadió, con una sonrisa de soslayo—. El uno es ese Marmor de Karkoël, partido para las Grandes Indias, con el baúl lleno del oro que nos ha ganado. No se le volverá a ver jamás. El otro...

—¿El otro? —dije asombrado.

—¡Ah!, el otro —repuso, con un guiño que creía muy sagaz—, todavía hay menos peligro por el otro. Es el confesor de la condesa. Ya sabe usted, ese grueso abate de Trudaine, a quien, dicho sea de paso, han nombrado últimamente para la sede de Bayeux.

—Caballero —le dije entonces, herido por una idea que me iluminó, mejor que todo lo demás, aquella mujer naturalmente secreta, a quien un observador de gafas como el caballero de Tharsis llamaba hipócrita, porque había puesto una enérgica voluntad por encima de sus pasiones, quizá para redoblar su tormentosa dicha—, caballero, se ha equivocado usted. La vecindad de la muerte no ha entreabierto el alma sellada y amurallada de aquella mujer, digna de la Italia del siglo XVI más que de este tiempo. La condesa du Tremblay de Stasseville ha muerto... como ha vivido. La voz del sacerdote se ha quebrado contra aquella naturaleza impenetrable que se ha llevado su secreto. Si el arrepentimiento se lo hubiera hecho verter en el corazón del ministro de la misericordia eterna, no se habría encontrado nada en la jardinera del salón.»

El narrador había terminado su historia, esa novela que había prometido y de la que solo había mostrado lo que sabía de ella, es decir, los extremos. La emoción prolongaba el silencio. Cada cual permanecía en su pensamiento y completaba, con el género de

imaginación que tenía, aquella novela auténtica de la que solo se tenían que juzgar algunos detalles desparejados. En París, donde el ingenio arroja tan pronto la emoción por la ventana, el silencio, en un salón ingenioso, después de una historia, es el más halagüeño de los éxitos:

—¡Qué amable envés de cartas tienen sus partidas de whist! —dijo la baronesa de Saint-Albiti, jugadora como una vieja embajadora—. Es muy cierto lo que usted decía. Mostrado a medias, causa más impresión que si se hubieran vuelto todas las cartas y se hubiera visto todo lo que había en la baza.

—Es lo fantástico de la realidad —dijo gravemente el doctor.

—¡Ah! —dijo apasionadamente la señorita Sophie de Revistal—, lo mismo sucede con la música y con la vida. Lo que hace la expresión de la una y de la otra son los silencios mucho más que los acordes.

Miró a su íntima amiga, la altiva condesa de Damnaglia, de busto inflexible, que roía siempre el remate de marfil, incrustado de oro, de su abanico. ¿Qué decía el ojo de acero azulado de la condesa?... Yo no la veía, pero su espalda, en la que perlaba un ligero sudor, tenía una fisonomía. Se pretende que, como la señora de Stasseville, la condesa de Damnaglia tiene la fuerza de ocultar muchas pasiones y mucha dicha.

—Me ha estropeado usted unas flores que amaba —dijo la baronesa de Mascranny, volviéndose de tres cuartos hacia el novelista. Y, quebrando el cuello a una rosa bien inocente que tomó de su corpiño y cuyos despojos esparció en una especie de horror soñador:

—¡Esto ya está! —añadió—; ya no llevaré más resedás.

EN UNA CENA DE ATEOS

Esto es digno de gente sin Dios. (ALLEN)

Hacía ya unos instantes que el día caía en las calles de la ciudad de ***. Pero, en la iglesia de aquella pequeña y expresiva ciudad del Oeste, la noche había llegado del todo. La noche avanza casi siempre en las iglesias. Desciende en ellas más deprisa que en ningún otro sitio, ya sea a causa de los reflejos sombríos de las vidrieras, cuando hay vidrieras, ya sea a causa del entrecruzamiento de los pilares, tan a menudo comparados con los árboles de los bosques, y de las sombras que proyectan las bóvedas. Esa noche de las iglesias, que se adelanta un poco a la muerte definitiva del día en el exterior, apenas hace que se cierren en parte alguna las puertas. Por lo general, quedan abiertas, tocado ya el Ángelus, —y hasta a veces muy tarde, la víspera de las grandes festividades por ejemplo, en las ciudades devotas, donde se confiesa en gran número para las comuniones del día siguiente. Nunca, a ninguna hora del día, están las iglesias de provincia más frecuentadas por quienes las visitan que a esa hora vespertina en que cesan las labores, en que la luz agoniza, y en que el alma cristiana se prepara para la noche, —para la noche que se parece a la muerte y a la que la muerte puede venir. A esa hora, se siente verdaderamente muy bien que la religión cristiana es hija de las catacumbas y que conserva siempre algo de las melancolías de su cuna. Es en ese momento, en efecto, cuando quienes todavía creen en la oración gustan de venir a arrodillarse y a acodarse, con la frente entre las manos, en esas noches misteriosas de las naves vacías, que responden sin duda a la necesidad más

profunda del alma humana, pues si para los mundanos y apasionados que somos los demás, el tête-à-tête a escondidas con la mujer amada nos parece más íntimo y más turbador en las tinieblas, ¿por qué no habría de ocurrir lo mismo con las almas religiosas y Dios, cuando reina la oscuridad delante de sus sagrarios, y ellas le hablan, de boca a oído, en la negrura?

Pues bien, así parecían hablarle, en la iglesia de *** aquel día, las almas piadosas que habían venido a hacer sus oraciones de la tarde, según su costumbre. Aunque en la ciudad, gris de un crepúsculo brumoso de otoño, no estuvieran todavía encendidos los faroles —ni la pequeña lámpara enrejada de la estatua de la Virgen, que se veía en la fachada del hotel de las señoras de la Varengerie, y que ya no está allí en la actualidad—, hacía más de dos horas que habían terminado las Vísperas —pues era domingo aquel día—, y la nube de incienso que forma durante largo rato un dosel azulado en lo alto de las bóvedas del coro, después de los Oficios, se había evaporado ya. La noche, espesa ya en la iglesia, desplegaba en ella su gran cortinaje de sombra que parecía, como una vela que cae de un mástil, desplomarse desde los arcos torales. Dos escuálidos cirios, encaramados en el recodo de dos pilares de la nave, bastante alejados el uno del otro, y la lámpara del sagrario, que clavaba su pequeña estrella inmóvil en lo negro del coro, más profundo que todo lo que era negro en torno a él, hacían reptar sobre las tinieblas que anegaban la nave y las naves laterales una claridad fantasmal antes que una luz. En esa filtración de claridad incierta, era posible verse dudosa y confusamente, pero era imposible reconocerse... Se distinguían, aquí y allá, en las penumbras, grupos más opacos que los fondos sobre los que se recortaban vagamente —espaldas encorvadas—, algunas cofias blancas de mujeres del pueblo arrodilladas en el suelo —dos o tres mantoletas que habían bajado la capucha—; pero eso era todo. Se oía mejor de lo que se veía. Todas aquellas bocas que rezaban en voz baja, en aquella gran nave silenciosa y sonora, y por el silencio hecha más sonora, producían ese susurro singular que es como el rumor de un hormiguero de almas, visibles solo a los ojos de Dios. Ese susurro continuo y

menudo, cortado, a intervalos, por suspiros, ese murmullo labial — tan impresionante en las tinieblas de una iglesia muda— no era turbado por nada, salvo, a veces, por una de las puertas de las naves laterales, que giraba sobre sus goznes y daba un golpe seco al cerrarse tras la persona que acababa de entrar; —el ruido vivo y claro de un zueco que bordeaba el linde de las capillas—; una silla que, tropezada en la oscuridad, caía; —y, de cuando en cuando, una o dos toses, de esas toses contenidas de devotas que las modulan y las aflautan, por respeto a los santos ecos de la casa del Señor. Pero esos ruidos, que no eran más que el paso rápido de un sonido, no interrumpían a aquellas almas atentas y fervorosas en el trajín de sus oraciones y la eternidad de su susurro.

Y he ahí por qué, de aquel grupo de fieles, recogidos y reunidos cada tarde en la iglesia de *, NINGUNO REPARÓ EN UN HOMBRE QUE SIN DUDA HUBIERA ASOMBRADO A MÁS DE UNO, DE HABER HABIDO BASTANTE LUZ O CLARIDAD PARA QUE FUESE POSIBLE RECONOCERLO. NO ERA ÉL, DESDE LUEGO, UN HOMBRE DE IGLESIA. NUNCA SE LE VEÍA ALLÍ. NO HABÍA PUESTO LOS PIES EN ELLA DESDE QUE, TRAS AÑOS DE AUSENCIA, HABÍA VUELTO A HABITAR MOMENTÁNEAMENTE SU CIUDAD NATAL. ¿POR QUÉ ENTRABA, PUES, AQUELLA NOCHE?... ¿QUÉ SENTIMIENTO, QUÉ IDEA, QUÉ PROPÓSITO LO HABÍA DECIDIDO A FRANQUEAR EL UMBRAL DE AQUELLA PUERTA, ANTE LA CUAL PASABA VARIAS VECES AL DÍA COMO SI NO HUBIESE EXISTIDO?... ERA UN HOMBRE ALTO EN TODO, QUE HABÍA TENIDO QUE DOBLEGAR TANTO SU ORGULLO COMO SU GRAN ESTATURA PARA PASAR BAJO LA PEQUEÑA PUERTA BAJA Y ABOVEDADA, Y VERDECIDA POR LAS HUMEDADES DE AQUEL LLUVIOSO CLIMA DEL OESTE, Y QUE HABÍA TOMADO PARA ENTRAR. NO LE FALTABA, DESPUÉS DE TODO, CIERTA POESÍA A SU CABEZA DE FUEGO. AL ENTRAR EN AQUEL LUGAR, QUE PROBABLEMENTE HABÍA OLVIDADO, ¿LE IMPRESIONÓ EL ASPECTO CASI SEPULCRAL DE AQUELLA IGLESIA, QUE, POR SU CONSTRUCCIÓN, SE ASEMEJA A UNA CRIPTA, PUES ESTÁ MÁS BAJA QUE EL EMPEDRADO DE LA PLAZA SOBRE LA QUE ESTÁ EDIFICADA, Y CUYO PÓRTICO, CON UNA ESCALERA INTERIOR DE ALGUNOS PELDAÑOS, QUEDA MÁS ELEVADO QUE EL ALTAR MAYOR?... NO HABÍA LEÍDO A SANTA BRÍGIDA. DE HABERLA LEÍDO, AL ENTRAR EN AQUELLA ATMÓSFERA NOCTURNA, LLENA DE MISTERIOSOS CUCHICHEOS, HABRÍA PENSADO EN LA VISIÓN DE SU PURGATORIO, EN AQUEL DORMITORIO, LÚGUBRE Y TERRIBLE, DONDE NO SE VE A NADIE Y DONDE SE OYEN VOCES BAJAS Y SUSPIROS QUE SALEN DE LAS PAREDES... FUESE CUAL FUESE, POR LO DEMÁS, SU IMPRESIÓN, EL CASO ES QUE SE DETUVO, POCO SEGURO DE

SÍ MISMO Y DE SUS RECUERDOS, SI ES QUE LOS TENÍA, EN MEDIO DEL PASILLO LATERAL POR EL QUE SE HABÍA INTERNADO. PARA QUIEN LO HUBIESE OBSERVADO, BUSCABA EVIDENTEMENTE A ALGUIEN O ALGO, QUE NO ENCONTRABA EN AQUELLAS SOMBRAS... SIN EMBARGO, CUANDO SUS OJOS SE HUBIERON ACOSTUMBRADO UN POCO Y PUDO DISTINGUIR A SU ALREDEDOR LOS CONTORNOS DE LAS COSAS, ACABÓ POR PERCIBIR A UNA VIEJA MENDIGA, MÁS DESPLOMADA QUE ARRODILLADA, PARA REZAR SU ROSARIO, EN EL EXTREMO DEL BANCO DE LOS POBRES, Y LE PREGUNTÓ, TOCÁNDOLA EN EL HOMBRO, POR LA CAPILLA DE LA VIRGEN Y POR EL CONFESONARIO DE UN SACERDOTE DE LA PARROQUIA AL QUE NOMBRÓ. INFORMADO POR AQUELLA VIEJA ASIDUA DEL BANCO DE LOS POBRES QUE, QUIZÁ DESDE HACÍA CINCUENTA AÑOS, PARECÍA FORMAR PARTE DEL MOBILIARIO DE LA IGLESIA DE * y pertenecerle tanto como los mascarones de sus gárgolas, el hombre en cuestión llegó, sin demasiado tropiezo, a través de las sillas descolocadas y dispersas por los Oficios del día, y se plantó justo de pie ante el confesonario que está al fondo de la capilla. Allí permaneció con los brazos cruzados, como los tienen casi siempre, en las iglesias, los hombres que no acuden a ellas a rezar y que sin embargo quieren mantener una actitud decorosa y grave. Varias señoras de la congregación del Santo Rosario, entonces en oración en torno a aquella capilla, de haber reparado en aquel hombre, no habrían podido distinguirlo sino por —no diré la impiedad, sino la falta de piedad de su actitud. Por lo común, es verdad, las tardes de confesión, había junto a la rueda de la Virgen, adornada con sus cintas, un cirio retorcido de cera amarilla encendido que iluminaba la capilla; pero, como se había comulgado en tropel por la mañana y ya no quedaba nadie en el confesonario, el sacerdote de aquel confesonario, que hacía allí solitariamente su meditación, había salido, había apagado el cirio de cera amarilla, y había vuelto a entrar en su especie de celda de madera para reanudar su meditación, al amparo de esa oscuridad que impide toda distracción exterior y que fecunda el recogimiento. ¿Fue ese el motivo, fue azar, capricho, economía o alguna otra razón de este tipo, lo que había determinado la acción tan sencilla de aquel sacerdote? Pero, sin duda alguna, esa circunstancia salvó el incógnito, si es que le importaba guardarlo, del hombre que había entrado en la capilla, y que, por lo demás, no permaneció en ella sino unos pocos instantes... El sacerdote, que había apagado su cirio

antes de su llegada, al haberlo divisado a través de los barrotes de su puerta calada, volvió a abrir de par en par aquella puerta, sin abandonar el fondo del confesonario en el que estaba sentado; y el hombre, descruzando los brazos, tendió al sacerdote un objeto indiscernible que había sacado de su pecho:

—¡Tenga, padre! —dijo con voz baja, pero distinta—. ¡Ya hace bastante tiempo que lo llevo encima!

Y no se dijo nada más. El sacerdote, como si hubiese sabido de qué se trataba, tomó el objeto y volvió a cerrar tranquilamente la puerta de su confesonario. Las señoras de la congregación del Santo Rosario creyeron que el hombre que había hablado con el sacerdote iba a arrodillarse y a confesarse, y se quedaron sumamente sorprendidas al verlo bajar el peldaño de la capilla con paso ligero, y volver al pasillo lateral por donde había venido.

Pero, si ellas se sorprendieron, él se sorprendió todavía más que ellas, pues, en pleno medio de aquel pasillo lateral que remontaba para salir de la iglesia, se vio agarrado bruscamente por dos brazos vigorosos, y una risa, abominablemente escandalosa en un lugar tan santo, estalló casi a dos pulgadas de su cara. ¡Menos mal, para los dientes que reían, que los reconoció, tan cerca de sus ojos!

—¡Voto a Dios! —exclamó al mismo tiempo el que reía, a media voz, pero no de manera que no se oyeran, cerca de allí, la blasfemia y la otra palabra irreverente—, ¿qué carajo haces tú, Mesnil, en una iglesia, a semejante hora? Ya no estamos en España, como en los tiempos en que ajábamos tan primorosamente las tocas de las monjas de Ávila.

Aquel a quien había llamado «Mesnil» tuvo un gesto de cólera.

—¡Cállate! —dijo, reprimiendo el estallido de una voz que no pedía sino resonar—. ¿Estás borracho?... Juras en una iglesia como en un cuerpo de guardia. ¡Vamos! ¡Nada de tonterías! y salgamos de aquí decentemente los dos.

Y apretó el paso, franqueó, seguido del otro, la pequeña puerta baja, y cuando, fuera y al aire libre de la calle, pudieron recobrar la

plenitud de su voz:

—¡Que todos los truenos del infierno te abrasen, Mesnil! — prosiguió el otro, que parecía como enloquecido—. ¿Vas a hacerte capuchino?... ¿Vas a empacharte de misas?... ¡Tú, Mesnilgrand, tú, el capitán de Chamboran, como un beato, en una iglesia!

—¡Pues tú también estabas allí! —dijo Mesnil, con tranquilidad.

—Yo estaba allí para seguirte. Te vi entrar, más asombrado por ello, palabra de honor, que si hubiera visto violar a mi madre. Me dije: ¿qué diablos irá a hacer en ese granero de curas?... Luego pensé que había ahí alguna maldita anguila escondida bajo la falda, y quise ver por qué costurerilla o por qué gran señora de la ciudad ibas.

—No he ido allí más que por mí solo, querido —dijo Mesnil, con la fría insolencia del más completo desprecio, de ese desprecio al que bien poco le importa lo que se piense.

—¡Entonces me asombras más diabólicamente que nunca!

—Querido —repuso Mesnil, deteniéndose—, los hombres... como yo, no han sido hechos, desde toda la eternidad, más que para asombrar a los hombres... como tú.

Y, dando la espalda y apresurando el paso, como quien no tiene intención de que lo sigan, subió por la calle de Gisors y volvió a la plaza Thurin, en uno de cuyos ángulos vivía.

Vivía en casa de su padre, el viejo señor de Mesnilgrand, como lo llamaban en la ciudad cuando se hablaba de él. Era un anciano rico y avaro (según afirmaban), agarrado a más no poder —esa era la expresión que se empleaba—, que desde hacía muchos años vivía apartado de toda compañía, salvo durante los tres meses en que su hijo, que residía en París, venía a pasar una temporada en la ciudad de ***. Entonces, aquel viejo señor de Mesnilgrand, que de ordinario no veía ni un gato, se ponía a invitar y a recibir a los antiguos amigos y camaradas de regimiento de su hijo, y a hartarse de aquellas suntuosas cenas de avaro, dadas por todas partes,

decían los rabelesianos del lugar, con harta suciedad y también con harta ingratitud, pues aquella comida (esa comida de tacaño tan celebrada por los refranes) era excelente.

Para que se hagan una idea, había, por aquel entonces, en la ciudad de *, UN FAMOSO RECAUDADOR PARTICULAR DE HACIENDA, QUE HABÍA PRODUCIDO, AL LLEGAR, EL EFECTO DE UNA CARROZA DE SEIS CABALLOS ENTRANDO EN UNA IGLESIA. ERA UN FINANCIERO BASTANTE MEDIOCRE AQUEL HOMBRE GRUESO, PERO LA NATURALEZA SE HABÍA DIVERTIDO EN HACER DE ÉL, POR VOCACIÓN, UN GRAN COCINERO. SE CONTABA QUE EN 1814 HABÍA LLEVADO A LUIS XVIII, QUE HUÍA HACIA GANTE, EN UNA MANO LA CAJA DE SU DISTRITO, Y EN LA OTRA UN COULIS DE TRUFAS QUE PARECÍA HABER SIDO COCINADO POR LOS SIETE DIABLOS DE LOS PECADOS CAPITALES, DE LO DELICIOSO QUE ERA; LUIS XVIII SE HABÍA QUEDADO, COMO ES NATURAL, CON LA CAJA SIN SIQUIERA DAR LAS GRACIAS; PERO, EN AGRADECIMIENTO POR EL COULIS, HABÍA ADORNADO EL PREPOTENTE ESTÓMAGO DE AQUEL MAESTRO COCINERO DE GENIO, ENCUMBRADO DE LLENO EN HACIENDA, CON SU GRAN CORDÓN NEGRO DE SAN MIGUEL, QUE APENAS SE CONCEDÍA A SABIOS O A ARTISTAS. CON AQUEL ANCHO CORDÓN TORNASOLADO, SIEMPRE PEGADO A SU CHALECO BLANCO, Y SU PLACA DE ORO ENCENDIENDO SU BARRIGA, AQUEL TURCARET QUE ERA EL SEÑOR DELTOCQ (SE LLAMABA DELTOCQ), QUIEN, LOS DÍAS DE SAN LUIS, LUCÍA LA ESPADA Y EL TRAJE DE TERCIOPELO A LA FRANCESA, ORGULLOSO E INSOLENTÉ COMO TREINTA Y SEIS COCHEROS INGLESES EMPOLVADOS DE PLATA, Y QUE CREÍA QUE TODO DEBÍA CEDER ANTE EL IMPERIO DE SUS SALSAS, ERA PARA LA CIUDAD DE * un personaje de una vanidad y un fausto casi solares... ¡Pues bien! Era con este alto personaje del yantar, que se jactaba de poder hacer cuarenta y nueve sopas de vigilia de especies diferentes, pero que no sabía cuántas podía hacer de gras —iera lo infinito!—, con quien luchaba la cocinera del viejo señor de Mesnilgrand, y quien tanto le inquietaba, durante la estancia en *** de su hijo, ¡al viejo señor de Mesnilgrand!

Estaba orgulloso de su hijo; —pero también estaba triste, aquel gran anciano padre, ¡y no le faltaban motivos! Su muchacho, como lo llamaba, aunque hubiese pasado ya de los cuarenta años, había visto quebrada su vida por el mismo golpe que había hecho añicos el Imperio y derribado la fortuna de Aquel que entonces ya no era sino el EMPERADOR, ¡como si hubiese perdido su nombre en su función y

en su gloria! Partido como vélite a los dieciocho años, de esa tela con la que se cortaban entonces los mariscales, el hijo Mesnilgrand había hecho las guerras del Imperio, luciendo en su colbac todos los penachos de la esperanza; pero el trueno final de Waterloo había abrasado hasta el ras del suelo sus últimas ambiciones. Era de aquellos a quienes la Restauración no volvió a admitir en su servicio, porque no habían podido resistir la fascinación del regreso de la isla de Elba, que hizo olvidar sus juramentos a los hombres más fuertes, como si hubiesen perdido el libre albedrío. El jefe de escuadrón Mesnilgrand, aquel de quien los oficiales de Chamboran, aquel regimiento de valentía novelesca, decían: «¡Se puede ser tan valiente como Mesnilgrand; pero más, eso es imposible!», vio a camaradas suyos de regimiento, que no tenían hojas de servicio comparables a las suyas, convertirse, a fuerza de bigote, en coroneles de los más hermosos regimientos de la Guardia Real; y, aunque no era envidioso, aquello le produjo una cruel angustia... Era una naturaleza de la más temible intensidad. La disciplina militar de una época en que fue casi romana fue la única capaz de contener las pasiones de aquel hombre violento que —por sus pasiones inexpresablemente terribles— había escandalizado a su ciudad natal antes de los dieciocho años, y estuvo a punto de morir. Antes de los dieciocho años, en efecto, unos excesos con mujeres, excesos insensatos, le habían provocado una enfermedad nerviosa, una especie de tabes dorsal para la cual hubo que quemarle la columna vertebral con moxas. Aquella medicación espantosa, que aterró a la ciudad de *

TANTO COMO SUS EXCESOS LA HABÍAN ATERRADO, FUE UNA ESPECIE DE SUPPLICIO EJEMPLAR CUYA VISIÓN LOS PADRES DE FAMILIA DE LA CIUDAD INFLIGIERON A SUS HIJOS, PARA MORALIZARLOS, COMO SE MORALIZA A LOS PUEBLOS POR EL TERROR. LOS LLEVARON A VER QUEMAR AL JOVEN MESNILGRAND, QUE NO ESCAPÓ A LAS MORDEDURAS DEL FUEGO, DIJERON LOS MÉDICOS, SINO GRACIAS A UNA ORGANIZACIÓN DE INFIERNO; ERA LA PALABRA EXACTA, YA QUE HABÍA RESISTIDO TAN BIEN A LA LLAMA. POR ESO, CUANDO, CON ESA ORGANIZACIÓN TAN PRODIGIOSAMENTE EXCEPCIONAL, QUE, DESPUÉS DE LOS MOXAS, RESISTIÓ MÁS TARDE A LAS FATIGAS, A LAS HERIDAS Y A TODOS LOS FLAGELOS QUE PUEDEN ABATIRSE SOBRE UN HOMBRE DE GUERRA, MESNILGRAND, TODAVÍA ROBUSTO, SE VIO, EN PLENA MADUREZ, SIN EL GRAN PORVENIR MILITAR QUE HABÍA SOÑADO, SIN OBJETO YA, LOS BRAZOS ROTOS Y LA ESPADA CLAVADA

EN LA VAINA, SUS SENTIMIENTOS SE EXASPERARON HASTA LA MÁS AGUDA DE LAS FURIAS. SI, PARA HACERLO COMPRENDER, HUBIERA QUE BUSCAR EN LA HISTORIA UN HOMBRE CON QUIEN COMPARAR A MESNILGRAND, SERÍA PRECISO REMONTARSE HASTA EL FAMOSO CARLOS EL TEMERARIO, DUQUE DE BORGONA. UN MORALISTA INGENIOSO, PREOCUPADO POR EL SINSENTIDO DE NUESTROS DESTINOS, HA AFIRMADO, PARA EXPLICARLO, QUE LOS HOMBRES SE PARECEN A RETRATOS, DE LOS CUALES UNOS TIENEN LA CABEZA O EL PECHO CORTADOS POR SU MARCO, SIN PROPORCIÓN CON SU GRANDEZA NATURAL, Y OTROS DESAPARECEN, EMPEQUEÑECIDOS Y REDUCIDOS AL ESTADO DE ENANOS POR LA ABSURDA INMENSIDAD DEL SUYO. MESNILGRAND, HIJO DE UN SIMPLE HIDALGO RURAL BAJONORMANDO, QUE ESTABA DESTINADO A MORIR EN LA OSCURIDAD DE LA VIDA PRIVADA, TRAS HABER FALLADO LA GRAN GLORIA HISTÓRICA PARA LA QUE HABÍA NACIDO, SE ENCONTRÓ POSEYENDO —¿Y PARA QUÉ, SI NO?— EL ESPANTOSO PODER DE FURIA CONTINUA, DE ENVENENAMIENTO Y DE ULCERACIÓN RABIOSA QUE TENÍA AQUEL TEMERARIO, A QUIEN LA HISTORIA LLAMA TAMBIÉN EL TERRIBLE; Y WATERLOO, QUE LO HABÍA ARROJADO AL ARROYO, FUE PARA ÉL, DE UNA SOLA VEZ, LO QUE GRANSON Y MORAT HABÍAN SIDO, EN DOS, PARA AQUEL RAYO HUMANO QUE SE APAGÓ EN LAS NIEVES DE NANCY. SOLO QUE NO HUBO NIEVE NI NANCY PARA MESNILGRAND, EL JEFE DE ESCUADRÓN DESTITUÍDO, COMO DICE LA GENTE QUE TODO LO DESHONRA CON SU VOCABULARIO BAJO. EN AQUELLA ÉPOCA, SE CREYÓ QUE SE MATARÍA, O QUE SE VOLVERÍA LOCO. NO SE MATÓ, Y SU CABEZA RESISTIÓ. NO SE VOLVIÓ LOCO. YA LO ESTABA, DIJERON LOS BURLONES, PUES SIEMPRE HAY BURLONES. SI NO SE MATÓ —Y, DADA SU NATURALEZA, SUS AMIGOS HABRÍAN PODIDO PREGUNTARLE POR QUÉ, PERO NO SE LO PREGUNTARON—, NO ERA HOMBRE QUE SE DEJARA COMER EL CORAZÓN POR EL BUITRE SIN INTENTAR APLASTARLE EL PICO AL BUITRE. COMO ALFIERI, AQUEL INCREÍBLE VOLUNTARIO ALFIERI QUE, SIN SABER MÁS QUE DOMAR CABALLOS, APRENDIÓ GRIEGO A LOS CUARENTA AÑOS E HIZO INCLUSO VERSOS GRIEGOS, MESNILGRAND SE LANZÓ, O MÁS BIEN SE PRECIPITÓ, A LA PINTURA, ES DECIR, A LO QUE HABÍA DE MÁS ALEJADO DE SÍ MISMO, EXACTAMENTE COMO SE SUBE AL SÉPTIMO PISO PARA MATARSE MEJOR, CAYENDO DESDE MÁS ALTO, CUANDO SE QUIERE UNO ARROJAR POR LA VENTANA. NO SABÍA UNA PALABRA DE DIBUJO, Y SE HIZO PINTOR COMO GÉRICAUT, A QUIEN, CREO, HABÍA CONOCIDO EN LOS MOSQUETEROS. TRABAJÓ... CON LA FURIA DE LA HUIDA ANTE EL ENEMIGO, DECÍA ÉL, CON UNA RISA AMARGA, EXPUSO, CAUSÓ SENSACIÓN, DEJÓ DE EXPONER, RAJANDO SUS TELAS DESPUÉS DE PINTARLAS, Y VOLVIENDO A TRABAJAR CON UN ENCARNIZAMIENTO INFATIGABLE. AQUEL OFICIAL, QUE SIEMPRE HABÍA VIVIDO CON EL SABLE EN LA MANO, ARRASTRADO POR SU CABALLO A TRAVÉS DE EUROPA, PASÓ SU VIDA CLAVADO ANTE UN CABALLETE, SABLEANDO EL LIENZO CON SU PINCEL, Y TAN ASQUEADO

DE LA GUERRA —¡EL ASCO DE LOS QUE ADORAN!— QUE LO QUE MÁS PINTABA ERAN PAISAJES, PAISAJES COMO AQUELLOS QUE HABÍA DEVASTADO. MIENTRAS LOS PINTABA, MASTICABA NO SÉ QUÉ MASILLA DE OPIO, MEZCLADA CON EL TABACO QUE FUMABA DÍA Y NOCHE, PUES SE HABÍA HECHO CONSTRUIR UNA ESPECIE DE NARGUILE DE SU PROPIA INVENCION, EN EL QUE PODÍA FUMAR, INCLUSO MIENTRAS DORMÍA. PERO NI LOS NARCÓTICOS, NI LOS ESTUPEFACIENTES, NI NINGUNO DE LOS VENENOS CON LOS QUE EL HOMBRE SE PARALIZA Y SE MATA POCO A POCO, PUDIERON ADORMECER A AQUEL MONSTRUO DE FURIA QUE JAMÁS SE ADORMILABA EN ÉL Y AL QUE LLAMABA EL COCODRILO DE SU FUENTE, ¡UN COCODRILO FOSFORESCENTE EN UNA FUENTE DE FUEGO! ALGUNOS, QUE LO CONOCÍAN MAL, LO CREYERON DURANTE MUCHO TIEMPO CARBONARIO. PERO, PARA QUIENES LO CONOCÍAN MEJOR, HABÍA DEMASIADA DECLAMACIÓN Y DEMASIADO LIBERALISMO NECIO EN EL CARBONARISMO PARA QUE UN HOMBRE TAN ABSOLUTO CAYERA EN ESAS SIMPLEZAS, QUE ÉL JUZGABA CON EL FIRME CRITERIO JUDICIAL DE SU TIERRA. Y, DE HECHO, AL MARGEN DE SUS PASIONES, CUYA EXTRAVAGANCIA HABÍA SIDO A VECES SIN LÍMITES, TENÍA EL SENTIDO NÍTIDO DE LA REALIDAD QUE DISTINGUE A LOS HOMBRES DE RAZA NORMANDA. JAMÁS CAYÓ EN LA ILUSIÓN DE LAS CONSPIRACIONES. HABÍA PREDICHO AL GENERAL BERTON SU DESTINO. POR OTRA PARTE, LAS IDEAS DEMOCRÁTICAS EN LAS QUE SE APOYARON LOS IMPERIALISTAS BAJO LA RESTAURACIÓN, PARA CONSPIRAR MEJOR, LE REPUGNABAN POR INSTINTO. ERA PROFUNDAMENTE ARISTÓCRATA. NO LO ERA SOLAMENTE DE NACIMIENTO, DE CASTA, DE RANGO SOCIAL; LO ERA DE NATURALEZA, COMO ERA ÉL Y NO OTRO, Y COMO LO HUBIERA SEGUIDO SIENDO AUNQUE HUBIESE SIDO EL ÚLTIMO ZAPATERO DE SU CIUDAD, LO ERA, EN FIN, COMO DICE HEINRICH HEINE, «POR SU GRAN MANERA DE SENTIR», Y NO BURGUESAMENTE, A LA MANERA DE LOS ADVENEDIZOS A QUIENES GUSTAN LAS DISTINCIONES EXTERIORES. NO LUCÍA SUS CONDECORACIONES. SU PADRE, AL VERLO EN VÍSPERAS DE LLEGAR A CORONEL, CUANDO SE DERRUMBÓ EL IMPERIO, LE HABÍA CONSTITUIDO UN MAYORAZGO DE BARÓN; PERO ÉL NUNCA TOMÓ EL TÍTULO, Y, EN SUS TARJETAS Y PARA TODO EL MUNDO, NO FUE SINO «EL CABALLERO DE MESNILGRAND». LOS TÍTULOS, VACIADOS DE LOS PRIVILEGIOS POLÍTICOS DE LOS QUE ANTAÑO ESTABAN REPLETOS, Y QUE HACÍAN DE ELLOS VERDADERAS ARMAS DE GUERRA, NO VALÍAN A SUS OJOS MÁS QUE CÁSCARAS DE NARANJA CUANDO YA NO HAY NARANJA DENTRO, Y SE BURLABA DE ELLOS ABIERTAMENTE, INCLUSO DELANTE DE QUIENES LOS RESPETABAN. DIO PRUEBA DE ELLO UN DÍA, EN ESA PEQUEÑA CIUDAD DE *, encaprichada de nobleza, donde los antiguos señores territoriales del país, arruinados y despojados por la Revolución, tenían, quizá para consolarse, la inofensiva manía de atribuirse entre sí títulos de conde

y de marqués que sus familias, muy antiguas y sin necesidad alguna de ello para ser muy nobles, jamás habían llevado. Mesnilgrand, que encontraba ridícula aquella usurpación, adoptó un medio audaz para hacerla cesar. Una noche de reunión en una de las casas más aristocráticas de la ciudad, dijo al criado: «Anuncie al duque de Mesnilgrand». Y el criado, extrañado, anunció con voz de Estentor: «¡El señor duque de Mesnilgrand!» Fue un sobresalto general. «A fe mía —dijo él, viendo el efecto que había producido—, ya que todo el mundo se atribuye un título, ¡he preferido tomar ese!» Nadie sopló palabra. E incluso algunos, de buen humor, se pusieron a reír por los rincones; pero no se volvió a las andadas. Siempre hay Caballeros andantes en el mundo. Ya no enderezan entuertos con la lanza, sino ridiculeces con la burla, y Mesnilgrand era de esos Caballeros.

Tenía el don del sarcasmo. Pero no era ese el único don que el Dios de la fuerza le había otorgado. Aunque, en su economía animal, el carácter ocupara el primer plano, como en casi todos los hombres de acción, el ingenio, relegado a segunda línea, no era por ello menos, para él y contra los demás, un poder. No cabe duda de que, si el caballero de Mesnilgrand hubiese sido un hombre feliz, habría sido muy ingenioso; pero, desgraciado, tenía opiniones de desesperado y, cuando estaba alegre, cosa rara, una alegría de desesperado; y nada rompe mejor, con la idea fija de la desdicha, el caleidoscopio del ingenio, ni le impide mejor girar, deslumbrando. Solo que lo que tenía por encima de todo era, junto con las pasiones que fermentaban en su pecho, una elocuencia extraordinaria. La frase que se dijo de Mirabeau y que puede decirse de todos los oradores: «¡Si lo hubierais oído!...» parecía hecha especialmente para él. Había que verlo, ante la menor discusión, con el pecho de volcán agitado, pasando de la palidez a una palidez más honda, la frente surcada de oleadas de arrugas —como el mar en el huracán de su cólera—, las pupilas saltando fuera de su córnea, como para golpear a aquellos a quienes hablaba —idos balas llameantes!—; había que verlo jadeante, palpitante, el aliento entrecortado, la voz cada vez más patética a medida que se le quebraba más, la ironía haciendo temblar la espuma en sus labios, largo tiempo vibrantes

después de haber hablado, más sublime de agotamiento, tras esos arrebatos, que Talma en Orestes, más magníficamente muerto y, sin embargo, sin morir, no acabado por su cólera, sino retomándola al día siguiente, una hora después, un minuto después, fénix de furia, irenaciendo siempre de sus cenizas!... Y, en efecto, no importaba en qué momento se tocaran ciertas cuerdas, tendidas inmortalmente en él, se escapaban resonancias capaces de derribar a quien hubiese tenido la imprudencia de rozarlas. «Vino ayer a pasar la velada en casa, decía una muchacha a una de sus amigas. Querida, ha rugido todo el tiempo. Es un endemoniado. Acabará por no recibírsele en ninguna parte, al señor de Mesnilgrand.» De no ser por esos rugidos de mal tono, para los que no están hechos ni los salones ni las almas que los habitan, quizá habría interesado a las muchachas que hablaban de él con esa burlona severidad. Lord Byron empezaba a ponerse muy de moda en aquella época, y cuando Mesnilgrand estaba silencioso y contenido, había en él algo de los héroes de Byron. No era la belleza regular que buscan las jóvenes de alma fría. Era rudamente feo; pero su rostro pálido y ajado, bajo sus cabellos castaños que seguían siendo muy jóvenes, su frente arrugada prematuramente, como la de Lara o la del Corsario, su nariz achatada de leopardo, sus ojos glaucos, ligeramente orlados por un hilillo de sangre como los de los caballos de raza muy fogosos, tenían una expresión ante la cual las más burlonas de la ciudad de *

SE SENTÍAN TURBADAS. CUANDO ÉL ESTABA PRESENTE, LAS MÁS SOCARRONAS DEJABAN DE SONREÍR CON SORNA. ALTO, FUERTE, BIEN PLANTADO, AUNQUE SE ENCORVARA UN POCO DE LA PARTE ALTA DEL CUERPO, COMO SI LA VIDA QUE LLEVABA A CUESTAS HUBIESE SIDO UNA ARMADURA DEMASIADO PESADA, EL CABALLERO DE MESNILGRAND TENÍA, BAJO SU TRAJE MODERNO, ESE AIRE PERDIDO QUE SE ENCUENTRA EN CIERTOS MAJESTUOSOS RETRATOS DE FAMILIA. «ES UN RETRATO QUE ANDA», DECÍA ADEMÁS UNA MUCHACHA QUE LO VEÍA ENTRAR EN UN SALÓN POR PRIMERA VEZ. POR LO DEMÁS, MESNILGRAND CORONABA TODAS ESAS VENTAJAS CON UNA VENTAJA SUPERIOR A TODAS LAS DEMÁS, A LOS OJOS DE AQUELLAS JOVENCITAS: IBA SIEMPRE DIVINAMENTE VESTIDO. ¿ERA AQUELLO UNA ÚLTIMA COQUETERÍA DE SU VIDA DE HOMBRE DE MUJERES, EN AQUEL DESESPERADO, COQUETERÍA QUE SOBREVIVÍA A ESA VIDA ACABADA, ENTERRADA, COMO EL SOL PUESTO ENVÍA UN ÚLTIMO RAYO ROSADO AL FLANCO DE LAS NUBES TRAS LAS CUALES SE HA HUNDIDO?... ¿ERA UN RESTO DEL LUJO SATRÁPICO, DESPLEGADO

ANTAÑO POR AQUEL OFICIAL DE CHAMBORAN QUE HABÍA HECHO PAGAR AL VIEJO AVARO DE SU PADRE, CUANDO LICENCIARON SU REGIMIENTO, NADA MENOS QUE VEINTE MIL FRANCOS DE PIELES DE TIGRE PARA SUS GUALDRAPAS Y SUS BOTAS ROJAS? PERO, EL CASO ES QUE NINGÚN JOVEN DE PARÍS O DE LONDRES LE HUBIESE GANADO EN ELEGANCIA A AQUEL MISÁNTROPO, QUE YA NO ERA DEL MUNDO, Y QUE, DURANTE LOS TRES MESES DE SU ESTANCIA EN *, hacía solo unas cuantas visitas, y luego ya no hacía ninguna.

Vivía allí, como en París, entregado a su pintura hasta el anochecer. Paseaba poco por aquella ciudad limpia y encantadora, de aspecto soñador, construida para soñadores, aquella ciudad de poetas donde acaso no había ni uno solo. A veces pasaba por algunas calles, y el tendero decía al forastero que reparaba en su porte altivo: «Es el comandante Mesnilgrand», como si el comandante Mesnilgrand tuviera que ser conocido por toda la tierra! Quien lo había visto una vez, ya no lo olvidaba. Imponía, como todos los hombres que ya no piden nada a la vida; pues quien nada pide a la vida está por encima de ella, y es entonces ella la que hace bajezas con nosotros. No iba al café con los demás oficiales a quienes la Restauración había tachado de sus cuadros de servicio, y a quienes nunca dejaba de dar un apretón de manos cuando los encontraba. Los cafés de provincia repugnaban a su aristocracia. Era para él cuestión de gusto no entrar allí. Eso no escandalizaba a nadie. Los camaradas estaban siempre seguros de encontrarlo en casa de su padre, vuelto, durante su estancia, magnífico, de avaro que era en su ausencia, y que les daba festines llamados por ellos Baltasares, aunque jamás hubiesen leído la Biblia.

Asistía a ellos frente a su hijo, y aunque fuese viejo y pareciese, por su porte, un personaje de comedia, se veía que el padre debía de haber sido, en su tiempo, digno de engendrar aquella prole de la que se enorgullecía... Era un anciano alto y muy enjuto, derecho como el mástil de un navío, que hacía frente altivamente a la vejez. Vestido siempre con una larga levita de color oscuro, que lo hacía parecer todavía más alto de lo que era, tenía exteriormente la austeridad del pensador o de un hombre para quien el mundo no tenía ni pompas ni obras. Llevaba, sin quitárselo nunca, desde hacía

años, un gorro de algodón con un ancho cintillo lila; pero a ningún bromista se le habría ocurrido reírse de aquel gorro de algodón, el tocado tradicional del Enfermo imaginario. El viejo señor de Mesnilgrand no se prestaba a la comedia más que a nada. Habría cortado la risa en los labios alegres de Regnard, y habría vuelto más pensativa la mirada pensativa de Molière. Cualquiera que hubiese sido la juventud de aquel Gerontes o de aquel Harpagon casi majestuoso, se remontaba demasiado atrás para que nadie la recordara. Se había significado (según decían) del lado de la Revolución, aunque fuese pariente de Vicq d'Azyr, el médico de María Antonieta, pero eso no había durado mucho. El hombre de la posesión (los normandos llaman a sus bienes «lo suyo»; ¡expresión profunda!), el poseedor, el terrateniente, habían enderezado en él prontamente al hombre de ideas. Solo que, de la Revolución, había salido ateo político, del mismo modo que había entrado en ella ateo religioso, y aquellos dos ateísmos combinados habían hecho de él un negador rematado, que habría asustado al mismísimo Voltaire. Por lo demás, hablaba poco de sus opiniones, salvo en aquellas cenas de hombres que daba para festejar a su hijo, donde, encontrándose en familia de ideas, dejaba escapar destellos de opinión que habrían justificado lo que de él se decía por la ciudad. Para la gente religiosa y los nobles de que estaba llena, era, en efecto, un viejo réprobo al que era imposible frecuentar y que se había hecho justicia a sí mismo, no yendo a casa de nadie... Su vida era muy sencilla. Nunca salía. Los límites de su jardín y de su patio eran para él el fin del mundo. Sentado, en invierno, bajo la gran campana de la chimenea de su cocina, donde había hecho llevar rodando un vasto sillón de terciopelo de Utrecht color pardo rojizo, de amplias orejeras, silencioso ante los criados a quienes incomodaba con su presencia, pues delante de él no osaban hablar alto, y conversaban en voz baja, como en una iglesia; en verano, los libraba de su presencia, y se instalaba en su comedor, que era fresco, leyendo los periódicos o algunos libracos de una antigua biblioteca de monjes, comprados por él en subasta, o clasificando recibos ante un pequeño secreter de arce, de esquinas cobrizas, que había hecho bajar allí, para no verse obligado a subir un piso, cuando venían sus arrendatarios, y

aunque no fuese aquel un mueble de comedor. Si en su cerebro sucedía algo más que cálculos de intereses, nadie lo sabía. Su rostro, de nariz corta, algo aplastada, blanco como el albayalde y agujereado de viruela, no dejaba filtrar nada de sus pensamientos, tan enigmáticos como los de un gato que ronronea junto al fuego. La viruela, que lo había acribillado, le había enrojecido los ojos y vuelto las pestañas hacia dentro, que se veía obligado a cortarse; y aquella horrible operación, que había que repetir a menudo, le había dejado la vista parpadeante, de modo que, cuando os hablaba, se veía obligado a poner la mano sobre las cejas a modo de visera, para fijar la mirada, echándose un poco hacia atrás, lo que le daba a la vez un gran aire de impertinencia y de altivez. Con ningún impertinente de mano se habría obtenido, ciertamente, un efecto de impertinencia superior al que obtenía el viejo señor de Mesnilgrand con su mano temblorosa, apoyada de canto sobre las cejas para enfocaros y veros mejor, cuando os interpelaba... Su voz era la de un hombre que siempre había tenido el derecho de mandar sobre los demás, una voz de cabeza más que de pecho, como la de un hombre que tiene él mismo más cabeza que corazón; pero no la empleaba mucho. Se hubiera dicho que era tan avaro de ella como de sus escudos. La economizaba, no como el centenario Fontenelle economizaba la suya, cuando interrumpía su frase, al pasar un coche, para reanudarla después de que hubiese cesado el traqueteo del coche. El viejo señor de Mesnilgrand no era, como el viejo Fontenelle, un buen hombre de porcelana resquebrajada, ocupado perpetuamente en vigilar sus grietas. Era, él, un antiguo dolmen, de granito por su solidez, y si hablaba poco, era porque los dólmenes hablan poco, como los jardines de La Fontaine. Cuando eso le sucedía, por lo demás, era de manera breve, a la Tácito. En conversación, grababa la palabra. Tenía el estilo lapidario —y hasta lapidante, pues había nacido cáustico, y las piedras que arrojaba al jardín ajeno siempre alcanzaban a alguien. Antaño, como tantos padres, había lanzado gritos de cormorán contra los gastos y las locuras de su hijo; pero desde que Mesnil —así lo llamaba él, por abreviación familiar— había quedado apresado como un Titán bajo la montaña derribada del Imperio, sentía por él el respeto de un

hombre que ha pesado la vida en todas las balanzas del desprecio y que encontraba que inada hay más hermoso, después de todo, que la fuerza humana aplastada por la estupidez del destino!

Y él se lo demostraba a su manera, y esa manera era expresiva. Cuando su hijo hablaba delante de él, había una atención apasionada en aquel rostro frío y pálido, que parecía una luna dibujada a lápiz blanco sobre papel gris, y cuyos ojos, enrojecidos por la viruela, hubiesen sido retocados a la sanguina. Por lo demás, la mejor prueba que podía dar del aprecio en que tenía a su hijo Mesnil era, durante la estancia de este en su casa, el completo olvido de su avaricia, de esa pasión que menos suelta su presa, de su garra fría, al hombre a quien atrapa. Eran aquellas famosas cenas las que quitaban el sueño al señor Deltocq y agitaban los laureles... de sus jamones, por encima de su cabeza. Eran esas cenas como solo el Diablo sabe amañarlas para sus favoritos... Y, de hecho, ¿no eran los comensales de aquellas cenas los más grandes favoritos del Diablo?... «Todo lo que la ciudad y el partido judicial tienen de pordioseros y de bribones se encuentra allí», mascullaban los realistas y los devotos, que aún conservaban las pasiones de 1815. «Allí deben de decirse infamias a más no poder —y quizá también cometerse», añadían. Los criados, a quienes no se despedía a la hora del postre, como en las cenas del barón d'Holbach, propalaban en efecto por la ciudad rumores abominables sobre lo que se decía en aquellas comilonas; y la cosa llegó a cobrar tal fuerza en la opinión, que la cocinera del viejo señor de Mesnilgrand fue asediada por sus amigas y amenazada con esto: que, mientras durase la visita del hijo Mesnilgrand a su padre, el señor cura no volvería a dejarla acercarse a los Sacramentos. Se sentía entonces, en la ciudad de ***, por aquellas ágapes tan pregonadas de la plaza Thurin, un horror casi igual al horror que los cristianos, en la Edad Media, sentían por aquellos banquetes de los judíos, en los que profanaban hostias y degollaban niños; verdad es que ese horror estaba un tanto atemperado por las codicias de una sensualidad muy despierta, y por todos los relatos que hacían venirle el agua a la boca a los golosos de la ciudad, cuando delante de ellos se hablaba

de las cenas del viejo señor de Mesnilgrand. En provincias y en una ciudad pequeña, todo se sabe. La lonja es allí mejor que la casa de cristal del romano: es allí una casa sin paredes. Se sabía, con un margen de una perdiz o una becada, lo que habría o lo que había habido en cada cena semanal de la plaza Thurin. Aquellos ágapes, que se celebraban ordinariamente todos los viernes, arrebatában a la lonja el mejor pescado y el mejor marisco, pues en ellos se hacía impúdicamente cocina de comisario, en aquellos festines espantosos y por desgracia exquisitos. Se casaba allí fastuosamente el pescado con la carne, para que la ley de la abstinencia y de la mortificación, prescrita por la Iglesia, quedara mejor transgredida... ¡Y esa idea era bien la idea del viejo señor de Mesnilgrand y de sus endemoniados comensales! Les sazónaba la cena hacer vigilia grasa los días de ayuno, y, además de su plato graso, hacer un ayuno delicioso. ¡Un verdadero ayuno de cardenal! Se parecían a aquella napolitana que decía que su sorbete estaba bueno, pero que lo habría encontrado mejor si hubiese sido un pecado. ¿Y qué digo? ¡un pecado! Habría hecho falta que fuesen varios para aquellos impíos, pues todos, tantos como eran, los que venían a sentarse a aquella mesa maldita, eran impíos —impíos de mucha grasa y de cresta escarlata, enemigos mortales del cura, en quien veían a toda la Iglesia, ateos —absolutos y furiosos—, como se era en aquella época; siendo el ateísmo de entonces un ateísmo muy particular. Era, en efecto, el de un período de hombres de acción de la más inmensa energía, que habían pasado por la Revolución y las guerras del Imperio, y que se habían revolcado en todos los excesos de aquellos tiempos terribles. No era en absoluto el ateísmo del siglo XVIII, del que sin embargo había salido. El ateísmo del siglo XVIII tenía pretensiones de verdad y de pensamiento. Era razonador, sofista, declamatorio, sobre todo impertinente. Pero no tenía las insolencias de los soldadotes del Imperio y de los regicidas apóstatas del 93. Nosotros, que hemos venido después de aquella gente, tenemos también nuestro ateísmo, absoluto, concentrado, docto, glacial, aborrecedor, ¡aborrecedor implacable!, que tiene para todo lo religioso el odio del insecto por la viga que taladra. Pero él, no más que el otro, ese ateísmo de ahora, no puede dar idea del ateísmo enfurecido de los hombres de

comienzos de siglo, que, criados como perros por los volterianos, sus padres, habían, desde que eran hombres, hundido las manos hasta el hombro en todos los horrores de la política y de la guerra y de sus dobles corrupciones. Tras tres o cuatro horas de borracheras y comilonas blasfematorias, el comedor bramante del viejo señor de Mesnilgrand tenía muy otras vibraciones y una fisonomía muy distinta de aquel mísero reservado de restaurante donde unos cuantos mandarines chinos de la literatura han hecho últimamente su pequeña orgía a cinco francos por cabeza, contra Dios. ¡Aquí eran muy otras las bacanales! Y como probablemente no volverán a repetirse jamás, al menos en los mismos términos, resulta interesante y necesario, para la historia de las costumbres, recordarlas.

Quienes las organizaban, aquellas bacanales sacrílegas, están muertos, y bien muertos; pero en aquella época vivían, y hasta es la época en que más vivían, pues la vida es más fuerte cuando no son las facultades las que decaen, sino las desgracias las que han crecido. Todos aquellos amigos de Mesnilgrand, todos aquellos comensales de la casa de su padre, tenían la misma plenitud de fuerzas activas que jamás hubiesen tenido, y tenían más aún, puesto que las habían ejercitado, puesto que habían bebido a morro del tonel de todos los excesos del deseo y del goce, sin haber sido fulminados por aquellos licores demoledores; pero ya no sujetaban entre los dientes y las manos crispadas el tapón del tonel que habían mordido —como Cinegiro su nave, para retenerla—. Las circunstancias les habían arrancado de los dientes aquella ubre que habían mamado, sin agotarla, y no por eso tenían menos sed, sino más, ¡ide haberla mamado! Era también para ellos, como para Mesnilgrand, la hora del enfurecimiento. No tenían la altura de alma de Mesnil, de aquel Roldán Furioso a quien, de haber tenido un Ariosto, este habría debido asemejarse en genio trágico a Shakespeare. Pero, a su nivel de alma, en su grado de pasión e inteligencia, tenían, como él, su vida acabada antes de la muerte —que no es el fin de la vida y que a menudo llega mucho antes de su fin—. Eran desarmados con la fuerza de portar armas. No eran,

todos aquellos oficiales, meros licenciados del ejército del Loira; eran los licenciados de la vida y de la Esperanza. Perdido el Imperio, aplastada la Revolución por aquella reacción que no supo mantenerla bajo su pie, como san Miguel sujeta al dragón, todos aquellos hombres, arrojados de sus puestos, de sus empleos, de sus ambiciones, de todos los beneficios de su pasado, habían vuelto a caer, impotentes, deshechos, humillados, en su ciudad natal, adonde habían regresado a «reventar miserablemente como perros», decían con rabia. En la Edad Media, habrían sido pastoureaux, salteadores, capitanes de aventura; pero no se elige la época que a uno le toca; y, con los pies atrapados en las ranuras de una civilización que tiene sus proporciones geométricas y sus imperiosas precisiones, se veían forzados a permanecer tranquilos, a roer el freno, a echar espuma por la boca sin moverse del sitio, a comerse y a beberse su propia sangre, ¡y a tragarse el asco de hacerlo! Les quedaba el recurso de los duelos; pero ¿qué son unos cuantos sablazos o pistoletazos, cuando les habrían hecho falta hemorragias de sangre derramada, para anegar la tierra, con que calmar la apoplejía de sus furores y de sus resentimientos? Ya se figurarán, después de esto, los oremus que dirigían a Dios, cuando de él hablaban, pues si ellos no creían en él, otros sí creían: ¡sus enemigos! y eso bastaba para despotricar, blasfemar y cañonear en sus discursos todo cuanto hay de santo y de sagrado entre los hombres. Mesnilgrand decía de ellos una noche, mirándolos en torno a la mesa de su padre, a la luz de un ponche gigantesco: «¡Con esto se armaría un buen corsario!» —«No faltaría nada —añadía, guiñando el ojo a dos o tres frailes exclaustrados, mezclados con aquellos soldados sin uniforme—, ¡ni siquiera capellanes, si es que un capricho de corsarios fuese tener capellanes!» Pero, tras el levantamiento del bloqueo continental y la época de paz enloquecida que siguió, si algo no faltó fue el corsario: lo que faltó fue el armador.

¡Pues bien! Aquellos comensales de los viernes, que escandalizaban semanalmente a la ciudad de ***, vinieron, según su costumbre, a cenar al hotel Mesnilgrand el viernes siguiente al domingo en que Mesnil había sido tan bruscamente abordado en la

iglesia por uno de sus antiguos camaradas, asombrado y furioso de verlo allí. Aquel antiguo camarada era el capitán Rançonnet, del 8.º de dragones, el cual, dicho sea de paso, llegó de los primeros a la cena de aquel día, pues no había vuelto a ver a Mesnilgrand en toda la semana y todavía no había podido digerir su visita a la iglesia ni la manera en que Mesnil lo había recibido y plantado allí, cuando le pidió explicaciones. Contaba con volver sobre aquel hecho estupefaciente del que había sido testigo, y que tenía empeño en esclarecer, en presencia de todos los convidados de los viernes, a quienes agasajaría con esa historia. El capitán Rançonnet no era el peor muchacho de los mal criados de la banda de los viernes. Pero era uno de los más fanfarrones, y a la vez de los más ingenuos en su impiedad. Aunque no era necio, se había vuelto estúpido. Tenía siempre la idea de Dios en la cabeza, como una mosca en la nariz. Era, de pies a cabeza, un oficial de su tiempo, con todos los defectos y todas las cualidades de aquel tiempo, amasado por la guerra y para la guerra, sin creer más que en ella, sin amar más que a ella; uno de esos dragones que hacen resonar sus recios talones —como dice la vieja canción dragona—. De los veinticinco que cenaban aquel día en el hotel Mesnilgrand, era acaso el que más quería a Mesnil, aunque hubiese perdido el hilo de su Mesnil desde que lo había visto entrar en una iglesia. ¿Hace falta advertirlo?... La mayoría de aquellos veinticinco convidados se componía de oficiales, pero en aquella cena no había solo militares. Había médicos —los más materialistas de los médicos de la ciudad—, algunos antiguos monjes, fugados de su abadía y rotos sus votos, contemporáneos del padre Mesnilgrand, dos o tres sacerdotes presuntamente casados, pero en realidad amancebados, y, coronándolo todo, un antiguo representante del pueblo, que había votado la muerte del Rey... Gorros rojos o chacós, unos revolucionarios a machamartillo, otros bonapartistas desenfrenados, dispuestos a pelearse y a arrancarse las entrañas, pero todos ateos, y, en ese único punto de la negación de Dios y del desprecio de todas las Iglesias, de la más conmovedora unanimidad. Aquel sanedrín de diablos de varias especies de cuernos estaba presidido por aquel gran diablo con gorro de algodón, el padre Mesnilgrand, de rostro lívido y terrible

bajo aquel tocado, que ya no tenía nada de bufo con semejante cabeza debajo, y que se mantenía erguido en medio de su mesa, como el Obispo mitrado de la misa del Sabbat, frente a su hijo Mesnil, de rostro fatigado de león en reposo, pero cuyos músculos siempre estaban a punto de agitarse en su hocico arrugado y de ilanzar relámpagos!...

En cuanto a él, digámoslo, se distinguía —imperialmente— de todos los demás. Aquellos oficiales, antiguos petimetres del Imperio, donde tantos petimetres hubo, tenían, idesde luego!, belleza e incluso elegancia; pero su belleza era regular, temperamentosa, pura o impuramente física, y su elegancia, soldadesca. Aunque vestidos de paisano, habían conservado la tiesura del uniforme que habían llevado toda su vida. Según una expresión de su vocabulario, iban un poco demasiado «atados». Los demás comensales, hombres de ciencia como los médicos, o de vuelta de todo como aquellos viejos monjes a quienes bien poco les importaba un hábito después de haber llevado y pisoteado los ornamentos sagrados del esplendor sacerdotal, parecían, por el vestir, unos indignos cobardes... Pero él, Mesnilgrand, iba —habrían dicho las mujeres— adorablemente vestido. Como todavía era por la mañana, llevaba un primor de levita negra, y llevaba anudado al cuello (como entonces se anudaba la corbata) un fular blanco, de tono crudo, sembrado de imperceptibles estrellas de oro bordadas a mano. Estando en su casa, no se había calzado botas. Su pie nervioso y fino, que hacía decir «¡Mi príncipe!» a los pobres sentados en los guardacantones cuando pasaba cerca de ellos, iba calzado con medias de seda caladas y aquellos escarpines, muy escotados y de tacón alto, que tanto gustaban a Chateaubriand, el hombre más preocupado por su pie que hubiera entonces en Europa, después del gran duque Constantino. Su levita, abierta, cortada por Staub, dejaba ver un pantalón de pruneta con reflejos color escabiosa y un simple chaleco de casimir negro de cuello de chal, sin cadena de oro; pues aquel día Mesnilgrand no llevaba joya de ninguna clase, salvo un camafeo antiguo de gran valor, que representaba la cabeza de Alejandro, y que sujetaba sobre su pecho los amplios pliegues de su corbata sin nudo —casi militar

—, una gola. Con solo verlo en aquella indumentaria, de un gusto tan seguro, se sentía que el artista había pasado por el soldado y lo había transfigurado, y que el hombre de aquel atuendo no era de la misma especie que los demás allí presentes, aunque se tuteara con muchos de ellos. El patricio de nacimiento, el oficial nacido general, como decían de él en su jerga militar, se revelaba y se recortaba bien sobre aquel vigoroso contraste de soldados enérgicos, excesivamente valientes, pero vulgares e ineptos para los mandos superiores. Dueño de la casa —en segunda línea, puesto que su padre hacía los honores de su mesa—, Mesnilgrand, si no se suscitaba alguna de esas discusiones que lo arrebatan por los cabellos, como Perseo arrebató la cabeza de la Gorgona, y le hacían vomitar las oleadas de su fogosa elocuencia, hablaba poco en aquellas reuniones ruidosas, cuyo tono no era del todo el suyo y que, ya desde las ostras, subían a diapasones de voces, de ocurrencias y de ideas tan agudos que ya no cabía una nota más, y el techo —ese tapón de la sala— corría a menudo el riesgo de saltar, tras todos los demás tapones.

Se sentaron a la mesa a mediodía en punto, según la costumbre irónica de aquellos irreverentes burlones, que aprovechaban las menores cosas para mostrar su desprecio por la Iglesia. Es creencia de aquel piadoso país del Oeste que el Papa se sienta a la mesa a mediodía, y que, antes de sentarse, envía su bendición a todo el universo cristiano. ¡Pues bien! Aquel augusto Benedicite parecía cómico a aquellos librepensadores. Así, para burlarse de ello, el viejo señor de Mesnilgrand no dejaba nunca, cuando la primera campanada de mediodía sonaba en el doble campanario de la ciudad, de decir con lo más alto de su voz de cabeza, con aquella sonrisa volteriana que a veces partía en dos su inmóvil rostro lunar: «¡A la mesa, señores! ¡Cristianos como nosotros no debemos privarnos de la bendición del Papa!». Y esa frase, o su equivalente, era como un trampolín tendido a las impiedades que iban a saltar en él, a través de todas las conversaciones desmelenadas de una cena de hombres, y de hombres como aquellos. En tesis general, puede decirse que todas las cenas de hombres donde no preside el genio

armonioso de un ama de casa, donde no flota la influencia apaciguadora de una mujer que arroja su gracia, como un caduceo, entre las grandes vanidades, las pretensiones estridentes, las cóleras sanguíneas y estúpidas, incluso entre gente de ingenio, hombres sentados a la mesa entre ellos solos, son casi siempre espantosas trifulcas de personalismos, dispuestas a acabar todas como el festín de los lapitas y los centauros, donde acaso tampoco había mujeres. En esa clase de comidas descoronadas de mujeres, los hombres más corteses y mejor educados pierden algo de su encanto de cortesía y de su distinción natural; ¿y qué tiene de extraño?... Ya no tienen la galería a la que quieren agradar, y contraen de inmediato cierto desenfado que se vuelve grosero al menor roce, al menor choque de los ingenios entre sí. El egoísmo, el inexorable egoísmo, que el arte del mundo consiste en velar bajo formas amables, pone pronto los codos sobre la mesa, mientras espera el momento de metérselos entre las costillas. Ahora bien, si así ocurre con los más atenienses de los hombres, ¿qué no habría de ocurrir con los comensales del hotel Mesnilgrand, con aquella especie de domadores de fieras y gladiadores, aquella gente de clubes jacobinos y de vivaques militares, que se creían siempre un poco en el vivac o en el club, y a veces todavía en peor sitio?... Difícilmente puede uno imaginarse, si no las ha oído, las conversaciones a trompicones, entre cristales y vasos rotos, de aquellos hombres, grandes comedores, grandes bebedores, atiborrados de viandas que encienden la sangre, incendiados de vinos capitosos, y que, antes del tercer servicio, ya habían soltado la rienda a todos los desahogos y hacían fuego con las cuatro patas dentro de sus platos. Por lo demás, no siempre eran impiedades el fondo de aquellas conversaciones, sino que eran sus flores; y puede decirse que ilas había en todos los floreros!...

¡Piénsenlo! Era la época en que Paul-Louis Courier, que muy bien habría figurado en aquellas cenas, escribía esta frase para azotarle la sangre a Francia: «La cuestión ahora es saber si seremos capuchinos o lacayos». Pero eso no era todo. Tras la política, el odio a los Borbones, el espectro negro de la Congregación, la añoranza del pasado de aquellos vencidos, todos aquellos aludes que rodaban hirviendo de un extremo a otro de aquella mesa humeante, había

otros temas de conversación, con sus tempestades y sus estrépitos. Por ejemplo, estaban las mujeres. La mujer es el eterno tema de conversación de los hombres entre sí, sobre todo en Francia, el país más fatuo de la tierra. Estaban las mujeres en general y las mujeres en particular —las mujeres del universo y la de la puerta de al lado—, las mujeres de los países que muchos de aquellos soldados habían recorrido, luciéndose con sus grandes uniformes victoriosos, y las de la ciudad, a cuyas casas quizá no iban, y a quienes nombraban insolentemente por su nombre y apellido, como si las hubieran conocido íntimamente, sobre cuya cuenta, ¡pardiez!, no se andaban con remilgos, y a quienes, a los postres, les iban pelando entre risas la reputación, como quien pela un melocotón, para después partirle el hueso. Todos tomaban parte en aquellos bombardeos de mujeres, hasta los más viejos, los más curtidos, los más hastiados de la hembra, como decían cínicamente, pues los hombres pueden renunciar al amor sucio, pero jamás al amor propio de la mujer, y, aunque estuviesen al borde de su propia fosa abierta, siempre están dispuestos a mojar el hocico en esos guisotes de fatuidad!

Y aquel día los mojaron hasta las orejas, en aquella cena que fue, como desatadero de lenguas, la más subida de tono de cuantas hubiese dado nunca el viejo señor de Mesnilgrand. En aquel comedor, ahora mudo, pero cuyas paredes nos contarían cosas muy hermosas si pudieran hablar, puesto que tendrían lo que yo no tengo, la impasibilidad de las paredes, la hora de las fanfarronadas que llega tan pronto en las cenas de hombres —primero decente, luego pronto indecente, luego desabotonada, y por fin en camisa y sin vergüenza alguna— trajo las anécdotas, y cada cual contó la suya... ¡Fue como una confesión de demonios! Todos aquellos insolentes burlones, que no habrían tenido bastantes pullas para la confesión de un pobre monje, dicha en voz alta, a los pies de su superior, en presencia de los hermanos de su Orden, hicieron exactamente lo mismo, no para humillarse, como el monje, sino para enorgullecerse y vanagloriarse de la abominación de su vida —y todos, más o menos, escupieron hacia arriba su alma contra Dios, su

alma que, a medida que la escupían, les caía de nuevo sobre el rostro.

Ahora bien, en medio de aquel desbordamiento de fanfarronadas de toda especie, hubo una que resultó... ¿hay que decir más picante? No, «más picante» no sería palabra bastante fuerte, sino más pimentada, más especiada, más digna del paladar de fuego de aquellos frenéticos que, en materia de historias, habrían tragado vitriolo. Sin embargo, el que la contó, de entre todos aquellos diablos, era el más frío... Lo era como el trasero de Satanás, pues el trasero de Satanás, pese al infierno que lo caldea, es muy frío — dicen las brujas que lo besan en la misa negra del Sabbat—. Era cierto ex abate Reniant —nombre fatídico!—, el cual, en aquella sociedad puesta del revés por la Revolución, que lo deshacía todo, se había hecho, por cuenta propia, de sacerdote sin fe, médico sin ciencia, y practicaba clandestinamente un empirismo sospechoso y, ¿quién sabe?, quizá homicida. Con los hombres instruidos, no confesaba su oficio. Pero había persuadido a la gente de las clases bajas de la ciudad y de los alrededores de que sabía más que todos los médicos con título y diploma... Se decía misteriosamente que tenía secretos para curar. ¡Secretos! Esa gran palabra que responde a todo porque no responde a nada, el caballo de batalla de todos los empíricos, que son hoy todo lo que queda de los hechiceros, tan poderosos antaño sobre la imaginación popular. Aquel ex abate Reniant —«porque —decía él con cólera— ese diabólico título de abate era como una tiña pegada a su nombre, que ini todas las coronillas de pez habrían podido jamás arrancarle!»— no se entregaba por amor a la ganancia a aquellas fabricaciones ocultas de remedios, que bien podían ser envenenamientos: tenía de qué vivir. Pero obedecía al peligroso demonio de la experimentación, que empieza por tratar la vida humana como materia de experimentos, iy que acaba haciendo Sainte-Croix y Brinvilliers! No queriendo tratar con los médicos titulados, como los llamaba con tono de desprecio, era su propio boticario, y vendía o regalaba sus brebajes —pues muy a menudo los regalaba—, a condición, eso sí, de que le devolvieran las botellas. Aquel bribón, que no era ningún necio, sabía interesar

las pasiones de sus enfermos en su medicina. Daba vino blanco, mezclado con no sé qué hierbajos, a los hidrónicos por embriaguez, y a las muchachas «apuradas» —decían los campesinos guiñando el ojo— unas tisanas que, con todo, les deshacían el apuro. Era un hombre de estatura mediana, de aspecto frío y discreto, vestido a la manera del viejo señor de Mesnilgrand (pero de azul), con una cara del color del lino sin blanquear, y un pelo cortado en redondo (lo único que había conservado del sacerdote), de un odioso tono de estopa, y tieso como bujías; poco hablador, y compendioso cuando se ponía a hablar. Frío y pulcro como la llar de una chimenea holandesa, en aquellas cenas donde se decía todo y donde él sorbía remilgadamente su vino en su rincón de la mesa mientras los demás apuraban el suyo a tragos, gustaba poco a aquellos exaltados, que lo comparaban con un vino agriado de Santurrona, viñedo de su invención. Pero ese aire suyo no hizo sino dar más salsa a su historia, cuando dijo modestamente que, por su parte, lo mejor que había hecho contra el infame señor de Voltaire había sido, un día — ¡qué le vamos a hacer! ¡Se hace lo que se puede!—, idar un paquete de hostias a unos cerdos!

Ante aquella palabra hubo un trueno de interjecciones triunfales. Pero el viejo señor de Mesnilgrand lo cortó con su voz incisiva y aguda:

—Sin duda —dijo—, es esta, abate, la última vez que ha dado usted la comunión, ¿verdad?

Y el guasón imperturbable se puso la mano blanca y seca por encima de los ojos, para ver a Reniant, posado flacamente detrás de su copa entre los dos anchos pechos de sus dos vecinos, el capitán Rançonnet, purpúreo y llameante como una antorcha, y el capitán del 6.º de coraceros, Travers de Mautravers, que parecía un furgón de municiones.

—Hacía ya mucho que no la daba —repuso el ex sacerdote—, y que había arrojado mi sotana a las zarzas del camino. Fue en plena revolución, en la época en que usted estaba aquí, ciudadano Le Carpentier, en gira de representante del pueblo. ¿Se acuerda bien de

una muchacha de Hémevès a la que hizo usted meter en la casa de arresto? ¡Una rabiosa! ¡Una epiléptica!

—¡Vaya! —dijo Mautravers—, ¡así que hay una mujer mezclada con las hostias! ¡También se la dio usted a los cerdos!

—¿Te crees ingenioso, Mautravers? —dijo Rançonnet—. Pero no interrumpas al abate. Abate, terminenos la historia.

—¡Ah! La historia —repuso Reniant— pronto estará contada. Decía, pues, señor Le Carpentier, aquella muchacha de Hémevès, ¿se acuerda usted de ella? La llamaban la Tesson... Josefina Tesson, si mal no recuerdo, una moza grandota y mofletuda —una especie de María Alacoque de temperamento sanguíneo—, el alma condenada de los chuanes y de los curas, que le habían encendido la sangre, que la habían fanatizado y vuelto loca... Se pasaba la vida escondiéndolos, a los curas... Cuando se trataba de salvar a uno, habría desafiado treinta guillotinas. ¡Ah! ¡Los ministros del Señor!, como ella los llamaba, los escondía en su casa, y en todas partes. Los habría escondido debajo de su cama, en su cama, debajo de sus faldas, y, si hubieran cabido, los habría metido y apretujado a todos, ¡que me lleve el Diablo!, allí donde había puesto la cajita de las hostias —entre sus tetas!

—¡Mil bombas! —exclamó Rançonnet, exaltado.

—No, no mil, sino solo dos, señor Rançonnet —dijo, riéndose de su propio juego de palabras, el viejo apóstata libertino—, ¡pero eran de soberbio calibre!

El juego de palabras encontró eco. Fue una carcajada general.

—¡Singular copón el pecho de una mujer! —dijo el doctor Bleny, soñador.

—¡Ah! ¡El copón de la necesidad! —repuso Reniant, a quien ya le había vuelto la flema—. Todos aquellos curas que ella escondía, perseguidos, acosados, cazados, sin iglesia, sin santuario, sin asilo alguno, le habían dado a guardar su Santísimo Sacramento, y lo habían acampado en su pecho, ¡creyendo que allí nunca irían a

buscarlo!... ¡Vaya si tenían fe en ella! La llamaban santa. Le hacían creer que lo era. Le calentaban la cabeza y le daban sed de martirio. Ella, intrépida, ardiente, iba y venía, y vivía audazmente con su cajita de hostias bajo el pañuelo. La llevaba de noche, con cualquier tiempo, la lluvia, el viento, la nieve, la niebla, por caminos de perdición, a los curas escondidos que hacían comulgar a los moribundos, a escondidas... Una noche la sorprendimos allí, en una granja donde se moría un chuán, yo y algunos buenos mozos de las Columnas Infernales de Rossignol. Hubo uno que, tentado por aquellos avanzados puestos de carne viva, quiso tomarse libertades con ella; pero no le salió barato, pues ella le clavó sus diez uñas en la cara, ia tal profundidad que debió de quedarle marca de por vida! Solo que, aunque lo dejó hecho un mar de sangre, el mastín no soltó lo que tenía agarrado, y le arrancó la cajita de dioses que había encontrado en su pecho; y allí conté bien una docena de hostias que, pese a sus gritos y a sus embestidas —pues se lanzó sobre nosotros como una furia—, mandé arrojar de inmediato al comedero de los cerdos.

Y se detuvo pavoneándose por tan bella hazaña, como un piojo que se diera aires sobre un tumor.

—Entonces ha vengado usted a los señores cerdos del Evangelio, en cuyo cuerpo hizo entrar Jesucristo a los demonios —dijo el viejo señor de Mesnilgrand con su sarcástica voz de cabeza—. Ha puesto usted al buen Dios en estos, en lugar del Diablo: donde las dan, las toman.

—¿Y les sentó mal, señor Reniant, o bien a los aficionados que se las comieron? —preguntó con gran seriedad un pequeño burgués repugnante llamado Le Hay, usurero al cincuenta por ciento de oficio, y que tenía por costumbre decir que en todo hay que mirar el fin.

Hubo como un momento de pausa en aquel torrente de impiedades groseras.

—Pero tú no dices nada, Mesnil, de la historia del abate Reniant, ¿eh? —dijo el capitán Rançonnet, que acechaba la ocasión de enganchar como fuera su historia de la visita de Mesnilgrand a la iglesia.

En efecto, Mesnil no decía nada. Estaba acodado, la mejilla en la mano, al borde de la mesa, escuchando sin horripilarse, pero sin gusto, todos aquellos horrores, despachados por hombres curtidos, y ante los cuales estaba hastiado y curtido él mismo... ¡Tanto los había oído toda su vida en los ambientes por los que había pasado! Los ambientes son, para el hombre, casi un destino. En la Edad Media, el caballero de Mesnilgrand habría sido un cruzado ardiente de fe. En el siglo XIX era un soldado de Bonaparte, a quien su padre, incrédulo, nunca le había hablado de Dios, y que, particularmente en España, había vivido en las filas de un ejército que se lo permitía todo, y que cometía tantos sacrilegios como los soldados del condestable de Borbón en la toma de Roma. Por fortuna, los ambientes solo son una fatalidad absoluta para las almas y los talentos vulgares. Para las personalidades verdaderamente fuertes hay algo, aunque no sea más que un átomo, que escapa al ambiente y resiste a su acción todopoderosa. Ese átomo dormía invencible en Mesnilgrand. Aquel día no habría dicho nada; habría dejado pasar con la indiferencia del bronce aquel torrente de cieno impío que rodaba hirviendo ante él, como un betún del infierno; pero, interpelado por Rançonnet:

—¿Qué quieres que te diga? —dijo él, con un cansancio que rozaba la melancolía—. ¡El señor Reniant no ha hecho ahí nada tan valiente como para que tú puedas admirarlo tanto! Si hubiera creído que era Dios, el Dios vivo, el Dios vengador, lo que arrojaba a los cerdos, a riesgo del rayo en el acto o, más adelante sin duda, del infierno, seguramente habría habido en ello al menos valentía, más desprecio que de la propia muerte, puesto que Dios, si existe, puede eternizar tu tormento. Habría habido ahí una osadía, loca sin duda, pero al fin y al cabo ¡una osadía capaz de tentar a un osado tan osado como tú! Pero la cosa no tiene esa belleza, querido. El señor Reniant no creía que aquellas hostias fueran Dios. No tenía sobre eso la menor duda. Para él no eran más que trozos de oblea,

consagrados por una superstición imbécil, y para él, como para ti mismo, pobre Rançonnet, vaciar la caja de las hostias en el comedero de los cerdos no era más heroico que vaciar en él una tabaquera o un cucurucho de obleas.

—¡Eh! ¡Eh! —dijo el viejo señor de Mesnilgrand, echándose hacia atrás en el respaldo de su silla, apuntando a su hijo bajo la mano a modo de visera, como lo habría mirado disparar un pistoletazo bien certero, siempre interesado por lo que decía su hijo, incluso cuando no compartía su idea, y aquí sí la compartía. Por eso redobló su: ¡Eh! ¡Eh!

—Aquí no hay entonces, pobre Rançonnet —prosiguió Mesnil—, digamos la palabra... más que una porquería. Pero lo que yo encuentro hermoso, y muy hermoso, lo que me permito admirar, señores, aunque tampoco yo crea gran cosa, es esa muchacha Tesson, como usted la llama, señor Reniant, que lleva sobre el corazón lo que ella cree que es su Dios; que, de sus dos pechos de virgen, hace un sagrario para ese Dios de toda pureza; y que respira, y que vive, y que atraviesa tranquilamente todas las vulgaridades y todos los peligros de la vida con ese pecho intrépido y ardiente, sobrecargado de un Dios, sagrario y altar a la vez, y altar que, a cada minuto, ipodía verse rociado con su propia sangre!... Tú, Rançonnet; tú, Mautravers; tú, Sélune, y yo también, todos hemos llevado al Emperador sobre el pecho, puesto que teníamos su Legión de Honor, y eso a veces nos dio más valor en el fuego por tenerlo ahí. Pero ella, no es la imagen de su Dios lo que lleva sobre el suyo; es, para ella, la realidad. Es el Dios sustancial, el que se toca, el que se da, el que se consume, y que ella lleva, a costa de su vida, ¡a quienes tienen hambre de ese Dios! ¡Pues bien, palabra de honor! Eso me parece sencillamente sublime... Pienso de esa muchacha lo mismo que pensaban los curas que le daban su Dios para llevar. Quisiera saber qué ha sido de ella. Tal vez haya muerto; tal vez viva, miserable, en algún rincón de campo; pero sé muy bien que, aunque fuese yo mariscal de Francia, si me la encontrase buscándose el pan, descalza en el fango, desmontaría de mi caballo y me quitaría respetuosamente el sombrero ante aquella noble

muchacha, ¡como si de verdad todavía llevara a Dios sobre el corazón! Enrique IV no se arrodilló un día en el barro, ante el Santísimo Sacramento que llevaban a un pobre, con más emoción de la que yo pondría al arrodillarme ante esa muchacha.

Ya no tenía la mejilla apoyada en la mano. Había echado la cabeza hacia atrás. Y, mientras hablaba de arrodillarse, iba creciendo, y, como la novia de Corinto en el poema de Goethe, parecía, sin haberse levantado de la silla, haber crecido de busto hasta el techo.

—¡Entonces es el fin del mundo! —dijo Mautravers, cascando un hueso de melocotón con el puño cerrado, como con un martillo—. ¡Jefes de escuadrón de húsares de rodillas, ahora, ante las beatas!

—Y aún así —dijo Rançonnet—, aún así, si fuera como la infantería ante la caballería, ¡para volver a levantarse y pasar por encima del vientre del enemigo! Después de todo, no son amantes desagradables esas rezadoras de oremus, esas comedoras de buen Dios, que se creen condenadas por cada dicha que nos dan y que nosotros les hacemos compartir. Pero, capitán Mautravers, hay algo peor para un soldado que maltratar a unas cuantas beatas: es volverse devoto uno mismo, como una gallina mojada de paisano, ¡después de haber arrastrado el sable!... No hace más que el domingo pasado, ¿dónde creen ustedes, señores, que al caer la tarde sorprendí al comandante Mesnilgrand, aquí presente?...

Nadie respondió. Se buscaba la respuesta; pero, desde todos los puntos de la mesa, las miradas convergían hacia el capitán Rançonnet.

—¡Por mi sable! —dijo Rançonnet—, lo encontré... no, encontrado no, que respeto demasiado mis botas para arrastrarlas por el estéril de sus capillas; pero lo vi, de espaldas, deslizándose dentro de la iglesia, agachándose bajo la portezuela baja de la esquina de la plaza. Atónito, pasmado. ¡Eh! ¡Pardiez!, me dije, ¿tengo visiones?... ¡Pero si es la estampa de Mesnilgrand, ésa!... ¿Pero qué diablos va a hacer Mesnilgrand en una iglesia?... La idea me hizo galopar por la cabeza el recuerdo de nuestras antiguas farsas

amorasas con las endemoniadas beatas de las iglesias de España. ¡Toma!, me dije, ¿conque esto no se ha acabado? Será otra vez la vieja influencia de las faldas. ¡Solo que el Diablo me arranque los ojos con sus garras si no averiguo de qué pie cojea éste! Y entré en su tenducho de misas... Por desgracia, allí dentro estaba oscuro como en la boca del infierno. Se andaba y se tropezaba con viejas de rodillas que mascullaban sus paternóster. Imposible distinguir nada delante de uno, hasta que, a fuerza de tantear en aquella infernal mezcla de oscuridad y de carcasas de viejas devotas en oración, mi mano alcanzó a mi Mesnil, que ya escurría a lo largo de la nave lateral. Pero, ¿me creerán ustedes si les digo que jamás quiso decirme qué había ido a hacer en aquella galera de iglesia?... Por eso os lo denuncio hoy, señores, para que le obliguéis a explicarse.

—Vamos, habla, Mesnil. Justifícate. Contesta a Rançonnet — gritaban desde todos los rincones de la sala.

—¡Justificarme! —dijo Mesnil, alegremente—. No tengo que justificarme por hacer lo que me place. Vosotros, que os pasáis el día ladrando contra la Inquisición, ¿sois ahora inquisidores al revés? Entré en la iglesia el domingo por la noche porque me dio la gana.

—¿Y por qué te dio la gana?... —dijo Mautravers, que si el Diablo es lógico, bien puede serlo también un capitán de coraceros.

—¡Ah! ¡Ahí está! —dijo Mesnilgrand, riendo—. Iba a eso... ¿quién sabe? tal vez a confesarme. Al menos hice que me abrieran la puerta de un confesionario. Pero no podrás decir, Rançonnet, que mi confesión durase demasiado, ¿verdad?...

Bien veían que se burlaba de ellos... Pero había en aquella burla algo misterioso que los irritaba.

—¡Tu confesión! ¡Mil millones de rayos! ¿Así que has hecho ya el salto? —dijo tristemente Rançonnet, abatido, que se tomaba la cosa por lo trágico. Luego, sacudiéndose ante su propio pensamiento y encabritándose como un caballo: —Pero no —gritó—, ¡truenos de mil truenos! ¡Es imposible! ¿Van a decirme ustedes que el jefe de

escuadrón Mesnilgrand, de rodillas, como una vieja beata, hincado sobre el reclinatorio, con la nariz pegada a la rejilla, en la garita de un cura? ¡Ese es un espectáculo que no me entrará jamás en la mollera! Antes prefiero treinta mil balas.

—Eres muy bueno; te lo agradezco —dijo Mesnilgrand con una dulzura cómica, la dulzura de un cordero.

—Hablemos en serio —dijo Mautravers—, yo soy como Rançonnet. Jamás creeré en una capuchinada de un hombre de tu calibre, mi buen Mesnil. Ni siquiera a la hora de la muerte, la gente como tú da ese salto de rana asustada dentro de una pila de agua bendita.

—A la hora de la muerte, no sé qué harán ustedes, señores —respondió lentamente Mesnilgrand—; pero yo, en lo que a mí toca, antes de partir para el otro mundo, quiero, corra el riesgo que corra, hacer mi petate.

Y esta frase de oficial de caballería fue dicha con tal gravedad que se hizo un silencio, como el de la pistola que, hace apenas un minuto, disparaba y hacía estruendo, y a la que se le ha roto el gatillo.

—Dejemos eso, por lo demás —continuó Mesnilgrand—. Ustedes están, según parece, aún más embrutecidos que yo por la guerra y por la vida que todos hemos llevado... Nada tengo que decir a la incredulidad de sus almas; pero ya que tú, Rançonnet, te empeñas a toda costa en saber por qué tu camarada Mesnilgrand, a quien crees tan ateo como tú, entró la otra noche en la iglesia, bien está, voy a decírtelo. Hay una historia debajo de todo eso... Cuando la haya contado, comprenderás tal vez, aun sin creer en Dios, que entrase en ella.

Hizo una pausa, como para dar mayor solemnidad a lo que iba a contar, y luego prosiguió:

—Hablabas de España, Rançonnet. Fue precisamente en España donde ocurrió mi historia. Varios de ustedes hicieron aquella guerra fatal que, desde 1808, dio comienzo al desastre del Imperio y a todas nuestras desdichas. Los que la hicieron, esa guerra, no la han

olvidado, y tú, dicho sea de paso, menos que nadie, ¡comandante Sélune! Tienes el recuerdo grabado lo bastante hondo en la cara para que no puedas borrarlo.

El comandante Sélune, sentado junto al viejo señor de Mesnilgrand, quedaba frente a Mesnil. Era un hombre de recia estatura militar que merecía llamarse el Chirlo más aún que el duque de Guisa, pues había recibido en España, en un lance de avanzada, un tremendo sablazo curvo, tan certeramente asestado en la cara que se la había hendido, nariz y todo, en banda, desde la sien izquierda hasta debajo de la oreja derecha. En estado normal, no habría sido más que una terrible herida de bastante noble efecto en el rostro de un soldado; pero el cirujano que había acercado los labios de aquella llaga abierta, apremiado o torpe, los había unido mal, ¡y a la guerra como en la guerra! Iban de marcha, y, para acabar antes, había cortado con unas tijeras el rodete de carne que sobresalía dos dedos a un lado de la herida cerrada; lo cual no hizo un surco en el rostro de Sélune, sino un espantoso barranco. Era horrible, pero, después de todo, grandioso. Cuando la sangre le subía al rostro a Sélune, que era violento, la herida enrojecía, y era como una ancha cinta roja que le atravesaba la cara curtida por el sol. «Llevas —le decía Mesnil en los días de sus ambiciones comunes—, llevas tu cruz de gran oficial de la Legión de Honor en la cara, antes de tenerla en el pecho; pero tranquilo, que ya bajará hasta allí.»

No había bajado hasta allí; el Imperio había terminado antes. Sélune no era más que caballero.

—Pues bien, señores —continuó Mesnilgrand—, hemos visto cosas bien atroces en España, ¿verdad? y hasta las hemos hecho nosotros; pero no creo haber visto nada más abominable que lo que voy a tener el honor de contarles.

—Por mi parte —dijo Sélune con indiferencia, con la fatuidad de un viejo curtido que no admite que nada lo conmueva—, por mi parte, vi un día ochenta monjas arrojadas unas sobre otras, medio

muertas, en un pozo, después de haber sido cada una debidamente violada de antemano por dos escuadrones.

—¡Brutalidad de soldados! —dijo Mesnilgrand fríamente—; pero esto de aquí es refinamiento de oficial.

Mojó los labios en su copa, y, paseando la mirada en torno a la mesa y abarcándola toda:

—¿Hay alguien entre ustedes, señores —preguntó—, que haya conocido al mayor Ydow?

Nadie respondió, salvo Rançonnet.

—Aquí estoy yo —dijo—. ¡El mayor Ydow! ¡Vaya si lo conocí! ¡Eh! ¡Pardiez! Estaba conmigo en el 8.º de dragones.

—Ya que lo conociste —repuso Mesnilgrand—, no lo conociste solo. Había llegado al 8.º de dragones enarbolando una mujer...

—La Rosalba, alias «la Pudica» —dijo Rançonnet—, su famosa... —Y pronunció la palabra sin rodeos.

—Sí —repuso Mesnilgrand, pensativo—, porque semejante mujer no merecía el nombre de amante, ni siquiera el de amante de Ydow... El mayor la había traído de Italia, donde, antes de venir a España, servía en un cuerpo de reserva con el grado de capitán. Como aquí solo tú, Rançonnet, lo has conocido, a ese mayor Ydow, me permitirás que lo presente a estos señores y les dé una idea de aquel diablo de hombre, cuya llegada al 8.º de dragones armó tanto revuelo cuando entró en él, con aquella mujer colgada del brazo... Al parecer no era francés. No es ninguna pérdida para Francia. Había nacido no sé dónde y de no sé quién, en Iliria o en Bohemia, no estoy muy seguro... Pero, dondequiera que hubiese nacido, era extraño, lo cual es una manera de ser extranjero en todas partes. Se le habría tomado por el producto de una mezcla de varias razas. Él decía que había que pronunciar su nombre a la griega, por Ydow, porque era de origen griego; y su belleza lo habría hecho creíble, pues era hermoso, y, ¡que el Diablo me lleve!, tal vez demasiado para un soldado. Quién sabe si no se tiene menos apego a que le

rompan a uno la cara cuando la tiene tan hermosa. Se tiene por uno mismo el respeto que se tiene por las obras maestras. Con todo y ser obra maestra, iba al fuego como los demás; pero cuando se había dicho eso del mayor Ydow, se lo había dicho todo. Cumplía con su deber, pero jamás hacía más que su deber. No tenía lo que el Emperador llamaba el fuego sagrado. A pesar de su belleza, que yo reconocía de buen grado, por lo demás, le encontraba en el fondo un mal semblante bajo sus rasgos soberbios. Desde que he andado rondando por los museos, adonde ustedes no van nunca, he encontrado el parecido del mayor Ydow. Lo he encontrado sorprendente en uno de los bustos de Antinoo... ¡miren!, en ese al que el capricho o el mal gusto del escultor le incrustó dos esmeraldas en el mármol de las pupilas. En lugar de mármol blanco, los ojos verdemar del mayor iluminaban una tez cálidamente aceitunada y un ángulo facial irreprochable; pero, en el resplandor de aquellas melancólicas estrellas de la tarde que eran sus ojos, lo que dormía tan voluptuosamente no era Endimión: era un tigre... ¡y un día lo vi despertar!... El mayor Ydow era, a la vez, moreno y rubio. Sus cabellos se rizaban muy negros y muy apretados en torno a una frente pequeña, de sienes abultadas, mientras que su bigote largo y sedoso tenía el rubio leonado y casi amarillo de la marta cibelina... Señal (dicen) de traición o de perfidia, que la cabellera y la barba sean de color distinto. ¿Traidor? Tal vez el mayor lo hubiera sido más tarde. Quizá, como tantos otros, habría traicionado al Emperador; pero no debió de tener tiempo. Cuando llegó al 8.º de dragones, probablemente no era aún más que falso, y ni siquiera lo bastante para no parecerlo, como quería el viejo y astuto Suvórov, que de eso entendía... ¿Fue ese aire el que empezó su impopularidad entre sus camaradas? El caso es que se convirtió, en muy poco tiempo, en la bestia negra del regimiento. Muy fatuo de una belleza a la que yo habría preferido, por mi parte, no pocas fealdades de mi conocimiento, no parecía ser, en suma, como dicen soldadescamente los soldados, más que un espejo para... para eso que acabas de nombrar tú, Rançonnet, a propósito de la Rosalba. El mayor Ydow tenía treinta y cinco años. Comprenderán ustedes bien que, con esa belleza que gusta a todas las mujeres, hasta a las más

orgullosas —es su achaque—, el mayor Ydow había tenido que ser espantosamente malcriado por ellas y recargado de todos los vicios que ellas dan; pero tenía también, según se decía, los que ellas no dan y de los que uno no se recarga... Ciertamente es que no éramos, como tú dirías, Rançonnet, unos capuchinos en aquel tiempo. Éramos incluso sujetos bastante malos, jugadores, libertinos, corredores de faldas, duelistas, borrachos si hacía falta, y devoradores de dinero de todas las especies. No teníamos mucho derecho a ser exigentes. ¡Pues bien!, tal como éramos entonces, él pasaba por bastante peor que nosotros. Nosotros, había cosas —ino muchas!, pero al fin y al cabo había alguna que otra— de las que, por muy demonios que fuésemos, no habríamos sido capaces. Pero él, según afirmaban, era capaz de todo. Yo no estaba en el 8.º de dragones. Solo que conocía a todos sus oficiales. Hablaban de él con crueldad. Lo acusaban de servilismo con los jefes y de baja ambición. Sospechaban de su carácter. Llegaron incluso a sospechar de él por espionaje, y hasta se batió valientemente dos veces por esa sospecha a medias expresada; pero la opinión no cambió por ello. Siempre quedó sobre aquel hombre una bruma que no pudo disipar. Del mismo modo que era moreno y rubio a la vez, lo cual es bastante raro, era también, a la vez, afortunado en el juego y afortunado con las mujeres; lo cual tampoco es lo habitual. Por lo demás, le hacían pagar bien caras esas dichas. Aquellos dobles éxitos, sus aires a la Lauzun, los celos que inspiraba su belleza —pues los hombres, por mucho que se hagan los fuertes y los indiferentes cuando se trata de fealdad, y repitan la frase consoladora que han inventado, que un hombre siempre es bastante guapo cuando no asusta a su caballo, son, entre ellos, tan mezquina y cobardemente celosos como las mujeres entre sí—, todo ese conjunto de ventajas era, sin duda, la explicación de la antipatía de que era objeto; antipatía que, por odio, adoptaba las formas del desprecio, pues el desprecio ultraja más que el odio, ¡y el odio bien lo sabe!... Cuántas veces no se lo oí llamar, entre dientes y a media voz, «canalla peligrosa», aunque, si hubiera habido que probar claramente que lo era, ciertamente no se habría podido... Y de hecho, señores, aún en este momento en que les hablo, no tengo la

certeza de que el mayor Ydow fuese lo que decían que era... Pero, ¡truenos! —añadió Mesnilgrand con una energía mezclada de un extraño horror—, lo que no se decía y lo que fue un día, eso sí lo sé, ¡y con eso me basta!

Con eso nos bastará también, probablemente —dijo alegremente Rançonnet—; pero, ¡pardiez!, ¿qué diablo de relación puede haber entre la iglesia donde te vi entrar el domingo por la noche y ese maldito mayor del 8.º de dragones, que habría saqueado todas las iglesias y todas las catedrales de España y de la cristiandad para hacerle joyas a su pícara mujer con el oro y las piedras preciosas de los santos sacramentos?

—¡Quédate en la fila, Rançonnet! —dijo Mesnil, como si hubiese ordenado un movimiento a su escuadrón—, ¡y estate quieto! ¿Vas a ser siempre la misma cabeza caliente, impaciente en todas partes como delante del enemigo? Déjame maniobrar mi historia como yo la entiendo.

—¡Pues bien, adelante! —dijo el fogoso capitán, que para calmarse apuró de un trago una copa de Picardan. Y Mesnilgrand prosiguió:

—Es muy probable que, sin aquella mujer que lo seguía y a quien llamaban su mujer, aunque no era más que su amante y no llevaba su nombre, el mayor Ydow habría tratado poco con los oficiales del 8.º de dragones. Pero aquella mujer, de la que se suponía todo lo que era, por haberse aferrado a semejante hombre, impidió que se hiciera en torno al mayor el vacío que se habría hecho sin ella. Yo he visto eso en los regimientos. Un hombre cae ahí en sospecha o en descrédito, y ya no se tiene con él más que estrictas relaciones de servicio; ya no hay camaradería; ya no hay para él apretones de manos; hasta en el café mismo, ese caravasar de oficiales, en la atmósfera cálida y familiar del café donde se derriten todas las frialdades, se guarda las distancias, forzado y cortés, hasta que se deja de serlo y se estalla, si llega el momento de estallar. Es verosímil que eso es lo que le habría ocurrido al mayor; ¡pero una mujer es el imán del diablo! Los que no lo habrían mirado por él, lo

miraron por ella. El que no le habría ofrecido, en el café, una copa de aguardiente al mayor a solas, se la ofrecía pensando en su mitad, calculando que era un medio de que lo invitaran a su casa, donde sería posible encontrarla... Hay una proporción de aritmética moral, escrita, antes de que la escribiera un filósofo sobre el papel, en el pecho de todos los hombres, como un aliento del Demonio: «hay más distancia de una mujer a su primer amante, que de su primer amante al décimo», y era, según parecía, más cierto aún con la mujer del mayor que con ninguna otra. Ya que se había entregado a él, bien podía entregarse a otro, y, ¡a fe mía!, ¡cualquiera podía ser ese otro! En muy poco tiempo, en el 8.º de dragones, se supo cuán poco atrevimiento había en aquella esperanza. Para todos los que tienen el olfato de la mujer, y que respiran su verdadero olor a través de todos los velos blancos y perfumados de virtud en que se envuelve, la Rosalba fue reconocida enseguida como la más corrompida de las mujeres corrompidas, ¡en el mal, una perfección!

«Y no la calumnio, ¿verdad, Rançonnet?... ¡Tal vez la tuviste, y si la tuviste, sabes ahora si hubo jamás una cristalización más brillante, más fascinante, de todos los vicios! ¿Dónde la había cogido el mayor?... ¿De dónde salía? ¡Era tan joven! No se atrevió uno, al principio, a preguntárselo; pero ¡no duró mucho la vacilación! El incendio —pues no incendió solo al 8.º de dragones, sino también a mi propio regimiento de húsares, y hasta, ya te acuerdas, Rançonnet, a todos los estados mayores del cuerpo expedicionario del que formábamos parte—, el incendio que ella encendió tomó muy pronto extrañas proporciones... Habíamos visto a muchas mujeres, amantes de oficiales, según los regimientos, cuando los oficiales podían permitirse el lujo de llevar una mujer en su equipaje: los coroneles cerraban los ojos ante ese abuso, y a veces se lo permitían ellos mismos. Pero de mujeres al modo de aquella Rosalba, no teníamos ni idea. Estábamos acostumbrados a muchachas hermosas, si quieren, pero casi siempre del mismo tipo, decidido, atrevido, casi masculino, casi descarado; casi siempre morenas hermosas, más o menos apasionadas, que se parecían a muchachos jóvenes, muy picantes y muy voluptuosas bajo el

uniforme que el capricho de sus amantes les hacía llevar a veces... Si las mujeres de oficiales, legítimas y honestas, se distinguen de las demás mujeres por algo particular, común a todas ellas, y propio del medio militar en que viven, ese algo está mucho más marcado aún en las amantes. Pero la Rosalba del mayor Ydow no tenía nada de semejante a las aventureras de tropa y a las seguidoras de regimiento a que estábamos acostumbrados. A primera vista, era una muchacha grande y pálida, aunque no seguía pálida por mucho tiempo, como van a ver ustedes, con una selva de cabellos rubios. Eso era todo. No había motivo para exclamar. Su blancura de piel no era más blanca que la de todas las mujeres por cuya piel corre una sangre fresca y sana. Sus cabellos rubios no eran de ese rubio centelleante que tiene los fulgores metálicos del oro o los tintes blandos y adormecidos del ámbar gris, que he visto en algunas suecas. Tenía el rostro clásico que se llama rostro de camafeo, pero que no se distinguía por ningún rasgo particular de esa clase de rostro, tan exasperante para las almas apasionadas, con su invariable corrección y su unidad. Se tomara o se dejara, era sin duda lo que se puede llamar una muchacha hermosa, en el conjunto de su persona... Pero los filtros que ella hacía beber no estaban en su belleza... Estaban en otra parte... Estaban donde ustedes nunca adivinarían que estuviesen... en ese monstruo de impudicia que osaba llamarse Rosalba, que osaba llevar ese nombre inmaculado de Rosalba, que no debería darse más que a la inocencia, y que, no contenta con ser la Rosalba, la Rosa y Blanca, se llamaba además la Pudica, ¡por si fuera poco!

—Virgilio también se llamaba "el púdico", y escribió el Corydon ardebat Alexim —insinuó Reniant, que no había olvidado su latín.

—Y no era ninguna ironía —continuó Mesnilgrand— aquel sobrenombre de Rosalba, que no inventamos nosotros, sino que leímos desde el primer día en su frente, donde la naturaleza lo había escrito con todas las rosas de su creación. La Rosalba no era solamente una muchacha de aspecto asombrosamente púdico para lo que era; era positivamente el pudor mismo. Habría sido pura como las Vírgenes del cielo, que quizá se ruborizan bajo la mirada de

los Ángeles, sin ser más el Pudor de lo que era ella. ¿Quién dijo — debe de haber sido un inglés— que el mundo es obra del Diablo, vuelto loco? Seguramente fue ese mismo Diablo quien, en un acceso de locura, había creado a la Rosalba, para darse el gusto... del Diablo, de guisar, una tras otra, la voluptuosidad dentro del pudor y el pudor dentro de la voluptuosidad, y de sazonar, con un condimento celestial, el guiso infernal de los goces que una mujer puede dar a hombres mortales. El pudor de la Rosalba no era una simple fisonomía, de esas que, por ejemplo, habrían echado por tierra de arriba abajo el sistema de Lavater. No; en ella, el pudor no era la flor de la superficie; era tanto el fondo como la superficie de la mujer, y se estremecía y palpitaba en ella tanto en la sangre como en la piel. Tampoco era una hipocresía. Jamás el vicio de Rosalba rindió ese homenaje, como ningún otro, a la virtud. Era realmente una verdad. La Rosalba era púdica igual que era voluptuosa, y lo más extraordinario es que lo era al mismo tiempo. Cuando decía o hacía las cosas más... atrevidas, tenía adorables maneras de decir: "¡Tengo vergüenza!", que todavía oigo. ¡Fenómeno inaudito! Siempre se estaba con ella en los comienzos, incluso después del desenlace. Habría salido de una orgía de bacantes con la inocencia de su primer pecado. Hasta en la mujer vencida, desfallecida, medio muerta, se volvía a encontrar a la virgen turbada, con la gracia siempre fresca de sus alteraciones y el encanto auroral de sus rubores... Jamás podré hacerles comprender los embelesos que esos contrastes ponían en el corazón; ¡el lenguaje sería impotente para expresarlo!»

Se detuvo. Pensaba en ello, y ellos pensaban en ello también. Con lo que acababa de decir, había, ¿se creará?, transformado en soñadores a aquellos soldados que habían visto todo género de fuegos, a aquellos frailes calaveras, a aquellos viejos médicos, a todos aquellos que habían apurado la vida hasta las heces y habían vuelto de ella. El propio impetuoso Rançonnet no dijo palabra. Recordaba.

«Bien comprenderán ustedes que el fenómeno no se conoció hasta más tarde. Al principio, cuando llegó al 8.º de dragones, no se vio sino a una muchacha sumamente bonita, aunque hermosa, del

tipo, por ejemplo, de la princesa Paulina Borghese, la hermana del Emperador, a quien, por lo demás, se parecía. La princesa Paulina tenía también un aire idealmente casto, y todos ustedes saben de qué murió... Pero Paulina no tenía en toda su persona ni una gota de pudor con que teñir de rosa el más pequeño rincón de su cuerpo encantador, mientras que la Rosalba tenía bastante en las venas para poner escarlata cada rincón del suyo. La frase ingenua y asombrada de la Borghese, cuando le preguntaron cómo había podido posar desnuda ante Canova: "¡Es que el taller estaba caliente! ¡Había una estufa!", la Rosalba jamás la habría dicho. Si le hubieran hecho la misma pregunta, habría huido ocultando su rostro divinamente purpúreo entre sus manos divinamente sonrosadas. Solo que estén bien seguros de que, al marcharse, habría quedado detrás, en su vestido, un pliegue en el que habrían anidado todas las tentaciones del infierno!

«Así era, pues, aquella Rosalba, cuyo rostro de virgen nos engañó a todos cuando llegó al regimiento. El mayor Ydow habría podido presentárnosla como su legítima esposa, y hasta como su hija, y la habríamos creído. Aunque sus ojos, de un azul límpido, eran magníficos, nunca estaban más hermosos que cuando los bajaba. La expresión de los párpados vencía a la expresión de la mirada. Para gentes que habían rodado por la guerra y por las mujeres —¡y qué mujeres!—, fue una sensación nueva aquella criatura a quien, como se dice con una expresión vulgar pero enérgica, "se le habría dado a Dios sin confesión". ¡Qué muchacha más endiabladamente bonita! se cuchicheaban al oído los veteranos, los viejos zorros de la milicia; ¡pero qué mojigata! ¿Cómo se las arreglaba para hacer feliz al mayor?... Él lo sabía, y no lo decía... Bebía su dicha en silencio, como los verdaderos borrachos, que beben solos. No daba cuenta a nadie de aquella felicidad secreta que lo volvía discreto y fiel por primera vez en su vida —a él, el Lauzun de guarnición, el más consumado y fastuoso de los fatuos, a quien, según contaban en Nápoles los oficiales que lo habían tratado allí—, ¡lo llamaban el tambor mayor de la seducción! Su belleza, de la que estaba tan vanidoso, habría hecho caer a sus pies a todas las muchachas de

España sin que él se agachara a recoger a una sola. Por aquel entonces estábamos en las fronteras de España y Portugal, con los ingleses delante de nosotros, y ocupábamos, en nuestras marchas, las ciudades menos hostiles al rey José. El mayor Ydow y la Rosalba vivían allí juntos, como lo habrían hecho en una ciudad de guarnición en tiempo de paz. Ustedes recuerdan los encarnizamientos de aquella guerra de España, aquella guerra furiosa y lenta, que no se parecía a ninguna otra, pues no combatíamos allí simplemente por la conquista, sino por implantar una dinastía y una organización nueva en un país al que antes había que conquistar. Ninguno de ustedes ha olvidado que, en medio de aquellos encarnizamientos, había treguas, y que, en el intervalo de las batallas más terribles, en el seno de aquella comarca invadida, de la que una parte era ya nuestra, nos divertíamos dando fiestas a las españolas más afrancesadas de las ciudades que ocupábamos. Fue en esas fiestas donde la mujer del mayor Ydow, como se decía, ya muy comentada, pasó al estado de celebridad. Y, en efecto, se puso a brillar en medio de aquellas muchachas morenas de España, como un diamante en una trenza de azabache. Fue allí donde empezó a producir en los hombres esos efectos de hechizo que sin duda se debían a la composición diabólica de su ser, y que hacían de ella la más desenfrenada de las cortesanas, con el rostro de una de las más celestiales vírgenes de Rafael.

Entonces las pasiones se encendieron y siguieron su curso, prendiendo fuego en la sombra. Al cabo de cierto tiempo, todos ardieron, hasta los viejos, hasta los oficiales generales que ya tenían edad de ser sensatos; todos ardieron por "la Pudica", como se encontró chistoso llamarla. Por todas partes, en torno a ella, se exhibieron las pretensiones; luego las coqueterías, luego el fragor de los duelos, en fin, todo el estremecimiento de una vida de mujer convertida en centro de la galantería más apasionada, en medio de hombres indómitos que llevaban siempre el sable en la mano. Fue el sultán de aquellas temibles odaliscas, y arrojó el pañuelo a quien le plació, y muchos le placieron. En cuanto al mayor Ydow, dejó hacer y dejó decir... ¿Era lo bastante fatuo para no sentir celos, o,

sintiéndose odiado y despreciado, para gozar, en su orgullo de poseedor, de las pasiones que la mujer de quien era dueño inspiraba a sus enemigos?... Difícilmente podía dejar de percatarse de algo. Vi alguna vez su ojo de esmeralda pasar al negro del carbunclo al mirar a alguno de nosotros a quien la opinión del momento sospechaba amante de su compañera; pero se contenía... Y, como siempre se pensaba de él lo más insultante, se atribuía su calma indiferente o su ceguera voluntaria a los motivos de la especie más abyecta. Se pensaba que su mujer era, más que un pedestal para su vanidad, una escalera para su ambición. Eso se decía como se dicen esas cosas, y él no las oía. Yo, que tenía razones para observarlo, y que encontraba injusto el odio y el desprecio que se le profesaban, me preguntaba si había más flaqueza que fuerza, o más fuerza que flaqueza, en la actitud sombríamente impasible de aquel hombre, traicionado a diario por su amante, y que no dejaba traslucir nada de las mordeduras de sus celos. ¡Por Dios, señores!, todos hemos conocido a esos hombres bastante fanatizados por una mujer para creer en ella cuando todo la acusa, y que, en lugar de vengarse cuando la certeza absoluta de una traición penetra en su alma, prefieren hundirse en su dicha cobarde, y sacar de ella, como una manta echada sobre la cabeza, ila ignominia!

¿Era el mayor Ydow de esos hombres? Puede. Pero, ¡desde luego!, la Pudica era bien capaz de haberle insuflado aquel fanatismo degradante. La Circe antigua, que convertía a los hombres en bestias, no era nada en comparación con aquella Pudica, con aquella Mesalina-Virgen, antes, durante y después. Con las pasiones que ardían en el fondo de su ser, y con las que encendía en todos aquellos oficiales, poco delicados en materia de mujeres, quedó comprometida bien pronto, pero no se comprometió ella misma. Hay que entender bien este matiz. No daba pie abiertamente contra sí por su conducta. Si tenía un amante, era un secreto entre ella y su alcoba. Exteriormente, el mayor Ydow no tenía madera para hacerle la más pequeña escena. ¿Lo habría amado, por casualidad?... Seguía viviendo con él, y sin duda habría podido, de haber querido, ligar su suerte a la fortuna de otro. Conocí a un mariscal del Imperio

bastante loco por ella para tallarle el mango de una sombrilla en su propio bastón de mariscal. Pero, también aquí, es como con esos hombres de quienes les hablaba. Hay mujeres que aman... no me refiero a su amante, aunque también sea su amante. Las carpas añoran su cieno, decía la señora de Maintenon. La Rosalba no quiso añorar el suyo. No salió de él, y yo entré en él.»

—¡Cortas las transiciones con tu sable! —dijo el capitán Mautravers.

—¡Pardiez! —repuso Mesnilgrand—. ¿Qué tengo yo que respetar? Todos ustedes conocen la canción que se cantaba en el siglo XVIII:

Cuando Boufflers apareció en la corte,
se creyó ver a la reina del amor.

Todos se afanaban por agradarle,
¡y todos la tuvieron... a su turno!

«Así que me llegó mi turno. ¡Mujeres había tenido yo, y a paquetes! Pero que hubiera una sola como aquella Rosalba, no lo sospechaba. El cieno fue un paraíso. No voy a hacerles análisis a la manera de los novelistas. Yo era un hombre de acción, brutal en la materia, como el conde Almaviva, y no sentía por ella el amor en el sentido elevado y novelesco que se da a esa palabra, yo el primero... Ni el alma, ni el espíritu, ni la vanidad tuvieron parte alguna en la especie de dicha que ella me prodigó; pero esa dicha no tuvo en absoluto la ligereza de un capricho. Yo no creía que la sensualidad pudiera ser profunda. Fue la más profunda de las sensualidades. Figúrense uno de esos hermosos melocotones de carne roja en los que se muerde a dentelladas, o mejor no se figuren nada... No hay figuras para expresar el placer que brotaba de aquel melocotón humano, que se ruborizaba bajo la mirada menos insistente, como si lo hubieran mordido. Imaginen lo que era cuando, en lugar de la mirada, se ponía el labio o el diente de la pasión en aquella carne conmovida y sanguínea. ¡Ah! ¡El cuerpo de aquella mujer era su única alma! Y fue con ese cuerpo con el que me dio, una noche, una fiesta que les hará juzgarla mejor que cuanto yo pudiera añadir. ¡Sí,

una noche, tuvo la audacia y la indecencia de recibirme sin más atavío que una muselina de la India transparente, una nube, un vapor, a través del cual se veía aquel cuerpo, cuya forma era la única pureza, y que se teñía del doble carmín móvil de la voluptuosidad y el pudor!... ¡Que el Diablo me lleve si no parecía, bajo aquella nube blanca, una estatua de coral vivo! ¡Por eso, desde entonces, me ha importado la blancura de las demás mujeres como de esto!»

Y Mesnilgrand lanzó de un capirotazo una piel de naranja hacia la cornisa, por encima de la cabeza del representante Le Carpentier, que había hecho caer la del rey.

«Nuestra relación duró algún tiempo —siguió—, pero no crean que me hastié de ella. De ella no se hastiaba uno. En la sensación, que es finita, como dicen los filósofos en su infame jerigonza, iella transportaba el infinito! No, si la dejé, fue por una razón de asco moral, de orgullo propio, de desprecio por ella, por ella que, en lo más fuerte de las caricias más insensatas, no me hacía creer que me amara... Cuando le preguntaba: "¿Me quieres tú?", esa palabra que es imposible no decir, aun a través de todas las pruebas que se le dan a uno de que es amado, ella respondía: "¡No!", o negaba enigmáticamente con la cabeza. Se revolcaba en sus pudores y en sus vergüenzas, y permanecía debajo de todo eso, en medio de todos los desórdenes de los sentidos alborotados, impenetrable como la esfinge. Solo que la esfinge era fría, y ella no lo era... Pues bien, esa impenetrabilidad que me impacientaba y me irritaba, y además la certeza que pronto tuve de ciertos caprichos a la manera de Catalina II que ella se permitía, fueron la doble causa del vigoroso tirón de cabezón que tuve fuerzas para dar, con tal de salir de entre los brazos todopoderosos de aquella mujer, iel abrevadero de todos los deseos! La dejé, o más bien no volví a ella. Pero conservé la idea de que una segunda mujer como aquella no era posible; y el pensarlo me dejó, en adelante, muy tranquilo y muy indiferente con todas las mujeres. ¡Ah! Me perfeccionó como oficial. Después de ella, ya no pensé más que en mi servicio. Me había sumergido en la Estigia.

—¡Y te has convertido del todo en un Aquiles! —dijo el viejo señor de Mesnilgrand, con orgullo.

—No sé en qué me he convertido —repuso Mesnilgrand—; pero sé bien que, después de nuestra ruptura, el mayor Ydow, que estaba conmigo en los mismos términos que con todos los oficiales de la división, nos anunció un día, en el café, que su mujer estaba encinta, y que pronto tendría la dicha de ser padre. Ante aquella noticia inesperada, unos se miraron, otros sonrieron; pero él no lo vio, o, habiéndolo visto, no le dio importancia, resuelto como estaba, probablemente, a no reparar más que en lo que fuese un agravio directo. Cuando hubo salido: "¿Es tuyo el niño, Mesnil?", me preguntó al oído uno de mis camaradas; y, en mi conciencia, una voz secreta, más precisa que la suya, me repitió la misma pregunta. Yo no osaba responderme. Ella, la Rosalba, en nuestros tête-à-tête más entregados, no me había dicho jamás una palabra de aquel niño, que podía ser mío, o del mayor, o incluso de otro...

—¡El hijo de la bandera! —interrumpió Mautravers, como si diera una estocada con su espadón de coracero.

—Jamás —repuso Mesnilgrand—, no había hecho la menor alusión a su embarazo; pero ¿qué tiene eso de extraño? Era, ya se lo he dicho, una esfinge, la Pudica, una esfinge que devoraba el placer en silencio y guardaba su secreto. Nada del corazón atravesaba los tabiques físicos de aquella mujer, abierta solo al placer... y en quien el pudor era, sin duda, el primer miedo, el primer estremecimiento, el primer encendimiento del placer! Me produjo un efecto singular saberla encinta. Convengamos en ello, señores, ahora que hemos salido de la vida bestial de las pasiones: lo más espantoso de los amores compartidos —iese rancho!— no es solo la suciedad del reparto, sino, además, el extravío del sentimiento paterno; es esa ansiedad terrible que le impide a uno escuchar la voz de la naturaleza, y que la ahoga en una duda de la que es imposible salir. Uno se dice: ¿Es mío este niño?... ¡Incertidumbre que le persigue a uno como el castigo del reparto, del indigno reparto al que uno se ha sometido vergonzosamente! Si se pensara mucho tiempo en eso,

teniendo corazón, uno se volvería loco; pero la vida, la vida poderosa y ligera, le recoge a uno de nuevo en su oleaje y le arrastra, como el corcho de un sedal roto. Tras aquella declaración que el mayor Ydow nos hizo a todos, el pequeño estremecimiento paterno que había creído sentir en mis entrañas se apaciguó. Ya nada se movió más. Es verdad que, unos días después, tenía yo mucho más en qué pensar que en el crío de la Pudica. Combatíamos en Talavera, donde el comandante Titan, del 9.º de húsares, murió en la primera carga, y donde tuve que asumir el mando del escuadrón.

«Aquella ruda paliza de Talavera exasperó la guerra que hacíamos. Nos vimos más a menudo en marcha, más apretados, más acosados por el enemigo, y forzosamente se habló menos de la Pudica entre nosotros. Ella seguía al regimiento en un carromato, y fue allí, según se dice, donde dio a luz a un niño al que el mayor Ydow, que creía en su paternidad, se puso a querer como si aquel niño hubiera sido realmente suyo. Al menos, cuando aquel niño murió, pues murió pocos meses después de nacer, el mayor sintió una pena muy exaltada, una pena rayana en la locura, y en el regimiento no se rio nadie de ello. Por primera vez, la antipatía de que era objeto calló. Se le compadeció mucho más que a la madre, quien, si bien lloró a su criatura, no por eso dejó de ser la Rosalba que todos conocíamos, aquella singular ramera rociada de pudor por el Diablo, que había conservado, pese a sus costumbres, la facultad, casi prodigiosa, de ruborizarse hasta el espinazo idoscientas veces al día! Su belleza no disminuyó. Resistía a todos los estragos. Y, sin embargo, la vida que llevaba habría hecho muy pronto de ella lo que entre jinetes se llama una vieja chabraque, de haber durado aquella vida de perdición.»

—¿Así que no duró? ¿Sabes tú, entonces, en qué se convirtió esa perra de mujer? —dijo Rançonnet, jadeante de interés, excitado, olvidando por un instante aquella visita a la iglesia que tan en vilo lo tenía.

—Sí —dijo Mesnilgrand, concentrando la voz como quien ha tocado el punto más hondo de su historia—. Has creído, como todo

el mundo, que se hundió con Ydow en el torbellino de guerra y de sucesos que nos envolvió y que, a la mayoría de nosotros, dispersó e hizo desaparecer. Pero hoy voy a revelarte el destino de aquella Rosalba.

El capitán Rançonnet se acodó en la mesa, tomando en su ancha mano el vaso, que dejó allí y que apretó como la empuñadura de un sable, mientras escuchaba.

—La guerra no cesaba —siguió Mesnilgrand—. Aquellos pacientes en la furia, que habían tardado quinientos años en expulsar a los moros, habrían tardado, de haber sido necesario, otro tanto en expulsarnos a nosotros. No avanzábamos por el país sino a condición de vigilar cada paso que dábamos en él. Los pueblos invadidos eran fortificados por nosotros de inmediato, y los volvíamos contra el enemigo. El pequeño burgo de Alcudia, del que nos apoderamos, fue nuestra guarnición bastante tiempo. Un vasto convento se transformó allí en cuartel; pero el estado mayor se repartió por las casas del burgo, y al mayor Ydow le tocó la del alcalde. Ahora bien, como aquella casa era la más espaciosa, el mayor Ydow recibía en ella a veces, por la noche, al cuerpo de oficiales, pues ya no nos tratábamos más que entre nosotros. Habíamos roto con los afrancesados, desconfiando de ellos, itanto ganaba terreno el odio a los franceses! En aquellas reuniones nuestras, interrumpidas a veces por los disparos del enemigo contra nuestras avanzadas, la Rosalba nos hacía los honores de algún ponche, con ese aire incomparablemente casto que siempre tomé por una burla del Demonio. Elegía allí a sus víctimas; pero yo no reparaba en mis sucesores. Había apartado mi alma de aquella relación, y, además, no arrastraba tras de mí, como dijo no sé ya quién, la cadena rota de ninguna esperanza traicionada. No sentía ni despecho, ni celos, ni resentimiento. Miraba vivir y actuar a aquella mujer, que me interesaba como espectador, y que ocultaba los desmanes del vicio más impúdico bajo los desconciertos más encantadores de la inocencia. Iba, pues, a su casa, y delante de la gente ella me hablaba allí con la sencillez casi tímida de una muchacha, hallada por azar en la fuente o en lo más hondo del bosque. La embriaguez,

el vértigo, la rabia de los sentidos que había encendido en mí, todas aquellas cosas terribles ya no existían. Las tenía por disipadas, desvanecidas, imposibles! Solo que, cuando volvía a encontrar, siempre inagotable, aquel matiz de encarnado que le teñía la frente por una palabra o por una mirada, no podía dejar de experimentar la sensación del hombre que mira en su copa vacía la última gota del champán rosado que acaba de beber, y que se siente tentado de apurar hasta la última gota, esa gota olvidada.

«Se lo dije, una noche. Aquella noche estaba yo solo en su casa.

Había dejado el café temprano, dejando allí al cuerpo de oficiales enfrascado en partidas de cartas y de billar, jugando con mucho brío. Era de noche, pero una noche de España en la que el sol tórrido apenas lograba arrancarse del cielo. La encontré apenas vestida, los hombros al aire, abrasados por un calor africano, los brazos desnudos, aquellos hermosos brazos en los que tanto había mordido y que, en ciertos momentos de emoción que yo tan a menudo había suscitado, adquirirían, como dicen los pintores, el tono del interior de las fresas. Sus cabellos, pesados por el calor, se derramaban con pesadez sobre su nuca dorada, y estaba hermosa así, despeinada, descuidada, lánguida como para tentar a Satán y vengar a Eva! Medio recostada en un velador, escribía... Pues bien, si escribía, la Pudica, era, isin duda alguna!, a algún amante, para alguna cita, para alguna infidelidad nueva al mayor Ydow, que se las tragaba todas, tal como ella se tragaba el placer, en silencio. Cuando entré, su carta ya estaba escrita, y ella derretía, para sellarla, a la llama de una vela, cera azul con lentejuelas de plata, que todavía veo, y ustedes sabrán, dentro de un momento, por qué el recuerdo de esa cera azul con lentejuelas de plata se me ha quedado tan claro.

—¿Dónde está el mayor? —me dijo, al verme entrar, ya turbada; —pero isiempre estaba turbada, esa mujer que hacía creer al orgullo y a los sentidos de los hombres que se emocionaba delante de ellos!

—Esta noche juega frenéticamente —le respondí, riendo y mirando con codicia aquella exquisitez de copo rosado que acababa de subirle a la frente—; y yo, esta noche, tengo otro frenesí.

Ella me entendió. Nada la asombraba. Estaba hecha a los deseos que encendía en los hombres, a los que habría hecho volver ante ella desde todos los horizontes.

—¡Bah! —dijo lentamente, aunque el matiz de encarnado que yo quería beber en su adorable y execrable rostro se hubiese oscurecido al pensamiento que yo le insinuaba—. ¡Bah! Sus frenesíes ya se acabaron. —Y puso el sello sobre la cera hirviente de la carta, que se apagó y se cuajó.

—¡Tenga! —dijo ella, insolentemente provocadora—, ¡ahí tiene su imagen! Hace apenas un segundo estaba ardiendo, y ahora está frío.

Y, mientras decía esto, dio la vuelta a la carta y se inclinó para escribir la dirección.

¿Hace falta que lo repita hasta la saciedad? ¡Desde luego! No estaba yo celoso de aquella mujer: pero todos somos iguales. A mi pesar, quise ver a quién escribía, y, para ello, sin haberme sentado aún, me incliné por encima de su cabeza; pero mi mirada quedó interceptada por el hueco entre sus hombros, por aquella hendidura embriagadora y aterciopelada donde había hecho correr tantos besos, y, ¡a fe mía!, magnetizado por aquella vista, dejé caer uno más en aquel arroyo de amor, y esa sensación le impidió seguir escribiendo... Levantó la cabeza de la mesa sobre la que estaba inclinada, como si le hubieran clavado en los riñones una punta de fuego, arqueándose sobre el respaldo de su sillón, con la cabeza echada hacia atrás; me miraba, con esa mezcla de deseo y de turbación que era su encanto, los ojos hacia arriba y vueltos hacia mí, que estaba detrás de ella, y yo hice descender en la rosa húmeda de su boca entreabierta lo que acababa de dejar caer en el hueco entre sus hombros.

Aquella sensitiva tenía nervios de tigre. De pronto, dio un salto: —Ahí sube el mayor —me dijo—. Habrá perdido; se pone celoso cuando pierde. Va a montarme una escena espantosa. ¡Veamos! Póngase ahí... voy a hacer que se marche. —Y, levantándose, abrió un gran armario en el que colgaba sus vestidos, y me empujó dentro

de él. Creo que son muy pocos los hombres que no hayan sido metidos alguna vez en algún armario, a la llegada del marido o del poseedor titular...

—¡Yo te encuentro afortunado con tu armario! —dijo Sélune—; ¡yo entré un día en un saco de carbón, yo! Aquello fue, claro está, antes de mi maldita herida. Estaba entonces en los húsares blancos. ¡Pregúntense en qué estado salí de mi saco de carbón!

—Sí —repuso amargamente Mesnilgrand—, ¡ahí tienen otra de las gangas del adulterio y del reparto! En esos momentos, los más fanfarrones no están orgullosos, y, por generosidad hacia una mujer aterrada, se vuelven tan cobardes como ella, y cometen la cobardía de esconderse. Creo que todavía se me revuelve el estómago de haber entrado en aquel armario, de uniforme y con el sable al costado, y, ¡colmo del ridículo!, ¡por una mujer que no tenía honor que perder y a la que yo no amaba!

Pero no tuve tiempo de detenerme en aquella bajeza de estar allí, como un colegial, en las tinieblas de mi armario, con el roce en la cara de sus vestidos, que olían a su cuerpo hasta embriagarme. Solo que lo que oí me sacó pronto de mi sensación voluptuosa. El mayor había entrado. Ella lo había adivinado: estaba de un humor asesino, y, tal como ella había dicho, presa de un acceso de celos, celos tanto más explosivos cuanto que ante todos nosotros los disimulaba. Dispuesto a la sospecha y a la cólera como estaba, su mirada fue probablemente a parar a aquella carta que había quedado sobre la mesa, y a la que mis dos besos habían impedido a la Pudica ponerle la dirección.

—¿Qué es esta carta?... —dijo él, con voz áspera.

—Es una carta para Italia —dijo tranquilamente la Pudica.

No se dejó engañar por aquella respuesta plácida.

—¡Eso no es verdad! —dijo él groseramente, pues no hacía falta rascar mucho al Lauzun que había en aquel hombre para encontrar al soldadote; y comprendí, con esa sola palabra, la vida íntima de aquellos dos seres, que devoraban entre sí escenas de toda especie,

y de las cuales, aquel día, iba yo a presenciar un espécimen. Lo tuve, en efecto, desde el fondo de mi armario. No los veía, pero los oía; y oírlos, para mí, era verlos. Había sus gestos en sus palabras y en las entonaciones de sus voces, que en pocos instantes subieron al diapasón de todas las furias. El mayor insistió en que le mostrara aquella carta sin destinatario, y la Pudica, que la había cogido, se negó tercamente a dársela. Fue entonces cuando quiso él tomarla por la fuerza. Oí los crujidos y los pisoteos de una lucha entre ambos, pero bien se figurarán ustedes que el mayor era más fuerte que su mujer. Tomó, pues, la carta y la leyó. Era una cita de amor a un hombre, y la carta decía que aquel hombre había sido feliz y que se le ofrecía todavía la felicidad... Pero a aquel hombre no se le nombraba. Absurdamente curioso, como todos los celosos, el mayor buscó en vano el nombre del hombre por quien se le engañaba... Y la Pudica quedó vengada de aquella presa de la carta, arrancada de su mano malherida, y acaso ensangrentada, pues había gritado durante la lucha: "¡Me destroza usted la mano, miserable!" Ebrio de no saber nada, desafiado y burlado por aquella carta que solo le informaba de una cosa, a saber, que ella tenía un amante —un amante más—, el mayor Ydow cayó en uno de esos arrebatos que deshonoran el carácter de un hombre, y acribilló a la Pudica de injurias infames, de injurias de cochero. Creí que iba a molerla a golpes. Los golpes habían de llegar, pero algo más tarde. Le reprochó —¡y en qué términos!— ser... todo lo que era. Fue brutal, abyecto, repugnante; y ella, ante todo aquel furor, respondió como verdadera mujer que ya no tiene nada que cuidar, que conoce hasta el eje al hombre con quien se ha acoplado, y que sabe que la batalla eterna está en el fondo de esa pocilga que es la vida en dos. Fue menos ruin, pero más atroz, más insultante y más cruel en su frialdad, que él en su cólera. Estuvo insolente, irónica, riendo con la risa histérica del odio en su paroxismo más agudo, y respondiendo al torrente de injurias que el mayor le vomitaba a la cara con esas palabras que las mujeres encuentran cuando quieren volvernos locos, y que caen sobre nuestras violencias y en nuestros arrebatos como granadas incendiarias en la pólvora. De todas esas palabras ultrajantes que ella afilaba con sangre fría, la que más le clavaba era

que no lo amaba —que jamás lo había amado—: "¡jamás! ¡jamás! ¡jamás!" repetía, con una furia gozosa, ¡como si le hubiera bailado cabriolas sobre el corazón! —Y esa idea —que no lo había amado jamás— era lo más feroz, lo más enloquecedor para aquel fatuo dichoso, para aquel hombre cuya belleza había hecho estragos, y que, detrás de su amor por ella, ¡conservaba todavía su vanidad! Llegó, pues, un minuto en que, no pudiendo más, bajo el aguijón de esa palabra, implacablemente repetida, de que no lo había amado jamás, y que él no quería creer, y que rechazaba una y otra vez:

—¿Y nuestro hijo? —objetó él, ¡el insensato!, ¡como si aquello fuera una prueba y como si hubiese invocado un recuerdo!

—¡Ah! ¡Nuestro hijo! —dijo ella, estallando en una carcajada—. ¡No era tuyo!

Imaginé lo que debió de pasar por los ojos verdes del mayor, al oír su maullido estrangulado de gato montés. Lanzó un juramento capaz de partir el cielo. —¿Y de quién es? ¡Maldita pécora! —preguntó, con algo que ya no era una voz.

Pero ella siguió riendo como una hiena.

—¡No lo sabrás nunca! —dijo ella, burlándose de él. Y lo azotó con aquel "¡no lo sabrás nunca!", repetido mil veces, infligido mil veces a sus oídos; y cuando se cansó de decirlo —¿lo creerían ustedes?—, ¡se lo cantó como una fanfarria! Luego, cuando lo hubo fustigado bastante con esa palabra, hecho girar bastante como una peonza bajo el látigo de esa palabra, arrastrado bastante con esa palabra por las espirales de la ansiedad y de la incertidumbre, a aquel hombre, fuera de sí, que ya no era en sus manos sino un pelele que ella iba a romper; cuando, cínica a fuerza de odio, le hubo dicho, nombrándolos a todos por su nombre, los amantes que había tenido, y hubo recorrido el cuerpo de oficiales entero: "Los he tenido a todos —gritó ella—, ¡pero a mí no me ha tenido ninguno! Y a ese hijo que eres lo bastante necio para creer tuyo, lo hizo ¡el único hombre al que he amado jamás! ¡Al que he idolatrado jamás! ¡Y tú no lo has adivinado! ¿Y todavía no lo adivinas?"

«Mentía. Jamás había amado a un hombre. Pero sentía muy bien que la puñalada para el mayor estaba en esa mentira, y con ella lo apuñaló, con ella lo destazó, con ella lo acuchilló, y cuando se hubo cansado de ser el verdugo de aquel suplicio, le hundió, para acabar, como se hunde un cuchillo hasta el mango, su última confesión en el corazón:

—¡Pues bien! —dijo ella—, ya que no lo adivinas, idale la lengua a los perros, imbécil! Es el capitán Mesnilgrand.

Probablemente mentía todavía, pero yo no estaba tan seguro de ello, y mi nombre, así pronunciado por ella, me alcanzó como una bala a través de mi armario. Después de ese nombre, se hizo un silencio como el que sigue a un degüello. ¿La habría matado en vez de responderle? —pensé—, cuando oí el ruido de un cristal, arrojado violentamente al suelo, y que volaba hecho mil pedazos.

Les he dicho que el mayor Ydow había sentido, por el hijo que creía suyo, un amor paterno inmenso y, cuando lo perdió, una de esas penas rayanas en la locura, cuya duración nuestra nada querría eternizar y materializar. En la imposibilidad en que estaba, con su vida militar de campaña, de levantar a su hijo una tumba que hubiese visitado cada día —¡esa idolatría de la tumba!—, el mayor Ydow había hecho embalsamar el corazón de su hijo para llevarlo mejor consigo a todas partes, y lo había depositado piadosamente en una urna de cristal, colocada habitualmente en un rincón de su alcoba. Era esa urna la que volaba hecha pedazos.

—¡Ah! ¡No era mío, arpía abominable! —gritó. Y oí, bajo su bota de dragón, crujir y triturarse el cristal de la urna, y pisotear el corazón del niño al que había creído su hijo!

Sin duda, quiso recogerlo, ¡ella!, arrebatárselo, quitárselo, pues la oí precipitarse; y los ruidos de la lucha recomenzaron, pero con otro distinto: el ruido de los golpes.

—¡Pues bien! Ya que lo quieres, ahí lo tienes, el corazón de tu mocosito, ¡mujer desvergonzada! —dijo el mayor. Y le golpeó el rostro con aquel corazón que había adorado, y se lo arrojó a la

cabeza como un proyectil. El abismo llama al abismo, dicen. El sacrilegio engendró el sacrilegio. La Pudica, fuera de sí, hizo lo que había hecho el mayor. Arrojó a la cabeza de él el corazón de aquel niño, que tal vez habría conservado de no haber sido de él, de aquel hombre execrado, a quien habría querido devolver tortura por tortura, iignominia por ignominia! ¡Ciertamente, es la primera vez que se haya visto cosa tan horrenda! ¡Un padre y una madre abofeteándose por turnos el rostro con el corazón muerto de su hijo!

Aquello duró unos minutos, aquel combate impío... Y era tan asombrosamente trágico, que no pensé enseguida en cargar con el hombro contra la puerta del armario, para romperla e intervenir... cuando un grito como jamás he oído, ni ustedes tampoco, señores —iy sin embargo hemos oído cosas bastante espantosas en los campos de batalla!—, me dio fuerzas para forzar la puerta del armario, y vi... ilo que jamás volveré a ver! La Pudica, derribada, había caído sobre la mesa en que había escrito, y el mayor la sujetaba allí con un puño de hierro, todos los velos levantados, su hermoso cuerpo desnudo, retorcido, como una serpiente cortada, bajo su garra. Pero ¿qué creen ustedes que hacía con la otra mano, señores?... Aquella mesa de escribir, la vela encendida, la cera al lado, todas esas circunstancias le habían dado al mayor una idea infernal —la idea de sellar a esa mujer, como ella había sellado su carta—, y estaba entregado con saña a aquel monstruoso sellado, ia aquella espantosa venganza de amante perversamente celoso!

—¡Sé castigada por donde has pecado, mujer infame! —gritó.

No me vio. Estaba inclinado sobre su víctima, que ya no gritaba, y era el pomo de su sable lo que hundía en la cera hirviendo, iy que le servía de sello!

Me abalancé sobre él; ni siquiera le dije que se defendiera, y le hundí mi sable hasta la empuñadura en la espalda, entre los omóplatos, y habría querido, de un mismo golpe, hundirle también la mano y el brazo junto con el sable a través del cuerpo, ipara matarlo mejor!»

—¡Has hecho bien, Mesnil! —dijo el comandante Sélune—. ¡No merecía morir de frente, como uno de nosotros, ese bandido!

—¡Eh! ¡Pero si es la aventura de Abelardo, trasladada a Eloísa! —dijo el abate Reniant.

—Un bello caso de cirugía —dijo el doctor Bleny—, ¡y raro!

Pero Mesnilgrand, ya lanzado, pasó por alto la interrupción:

«Había caído —prosiguió—, muerto sobre el cuerpo de su mujer desvanecida. Lo aparté de ella, lo arrojé a un lado, y empujé su cadáver con el pie. Al grito que había lanzado la Pudica, un grito que salía como de una vulva de loba, ¡tan salvaje era!, y que aún me vibraba en las entrañas, subió una doncella. "Vayan a buscar al cirujano del 8.º de dragones; ¡aquí hay faena para él esta noche!" Pero no tuve tiempo de esperar al cirujano. De pronto sonó furioso el toque de botasilla, llamando a las armas. Era el enemigo, que nos sorprendía y que había degollado a cuchillo, en silencio, a nuestros centinelas. Había que saltar a caballo. Eché una última mirada a aquel cuerpo soberbio y mutilado, inmóvilmente pálido por primera vez ante los ojos de un hombre. Pero, antes de partir, recogí aquel pobre corazón, que yacía en tierra entre el polvo, y con el que ellos habrían querido apuñalarse y despedazarse mutuamente, y me lo llevé, aquel corazón de un niño que ella había dicho que era mío, en mi cinturón de húsar.»

Aquí se detuvo el caballero de Mesnilgrand, en una emoción que respetaron, aquellos materialistas y aquellos libertinos.

—¿Y la Pudica?... —dijo casi tímidamente Rançonnet, que ya no acariciaba su copa.

«Nunca más he vuelto a tener noticias de la Rosalba, llamada la Pudica —respondió Mesnilgrand—. ¿Habrá muerto? ¿Habrá podido seguir viviendo? ¿Pudo el cirujano llegar hasta ella? Después de la sorpresa de Alcudia, que nos fue tan fatal, lo busqué. No lo encontré. Había desaparecido, como tantos otros, y no se había reunido con los restos de nuestro regimiento diezmado.

—¿Eso es todo? —dijo Mautravers—. Y si eso es todo, ¡vaya historia más brava! Tenías razón, Mesnil, cuando le decías a Sélune que le devolverías, de una sola vez, la calderilla de sus ochenta monjas violadas y arrojadas al pozo. Solo que, ya que Rançonnet sueña ahora detrás de su plato, retomaré la pregunta donde él la dejó: ¿qué relación tiene tu historia con tus devociones en la iglesia, del otro día?...

—Es cierto —dijo Mesnilgrand—. Me lo haces pensar. He aquí, pues, lo que me queda por decir, a Rançonnet y a ti: he llevado, durante varios años y por todas partes, como una reliquia, ese corazón de niño del que dudaba; pero cuando, tras la catástrofe de Waterloo, tuve que quitarme aquel cinturón de oficial en el que había esperado morir, y después de haberlo llevado aún algunos años más, ese corazón —y te aseguro, Mautravers, que pesa, aunque parezca bien ligero—, la reflexión que llega con la edad me hizo temer profanar un poco más ese corazón ya tan profanado, y me decidí a depositarlo en tierra cristiana. Sin entrar en los detalles que hoy les doy, hablé de ello a uno de los sacerdotes de esta ciudad, de ese corazón que pesaba desde hacía tanto tiempo sobre el mío, y acababa de entregárselo a él mismo, en el confesionario de la capilla, cuando fui agarrado por la cintura, en la nave lateral, por Rançonnet.»

El capitán Rançonnet había recibido probablemente lo suyo. No pronunció una sílaba, ni los demás tampoco. Ninguna reflexión fue aventurada. Un silencio más expresivo que todas las reflexiones pesaba sobre la boca de todos ellos.

¡Comprendían por fin, esos ateos, que, aunque la Iglesia no hubiera sido instituida más que para recoger los corazones —muertos o vivos— de los que ya no se sabe qué hacer, eso habría sido ya bastante hermoso!

—¡Sirvan, pues, el café! —dijo, con su voz de cabeza, el viejo señor de Mesnilgrand—. Si es, Mesnil, tan fuerte como tu historia, será bueno.

LA VENGANZA DE UNA MUJER

Fortiter.

He oído hablar muchas veces de la osadía de la literatura moderna; pero yo, por mi parte, jamás he creído en tal osadía. Ese reproche no es más que una fanfarronada... de moralidad. La literatura, a la que tanto tiempo se ha llamado la expresión de la sociedad, no la expresa en absoluto —al contrario—; y cuando alguien más bravo que los demás ha intentado ser más osado, isabe Dios los gritos que ha hecho levantar! Ciertamente, si se quiere mirar bien, la literatura no expresa ni la mitad de los crímenes que la sociedad comete misteriosa e impunemente todos los días, con una frecuencia y una facilidad encantadoras. Pregúntenselo a todos los confesores —que serían los más grandes novelistas que el mundo hubiera tenido, si pudieran contar las historias que les deslizan al oído en el confesionario—. Pregúntenles el número de incestos (por ejemplo) enterrados en las familias más orgullosas y más encumbradas, y vean si la literatura, a la que tanto se acusa de inmoral osadía, se ha atrevido jamás a contarlos, iaunque solo fuera para causar espanto! Salvo ese pequeño soplo —que no es más que un soplo— y que pasa —como un soplo— por el René de Chateaubriand —del religioso Chateaubriand—, no conozco libro alguno en que el incesto, tan común en nuestras costumbres —arriba como abajo, y acaso más abajo que arriba—, haya sido nunca el tema, francamente abordado, de un relato que pudiera sacar de ese tema efectos de una moralidad verdaderamente trágica. La literatura moderna, a la que la mojigatería arroja su piedrecilla, ¿se

ha atrevido alguna vez a las historias de Mirra, de Agripina y de Edipo, que son historias, créanme, siempre y perfectamente vivas, pues yo no he vivido —al menos hasta ahora— en otro infierno que el infierno social, y he conocido y codeado, por mi parte, a no pocas Mirras, Edipos y Agripinas, en la vida privada y en el gran mundo, como suele decirse? ¡Pardiez! Aquello nunca ocurría como en el teatro o en la historia. Pero, a través de las apariencias sociales, las precauciones, los miedos y las hipocresías, aquello se entreveía... Conozco —y todo París conoce— a una señora Enrique III, que lleva ceñidos a la cintura rosarios de calaveritas cinceladas en oro, sobre vestidos de terciopelo azul, y que se da la disciplina, mezclando así al guisado de sus penitencias el guisado de los demás placeres de Enrique III. Pues bien, ¿quién escribiría la historia de esa mujer, que hace libros de piedad y a la que los jesuitas tienen por un hombre (ibonito detalle divertido!) y hasta por un santo?... No hace tantos años que todo París vio a una mujer del arrabal de Saint-Germain quitarle a su madre el amante, y, furiosa al ver que ese amante volvía con su madre, que, vieja como era, sabía sin embargo hacerse amar mejor que ella, robar las apasionadísimas cartas de esta a aquel hombre demasiado amado, hacerlas litografiar y arrojarlas, a millares, desde el Paraíso (bien llamado así para semejante acción) a la sala de la Ópera, un día de estreno. ¿Quién ha hecho la historia de esta otra mujer?... La pobre literatura no sabría ni por dónde empezar a coger semejantes historias, para contarlas.

Y esto es lo que habría que hacer si se fuera osado. La Historia tiene sus Tácitos y sus Suetonios; la Novela no los tiene, al menos si nos mantenemos en el orden elevado y moral del talento y de la literatura. Es verdad que la lengua latina desafiaba la honestidad, pagana como es, mientras que nuestra lengua, la nuestra, fue bautizada con Clodoveo en la pila de Saint-Remy, y sacó de ello un pudor imperecedero, pues esa vieja todavía se ruboriza. No obstante, si se osara —osar—, podrían existir un Suetonio o un Tácito novelistas, pues la Novela es precisamente la historia de las costumbres, puesta en relato y en drama, como suele serlo la Historia misma. Y no hay otra diferencia entre ellas que esta: que la

una (la Novela) pone sus costumbres bajo el amparo de personajes de invención, y que la otra (la Historia) da los nombres y las señas. Solo que la Novela ahonda mucho más que la Historia. Tiene un ideal, y la Historia no lo tiene: está sujeta por la realidad. La Novela, además, sostiene mucho más tiempo la escena. Lovelace dura más, en Richardson, que Tiberio en Tácito. Pero si Tiberio, en Tácito, estuviera detallado como Lovelace en Richardson, ¿creen ustedes que la Historia perdería con ello y que Tácito no sería más terrible?... Ciertamente, no me da miedo escribir que Tácito, como pintor, no está a la altura de Tiberio como modelo, y que, pese a todo su genio, quedó aplastado por él.

Y eso no es todo. A esta falla inexplicable, pero llamativa, de la literatura, cuando se la compara, en su realidad, con la reputación que tiene, añádase la fisonomía que el crimen ha adoptado en estos tiempos de inefables y deliciosos progresos! La civilización extrema le quita al crimen su espantosa poesía y no permite al escritor devolvérsela. Sería demasiado horrible, dicen las almas que quieren que se adorne todo, hasta lo espantoso. ¡Beneficio de la filantropía! Necios criminalistas rebajan la pena, y ineptos moralistas el crimen, y aun eso no lo rebajan sino para rebajar la pena. Sin embargo, los crímenes de la civilización extrema son, ciertamente, más atroces que los de la extrema barbarie, por su refinamiento, por la corrupción que suponen y por su grado superior de intelectualidad. La Inquisición lo sabía bien. En una época en que la fe religiosa y las costumbres públicas eran fuertes, la Inquisición, ese tribunal que juzgaba el pensamiento, esa gran institución cuya sola idea nos retuerce los nervios y nos descalabra las cabezas de chorlito, la Inquisición sabía bien que los crímenes espirituales eran los mayores, y los castigaba como tales... Y, en efecto, si esos crímenes hablan menos a los sentidos, hablan más al pensamiento; y el pensamiento, a fin de cuentas, es lo más profundo que hay en nosotros. Hay, pues, para el novelista, todo un género de trágico desconocido que sacar de esos crímenes, más intelectuales que físicos, que parecen menos crímenes a la superficialidad de las viejas sociedades materialistas, porque en ellos no corre la sangre y la

masacre no se produce sino en el orden de los sentimientos y de las costumbres... De este género de trágico se ha querido dar aquí una muestra, contando la historia de una venganza de la más espantosa originalidad, en la que no corrió la sangre, y en la que no hubo ni hierro ni veneno; un crimen civilizado, en fin, en el que nada pertenece a la invención de quien lo cuenta, salvo la manera de contarlo.

Hacia el final del reinado de Luis Felipe, un joven enfilaba, una noche, la rue Basse-du-Rempart, que, en aquel tiempo, merecía bien su nombre de la Calle Baja, pues estaba más hundida que el suelo del bulevar, y formaba una excavación siempre mal iluminada y negra, a la que se bajaba desde el bulevar por dos escaleras que se daban la espalda, si es que puede decirse eso de dos escaleras. Aquella excavación, que ya no existe y que se prolongaba desde la rue de la Chaussée-d'Antin hasta la rue Caumartin, delante de la cual el terreno recobraba su nivel; aquella especie de barranco sombrío, donde apenas se aventuraba uno de día, estaba muy mal frecuentada cuando llegaba la noche. El Diablo es el Príncipe de las tinieblas. Tenía allí uno de sus principados. Casi en el centro de aquella excavación, bordeada por un lado por el bulevar, que formaba terraza, y, por el otro, por grandes casas silenciosas de portalones cocheros y algunas tiendas de baratijas, había un pasaje estrecho y descubierto donde el viento, por poco que soprase, tocaba como en una flauta, y que llevaba, a lo largo de un muro y de unas casas en construcción, hasta la rue Neuve-des-Mathurins. El joven en cuestión, muy bien vestido por cierto, que acababa de tomar aquel camino —que no había de ser para él el recto camino de la virtud—, no lo había tomado sino porque seguía a una mujer que se había internado, sin vacilación y sin embarazo, en la sospechosa negrura de aquel pasaje. Era un elegante aquel joven —un guante amarillo, como se decía entonces de los elegantes de aquel tiempo—. Había cenado largamente en el Café de París, y había ido, mordisqueando su mondadientes, a colocarse contra la balaustrada, a media altura, de Torton (hoy suprimido), y a atisbar desde allí a las mujeres que pasaban a lo largo del bulevar. Aquella

había pasado justamente varias veces delante de él; y, aunque esta circunstancia, así como el atavío demasiado llamativo de aquella mujer y el contoneo de su andar, fuesen etiquetas suficientes; aunque aquel joven, que se llamaba Robert de Tressignies, estuviese horriblemente hastiado y volviese de Oriente —donde había visto al animal mujer en todas las variedades de su especie y de sus razas—, a la quinta pasada de aquella paseante nocturna, la había seguido... perrunamente, como él decía, burlándose de sí mismo —pues tenía la facultad de mirarse actuar y de juzgarse a medida que actuaba, sin que su juicio, muy a menudo contrario a su acto, impidiese su acto, ni que su acto perjudicase a su juicio: ¡terrible asíntota!—. Tressignies tenía más de treinta años. Había vivido esa necia primera juventud que hace del hombre el Jocrisse de sus sensaciones, y para quien la primera que pasa es un magnetismo. Ya no estaba en eso. Era un libertino ya enfriado y muy complicado de aquella época positiva, un libertino fuertemente intelectualizado, que había reflexionado bastante sobre sus sensaciones como para no poder ya dejarse engañar por ellas, y que no tenía miedo ni horror de ninguna. Lo que acababa de ver, o lo que había creído ver, le había inspirado la curiosidad que quiere llegar al fondo de una sensación nueva. Había, pues, dejado su balaustrada y seguido... muy resuelto a llevar hasta el fin la muy vulgar aventura que entreveía. Para él, en efecto, aquella mujer que se alejaba delante de él, ondulando como una ola, no era más que una criatura de la más baja ralea; pero era de una belleza tal que podía uno asombrarse de que esa belleza no la hubiese situado más alto, y de que no hubiese encontrado un aficionado que la hubiese salvado de la abyección de la calle, pues, en París, cuando Dios planta allí una mujer bonita, el Diablo, en réplica, planta allí inmediatamente un necio para mantenerla.

Y además tenía, este Robert de Tressignies, otra razón para seguirla, distinta de aquella soberana belleza que acaso no veían aquellos parisienses, tan poco entendidos en belleza verdadera, y cuya estética, democratizada como todo lo demás, carece particularmente de altura. Aquella mujer era para él un parecido. Era ese pájaro burlón que remeda al ruiñón, del que habla Byron, en

sus Memorias, con tanta melancolía. Le recordaba a otra mujer, vista en otra parte... Estaba seguro, absolutamente seguro, de que no era ella, pero se le parecía hasta confundirse, si es que confundirse no hubiera sido imposible... Y estaba, por lo demás, más atraído que sorprendido, pues tenía experiencia suficiente, como observador, para saber que, a fin de cuentas, hay mucha menos variedad de la que se cree en las figuras humanas, cuyos rasgos están sometidos a una geometría estrecha e inflexible, y pueden reducirse a unos pocos tipos generales. La belleza es una. Solo la fealdad es múltiple, y aun su multiplicidad se agota bien pronto. Dios ha querido que solo la fisonomía fuese infinita, porque la fisonomía es una inmersión del alma a través de las líneas correctas o incorrectas, puras o atormentadas, del rostro. Tressignies se decía confusamente todo esto, poniendo su paso en el paso de aquella mujer, que caminaba a lo largo del bulevar, sinuosamente, y lo cortaba como una guadaña, más orgullosa que la propia reina de Saba del Tintoretto, con su vestido de raso azafrán, de tonos de oro, ese color tan amado de las jóvenes romanas, y al que hacía, al andar, relucir y crujir en sus pliegues helados y lustrosos, ¡como una llamada a las armas! Exageradamente cimbreada, cosa rara de ver en Francia, se ceñía en un magnífico chal turco de anchas rayas blancas, escarlata y oro; y la pluma roja de su sombrero blanco —espléndida de mal gusto— le vibraba hasta el hombro. Se recordará que en aquella época las mujeres llevaban en los sombreros unas plumas caídas, que llamaban plumas de sauce llorón. Pero nada lloraba en aquella mujer; y la suya expresaba algo muy distinto de la melancolía. Tressignies, que creía que iba a tomar la rue de la Chaussée-d'Antin, resplandeciente con sus mil bocas de luz, vio con sorpresa todo aquel lujo altanero de cortesana, toda aquella orgullosa desvergüenza de mujer ebria de sí misma y de las sedas que arrastraba, hundirse en la rue Basse-du-Rempart, ¡la vergüenza del bulevar de aquel tiempo! Y el elegante, de botas charoladas, menos valiente que la mujer, vaciló antes de entrar allí... Pero apenas fue un segundo... El vestido de oro, perdido un instante en las tinieblas de aquel agujero negro, después de rebasar el único farol que las tatuaba con un punto luminoso, relució a lo lejos, y él se lanzó a

alcanzarla. No le costó gran trabajo: ella lo esperaba, segura de que vendría; y fue entonces, en el momento en que él la alcanzó, cuando ella le proyectó de lleno, para que pudiese juzgarla, su rostro, y le clavó los ojos en los ojos, con toda la desfachatez de su oficio. Quedó literalmente deslumbrado por la magnificencia de aquel rostro empastado de bermellón, pero de un moreno dorado como las alas de ciertos insectos, y que la claridad pálida, cayendo en flaco hilo del farol, no lograba palidecer.

—¿Es usted española? —dijo Tressignies, que acababa de reconocer uno de los más bellos tipos de esa raza.

—Sí —respondió ella.

¡Ser española, en aquella época, era algo! Era un valor en plaza. Las novelas de entonces, el teatro de Clara Gazul, las poesías de Alfred de Musset, las danzas de Mariano Camprubí y de Dolores Serral, hacían apreciar en extremo a las mujeres de tez de naranja y mejillas de granada —y quien se jactaba de ser española no siempre lo era, pero se jactaba de serlo—. Solo que ella no parecía tener más apego a su condición de española que a cualquier otra cosa que hubiese hecho relucir; y, en francés:

—¿Vienes? —le dijo, a bocajarro, y con el tuteo que habría tenido la última fulana de la rue des Poulies, que también existía entonces. ¿La recuerdan ustedes? ¡Una inmundicia!

El tono, la voz ya ronca, esa familiaridad prematura, ese tuteo tan divino —¡el cielo!— en labios de una mujer que nos ama, y que se convierte en la más sangrienta de las insolencias en boca de una criatura para quien uno no es más que un transeúnte, habría bastado para desembriagar a Tressignies de asco, pero el Demonio lo tenía sujeto. La curiosidad, sazónada de codicia, que le había mordido al ver a aquella mujer que era para él algo más que carne soberbia, apretada en raso, le habría hecho tragar no la manzana de Eva, sino ¡todos los sapos de una sapera!

—¡Por Dios! —dijo él—, ¡ya lo creo que vengo! ¡Como si ella pudiera dudarlo! Mañana me pondré a la colada —pensó él.

Estaban al final del pasaje por el que se llegaba a la rue des Mathurins; se internaron en él. En medio de los enormes sillares que allí yacían y de las construcciones que allí se levantaban, una sola casa, que seguía en pie sobre su base, sin vecinas, estrecha, fea, ceñuda, temblorosa, que parecía haber visto mucho vicio y mucho crimen en todos los pisos de sus viejos muros resquebrajados, y que quizá había sido dejada allí para ver aún más, se erguía, de un negro más sombrío, en un cielo ya negro. Larga percha de casa ciega, pues ninguna de sus ventanas (y las ventanas son los ojos de las casas) estaba iluminada, ¡y parecía tener el aire de ir a engancharlo a uno a tientas en la noche! Aquella horrible casa tenía la clásica puerta entornada de los malos lugares, y, al fondo de un innoble portal, la escalera de la que se ven algunos peldaños iluminados desde arriba por una luz vergonzosa y sucia... La mujer entró en aquel portal estrecho, que llenó con la anchura de sus hombros y con la amplitud pujante y estremecida de su vestido; y, con un pie acostumbrado a semejantes ascensiones, subió ágilmente la escalera de caracol — imagen justa, pues aquella escalera tenía su misma viscosidad... Cosa insólita en tales antros, la abominable escalera se iba iluminando a medida que se subía: ya no era la luz espesa del quinqué que apestaba a aceite y se arrastraba por los muros del primer piso, sino una luz que, en el segundo, se ensanchaba y se abría hasta el esplendor. Dos garras de bronce, cargadas de velas, incrustadas en el muro, iluminaban con un fasto extraño una puerta de aspecto vulgar, sobre la cual estaba pegada, para que se supiera en casa de quién se entraba, la tarjeta donde esas mujeres ponen su nombre, para que, si tienen alguna reputación y alguna belleza, el pabellón cubra la mercancía. Sorprendido por aquel lujo tan fuera de lugar en semejante sitio, Tressignies reparó más en aquellas antorchas, de un estilo casi grandioso, que una poderosa mano de artista había retorcido, que en la tarjeta y en el nombre de la mujer, que no necesitaba saber, puesto que la acompañaba. Mirándolas — mientras ella hacía girar una llave en la cerradura de aquella puerta tan extrañamente adornada e inundada de luz—, le volvió el recuerdo de las sorpresas de las casitas de recreo del tiempo de Luis XV. «Esta mujer habrá leído —pensó él— algunas novelas o algunas

memorias de aquel tiempo, y habrá tenido la fantasía de poner un bonito apartamento, lleno de voluptuosas coqueterías, allí donde jamás se habría sospechado...» Pero lo que encontró, una vez abierta la puerta, hubo de redoblar su asombro —solo que en un sentido opuesto.

No era, en efecto, sino el piso trivial y desordenado de esas mujeres... Vestidos, arrojados aquí y allá confusamente sobre todos los muebles, y una cama vasta —el campo de maniobras—, con los inmorales espejos al fondo y en el techo de la alcoba, decían bien en casa de quién se estaba... Sobre la chimenea, unos frascos que no se había pensado en volver a tapar, antes de salir para la campaña de la noche, cruzaban sus perfumes en la atmósfera tibia de aquella habitación donde la energía de los hombres debía disolverse a la tercera respiración... Dos candelabros encendidos, del mismo estilo que los de la puerta, ardían a ambos lados de la chimenea. Por todas partes, pieles de animales hacían de alfombra sobre la alfombra. Todo estaba previsto. Por último, una puerta abierta dejaba ver, por debajo de sus cortinones, un misterioso gabinete de aseo, la sacristía de aquellas sacerdotisas.

Pero todos esos detalles, Tressignies no los vio hasta más tarde. Al principio, no vio sino a la mujer a cuya casa acababa de subir. Sabiendo dónde estaba, no se cohibió. Se sentó sin ceremonias en el canapé, atrayendo entre sus rodillas a aquella mujer, que se había quitado el sombrero y el chal y los había arrojado sobre el sillón. La tomó por la cintura, como si la hubiese abrochado entre sus dos manos juntas, y la miró así de abajo arriba, como un bebedor que alza a la luz, antes de bebérselo, el vaso de vino que va a apurar! Sus impresiones del bulevar no habían mentido. Para un catador de mujeres, para un hombre hastiado, pero pujante, era verdaderamente espléndida. El parecido que tanto lo había impresionado bajo las luces móviles y cortadas de sombra del bulevar, aquella mujer lo conservaba intacto, en plena luz fija. Solo que aquella a quien le hacía pensar no tenía en el rostro, de rasgos tan semejantes que parecían idénticos, esa expresión de altivez resuelta y casi terrible que el Diablo, ese padre jovial de todas las

anarquías, le había negado a una duquesa y había dado —¿para qué?— a una señorita del bulevar. Cuando quedó con la cabeza descubierta, con su pelo negro, su vestido amarillo, sus anchos hombros, cuya anchura superaban todavía sus caderas, recordaba a la Judit de Vernet (un cuadro de aquel tiempo), pero por el cuerpo más hecho para el amor y por el rostro todavía más feroz. Aquella ferocidad sombría venía tal vez de un pliegue que se le hundía entre las dos hermosas cejas, que se prolongaban hasta las sienes, como Tressignies había visto en algunas asiáticas, en Turquía, y que ella aproximaba, en una preocupación tan continua que se habría dicho que estaban trabadas en una sola barra. ¡Bofetada de contraste! Aquella mujer tenía el talle de su oficio; no tenía la cara. Aquel cuerpo de cortesana, que decía tan elocuentemente: ¡Toma! —aquella copa de amor de flancos redondeados que invitaba a la mano y a los labios—, estaba coronado por un rostro que habría detenido el deseo con la altura de su fisonomía, y petrificado en el respeto la voluptuosidad más ardiente... Por fortuna, la sonrisa deliberadamente suavizada de la cortesana, y con la que sabía profanar la curvatura idealmente desdeñosa de sus labios, atraía pronto hacia sí a quienes la crueldad orgullosa de su rostro habría espantado. En el bulevar, paseaba esa sonrisa de reclamo, desplegada impudicamente sobre sus labios rojos; pero, en el momento en que Tressignies la tenía de pie entre sus rodillas, estaba seria, y su rostro respiraba algo tan extrañamente implacable, que solo le faltaba el sable curvo en las manos para que aquel dandi de Tressignies pudiese, sin fatuidad, creerse Holofernes.

Le tomó las manos, ya desarmadas, y comprobó su soberana belleza. Ella le dejaba hacer en silencio todo aquel examen de su persona, y también lo miraba a él, no con la curiosidad fútil o sórdidamente interesada de sus semejantes, que, al mirarte, te sopesan como oro sospechoso... Evidentemente, tenía otro pensamiento distinto del de la ganancia que iba a sacar o el placer que iba a dar. Había en las aletas abiertas de aquella nariz, tan expresivas como los ojos y por donde la pasión, igual que por los ojos, debía de arrojar llamas, una decisión suprema como la de un

crimen que se va a cometer. «Si la implacabilidad de este rostro fuera, por azar, la implacabilidad del amor y de los sentidos, ¡qué buena fortuna para ella y para mí, en estos tiempos de agotamiento!», pensó Tressignies, que, antes de darse ese capricho, la examinaba en detalle como a un caballo inglés... Él, el experimentado, el severo crítico en materia de mujeres, que había regateado a las más bellas muchachas en el mercado de Andrinópolis y que sabía el precio de la carne humana cuando tenía ese color y esa densidad, arrojó, por dos horas de aquella, un puñado de lises en una copa de cristal azul, colocada a la altura de la mano sobre una consola, y que, probablemente, jamás había recibido tanto oro.

—¡Ah! ¿Conque te gusto?... —exclamó ella con audacia y dispuesta a todo, ante el efecto del gesto que él acababa de hacer; tal vez impacientada por aquel examen en el que la curiosidad parecía más fuerte que el deseo, lo cual, para ella, era una pérdida de tiempo o una insolencia. —Déjame quitarme todo esto —añadió, como si el vestido le pesara, desabrochándose de un tirón los dos primeros botones del corpiño...

Y se desprendió de sus rodillas para ir al gabinete de aseo de al lado... ¡Prosaico detalle! ¿Quería ella cuidar su vestido? El vestido es la herramienta de esas trabajadoras... Tressignies, que soñaba ante aquel rostro con la insaciabilidad de Mesalina, recayó en la chata banalidad. Se sintió de nuevo en casa de la mujer —la mujer de París—, pese a la sublimidad de una fisonomía que desentonaba cruelmente con el destino de quien la poseía. «¡Bah! —pensó todavía—, la poesía nunca es más que cosa de la piel con esas tunantas, y no hay que buscarla sino donde está.»

Y se prometió cogerla allí, pero la encontró también en otra parte —y allí donde, desde luego, no sospechaba que estuviese, ¡la poesía! Hasta entonces, siguiendo a esta mujer, no había obedecido más que a una curiosidad irresistible y a una fantasía sin nobleza; pero, cuando aquella que se las había inspirado tan deprisa salió del tocador, adonde había ido a despojarse de todos sus arreos de

noche, y volvió hacia él, con el traje —que no era tal traje— de gladiadora que va a combatir, quedó él literalmente fulminado por una belleza que su ojo experto, ese ojo de escultor que tienen los hombres aficionados a las mujeres, no había adivinado por entero, en el bulevar, a través de los soplos reveladores del vestido y del andar. El rayo, entrando de pronto por aquella puerta en vez de ella, no le habría fulminado mejor... No estaba enteramente desnuda; ipero era peor! Era mucho más indecente —mucho más indecente hasta la indignación que si hubiera estado francamente desnuda. Los mármoles están desnudos, y la desnudez es casta. Es incluso la bravura de la castidad. Pero esta mujer, criminalmente impúdica, que se habría encendido a sí misma, como una de las antorchas vivas de los jardines de Nerón, para incendiar mejor los sentidos de los hombres, y a quien su oficio le había enseñado sin duda las más bajas rúbricas de la corrupción, había combinado la transparencia insidiosa de los velos y el atrevimiento de la carne, con el genio y el mal gusto de un libertinaje atroz, pues, ¿quién lo ignora? en el libertinaje, el mal gusto es un poder... Por el detalle de aquel atavío, monstruosamente provocador, recordaba a Tressignies aquella estatuilla indescriptible ante la cual se había detenido algunas veces, expuesta como estaba en todos los comercios de bronce de París de entonces, y en cuyo pedestal no se leía sino esta palabra misteriosa: «Madame Husson». ¡Peligroso sueño obscuro! El sueño era aquí una realidad. Ante aquella irritante realidad, ante aquella belleza absoluta, pero que no tenía la frialdad que tiene con demasiada frecuencia la belleza absoluta, Tressignies, de vuelta de Turquía, aunque hubiese sido el más hastiado de los pachás de tres colas, habría recobrado los sentidos de un cristiano, y hasta de un anacoreta. Así, cuando, muy segura de los trastornos que solía producir, vino impetuosamente hacia él, y le empujó, a la altura de la boca, el escaparate de las sabrosas magnificencias de su corpiño, con el mismo ademán recobrado de la cortesana que tienta al Santo en el cuadro de Pablo Veronés, Robert de Tressignies, que no era ningún santo, sintió el hambre voraz... de lo que ella le ofrecía, y la tomó entre sus brazos, a aquella brutal tentadora, con un ardor que ella compartió, pues se había arrojado a él. ¿Se arrojaba así en

todos los brazos que se cerraban sobre ella? Por superior que fuese en su oficio o en su arte de cortesana, tuvo aquella noche un ardor tan furioso y tan relinchante, que ni siquiera el arrebató de unos sentidos excepcionales o enfermizos habría bastado para explicarlo. ¿Estaba acaso en los comienzos de aquella horrible vida de mujer perdida, para hacerla con semejante furia? Pero, en verdad, era algo tan fiero y tan encarnizado, que se habría dicho que quería dejar su vida o tomar la de otro en cada una de sus caricias. En aquel tiempo, sus semejantes en París, que no encontraban bastante serio el bonito nombre de «lorettes» que la literatura les había dado y que había inmortalizado Gavarni, se hacían llamar, a la oriental, «panteras». ¡Pues bien! ninguna de ellas habría justificado mejor ese nombre de pantera... Tuvo aquella noche la flexibilidad, los enroscamientos, los saltos, los arañazos y las mordeduras. Tressignies pudo comprobar que ninguna de las mujeres que hasta entonces habían pasado por sus brazos le había dado las sensaciones inauditas que le dio aquella criatura, loca de su cuerpo hasta hacer contagiosa la locura, y eso que él había amado, Tressignies. Pero, ¿hay que decirlo para gloria o para vergüenza de la naturaleza humana? Hay en lo que se llama el placer, con demasiado desdén quizá, abismos tan profundos como en el amor. ¿Fue en esos abismos donde ella lo revolcó, como el mar revuelca a un nadador fuerte en los suyos? Sobrepasó, y con mucho, sus más culpables recuerdos de mal sujeto, y hasta los sueños de una imaginación como la suya, a la vez violenta y corrompida. Lo olvidó todo —y lo que ella era, y para qué había venido, y aquella casa, y aquel piso del que había sentido casi náusea, al entrar en él. Positivamente, ella le extrajo el alma, a él, dentro de su cuerpo, de ella... Le embriagó hasta el delirio unos sentidos difíciles de embriagar. Lo colmó por fin de tales voluptuosidades, que llegó un momento en que el ateo del amor, el escéptico de todo, tuvo el pensamiento loco de una fantasía nacida de pronto en aquella mujer, que hacía comercio de su cuerpo. Sí, Robert de Tressignies, que tenía casi en su temple la frialdad de acero de su patrón Robert Lovelace, creyó haber inspirado al menos un capricho a aquella prostituta, que no podía ser así con todos los demás, so pena de

perecer pronto consumida. Lo creyó durante dos minutos, como un imbécil, ¡aquel hombre tan fuerte! Pero la vanidad que ella había encendido, al fuego de un placer abrasador como el amor, tuvo de pronto, entre dos caricias, el pequeño escalofrío de una duda súbita... Una voz le gritó desde el fondo de su ser: «¡No eres tú a quien ella ama en ti!», pues acababa de sorprenderla, en el momento en que era más pantera y estaba más flexiblemente enlazada a él, distraída de él y toda perdida en la absorbente contemplación de una pulsera que llevaba en el brazo, y en la cual Tressignies distinguió el retrato de un hombre. Algunas palabras en lengua española, que Tressignies, que no sabía esa lengua, no comprendió, mezcladas a sus gritos de bacante, le parecieron dirigidas a aquel retrato. Entonces, la idea de que él posaba por otro —de que estaba allí por cuenta de otro—, ese hecho, desgraciadamente tan común en nuestras miserables costumbres, con el estado sobreexcitado y depravado de nuestras imaginaciones, esa compensación de lo imposible en las almas rabiosas que no pueden tener el objeto de su deseo, y que se arrojan sobre la apariencia, se apoderó violentamente de su espíritu y lo heló de ferocidad. En uno de esos accesos de celos absurdos y de vanidad de tigre de los que el hombre no es dueño, la asió del brazo con dureza, y quiso ver aquella pulsera que ella miraba con una llama que, sin duda, no era para él, cuando todo, en aquella mujer, debía ser suyo en un momento semejante.

—¡Enséñame ese retrato! —le dijo él, con una voz aún más dura que su mano.

Ella había comprendido; pero, sin orgullo:

—No puedes estar celoso de una mujer como yo —le dijo ella. Solo que no fue la palabra «mujer» la que empleó. No, para estupefacción de Tressignies, se dio a sí misma, rimando, el nombre soez con que la habría insultado un mozo de cuerda. —¡Quieres verlo! —añadió—. ¡Pues bien! Mira.

Y deslizó cerca de sus ojos su hermoso brazo, aún humeante del sudor embriagador del placer al que acababan de entregarse.

Era el retrato de un hombre feo, enclenque, de tez olivácea, de ojos negros y juveniles, muy sombrío, pero no sin nobleza; con aire de bandido o de grande de España. Y bien tenía que ser un grande de España, porque llevaba al cuello el collar del Toisón de Oro.

—¿Dónde has cogido eso? —dijo Tressignies, que pensó: Me va a contar un cuento. Me va a soltar la seducción de rigor, la novela del primero, la historia sabida que todas cuentan...

—¡Cogerlo! —replicó ella, indignada—. ¡Él mismo, POR DIOS, es quien me lo dio!

—¿Quién es él? ¿Tu amante, sin duda? —dijo Tressignies—. Le habrás traicionado. Te habrás echado, y habrás ido rodando hasta aquí.

—No es mi amante —replicó ella con frialdad, con la insensibilidad del bronce, ante el ultraje de esa suposición.

—Quizá ya no lo sea —dijo Tressignies.

—Pero aún lo amas: lo he visto hace un momento en tus ojos.

Ella se echó a reír amargamente.

—¡Ah! ¿Tú no entiendes entonces nada, ni de amor ni de odio? —exclamó ella—. ¡Amar a ese hombre! ¡Pero si lo execro! Es mi marido.

—¡Tu marido!

—Sí, mi marido —dijo ella—, el más grande señor de las Españas, tres veces duque, cuatro veces marqués, cinco veces conde, grande de España con varias grandezas, Toisón de Oro. Soy la duquesa de Arcos de Sierra-Leone.

Tressignies, casi derribado por aquellas increíbles palabras, no tuvo la menor duda sobre la verdad de aquella asombrosa afirmación. Estaba seguro de que aquella mujer no había mentido. Acababa de reconocerla. El parecido que tanto le había sorprendido en el bulevar quedaba justificado.

Ya la había encontrado antes, ¡y no hacía tanto tiempo! Fue en San Juan de Luz, adonde había ido a pasar la temporada de baños un año. Precisamente aquel año, la más alta sociedad española se había dado cita en la costa de Francia, en aquella pequeña ciudad, tan cercana a España que uno podía soñarse todavía en España, y a la que los españoles más enamorados de su península podían ir a veranear sin creer cometer una infidelidad a su patria. La duquesa de Sierra-Leone había habitado todo un verano aquella villa, tan profundamente española por las costumbres, el carácter, la fisonomía, los recuerdos históricos; pues se recuerda que allí se celebraron las fiestas de la boda de Luis XIV, el único rey de Francia que, dicho sea de paso, se pareció a un rey de España, y que allí también fue a naufragar, tras su zozobra, la gran fortuna desarbolada de la princesa de los Ursinos. La duquesa de Sierra-Leone estaba entonces, según se decía, en la luna de miel de su matrimonio con el más grande y el más opulento señor de España. Cuando, por su parte, Tressignies llegó a aquel nido de pescadores que ha dado al mundo los más terribles filibusteros, ella desplegaba allí un fasto que no se conocía desde Luis XIV, y, entre aquellas vascas que, en materia de belleza, no temen la rivalidad de nadie, con sus talles de canéforas antiguas y sus ojos de aguamarina, tan pálidamente garzos, una belleza que sin embargo doblegaba la de ellas. Atraído por aquella belleza, y además con nacimiento y fortuna capaces de franquearle todos los mundos, Robert de Tressignies se esforzó por llegar hasta ella, pero el grupo de la sociedad española del que la duquesa era la soberana, estrictamente cerrado aquel año, no se abrió a ninguno de los franceses que pasaron la temporada en San Juan de Luz. La duquesa, entrevista de lejos, ya en las dunas de la orilla, ya en la iglesia, se marchó sin que él pudiera conocerla, y, por esa razón, le había quedado en el recuerdo como uno de esos meteoros, ¡tanto más brillantes en nuestra memoria cuanto que han pasado y no volveremos a verlos jamás! Recorrió Grecia y parte de Asia; pero ninguna de las criaturas más admirables de esos países, donde la belleza ocupa tanto lugar que no se concibe el paraíso sin ella, pudo borrarle la tenaz y llameante imagen de la duquesa.

Pues bien, hoy, por obra de un azar extraño e incomprensible, aquella duquesa, admirada un instante y desaparecida, volvía a su vida i por el más increíble de los caminos! Ejercía un oficio infame; él la había comprado. Acababa de pertenecerle. Ya no era más que una prostituta, y aún de la prostitución más baja, pues hay una jerarquía hasta en la infamia... La soberbia duquesa de Sierra-Leone, que él había soñado y quizá amado —itan cerca está el sueño del amor en nuestras almas!—, ya no era... ¿era posible acaso? ¡iisino una mujer del arroyo de París!!! Era ella quien acababa de revolcarse en sus brazos hacía un instante, como se había revolcado probablemente, la víspera, en los brazos de otro —el primero que llegara, como él—, y como se revolcaría todavía en los brazos de un tercero mañana, y, ¿quién sabe? ¡quizá dentro de una hora! ¡Ah! Aquel descubrimiento abominable le golpeaba el pecho y la frente con un mazazo de hielo. El hombre que había en él, que ardía hacía apenas un minuto —que, en su delirio, creía ver correr el fuego hasta por las cornisas de aquel piso, abrasado por sus sensaciones—, quedaba desembriagado, yerto, aplastado. La idea, la certeza de que aquélla era realmente la duquesa de Sierra-Leone, no había reanimado sus deseos, apagados tan deprisa como una vela que se sopla, ni le había hecho llevar la boca, con más avidez que la primera vez, a aquel fuego ardiente donde había bebido a grandes tragos. ¡Al revelarse, la duquesa se había llevado consigo hasta a la cortesana! Ya no quedaba aquí, para él, más que la duquesa; ¡pero en qué estado! mancillada, deshecha, perdida, una mujer al agua, caída de más alto que la roca de Léucade en un mar de fango, inmundada y repugnante hasta no poder rescatarla de él. La miraba con ojo atónito, sentada erguida y sombría, transformada, y trágica; de Mesalina, cambiada de pronto no sabía en qué misteriosa Agripina, en el extremo del canapé donde ambos se habían revolcado; y no le venía el deseo de tocar con la punta del dedo a aquella criatura cuyas formas poderosas acababa de amasar con manos idólatras, para atestiguarle a sí mismo ¡que era en verdad aquel cuerpo de mujer el que le había hecho hervir la sangre —que no era una ilusión—, —que no soñaba —, —que no estaba loco! La duquesa, al emerger a través de la mujer de la calle, lo había aniquilado.

«—Sí —le dijo, con una voz que arrancó de la garganta donde se le había quedado pegada, itanto le había estrangulado lo que acababa de oír!—, la creo (ya no la tuteaba), porque la reconozco. La he visto en San Juan de Luz, hace tres años.»

Al oír recordado aquel nombre de San Juan de Luz, una claridad pasó por la frente que acababa de envolverse para él, con su increíble confesión, en tinieblas tan prodigiosas. —«¡Ah! —dijo ella, bajo la luz de aquel recuerdo—, yo estaba entonces en todas las embriagueces de la vida, y ahora...»

El relámpago ya se había apagado, pero ella no había bajado su cabeza voluntariosa.

«—¿Y ahora?... —dijo Tressignies, haciéndole eco.

—Ahora —prosiguió ella—, ya no estoy sino en la embriaguez de la venganza... Pero la haré lo bastante profunda —añadió con una violencia concentrada— para morir en ella, en esta venganza, como los mosquitos de mi país, que mueren, hartos de sangre, en la herida que han hecho.

Y, leyendo en el rostro de Tressignies: —Usted no comprende —dijo ella—, pero se lo voy a hacer comprender. Usted sabe quién soy, pero no sabe todo lo que soy. ¿Quiere saberlo? ¿Quiere usted saber mi historia? ¿Lo quiere? —repitió con una insistencia exaltada—. ¡Yo quisiera decírsela a todos los que suben aquí! ¡Quisiera contársela a toda la tierra! Sería más infame por ello, pero estaría mejor vengada.

—¡Dígala!» —dijo Tressignies, enganchado por una curiosidad y un interés que jamás había sentido en ese grado, ni en la vida, ni en las novelas, ni en el teatro. Le parecía en verdad que aquella mujer iba a contarle cosas como no había oído aún. Ya no pensaba en su belleza. La miraba como si hubiera deseado presenciar la autopsia de su cadáver. ¿Iba ella a hacerlo revivir para él?...

«—Sí —prosiguió ella—, ya he querido muchas veces contarla a los que suben aquí; pero no suben aquí, dicen, para escuchar historias. Cuando se la empezaba a contar, me interrumpían o se

marchaban, ibrutos hartos de lo que habían venido a buscar! Indiferentes, burlones, insultantes, me llamaban embustera o loca. No me creían, mientras que usted, usted me creerá. Usted me vio en San Juan de Luz, en todas las glorias de una mujer feliz, en la cumbre más alta de la vida, llevando como una diadema este nombre de Sierra-Leone que ahora arrastro por todos los fangos en la cola de mi vestido, como se arrastraba antaño, a la cola de un caballo, el blasón de un caballero deshonorado. Este nombre, que odio y del que solo me adorno para envilecerlo, lo sigue llevando el más grande señor de las Españas y el más orgulloso de cuantos tienen el privilegio de permanecer cubiertos ante Su Majestad el Rey, pues se cree diez veces más noble que el rey. Para el duque de Arcos de Sierra-Leone, ¿qué son todas las más ilustres casas que han reinado sobre las Españas: Castilla, Aragón, Trastámara, Austria y Borbón?... Él es, según dice, más antiguo que ellas. Desciende, él, de los antiguos reyes godos, y por Brunequilda está emparentado con los merovingios de Francia. Se precia de no tener en las venas sino esa sangre azul de la que las razas más viejas, degradadas por mesalianzas, no conservan ya sino unas gotas... Don Christoval de Arcos, duque de Sierra-Leone y otros ducados, no se había, él, mesaliado al casarse conmigo. Yo soy una Turre-Cremata, de la antigua casa de los Turre-Cremata de Italia, la última de los Turre-Cremata, raza que acaba en mí, bien digna por lo demás de llevar este nombre de Turre-Cremata (torre quemada), pues yo estoy quemada por todos los fuegos del infierno. El gran inquisidor Torquemada, que era un Turre-Cremata de origen, infligió menos suplicios en toda su vida de los que hay en este seno maldito... He de decirle que los Turre-Cremata no eran menos orgullosos que los Sierra-Leone. Divididos en dos ramas, igualmente ilustres, habían sido, durante siglos, todopoderosos en Italia y en España. En el siglo quince, bajo el pontificado de Alejandro VI, los Borgia, que quisieron, en su embriaguez por la gran fortuna del papado de Alejandro, emparentarse con todas las casas reales de Europa, se dijeron parientes nuestros; pero los Turre-Cremata rechazaron esa pretensión con desprecio, y dos de ellos pagaron con la vida esa audaz altivez. Fueron, según se dice, envenenados por César. Mi

matrimonio con el duque de Sierra-Leone fue un asunto de raza a raza. Ni por su parte ni por la mía entró sentimiento alguno en nuestra unión. Era de lo más natural que una Turre-Cremata desposara a un Sierra-Leone. Era de lo más natural, incluso para mí, educada en la terrible etiqueta de las viejas casas de España, que representaba la de El Escorial, en esa etiqueta dura y opresiva que impediría latir a los corazones, si los corazones no fuesen más fuertes que ese corsé de hierro. Yo fui uno de esos corazones... Amé a Don Esteban. Antes de conocerlo, mi matrimonio sin dicha de corazón (ignoraba incluso que tuviese uno) fue la cosa grave que era antaño en la ceremoniosa y católica España, y que ya no lo es, hoy, más que por excepción, en algunas familias de clase alta que han conservado las costumbres antiguas. El duque de Sierra-Leone era demasiado profundamente español para no tener las costumbres del pasado. Todo lo que usted haya oído decir en Francia sobre la gravedad de España, de ese país altivo, silencioso y sombrío, el duque lo tenía y lo sobrepasaba... Demasiado orgulloso para vivir en otro sitio que en sus tierras, habitaba un castillo feudal, en la frontera portuguesa, y se mostraba en él, en todas sus costumbres, más feudal que su castillo. Yo vivía allí, cerca de él, entre mi confesor y mis camaristas, aquella vida suntuosa, monótona y triste, que habría aplastado de tedio a cualquier alma más débil que la mía. Pero yo había sido educada para ser lo que era: la esposa de un gran señor español. Además, tenía la religión de una mujer de mi rango, y era casi tan impasible como los retratos de mis abuelas que adornaban los vestíbulos y las salas del castillo de Sierra-Leone, y a las que se veía representadas allí, con sus grandes semblantes severos, en sus guardainfantes y bajo sus corsés de acero. Yo debía añadir una generación más a esas generaciones de mujeres irreprochables y majestuosas, cuya virtud había sido guardada por el orgullo como una fuente por un león. La soledad en que vivía no pesaba en absoluto sobre mi alma, tranquila como las montañas de mármol rojo que rodean Sierra-Leone. No sospechaba yo que bajo aquellos mármoles dormía un volcán. Estaba en los limbos de antes del nacimiento, pero iba a nacer y a recibir, de una sola mirada de hombre, el bautismo de fuego. Don Esteban, marqués de

Vasconcellos, de raza portuguesa, y primo del duque, vino a Sierra-Leone; y el amor, del que solo había tenido idea por algunos libros místicos, me cayó sobre el corazón como un águila cae en picado sobre un niño al que arrebató y que grita... Yo también grité. No en vano era una española de vieja raza. Mi orgullo se rebeló contra lo que sentía en presencia de aquel peligroso Esteban, que se apoderaba de mí con aquel poder indignante. Le dije al duque que lo despidiera con un pretexto u otro, que lo hiciera abandonar el castillo cuanto antes..., que me daba cuenta de que sentía por mí un amor que me ofendía como una insolencia. Pero don Christoval me respondió, como el duque de Guisa a la advertencia de que Enrique III lo asesinaría: "¡No se atrevería!" Fue el desprecio del Destino, que se vengó cumpliéndose. Esa frase me arrojó a los brazos de Esteban...»

Ella se detuvo un instante; —y él la escuchaba hablar aquella lengua elevada que, ella sola, le habría confirmado, si hubiera podido dudarlo, que era en verdad lo que decía: la duquesa de Sierra-Leone. ¡Ah! la mujer del bulevar se había borrado ya por completo. Se habría jurado que había caído una máscara, y que el verdadero rostro, la verdadera persona, reaparecía. La actitud de aquel cuerpo desenfrenado se había vuelto casta. Mientras hablaba, había cogido detrás de ella un chal, olvidado en el respaldo del canapé, y se había envuelto en él... Había recogido sus pliegues sobre aquel seno maldito —como ella misma lo había llamado—, pero al que la prostitución no había podido quitar la perfección de su redondez ni su firmeza virginal. Hasta su voz había perdido la ronquera que tenía en la calle... ¿Era una ilusión producida por lo que decía? pero le parecía a Tressignies que aquella voz tenía un timbre más puro —que había recobrado su nobleza.

«No sé —continuó ella— si las demás mujeres son como yo. Pero aquel orgullo incrédulo de don Christoval, aquel desdeñoso y sosegado "¡No se atrevería!" al hablar del hombre a quien yo amaba, me insultó por él, que ya, en el fondo de mi ser, se había adueñado de mí como un Dios. —"¡Pruébale que te atreverás!" —le dije, aquella misma noche, al declararle mi amor. No tenía necesidad de

decírselo. Esteban me adoraba desde el primer día en que me había visto. Nuestro amor había tenido la simultaneidad de dos pistoletazos disparados a la vez, y que matan... Yo había cumplido con mi deber de mujer española advirtiéndolo a don Christoval. No le debía sino mi vida, puesto que era su mujer, pues el corazón no es libre de amar; y mi vida la habría tomado con toda certeza, poniendo en la puerta de su castillo a don Esteban, como yo quería. Con la locura de mi corazón desatado, yo habría muerto de no volver a verlo, y me habría expuesto a aquella terrible suerte. Pero puesto que él, el duque, mi marido, no me había comprendido, puesto que se creía por encima de Vasconcellos, puesto que le parecía imposible que este alzara los ojos y su homenaje hasta mí, no llevé más lejos el heroísmo conyugal contra un amor que era mi dueño... No intentaré darle la idea exacta de ese amor. Quizá tampoco usted me creería... Pero ¡qué importa, después de todo, lo que usted vaya a pensar! ¡Créame, o no me crea! Fue un amor a la vez ardiente y casto, un amor caballeresco, novelesco, casi ideal, casi místico. Es verdad que apenas teníamos veinte años, y que éramos del país de los Vivar, de Ignacio de Loyola y de santa Teresa. Ignacio, aquel caballero de la Virgen, no amaba más puramente a la Reina de los cielos de lo que me amaba Vasconcellos; y yo, por mi parte, sentía por él algo de aquel amor extático que santa Teresa sentía por su Esposo divino. ¡El adulterio, quita allá! ¿Acaso pensábamos que podíamos ser adúlteros? El corazón nos latía tan alto en el pecho, vivíamos en una atmósfera de sentimientos tan trascendentes y tan elevados, que no sentíamos en nosotros nada de los malos deseos ni de las sensualidades de los amores vulgares. Vivíamos en pleno azul del cielo; solo que aquel cielo era africano, y aquel azul era de fuego. ¿Habría durado un estado de alma semejante? ¿Era siquiera posible que durase? ¿No estábamos jugando allí, sin saberlo, sin sospecharlo, el juego más peligroso para criaturas débiles, y no debíamos ser precipitados, en un momento dado, desde aquella altura inmaculada?... Esteban era piadoso como un sacerdote, como un caballero portugués del tiempo de Albuquerque; yo, sin duda, valía menos que él, pero tenía en él y en la pureza de su amor una fe que encendía la pureza del mío. Me llevaba en su corazón, como a

una virgen en su hornacina de oro, —con una lámpara a sus pies—, una lámpara inextinguible. Amaba mi alma por mi alma. Era de esos raros amantes que quieren grande a la mujer que adoran. Me quería noble, entregada, heroica, una gran mujer de aquellos tiempos en que España era grande. ¡Habría preferido verme realizar una acción hermosa antes que valsar conmigo aliento contra aliento! Si los ángeles pudieran amarse entre sí ante el trono de Dios, deberían amarse como nos amábamos nosotros... Estábamos tan fundidos el uno en el otro, que pasábamos largas horas juntos y a solas, la mano en la mano, los ojos en los ojos, pudiéndolo todo, puesto que estábamos solos, pero tan felices que no deseábamos nada más. A veces, aquella dicha inmensa que nos inundaba nos hacía daño de tan intensa, y deseábamos morir, pero el uno con el otro o el uno por el otro, y entendíamos entonces la frase de santa Teresa: ¡muero porque no muero! Aquel deseo de la criatura finita sucumbiendo bajo un amor infinito, creyendo hacer más sitio a ese torrente de amor infinito mediante el quebranto de los órganos y la muerte. Soy ahora la última de las criaturas mancilladas; pero, en aquel tiempo, ¿creerá usted que los labios de Esteban jamás tocaron los míos, y que un beso depositado por él sobre una rosa, y recogido después por mí, me hacía desvanecerme? Desde el fondo del abismo de horror en que voluntariamente me he sumergido, recuerdo a cada instante, para mi suplicio, aquellas delicias divinas del amor puro en que vivíamos, perdidos, extraviados, y tan transparentes, sin duda, en la inocencia de aquel amor sublime, que don Christoval no tuvo gran trabajo en ver que nos adorábamos. Vivíamos con la cabeza en el cielo. ¡Cómo íbamos a advertir que estaba celoso, y de qué celos! Los únicos de que era capaz: los celos del orgullo. No nos sorprendió. Solo se sorprende a quien se esconde. Nosotros no nos escondíamos. ¿Por qué habríamos de escondernos? Teníamos el candor de la llama en pleno día, que se percibe en el día mismo, y, además, la dicha desbordaba tanto de nosotros que no podía dejar de verse, ¡y el duque la vio! ¡Aquél esplendor de amor acabó por saltarle por fin a los ojos a su orgullo! ¡Ah! ¡Esteban se había atrevido! ¡Yo también! Una noche estábamos como estábamos siempre, como pasábamos la vida desde que nos amábamos, cara a

cara, unidos solo por la mirada; él, a mis pies, delante de mí, como ante la Virgen María, en una contemplación tan honda que no necesitábamos caricia alguna. De pronto, el duque entró con dos negros que había traído de las colonias españolas, de las que había sido gobernador largo tiempo. No los advertimos, en la contemplación celestial que nos arrebatava las almas uniéndolas, cuando la cabeza de Esteban cayó pesadamente sobre mis rodillas. ¡Estaba estrangulado! Los negros le habían echado al cuello aquel terrible lazo con que se estrangula en México a los toros salvajes. ¡Fue el rayo, por lo rápido! Pero un rayo que no me mató a mí. No me desmayé, no grité. Ni una lágrima brotó de mis ojos. Quedé muda y rígida, en un estado de horror sin nombre, del que no salí sino por un desgarramiento de todo mi ser. Sentí que me abrían el pecho y que me arrancaban de él el corazón. ¡Ay de mí! No era a mí a quien lo arrancaban: era a Esteban, a aquel cadáver de Esteban que yacía a mis pies, estrangulado, el pecho hendido, hurgado, como un saco, ¡por las manos de aquellos monstruos! Había sentido, de tanto como el amor me había vuelto él, lo que habría sentido Esteban de haber estado vivo. Había sentido el dolor que no sentía su cadáver, y fue eso lo que me sacó del horror en que me había quedado helada cuando me lo estrangularon. Me arrojé sobre ellos: "¡Ahora me toca a mí!" les grité. Quería morir de la misma muerte, y tendí mi cabeza al infame lazo. Iban a cogerla. —"A la reina no se la toca" —dijo el duque, aquel orgulloso duque que se creía más que el Rey, y los hizo retroceder fustigándolos con su fusta de caza. "¡No! Usted vivirá, señora —me dijo—, mas para pensar siempre en lo que va a ver..." Y silbó. Dos enormes perros salvajes acudieron corriendo.

¡Que hagan comer —dijo él— el corazón de ese traidor a estos perros!» —¡Oh! Ante esto, no sé qué se irguió en mí:

«—Vamos, ¡véngate mejor! —le dije—. ¡A mí es a quien hay que dárselo de comer!

Él se quedó como espantado de mi idea... "¿Así que lo amas con furia?" —replicó—. ¡Ah! Yo lo amaba con un amor que él acababa de exasperar. Lo amaba hasta no sentir miedo ni asco de aquel corazón

sangrante, lleno de mí, todavía caliente de mí, y habría querido ponérmelo dentro del mío, aquel corazón... ¡Se lo pedí de rodillas, con las manos juntas! Quería ahorrarle, a aquel noble corazón adorado, aquella profanación impía, sacrílega... Habría comulgado con aquel corazón, como con una hostia. ¿No era acaso mi Dios?... El pensamiento de Gabrielle de Vergy, cuya historia habíamos leído, Esteban y yo, tantas veces juntos, resurgió en mí. ¡La envidiaba!... La encontraba dichosa por haber hecho de su pecho una tumba viva para el hombre que había amado. Pero la vista de un amor semejante volvió al duque atrozmente implacable. Sus perros devoraron el corazón de Esteban delante de mí. Se lo disputé; me batí con aquellos perros. No pude arrancárselo. Me cubrieron de espantosas mordeduras, y arrastraron y restregaron en mis vestidos sus hocicos ensangrentados.»

Ella se interrumpió. Se había puesto lívida al hilo de aquellos recuerdos... y, jadeante, se levantó con un movimiento frenético y, tirando hacia sí de un cajón de la cómoda por su tirador de bronce, mostró a Tressignies un vestido hecho jirones, teñido de sangre en varios sitios:

«¡Tenga! —dijo ella—. ¡Esta es la sangre del corazón del hombre a quien amaba, y que no pude arrancarles a los perros! Cuando me encuentro sola en la execrable vida que llevo, cuando el asco se apodera de mí, cuando el fango me sube a la boca y me ahoga, cuando el genio de la venganza flaquea en mí, cuando la antigua duquesa vuelve y la mujer de la calle me espanta, me enrosco en este vestido, revuelco mi cuerpo mancillado en sus pliegues rojos, siempre ardientes para mí, y en ellos recaliento mi venganza. ¡Es un talismán, estos harapos ensangrentados! Cuando los llevo alrededor del cuerpo, la rabia de vengarlo me vuelve a las entrañas, y recobro fuerzas, según me parece, ¡para una eternidad!»

Tressignies se estremecía escuchando a aquella mujer espantosa. Se estremecía de sus gestos, de sus palabras, de su cabeza, convertida en cabeza de Gorgona: le parecía ver, alrededor de aquella cabeza, las serpientes que aquella mujer llevaba en el

corazón. Empezaba entonces a comprender —ise corría el telón!— aquella palabra, venganza, que ella repetía tanto, —ique le abrasaba siempre en los labios!

«¡La venganza! Sí —replicó ella—, ahora comprende usted lo que es, imi venganza! ¡Ah! La elegí entre todas, como se elige, de entre toda clase de puñales, el que ha de hacer sufrir más, el kris dentado que mejor ha de desgarrar al ser aborrecido al que se mata. Matarlo simplemente, a ese hombre, iy de un solo golpe! Eso no lo quería. ¿Acaso lo había matado él, a Vasconcellos, con su espada, como un caballero? ¡No! Lo había hecho matar por lacayos. Había hecho arrojar su corazón a los perros; iy quizá su cuerpo al osario! No lo sabía. Nunca lo he sabido. ¿Matarlo, por todo eso? ¡No! ¡Eso era demasiado dulce y demasiado rápido! Hacía falta algo más lento y más cruel... Por lo demás, el duque era valiente. No temía a la muerte. Los Sierra-Leone la han afrontado en todas sus generaciones. Pero su orgullo, su inmenso orgullo, era cobarde cuando se trataba del deshonor. Había que alcanzarlo, pues, y crucificarlo en su orgullo. Había que deshonorar, pues, su nombre, del que estaba tan ufano. ¡Pues bien! Me juré que ese nombre lo empaparía yo en el más infecto de los fangos, que lo convertiría en vergüenza, en inmundicia, ien excremento! Y para eso me hice lo que soy, —una mujer pública—, la Sierra-Leone, ique le abordó a usted esta noche!...»

Dijo estas últimas palabras con unos ojos que se pusieron a centellear de la alegría de un golpe bien asestado.

«—Pero —dijo Tressignies—, ¿sabe él, el duque, en qué se ha convertido usted?...

—Si no lo sabe, lo sabrá un día —respondió ella, con la seguridad absoluta de una mujer que lo ha pensado todo, que lo ha calculado todo, que está segura del porvenir—. El rumor de lo que hago puede alcanzarlo de un día para otro, icon una salpicadura de mi vergüenza! Alguno de los hombres que suben aquí puede escupirle en la cara el deshonor de su mujer, ese escupitajo que no se limpia nunca; pero eso no sería más que un azar, iy no es a un azar a lo

que yo entregaría mi venganza! He resuelto morir de ello para que sea más segura; mi muerte la asegurará, al consumarla.»

Tressignies se sintió desorientado por la oscuridad de aquellas últimas palabras; pero ella hizo brotar de ellas una horrenda claridad:

«Quiero morir donde mueren las mujeres como yo —replicó ella—. ¡Acuérdese!... Hubo un hombre, en tiempos de Francisco I, que fue a buscar en casa de una semejante a mí una enfermedad espantosa e inmundada, que dio a su mujer para envenenar con ella al rey, del que esta era amante, y así se vengó de los dos a la vez... No haré menos que ese hombre. Con mi vida ignominiosa de todas las noches, bien puede suceder que un día la putrefacción del libertinaje se apodere por fin de la prostituta y la corroa, y que ivaya cayéndose a pedazos hasta apagarse en algún vergonzoso hospital! ¡Oh! ¡Entonces mi vida estará pagada! —añadió, con el entusiasmo de la más horrenda esperanza—; entonces será hora de que el duque de Sierra-Leone sepa cómo ha vivido su mujer, la duquesa de Sierra-Leone, y icómo muere!»

Tressignies no había pensado en aquella profundidad de la venganza, que superaba todo lo que la historia le había enseñado. Ni la Italia del siglo XVI, ni la Córcega de todas las épocas, países ambos renombrados por lo implacable de sus resentimientos, ofrecían a su memoria un ejemplo de combinación más reflexionada y más terrible que la de aquella mujer, que se vengaba sobre sí misma, isobre su propio cuerpo como sobre su propia alma! Estaba aterrado ante aquel sublime horrible, pues la intensidad en los sentimientos, llevada a tal punto, es sublime. Solo que es el sublime del infierno.

«Y aunque él no llegara a saberlo —replicó ella de nuevo, redoblando los relámpagos de su alma—, yo, después de todo, ilo sabría! Sabría lo que hago cada noche: que bebo ese fango y que es néctar, ipuesto que es mi venganza!... ¿Acaso no gozo, a cada minuto, con el pensamiento de lo que soy?... ¿Acaso, en el momento en que deshonorro a ese duque altanero, no tengo, en el fondo de mi

pensamiento, la idea embriagadora de que lo deshonor? ¿Acaso no veo con claridad en mi pensamiento todo lo que él sufriría si lo supiera?... ¡Ah! Los sentimientos como los míos tienen su locura, ¡pero es su locura lo que hace la dicha! Cuando huí de Sierra-Leone, me llevé conmigo el retrato del duque, para hacerle ver, a ese retrato, como si hubiera sido a él mismo, las vergüenzas de mi vida! Cuántas veces le dije, como si hubiera podido verme y oírme: "¡Mira, pues! ¡Mira!" Y cuando el horror se apodera de mí en los brazos de ustedes, de todos ustedes, —pues siempre se apodera de mí: ¡no puedo acostumbrarme al gusto de ese fango!—, tengo por recurso este brazalete —y alzó su brazo soberbio con un movimiento trágico —; tengo este círculo de fuego, que me quema hasta la médula y que llevo en el brazo, pese al suplicio de llevarlo, para no poder olvidar jamás al verdugo de Esteban, para que su imagen excite mis transportes, —esos transportes de un odio vengador, ¡que los hombres son lo bastante necios y lo bastante fatuos para creer fruto del placer que saben dar! No sé lo que es usted, pero desde luego no es el primero que pasa entre todos esos hombres; y sin embargo, hace apenas un instante, ha creído usted que yo era todavía una criatura humana, que aún había en mí una fibra que vibraba; y ¡no había en mí sino la idea de vengar a Esteban del monstruo cuya imagen aquí tiene! ¡Ah! Su imagen era para mí como el golpe de espuela, ancho como un sable, que el jinete árabe hunde en el ijar de su caballo para hacerle atravesar el desierto. Yo tenía, por mi parte, espacios de vergüenza todavía más grandes que devorar, y me hundía esa execrable imagen en los ojos y en el corazón, para saltar mejor bajo ustedes cuando me tenían... ¡Aquel retrato era como si fuese él! ¡Era como si nos viese por sus ojos pintados!... ¡Cómo comprendía yo el embrujamiento de los siglos en que se embrujaba! ¡Cómo comprendía la dicha insensata de clavar el cuchillo en el corazón de la imagen de aquel a quien se habría querido matar! En el tiempo en que yo era religiosa, antes de amar a ese Esteban que para mí ha reemplazado a Dios, necesitaba un crucifijo para pensar mejor en el Crucificado; y, en vez de amarlo, de haberlo odiado, de haber sido impía, ¡habría necesitado el crucifijo para blasfemar de él e insultarlo mejor! ¡Ay de mí! —añadió,

cambiando de tono y pasando de la aspereza de los sentimientos más crueles a las dulzuras punzantes de una melancolía increíble—, no tengo el retrato de Esteban. No lo veo sino en mi alma... y acaso sea una suerte —añadió—. De tenerlo ante los ojos, levantaría mi pobre corazón, me haría enrojecer de los indignos envilecimientos de mi vida. Me arrepentiría, ¡y ya no podría vengarlo!...»

La Gorgona se había vuelto conmovedora, pero sus ojos habían permanecido secos. Tressignies, embargado por una emoción muy distinta de aquellas otras por las que hasta entonces ella le había hecho pasar, tomó la mano de aquella mujer a la que tenía derecho a despreciar, y se la besó con un respeto mezclado de piedad. Tanta desdicha y tanta energía la engrandecían a sus ojos: «¡Qué mujer! —pensaba él—. Si, en lugar de ser la duquesa de Sierra-Leone, hubiera sido la marquesa de Vasconcellos, habría ofrecido, con la pureza y el ardor de su amor por Esteban, a la admiración humana algo comparable e igual a la gran marquesa de Pescara. Solo que —añadió para sus adentros— no lo habría mostrado, y nadie habría sabido nunca qué abismos de profundidad y de voluntad había en ella.» A pesar del escepticismo de su época y del hábito de mirarse actuar y de burlarse de lo que hacía, Robert de Tressignies no se sintió en absoluto ridículo por besar la mano de aquella mujer perdida; pero ya no sabía qué decirle. Su situación frente a ella resultaba embarazosa. Al arrojar su historia entre ella y él, la duquesa había cortado, como de un hachazo, aquellos vínculos de un minuto que acababan de anudar. Había en él una inexpresable mezcla de admiración, de horror y de desprecio; pero habría encontrado de muy mal gusto ponerse sentimental o moralizar con aquella mujer. Se había burlado a menudo de los moralistas, sin mandato ni autoridad, que pululaban en aquel tiempo en que, bajo la influencia de ciertos dramas y ciertas novelas, se quería dar aires de levantar, como tiestos de flores volcados, a las mujeres que caían. Estaba, aun siendo escéptico, dotado de bastante sentido común para saber que solo el sacerdote —el sacerdote del Dios redentor— podía levantar de semejantes caídas... y aun así creía que, contra el alma de aquella mujer, el sacerdote mismo se habría

estrellado. Llevaba dentro una maraña de cosas dolorosas, y guardaba un silencio más pesado para él que para ella. Ella, entregada por entero a la violencia de sus ideas y de sus recuerdos, continuó:

«Esta idea de deshonrarlo, en lugar de matarlo, a ese hombre para quien el honor, tal como el mundo lo entiende, era más que la vida, no se me ocurrió de inmediato... Tardé mucho en dar con ella. Después de la muerte de Vasconcellos, que quizá no se supo en el castillo, y cuyo cuerpo fue probablemente arrojado a algún calabozo olvidado junto con los negros que lo habían asesinado, el duque no volvió a dirigirme la palabra, salvo brevemente y con ceremonia delante de su servidumbre, pues la mujer del César no debe ser sospechada, y yo debía seguir siendo, a los ojos de todos, la impecable duquesa de Arcos de Sierra-Leone. Pero, a solas y entre nosotros, jamás una palabra, jamás una alusión; el silencio, ese silencio del odio, que se alimenta de sí mismo y no necesita hablar. Don Christoval y yo pugnábamos en fuerza y en orgullo. Yo me tragaba las lágrimas. Soy una Turre-Cremata. Llevo en mí la poderosa disimulación de mi raza, que es italiana, y me curtía, hasta en los ojos, para que él no pudiera sospechar lo que fermentaba bajo aquella frente de bronce donde incubaba la idea de mi venganza. Fui absolutamente impenetrable. Gracias a esa disimulación, que taponó todas las rendijas de mi ser por donde mi secreto habría podido filtrarse, preparé mi huida de aquel castillo cuyos muros me aplastaban, y donde mi venganza solo habría podido cumplirse bajo la mano del duque, que se habría alzado con presteza. No me confié a nadie. ¿Acaso mis dueñas o mis camaristas se atrevieron jamás a levantar los ojos hacia los míos para saber lo que pensaba? Al principio tuve el proyecto de ir a Madrid; pero, en Madrid, el duque era todopoderoso, y la red de todas las policías se habría cerrado sobre mí a su primera señal. Me habría atrapado allí fácilmente, y, una vez atrapada, me habría arrojado al in-pace de algún convento, ahogada allí, muerta entre dos puertas, suprimida del mundo, ide ese mundo que necesitaba para vengarme!... París era más seguro. Preferí París. Era un mejor escenario para el

despliegue de mi infamia y de mi venganza; y, puesto que quería que un día todo aquello estallara como el rayo, ¡qué buen lugar era aquella ciudad, centro de todos los ecos, por la que pasan todas las naciones del mundo! Resolví vivir allí esa vida de prostituta que no me hacía temblar, y descender impudicamente hasta el último rango de esas mujeres perdidas que se venden por una moneda, ¡aunque fuese a patanes! Piadosa como era antes de conocer a Esteban, que me había arrancado a Dios del pecho para ponerse él en su lugar, me levantaba a menudo de noche, sin mis doncellas, para hacer mis oraciones ante la Virgen negra de la capilla. Fue de allí de donde una noche escapé y gané audazmente las gargantas de las Sierras. Me llevé cuanto pude de mis joyas y del dinero de mi cofre. Me escondí algún tiempo en casa de unos campesinos que me condujeron a la frontera. Vine a París. Me uncí, sin miedo, a esta venganza que es mi vida. Estoy tan sedienta de este furor de vengarme, que a veces he pensado en enloquecer de amor por mí a algún joven enérgico y empujarlo hacia el duque para hacerle saber mi ignominia; pero siempre he acabado por sofocar ese pensamiento, pues no son unos pocos pies de inmundicia lo que quiero levantar sobre su nombre y sobre mi memoria: ¡es toda una pirámide de estiércol! Cuanto más tarde sea vengada, mejor vengada seré...»

Se detuvo. De lívida, se había vuelto púrpura. El sudor le corría por las sienes. Se le enronquecía la voz. ¿Era acaso el garrotillo de la vergüenza?... Cogió febrilmente una jarra de la cómoda, y se sirvió un enorme vaso de agua que apuró de un trago.

«¡Cuesta tragarla, la vergüenza! —dijo ella—; ¡pero hay que tragarla! Ya he tragado bastante en tres meses, ¡para que pueda pasar!

—¿Así que hace tres meses que esto dura? —(ya no se atrevía a decir qué) dijo Tressignies, con una vaguedad más siniestra que la precisión.

—Sí —dijo ella—, tres meses. Pero ¿qué son tres meses? —añadió—. Hará falta tiempo para cocer y recocer este plato de venganza

que le estoy cocinando, y que le pagará su negativa a darme el corazón de Esteban, que no quiso hacerme comer...»

Lo dijo con una pasión atroz y una melancolía salvaje. Tressignies no sospechaba que pudiera haber en una mujer una mezcla semejante de amor idólatra y crueldad. Jamás se había mirado una obra de arte con una atención más concentrada que la que él ponía en mirar a aquella singular y todopoderosa artista en materia de venganza, que se erguía entonces ante él... Pero algo que le sorprendía sentir se mezclaba a su contemplación de observador. Él, que creía haber acabado ya con los sentimientos involuntarios, y cuya reflexión, de risa terrible, mordía siempre las sensaciones, como he visto a los carreteros morder a sus caballos para hacerlos obedecer, sentía que en la atmósfera de aquella mujer respiraba un aire peligroso. Aquella habitación, llena de tanta pasión física y bárbara, asfixiaba a aquel hombre civilizado. Necesitaba un trago de aire, y pensaba en marcharse, aunque tuviera que volver.

Ella creyó que él se iba. Pero aún le quedaban facetas que mostrarle de su obra maestra.

«—¿Y esto? —dijo ella, con un desdén y un ademán recobrado de duquesa, señalándole con el dedo la copa de cristal azul que él había llenado de oro.

—Recoja ese dinero —dijo ella—. ¿Quién sabe? Quizá sea yo más rica que usted. El oro no entra aquí. No lo acepto de nadie. Y, con el orgullo de una bajeza que era su venganza, añadió: "no soy más que una mujer de a cien sous."»

La palabra fue dicha tal como había sido pensada. Fue el último rasgo de ese sublime al revés, de ese sublime infernal cuyo espectáculo acababa ella de desplegarle, ¡y que, ciertamente, el gran Corneille, en el fondo de su alma trágica, no llegó ni a sospechar! El asco de esta última palabra dio a Tressignies la fuerza de marcharse. Arrambló con las monedas de oro de la copa y no dejó en ella más que lo que ella pedía. «¡Puesto que ella lo quiere! —se dijo—, yo pesaré sobre el puñal que se está clavando, y pondré

también en él mi mancha de lodo, ya que es de lodo de lo que tiene sed.» Y salió en una agitación extrema. Los candelabros seguían inundando de su luz aquella puerta, de aspecto tan vulgar, por la que ya había pasado. Comprendió por qué estaban plantados allí aquellos hachones cuando miró la tarjeta pegada en la puerta, como el rótulo de aquella tienda de carne. Había en esa tarjeta, en grandes letras:

LA DUQUESA DE ARCOS DE SIERRA-LEONE

Y, debajo, una palabra infame para decir el oficio que ejercía.

Tressignies volvió a su casa aquella noche, después de aquella increíble aventura, en un estado de turbación tal que casi se avergonzaba de ello. Los necios —es decir, casi todo el mundo— creen que rejuvenecer sería una invención encantadora de la naturaleza humana; pero quienes conocen la vida saben mejor cuál sería el provecho. Tressignies se dijo con espanto que tal vez iba a volver a encontrarse demasiado joven... y he ahí por qué se prometió no volver a poner los pies en casa de la duquesa, a pesar del interés, o más bien a causa del interés, que aquella mujer inaudita le infligía. «¿Para qué, se decía, volver a aquel lugar malsano y pestilente, en cuyo fondo se ha precipitado voluntariamente una criatura de alto linaje? Me ha contado toda su vida, y puedo imaginar sin esfuerzo los detalles, que no pueden cambiar, de esa horrible vida de cada día.» Tal fue la resolución de Tressignies, tomada enérgicamente junto al fuego, en la soledad de su alcoba. Allí se encerró durante algún tiempo, protegido de las cosas y las distracciones de fuera, a solas con las impresiones y los recuerdos de una velada que su espíritu no podía dejar de saborear, como un poema extraño y todopoderoso al que no había leído nada comparable, ni en Byron, ni en Shakespeare, sus dos poetas favoritos. Así pasó muchas horas, acodado en los brazos de su butaca, hojeando en sueños, dentro de sí, las páginas siempre abiertas de aquel poema de una energía horrenda. Fue aquello un loto que le hizo olvidar los salones de París, su patria. Hizo falta incluso un supremo esfuerzo de su voluntad para que volviera a

ellos. Las irreprochables duquesas que allí reencontró le parecieron faltas de un poco de acento... Aunque no era un mojigato, este Tressignies, ni tampoco lo eran sus amigos, no les dijo ni una sola palabra de su aventura, por un sentimiento de delicadeza que él mismo tildaba de absurdo, pues ¿no le había pedido la duquesa que contase su historia a todo el que quisiera oírla, y que la hiciese resonar tan lejos como pudiese hacerla resonar?... Al contrario, se la guardó para sí. La puso y la selló en el rincón más misterioso de su ser, como se tapa un frasco de perfume muy raro, del que se perdería algo si se le dejase respirar. ¡Cosa asombrosa, dada la naturaleza de un hombre como él! Ni en el Café de París, ni en el círculo, ni en el patio de butacas de los teatros, ni en ninguna parte donde los hombres se encuentran solos y se lo dicen todo, abordó jamás a uno de sus amigos sin temer oírle contar, como sucedida a él, la aventura que era la suya propia; y esa cosa que podía suceder hacía surgir en él una perspectiva que, en los primeros diez minutos de una conversación, le causaba un ligero temblor. No obstante, cumplió su palabra, y no solo no volvió a la rue Basse-du-Rempart, sino tampoco al bulevar. Ya no se apoyó, como hacían los demás guantes amarillos, los leones de la época, en la balaustrada de Tortoni. «Si volviera a ver ondear ese diablo de vestido amarillo suyo, se decía, tal vez sería aún lo bastante necio para seguirla.» Todos los vestidos amarillos que encontraba le hacían soñar... Ahora le gustaban los vestidos amarillos, que siempre había detestado. «Me ha depravado el gusto», se decía, y así era como el dandi se burlaba del hombre. Pero lo que la señora de Staël, que los conocía bien, llama en alguna parte los pensamientos del Demonio, era más fuerte que el hombre y que el dandi. Tressignies se volvió sombrío. Era, en el mundo, un hombre de espíritu vivo, cuya alegría era amable y temible a la vez —como debe ser toda alegría en ese mundo, que despreciaría a quien, mientras lo divierte, no lo hiciera también temblar un poco. Ya no conversaba con el mismo brío... «¿Está enamorado?», decían las comadres. La vieja marquesa de Clérembault, que creía que él pretendía a su nieta, recién salida del Sagrado Corazón y tan novelesca como se era entonces, le decía de mal humor: «Ya no puedo soportarlo cuando se pone usted con esos

aires de Hamlet.» De sombrío pasó a doliente. Su tez adquirió un tono plomizo. «¿Qué le pasa al señor de Tressignies?», se decía, y ya estaban a punto de descubrirle en el pecho el cáncer de estómago de Bonaparte, cuando, un buen día, puso fin a todas las preguntas e inquisiciones sobre su persona haciendo el equipaje en un dos por tres, como un oficial, y desapareciendo como por un agujero.

¿Adónde fue? ¿Quién se ocupó de ello? Estuvo fuera más de un año; luego volvió a París, a uncirse de nuevo a los varales de su vida de hombre de mundo. Se hallaba una noche en casa del embajador de España, donde, esa noche, dicho sea de paso, hormigueaba lo más resplandeciente de París... Era tarde. Iban a cenar. El tropel del bufé vaciaba los salones. Algunos hombres, en el salón de juego, se demoraban en un whist obstinado. De pronto, el compañero de Tressignies, que iba pasando las páginas de una pequeña cartera de carey en la que apuntaba las apuestas que se hacían en cada partida, vio en ella algo que le hizo soltar el «¡Ah!» que se suelta cuando se reencuentra lo que se había olvidado.

«—Señor embajador de España —dijo él al dueño de la casa, que, con las manos a la espalda, miraba jugar—, ¿quedan todavía Sierra-Leone en Madrid?

—¡Por supuesto que los hay! —dijo el embajador—. Para empezar, está el duque, que está a la par de lo más elevado que hay entre las Grandezas.

—¿Y quién es entonces esa duquesa de Sierra-Leone que acaba de morir en París, y qué es ella del duque? —repuso entonces el interlocutor.

—No podría ser sino su esposa —respondió tranquilamente el embajador—. Pero hace ya casi dos años que la duquesa es como si estuviera muerta. Desapareció, sin que se sepa por qué ni cómo desapareció: ¡la verdad es un profundo misterio! Figúrense ustedes que la imponente duquesa de Arcos de Sierra-Leone no era una mujer de las de hoy en día, una de esas mujeres alocadas a las que un amante rapta. Era una mujer, cuando menos, tan altiva como el

duque su marido, que es sin duda el más orgulloso de los ricos hombres de toda España. Además, era piadosa, piadosa de una piedad casi monástica. ¡Jamás vivió sino en Sierra-Leone, un desierto de mármol rojo, donde las águilas, si las hay, debían de caer asfixiadas de tedio desde lo alto de sus picos! Un día desapareció de allí, y nunca se ha podido volver a dar con su rastro. Desde entonces, el duque, un hombre de los tiempos de Carlos Quinto, a quien nadie se ha atrevido jamás a hacer la menor pregunta, ha venido a vivir a Madrid, y no ha hablado de su mujer ni de su desaparición más de lo que lo habría hecho si ella jamás hubiese existido. Era, de soltera, una Turre-Cremata, la última de los Turre-Cremata, de la rama de Italia.

—Eso es, precisamente —interrumpió el jugador, y miró lo que había escrito en una de las hojas de su cuadernillo de carey—. ¡Pues bien! —añadió solemnemente—, señor embajador de España, tengo el honor de anunciar a Vuestra Excelencia que la duquesa de Sierra-Leone fue enterrada esta mañana, y, cosa que sin duda jamás sospecharía usted, que fue enterrada en la iglesia de la Salpêtrière, como una asilada del establecimiento!»

Ante estas palabras, los jugadores apartaron la nariz de sus cartas y las dejaron caer sobre la mesa delante de ellos, mirando alternativamente, despavoridos, a quien hablaba y al embajador.

—¡Pues sí! —dijo el jugador, que causaba su efecto, icoa deliciosa en Francia!—. Yo pasaba por allí esta mañana, y oí a lo largo de los muros de la iglesia un trueno de música religiosa tan majestuoso, que entré en aquella iglesia, poco acostumbrada a semejantes fiestas... y que me quedé pasmado, al franquear el pórtico, cubierto de paños negros y sembrado de escudos de armas de doble blasón, al ver en el coro el catafalco más resplandeciente. La iglesia estaba casi vacía. Había en el banco de los pobres algunos mendigos, y aquí y allá algunas mujeres, de esas horribles leprosas del hospital de al lado, al menos de las que no estaban del todo locas y aún podían tenerse en pie. Sorprendido de semejante concurrencia junto a semejante catafalco, me acerqué, y leí, en

gruesas letras de plata sobre fondo negro, esta inscripción que, ¡a fe mía!, copié, de la sorpresa, para no olvidarla:

AQUÍ YACE SANZIA-FLORINDA-CONCEPCIÓN DE TURRE-CREMATA, DUQUESA DE ARCOS DE SIERRA-LEONE, MUJER PÚBLICA ARREPENTIDA, MUERTA EN LA SALPETRIERE, EL...
¡IREQUIESCAT IN PACE!

Los jugadores ya no pensaban en la partida. En cuanto al embajador, aunque un diplomático no debe asombrarse más de lo que un oficial debe tener miedo, sintió que su asombro podía comprometerlo:

—¿Y no ha tomado usted informes?... —dijo, como si hubiese hablado a uno de sus inferiores.

—A nadie, Excelencia —respondió el jugador—. No había más que pobres; y los sacerdotes, que tal vez habrían podido informarme, estaban cantando el oficio. Además, recordé que tendría el honor de ver a Vuestra Excelencia esta noche.

—Los tendré mañana —dijo el embajador. Y la partida terminó, aunque cortada de continuas interjecciones, y cada cual tan absorto en su pensamiento que todos, aun siendo tan fuertes whisteros, cometieron fallos, y nadie reparó en la palidez de Tressignies, que cogió su sombrero y salió, sin despedirse de nadie.

Al día siguiente, estaba temprano en la Salpêtrière. Pidió ver al capellán —un viejo y bonachón sacerdote—, quien le dio todos los informes que le pidió sobre lo que había sido, con el número 119, la duquesa de Arcos de Sierra-Leone. La desdichada había venido a caer allí donde había previsto que caería... En aquel juego terrible que había jugado, había ganado la más espantosa de las enfermedades. En pocos meses, dijo el viejo sacerdote, se le había cariado la carne hasta los huesos... Uno de sus ojos había saltado un día bruscamente de su órbita y había caído a sus pies como una moneda gorda... El otro se había licuado y fundido... Había muerto —pero estoicamente— entre tormentos intolerables... Rica todavía en dinero y en joyas, lo había legado todo a los enfermos, como ella,

de la casa que la había acogido, y había dispuesto solemnes funerales. «Solo que, para castigarse de sus desórdenes —dijo el viejo sacerdote, que no había entendido absolutamente nada de aquella mujer—, había exigido, por penitencia y por humildad, que se pusiera después de sus títulos, en su ataúd y en su tumba, que había sido una MUJER PÚBLICA... ARREPENTIDA.»

—Y aún más —añadió el viejo capellán, engañado por la confesión de semejante mujer—, por humildad, no quería que se pusiera «arrepentida».

Tressignies se echó a sonreír amargamente del buen sacerdote, pero respetó la ilusión de aquella alma ingenua.

¡Porque él sí sabía que ella no se arrepentía, y que aquella conmovedora humildad era aún, después de la muerte, venganza!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB